

*el*  
**MULTIMILLONARIO  
SIEMPRE GANA**

**J.S. Scott**

*traducción de Roberto Falco*

SAGA  
LOS SINCLAIR

amazon crossing

**D.J.57**


*el*

MULTIMILLONARIO  
SIEMPRE GANA

*el*  
**MULTIMILLONARIO  
SIEMPRE GANA**

J.S. Scott

*traducción de Roberto Faico*

amazon crossing 

Título original: *The Billionaire Takes All*

Publicado originalmente por Montlake Romance, Estados Unidos, 2017

Edición en español publicada por:

Amazon Crossing, Amazon Media EU Sàrl

38, avenue John F. Kennedy, L-1855, Luxembourg

Septiembre, 2019

Copyright © Edición original 2017 por J. S. Scott

Todos los derechos están reservados.

Copyright © Edición en español 2019 traducida por Roberto Falcó

Miramontes

Diseño de cubierta por Cristina Giubaldo/ studio pym, Milano

Imagen de cubierta © George Diebold / Getty Images

Producción editorial: Wider Words

Primera edición digital 2019

ISBN Edición tapa blanda: 9782919804528

[www.apub.com](http://www.apub.com)

## SOBRE LA AUTORA

J. S. Scott, prolífica autora de novelas románticas eróticas, es una de las escritoras con más éxito del género y ha ocupado los primeros puestos en las listas de libros más vendidos de *The New York Times* y *USA Today*. Aunque disfruta con la lectura de todo tipo de literatura, a la hora de escribir se inclina por su temática favorita: historias eróticas de romance, tanto contemporáneas como de ambientación paranormal. En la mayoría de sus novelas el protagonista es un macho alfa y todas tienen un final feliz, seguramente porque la autora no concibe terminarlas de otra manera. Vive en las hermosas Montañas Rocosas con su esposo y sus dos pastores alemanes muy mimados.

Entre sus obras destaca la serie «Los Sinclair», de la que forma parte la presente novela.

*Este libro está dedicado a mis hermanos: Beth, Sandie y Terry. Hemos vivido momentos difíciles desde que perdimos a mamá, pero estoy tremendamente agradecida de que hayamos logrado salir adelante juntos en estos días tan tristes. Gracias por todo lo que habéis hecho para estar a mi lado. Os quiero a todos.*

# ÍNDICE

[PRÓLOGO](#)

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[CAPÍTULO 24](#)

[CAPÍTULO 25](#)

[CAPÍTULO 26](#)

[EPÍLOGO](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)

# PRÓLOGO

## *Unos años antes...*

—Te comportas como un cretino.

Julian Sinclair le hizo la peineta a Xander, su hermano pequeño, harto de que este lo riñera.

—A diferencia de ti, no puedo permitirme el lujo de ir a ver a papá y a mamá ahora mismo. ¡Intento labrarme una carrera, joder!

¿Tan grave era que Julian quisiera que sus padres estuvieran orgullosos de él, su segundo hijo? Si deseaba que eso ocurriera, tenía que quedarse en Los Ángeles y seguir trabajando. El primogénito, Micah, poseía una gran empresa que había creado de cero; ya había conseguido dejar su huella en el mundo, a pesar de que había recibido una parte sustancial de la inmensa fortuna de su padre cuando este se jubiló, al igual que el resto de sus hermanos. Xander, el pequeño, era una superestrella de la música.

Lo único que Julian quería era tener la oportunidad de demostrar su valía sin tener que desvelar que era miembro del clan de los Sinclair, una familia de multimillonarios. Llevaba años dejándose la piel en Hollywood, viviendo como cualquier otro actor que luchaba por abrirse camino para no perder la motivación.

—Es su aniversario —adujo Xander—. Y no los ves desde... ¿cuándo? ¿Desde la ceremonia de tu graduación? ¿Hace cinco o seis años? Les prometiste que irías a la fiesta.

Hacía una eternidad que no los veía. Y sí, les había dicho que iría a su fiesta de aniversario de casados, pero de eso hacía meses. Antes de que le dieran el papel protagonista en una película que lo era todo para él.

—Ya los llamaré. Siempre lo hago.



Xander fulminó con la mirada a su hermano mayor. Estaba sentado a horcajadas en una silla destartada del austero comedor de Julian.

—Te echan de menos. Micah tampoco podrá asistir, pero acaba de pasar una semana con ellos antes de irse para atender su empresa. Si quieres, te llevo yo. Tomaré el avión mañana. Solo serán un par de días.

—No pienso ir, hostia —respondió Julian enfadado, sin apartar la mirada de Xander cuando dejó caer el guion de la película en la vieja mesa. Era obvio que no podría trabajar hasta que se quitara de encima al pesado de su hermano pequeño.

Esa película podía marcar un antes y un después en su carrera. Lo último que necesitaba era alejarse de los platós durante unos días.

Cuando hubiera triunfado en la industria cinematográfica, ya tendría tiempo para compensar a sus padres y los iría a visitar todos los meses. A fin de cuentas, los echaba de menos.

—Quiero ser «alguien» cuando vuelva a verlos —dijo Julian, que se reclinó en la silla y se mesó el pelo en un gesto de frustración.

—No lo entiendes —replicó Xander con un deje de tristeza—. Ya eres alguien. Su hijo. Ellos te querrán igual tanto si triunfas en el cine como si no. Los padres son así. Papá te admira por no haber recurrido a tu fortuna para conseguir la fama. Están orgullosísimos de ti. Lo único que desean es verte en persona.

—Estoy ocupado —le espetó Julian—. Lo otro puede esperar. La película que voy a hacer es muy especial. No te lo imaginas. Y por fin he conseguido un papel protagonista. Podría ser mi trampolín a la fama.

El guion era importante por otros motivos que aún no le había revelado a su familia. Y no pensaba hacerlo. No a menos que la película fuera un éxito.

El gran público «descubrió» a Xander casi de inmediato, en cuanto empezó su carrera como cantante. Julian nunca creyó que se debiera al hecho de que era un Sinclair. Xander tenía talento, desde siempre. Pero que su familia fuera una de las más ricas del mundo le había abierto varias puertas de la industria musical. Sin embargo, Julian, tozudo como era, se negaba a utilizar el apellido Sinclair para triunfar.

Había tenido mucha suerte de conseguir esa gran oportunidad y no quería enviarlo todo a la mierda.

—Mamá y papá se hacen mayores. ¿Cuánto tiempo crees que les queda? —dijo Xander—. Los dos gozan de buena salud y se mantienen

activos, pero no van a vivir eternamente.

—Papá aún juega a tenis y a golf como un profesional y mamá está más en forma que las mujeres de su edad o más jóvenes. No les pasará nada. Puedo esperar a haber acabado la película —insistió Julian, que estaba empezando a enfadarse con su hermano pequeño, ante su insistencia por hacerlo sentir culpable para que fuera a casa de sus padres al día siguiente.

A pesar de que era una superestrella de la música, Xander tenía un aspecto muy relajado: llevaba botas negras, vaqueros y una camiseta negra bajo la chaqueta de cuero. Parecía inmune al estrés de los conciertos, las giras, las grabaciones o el resto de las obligaciones de su ajetreada vida. Y Xander siempre... siempre antepone la familia a todo lo demás. La fama no parecía haber cambiado lo más mínimo al hermano pequeño de Julian.

Por desgracia, el hecho de vivir cerca de Xander —solo los separaban veinticinco kilómetros— significaba que Julian recibía la visita frecuente de su hermano menor. Micah, que tenía la sede de su empresa en la costa este, iba a verlos cuando se desplazaba a la ciudad por negocios, por lo que Julian apenas se trataba con él.

No era que Julian no se preocupara por su familia, pero como llevaba un estilo de vida totalmente distinto, tenía la sensación de que nadie era capaz de entender todo por lo que estaba pasando. El hecho de que sus hermanos y sus padres le recordaran que tenía una cartera de inversiones valorada en miles de millones de dólares, que el patriarca había puesto a nombre de sus hijos al jubilarse, podía convertirse en una tentación para que Julian acabara cediendo y recurriera a su dinero y sus contactos. Sin duda, todo sería mucho más fácil, pero mucho menos satisfactorio que si lograba el éxito por su cuenta.

Xander se levantó, le dio una patada a la silla y la agarró del respaldo para devolverla al lugar que le correspondía, junto a la mesa.

—Me rindo. Les prometí a papá y a mamá que haría todo lo posible para llevarte conmigo, pero soy incapaz de hacerte ver que te estás comportando como un imbécil egoísta con unos padres que te adoran independientemente de tus éxitos profesionales.

Julian se puso en pie, hecho una furia.

—Oye, que no me paso el día de brazos cruzados. Para mí, mi carrera es muy importante, ¡maldita sea!

—Ya lo sé. Y a mí también me importa la mía. Pero te equivocas con tus prioridades, Julian. Somos muy afortunados de tener unos padres como los nuestros. Hemos disfrutado de una vida de grandes privilegios y, a

diferencia de nuestros primos, hemos tenido unos padres maravillosos que siempre nos han apoyado, sin importarles cuáles fueran nuestros sueños personales. Yo nunca estoy demasiado ocupado para ir a verlos porque quiero pasar tiempo con ellos.

—Sí, siempre has sido su ojito derecho —soltó Julian, encarándose con su hermano.

Xander le dio un empujón en el pecho.

—Y una mierda. Nunca han tenido un favorito y lo sabes. Solo quieres justificar tu comportamiento porque eres un capullo. Muy bien, pues sigue así. Di lo que quieras si así te sientes mejor. Pero recuerda que quizá algún día te arrepientas de no haber pasado más tiempo con ellos.

Julian se estremeció cuando Xander salió de su apartamento dando un portazo.

—¡A la mierda! —exclamó y regresó a la mesa para recoger el guion—. Ya les compensaré por esto cuando haya acabado la película.

Con el tiempo, Xander habría de disculparse también con su hermano por todo lo que le había dicho. Era verdad que los padres de Julian nunca habían mostrado preferencia por ninguno de sus hijos. Pero sus hermanos y él no se llevaban muchos años; Micah siempre había sido un genio de los negocios y había acabado convirtiéndose en alguien especial gracias a su don para los deportes extremos. Xander, por su parte, había sido un músico excepcional desde una edad muy temprana.

«Y yo aún estoy intentando encontrar mi lugar en el mundo», pensó Julian.

La cuestión no era que él no hubiera recibido el mismo tipo de atención. Sencillamente... había sido un hijo distinto. De pequeño siempre había sentido una gran pasión por los libros y las películas, unas aficiones muy aburridas en comparación con los intereses que mostraban tanto Micah como Xander. Pero a su madre siempre le había gustado hablar con él de los libros que leía, y su padre lo llevaba al cine y al teatro los días de estreno.

Julian no tenía ningún motivo para sentirse herido por nada de lo que hubieran hecho sus padres o hermanos. Él solo quería ser alguien especial a su propia manera, por eso debía lograrlo sin aprovecharse de los contactos o el dinero que podía proporcionarle el apellido Sinclair.

Al cabo de un rato, cuando se concentró de nuevo en el guion de su película, ya había olvidado las duras palabras de su hermano.

La siguiente vez que volvió a pensar en lo que le había dicho fue en el entierro de sus padres. Ambos habían muerto y Xander estaba en el hospital, debatiéndose entre la vida y la muerte.

Julian se había equivocado. No tuvo la oportunidad de compensar a sus padres por nada. Xander tenía razón.

Al final acabó arrepintiéndose de un millón de cosas, y aunque lo único que deseaba ahora era volver al pasado para poder estar más tiempo con sus padres, ya no podía.

En ocasiones la vida no ofrecía segundas oportunidades. No era como una obra de Broadway o una película, en la que podías grabar varias veces la misma escena, ensayar, hacer pruebas de vestuario para luego disfrutar de una noche de estreno perfecta o de una película maravillosa después de un sinfín de preparativos.

La vida era finita y predecible.

Por desgracia, a Julian no le quedó más remedio que madurar y aprender esa lección cuando ya era demasiado tarde.

# CAPÍTULO 1

## *Presente*

—¡Comanda lista!

Kristin Moore se estremeció cuando Ned, el cocinero del Shamrock's Bar and Grill, dejó caer con fuerza otro plato sobre la ventana de la cocina. El anciano gruñón no era malo en su trabajo, pero disfrutaba haciendo saber a los demás que estaba enfadado por el retraso de las comandas. Ned era bebedor y Kristin nunca estaba del todo segura de que fuera a hacer acto de presencia en el restaurante. Hoy era uno de esos días en los que hubiera preferido que Ned y su insoportable actitud se hubieran quedado en casa.

«Qué suerte la mía que se haya dignado a venir a trabajar», pensó.

Acabó de llenar dos jarras de cerveza y cerró el grifo. El Shamrock tenía una cerveza excelente. Era su mayor orgullo. Trabajaban con varios productores locales, tal y como había hecho el padre de Kristin desde el día en que inauguró el establecimiento, varias décadas antes. Los pequeños empresarios de Amesport intentaban apoyarse mutuamente en la medida de lo posible.

Después de llevar las jarras a los clientes, se acercó a recoger el plato que Ned había estado a punto de romper y miró el triste aspecto que tenía el especial del día. El sándwich Reuben estaba empapado en salsa en lugar de presentar el apetitoso aspecto tostado habitual, y los aros de cebolla estaban pasados.

«Papá tiene que echar a Ned antes de que su dejadez en los fogones nos lleve a la ruina», pensó Kristin.

El problema era que su padre tenía demasiados quebraderos de cabeza y preocupaciones para tomarse la molestia de contratar a otro cocinero.

A ella no le habría importado encargarse de la cocina, pero eso habría supuesto dejar a Ned en la barra, algo que no podía hacer. Acabaría bebiendo más que los clientes.

Kristin tuvo que reprimir la imperiosa necesidad de adecentar los ingredientes del plato para que al menos tuviera un aspecto más presentable, y lo sirvió en una de las mesas. Ned llevaba varios meses cocinando fatal.

El Shamrock estaba casi lleno, de modo que la única esperanza que le quedaba era que la comida tuviera mejor sabor que aspecto.

«Que pidan postre, por favor».

Le sirvió el plato al hombre de mediana edad con una sonrisa, con la esperanza de que tuviera suficiente hambre para pedir el postre especial del día.

Lo había hecho ella misma con las deliciosas mermeladas que hacía su amiga Mara, por lo que estaba convencida de que el pastel de queso y arándanos estaba buenísimo. Había seguido la receta de su madre, la misma que llevaba utilizando varios años.

Miró el reloj y vio que solo eran las cinco de la tarde.

«¡Cuatro horas más!».

Se le estaba haciendo muy largo el turno, sobre todo después de haberse pasado el día en la consulta de la doctora Sarah Sinclair, trabajando de enfermera. Faltaba una eternidad hasta la hora de cierre.

Estaba agotada.

Le dolían los pies.

No le quedaba más remedio que seguir sirviendo platos combinados hasta acabar el servicio.

Además, el Shamrock estaba a reventar, algo que no era muy habitual. Era viernes por la noche y sabía que el fin de semana también iban a tener mucho trabajo, ya que en Amesport se organizaba un festival de arte. Main Street estaba cerrada al tráfico y los artistas y vendedores instalarían sus casetas a primera hora de la mañana para exhibir sus obras.

Al parecer, todos los artistas eran muy madrugadores.

La organización del acto era un intento por conseguir que los turistas siguieran visitando Amesport a pesar de que el verano ya solo era un vago recuerdo en la memoria de todos. Por suerte, parecía que la nieve se iba a hacer de rogar, por lo que iba a hacer frío, pero el festival sería un éxito. La ciudad tenía un plan de emergencia para trasladarlo todo al Centro Juvenil de Amesport si el tiempo empeoraba, pero hasta entonces habían disfrutado de

un otoño y unos primeros días de invierno bastante cálidos.

Amesport necesitaba ese tipo de acontecimientos en invierno porque una gran parte de sus habitantes vivían del turismo estival. Grady Sinclair, uno de los varios multimillonarios del clan Sinclair que había fijado su residencia en la localidad, estaba haciendo todo lo posible por ayudar a su mujer, Emily, para darle un poco más de vida a la ciudad en temporada baja.

—¡Plato!

Kristin se estremeció cuando Ned dejó caer los platos en el mostrador de acero.

«¡Maldito viejo!», pensó.

Debería estar acostumbrada al mal humor y a los gritos del cocinero, a su predilección por romper los platos en lugar de hacérselos llegar a los clientes, pero a pesar de todo aún se sobresaltaba cada vez que Ned profería uno de sus bramidos antes de «tirar» el plato. Gritaba de tal manera que debían de oírlo desde el edificio de al lado.

No había ningún motivo para que pegara semejantes berridos. Kristin se encontraba solo a metro y medio del malhumorado cocinero.

«Paciencia, paciencia, paciencia», pensaba.

Intentó contener su carácter irlandés, tal y como hacía su padre. Su madre era toda una santa, pero Kristin sabía que ella se parecía mucho más a su padre: no se enfadaba fácilmente, pero cuando llegaba al punto de no retorno, estallaba como los fuegos artificiales del Cuatro de Julio.

En esos momentos, con el local a rebosar de clientes y el cansancio que se había apoderado de ella, Ned estaba prendiendo la mecha de su mal humor.

—No hay ninguna necesidad de que te comuniques a gritos —le dijo Kristin al cocinero, mientras recogía los platos y se los ponía en el brazo.

Ned levantó la cabeza y la miró.

—Sí que la hay. Es la única forma de aguantar toda la noche. Odio este trabajo. En Boston, al menos tenía enfermeras guapas con minifalda a las que mirar. Pero aquí, en este tugurio, ni eso.

Kristin se quedó boquiabierta, como un pez fuera del agua. ¿Qué diablos podía replicar? Estaba a punto de perder los estribos, y no porque hubiera insinuado que no era guapa, sino porque su padre le había dado una oportunidad, a pesar de que no tenía demasiadas referencias. Era obvio que a ese capullo siempre lo habían echado de anteriores trabajos por culpa de sus problemas con la bebida. Sin embargo, su padre había confiado en que Ned

sería capaz de enderezar su vida.

Pero no había sido así.

Kristin sabía que ya lo habían detenido en una ocasión en Amesport por conducir borracho, y era obvio que no iba a dejar de empinar el codo.

Lo miró como si fuera un paciente más de la consulta y vio que tenía la nariz roja y los ojos inyectados en sangre de un alcohólico, esa mirada turbia de aquellos que no pueden dejar de beber.

Sentía pena por Ned, pero también estaba furiosa con él.

El alcoholismo era una enfermedad, pero su padre se había fiado de la promesa que el cocinero le había hecho. Y aun así no se había esforzado lo más mínimo para cambiar de hábitos. Ned y Dale Moore eran antiguos compañeros de la marina, y cuando Ned lo llamó, él no se lo pensó dos veces... como era habitual. El padre de Kristin había ayudado a su amigo, le había buscado un piso asequible y le había dado trabajo sin hacer demasiadas preguntas. El cocinero, a cambio, se había aprovechado de la amistad que los unía, de la buena fe de su excompañero, y ni siquiera había intentado asistir a una reunión de Alcohólicos Anónimos.

Al final Kristin sirvió a los clientes sin replicar. Cuando volvió, se acercó a Ned y le dijo:

—No levantes la voz, ¿de acuerdo? Molestas a los clientes.

«¡Y a mí!», pensó.

Oyó las palabrotas que soltó, sin esforzarse demasiado en disimularlas, antes de que ella se diera media vuelta y empezara a preparar unos cócteles. No tenía ningún problema en atender las mesas, pero le costaba algo más preparar los cócteles que no conocía tan bien. La mayoría de los clientes pedían cerveza o combinados sencillos. En verano, una gran parte de su clientela eran turistas que querían degustar cervezas artesanales.

—Mai tai —murmuró para sí, frunciendo las cejas mientras consultaba la guía que utilizaba para preparar las bebidas más elaboradas.

—Yo me encargo, señorita —le dijo una voz masculina mientras ponía una copa en la barra.

Kristin levantó la vista y se encontró frente a la cara más amable que había visto en los últimos tiempos: un hombre de la edad de su padre que le guiñó un ojo y la invitó a hacerse a un lado de buenas maneras.

El tipo no dejó de hablar mientras preparaba el cóctel:

—Aunque no lo parezca, no es nada fácil preparar un buen mai tai. Cualquiera puede mezclar los ingredientes, pero no siempre se hace bien.



El desconocido empezó a hacer malabarismos con distintas botellas, mientras alternaba los ingredientes en una coctelera.

—No debería ser amarillo o rojo. Un buen mai tai es suave y con un tono tostado.

Kristin sabía que la reacción más lógica habría sido preguntarle a aquel tipo qué diablos hacía tras la barra del local de su padre, pero se quedó embelesada observando su maestría y habilidad con las botellas. Saltaba a la vista que sabía lo que hacía. De hecho, nunca había visto a nadie con tanta destreza.

Cuando acabó de preparar el cóctel, ella reunió el valor necesario para abrir la boca.

—¿Quién es usted? ¿Y qué hace detrás de mi barra?

El hombre se llevó una mano al pecho.

—Ahora es mía. Yo diría que no os vendría nada mal mi ayuda.

Kristin miró a su alrededor, presa del pánico, preguntándose si aquel tipo era un chalado. Había llegado mucha gente de fuera para asistir al festival y no le sonaba su cara. Llevaba pantalones cortos hasta las rodillas, una camiseta, chancas... Un atuendo demencial teniendo en cuenta que estaba a punto de llegar el invierno al noreste.

Su mirada se cruzó con dos ojos azules que la habían acechado en sus sueños más húmedos durante meses. Era tan guapo que notó cómo se le aceleraba el corazón.

Poco importaba que lo conociera, o que su relación fuera distante y poco fluida. Muy a su pesar, su cuerpo reaccionaba con vida propia cada vez que lo veía.

«¡Julian Sinclair!».

Estaba apoyado en la barra, con una sonrisa en los labios, mirándola con esos ojos azules que destilaban picardía.

—Va a sustituirte durante una temporada. Tenemos que asistir a una boda.

Kristin sintió una punzada de dolor porque no iba a ir al enlace de Micah y Tessa. Había hecho muy buenas migas con ella, una patinadora olímpica de Amesport que había perdido el oído hacía varios años. Como su mejor amiga, Mara, estaba casada con uno de los miembros del clan Sinclair, Kristin había llegado a conocer y a trabar buena amistad con gran parte de la familia... salvo con Julian. Habitualmente, cuando coincidían se comportaba como un cretino.

Tessa iba a casarse con el hermano mayor, Micah Sinclair. Kristin era una de las pocas personas que no pertenecía a la familia que iba a asistir a la ceremonia de Las Vegas, y aunque Micah corría con todos los gastos, Kristin no podía dejar tirados a sus padres y el bar.

Esa misma tarde, cuando Sarah salió de la consulta antes de tiempo para tomar un avión a Las Vegas con su marido, se había apoderado de ella una sensación de melancolía de la que no podía desprenderse.

—No voy a ir —le dijo a Julian con una mirada de confusión—. Ya le dije a Tessa que no podría.

—Sí que vas a ir —replicó Julian con firmeza—. He venido a recogerte. Tessa se llevaría una decepción tremenda si no fueras.

Kristin estaba disgustada. Nunca había estado en Las Vegas y se moría de ganas de asistir al final feliz de Tessa, después de tantos años de sufrimiento.

—No puedo —replicó ella con algo más de convencimiento y le lanzó una mirada de advertencia a Julian para que no le llevara la contraria.

Sin embargo, fue un error mirarlo a los ojos. Era tan guapo que parecía capaz de derretir los glaciares de Groenlandia con su mera presencia. No era de extrañar que estuviera tan solicitado como actor. No solo era muy atractivo, con su pelo rubio estudiadamente despeinado y los ojos azul celeste enmarcados por unas pestañas que eran la envidia de cualquier mujer, sino que tenía un cuerpo tan tonificado y musculoso que parecía la reproducción en carne y hueso de cualquier estatua de un dios heleno.

Era tremendamente injusto que existieran hombres tan pecaminosamente perfectos como Julian Sinclair. Pero lo más injusto de todo era que tuviera talento y fuera atractivo. Con un premio de la Academia en su haber y un segundo éxito de taquilla, debía de ser uno de los actores más famosos de Hollywood. Además, era asquerosamente rico, miembro del clan Sinclair. Por desgracia, también era un cretino. Engreído. Mandón. Arrogante. Demasiado acostumbrado a salirse con la suya.

Si bien Kristin había logrado ver el lado más íntimo de Julian en alguna que otra ocasión, por lo general seguía siendo un capullo estúpido.

—Tu bolsa está en el coche y nos espera mi avión. Mara te ha preparado la ropa con la ayuda de tu madre. Al parecer, tus padres no tienen ningún inconveniente en que te sustituya alguien. Quieren que vayas. Les hace felices que te tomes un par de días y disfrutes del fin de semana.

«¿Mis padres saben que dejé escapar la oportunidad de ir a Las Vegas?»

¡Cabrón! Es imposible que Mara se lo haya contado por voluntad propia sin que Julian haya metido baza».

Los padres de Kristin eran su mayor punto débil y sabía que se llevarían un disgusto si rechazaba la oferta del viaje a Las Vegas para atender el negocio familiar. Si le hubiera dicho a su padre que deseaba ir, este habría cerrado el local unos días de haber sido necesario. Pero ella no quería que se viera obligado a hacerlo. No podían permitirse el lujo de perder todo un fin de semana de ingresos.

No acababa de estar muy segura de por qué se había enzarzado en aquella discusión. Lo que le estaba pasando tenía toda la pinta de ser una broma de mal gusto. Por algún motivo que ignoraba, Julian disfrutaba metiéndose con ella. Se lo pasaba en grande.

«No puede estar hablando en serio», pensó.

—Mira, no puedo —insistió Kristin, que se dio la vuelta y vio que los clientes empezaban a agolparse en la barra para pedir bebidas y disfrutar de la exhibición del nuevo camarero—. Aunque haya alguien que se encargue del bar, tengo que encargarme del turno de la comida y de la cena del fin de semana.

Julian rodeó con el brazo a una chica rubia que tenía al lado y se acercó hasta Kristin.

—Esta es Sandie Retzlaff. —Señaló con la cabeza a la camarera—. Él es su marido, Carl. Sandie sabe cocinar y Carl, como habrás visto, puede encargarse sin problemas de la barra. Está acostumbrado a trabajar en locales llenos de gente. Y le encanta presumir de sus habilidades.

—Voy a echar un vistazo a la cocina —le dijo Sandie a Julian con una sonrisa, y cruzó la puerta que daba a la zona de preparación de alimentos.

Kristin agarró a Julian de la manga de su jersey azul celeste.

—Será una broma, ¿verdad? Sandie y Carl Retzlaff son los dueños del restaurante Retzlaff de California. No pueden... no pueden ser ellos, ¿verdad? —Señaló con la cabeza al camarero.

—Sí, ahí tienes a tu dúo dinámico. Ahora que Carl ya ha compartido todos sus conocimientos con sus camareros, se aburre. Quería un desafío.

—Sandie Retzlaff es una cocinera de primera y una mujer de negocios de gran éxito.

Kristin había oído hablar de ambos. La mayoría de la gente del mundo de la restauración conocía su fama. Y su elegante restaurante era famoso en todo el país por la comida excelente que ofrecía y las habilidades de los

bármanes, capaces de preparar algunos de los cócteles más elaborados.

—Carl también tiene un gran talento. Ha ganado varios concursos de cócteles en todo el país —añadió Julian con un tono amable—. Y ahora, en marcha. Nos espera Las Vegas y, no sé tú, pero yo tengo hambre y me apetece un trago.

—Mi barman lleva chanclas —replicó ella—. No puedo dejar el Shamrock así como así y largarme a Las Vegas.

Kristin era incapaz de irse sin más. Quizá Julian sí que podía, pero ella no era una Sinclair y su vida no se regía por los mismos caprichos.

No sabía hacer otra cosa que no fuera trabajar.

Y siempre tenía responsabilidades que atender.

—Tessa va a casarse. No vas a dejar abandonado a nadie y esto no afectará al negocio de tus padres. He convencido a dos de los profesionales más capaces del país para que se encarguen del Shamrock durante tu ausencia. Ya te dije una vez que estábamos en deuda contigo por el favor que me habías hecho. Pero tú no has querido cobrártelo, así que aprovéchate de mí ahora.

Kristin vio por el rabillo del ojo que cada vez se arremolinaba más gente en torno a la barra para presenciar el espectáculo de Carl. ¿Desde cuándo se había convertido en un espectáculo la preparación de cócteles? Le pareció oír que el barman hablaba de sus años en los marines mientras se lucía con una serie de malabares algo arriesgados, antes de servir varias bebidas con un gesto espectacular.

—No. Puedo. Irme —insistió Kristin con un deje irritado. Las artimañas de Julian estaban durando más de la cuenta.

No entendía por qué se había tomado tantas molestias para hacerla sentir culpable, pero en el fondo le daba igual. No tenía por qué defenderse. Solo quería que se fuera cuanto antes.

—Claro que puedes —dijo Julian en un tono de voz irritablemente tranquilo.

—El cocinero me está dando problemas —le confesó.

En cuanto pronunció esa frase, Ned salió volando de la cocina y cayó de bruces detrás de la barra.

Sandie asomó la cabeza por la ventana y gritó:

—¡No se te ocurra volver a poner un pie en la cocina! ¡Si no puedes hacer una hamburguesa decente sin comportarte como un cretino, estás despedido!

Kristin se mordió el labio para reprimir la sonrisa mientras observaba a Ned, que se puso en pie y salió del bar, cojeando.

La chef había tardado menos de un minuto en cantarle las cuarenta a Ned. El mero hecho de ver a alguien poniéndolo en su sitio casi compensaba toda aquella farsa.

—Ya no es un problema —dijo Julian con deje irónico, agarrándola de la mano—. Nos vamos.

Ella intentó zafarse.

—No, no nos vamos. No puedes entrar aquí como si nada, cambiar a todo el personal y esperar que salga por la puerta contigo sumisamente.

—Eso es lo que espero —le espetó con una voz de barítono que le provocó un escalofrío a Kristin—. ¿De verdad quieres defraudar a todos los invitados de la boda de Tessa?

—Claro que no —respondió ella, enfadada consigo misma por sucumbir al sentimiento de culpa que había azuzado Julian—. Pero no puedes llegar aquí y organizarme la vida para salirte con la tuya —exclamó, apartándose de él—. Por supuesto que quiero ir a la boda, pero hace tiempo que me di cuenta de que una no siempre puede conseguir todo lo que quiere.

—El único motivo para que no vayas es tu terquedad.

Julian ya no sonreía, y su expresión ya no era de diversión, sino de simple determinación.

Kristin se encogió de hombros.

—Tú piensa lo que quieras, pero no me gusta que me digas lo que tengo que hacer. No soy una de tus empleadas ni pertenezco a tu club de fans.

—Aquí no se trata de pensar. Solo digo que me he encargado de solucionar tus obligaciones —añadió Julian con toda naturalidad—; quería ponerte las cosas fáciles para que pudieras ir a la boda. Pero debería haberme imaginado que serías tan tozuda. Si no puedo hacerlo por las buenas, tendré que hacerlo por las malas. —Levantó la voz—. Eh, Carl. Necesito de tus dotes de pasador. Salida forzosa.

Sin perder ni un segundo, el barman cogió el bolso que Kristin tenía bajo la barra, lo lanzó por encima de la multitud y Julian lo pescó al vuelo. Fueron un lanzamiento y una recepción perfectos.

Kristin aún estaba intentando soltarse cuando Julian la agarró con un brazo, se la echó al hombro como si no pesara nada y la sacó del Shamrock sin mediar palabra.

## CAPÍTULO 2

—Ni se te ocurra —le advirtió Julian cuando se dejó caer en el lujoso asiento de la limusina.

—¿A qué te refieres? —preguntó Kristin, hecha una furia.

—Si saltas de un vehículo en marcha, tienes muchas probabilidades de romperte el cuello, lo cual sería una pena porque te perderías la boda de Las Vegas.

A Kristin le molestaba sobremanera no solo que Julian le hubiera leído el pensamiento, sino también que hubiera llegado a la misma conclusión que ella. No podía saltar de un vehículo en marcha de ninguna de las maneras.

Le había indignado tanto su comportamiento que no había sido capaz de articular palabra hasta entonces, cuando ya hacía varios minutos que se habían puesto en marcha. Aún no entendía cómo había sido capaz de entrar con la limusina en una calle cortada al tráfico, pero Kristin estaba convencida de que tenía algo que ver con el hecho de que el jefe de la policía local fuera Dante, el primo de Julian. El jefe anterior se había retirado unos meses antes y Dante Sinclair aceptó el cargo cuando se lo ofrecieron.

Kristin fulminó a Julian con la mirada. Aunque estaba oscureciendo, el vehículo disponía de luz interior para los pasajeros. Por lo que había visto hasta el momento, tenía de todo, cualquier lujo que se le pudiera ocurrir a alguien. Es más, era tan espacioso que bien podría organizarse una fiesta dentro.

Por desgracia, lo último en lo que le apetecía pensar en esos momentos era en fiestas.

Observaba a Julian, arrellanado en el asiento delante de ella, con las piernas abiertas; tenía la actitud de alguien que no acababa de secuestrar a una mujer en el bar de su padre, como si no hubiera nada en el mundo que pudiera interponerse entre sus deseos y él. Rezumaba una especie de feromonas de macho alfa que la hacían sentirse muy incómoda. Sí, claro, era

guapo. A fin de cuentas, era una superestrella de cine. Pero había algo en él... como si no estuviera a gusto consigo mismo, que también la incomodaba.

A menos que estuviera actuando, Kristin creía que no se preocupaba demasiado por su aspecto. Pero a pesar de los vaqueros gastados y del jersey azul celeste que llevaba, destilaba confianza en sí mismo. En honor a la verdad, ese estilo informal le sentaba muy bien. Si a eso se le añadía su pelo rubio, estudiadamente alborotado, que le daba ese aspecto como si acabara de salir de la cama —en plan «soy guapo y no puedo evitarlo»— y sus expresivos ojos azules... no era de extrañar que todas las mujeres quisieran llamar su atención.

Kristin tuvo que hacer un gran esfuerzo para apartar la mirada de aquel cuerpo escultural que descansaba frente a ella y le preguntó:

—¿Por qué te preocupa tanto que pueda saltar del coche? Aún no entiendo qué haces aquí.

—Ya te lo he dicho. Mara me dijo que no había podido convencerte para que fueras a la boda, así que decidí pasar a recogerte. —Hizo una pausa antes de añadir—: Y al final resulta que he tenido que recogerte, en sentido literal.

«¡Cabrón engreído!», pensó ella.

—No me has recogido, me has secuestrado —lo acusó ella, que no podía acabar de creer todo lo que estaba pasando—. Y has dejado el negocio de mis padres en manos de un hombre que viste pantalón corto y chanclas.

—Carl opina que le quedan bien. Le gusta impresionar a las mujeres. Creo que aún no has visto su «meneo» especial marca de la casa, pero a los clientes les encanta. Y si quieres que sea sincero, les dije que veníamos a la costa, pero no a cuál hasta que Sandie y él subieron al avión.

Kristin se cruzó de brazos y fulminó a Julian con la mirada.

—Está casado. No debería preocuparse de lo que piensan las mujeres.

—Tranquila, no es de esos que buscan algo, solo le gusta llamar la atención. De hecho, es el mejor barman del país. Cuando volvamos, podrás comprobar que los ingresos de tus padres se habrán multiplicado por diez. Entre la maestría de Sandie en los fogones y la experiencia de Carl con los cócteles, habrá cola para entrar en el Shamrock. Mira, son amigos míos y me están haciendo un favor muy grande. ¿No puedes dejar a un lado tu orgullo y admitir que quieres ir a la boda? Pareces agotada. —Julian enarcó una ceja de modo inquisitivo—. A lo mejor simplemente quería que vinieras a la

ceremonia. A lo mejor no quería ser el único hombre sin acompañante. A lo mejor no he podido olvidar lo que sentí al besar esos labios, esos morritos con los que me dedicas tus mohínes, o la química que existe entre nosotros. —Vaciló unos instantes antes de añadir—: Después de probarlos, sabías que volvería a por más.

Kristin abrió la boca, la cerró e intentó asimilar lo que acababa de decirle.

—Solo fue un beso, nada más.

¡Por el amor de Dios! ¿Qué necesidad había de mencionar ese día, que sucedió no hace tanto, cuando la dejó con ganas de mucho más después de rodearla con un abrazo que ella no habría de olvidar nunca? La temperatura del interior de la limusina empezó a subir al recordar lo que sintió en aquella ocasión.

Desesperación.

Anhelo.

Libertad... aunque solo fugazmente.

Lanzó un suspiro involuntario y se reprendió a sí misma al ver cómo la observaba Julian, como si estuviera buscando algo que ella no acababa de comprender.

—No es verdad que no fuera nada —repitió Julian con voz grave—. Fue algo.

Kristin no quería recordar su apasionado encuentro. Tenía que concentrarse en el hecho de que la había sacado a rastras del bar de sus padres y la había metido en una limusina, como si tuviera todo el derecho del mundo a hacerlo.

Respiró hondo, incapaz de evitar que su cuerpo reaccionara al aroma que desprendía Julian y que impregnaba todo el vehículo. Era un olor tentador, una mezcla de menta, sándalo, almizcle y sexo desenfrenado.

«No pienses en ello».

Tuvo que hacer un auténtico esfuerzo para reprimir el deseo de abalanzarse sobre él y dejarse llevar por la sensación embriagadora de establecer contacto físico íntimo con un hombre que tenía toda la pinta de saber satisfacer los instintos más básicos de una mujer.

—¿De verdad esperas que me crea que has dado este rodeo, hasta la costa este, para tener una cita? Seguro que en California hay muchas mujeres que se mueren por estar contigo. ¿Por qué no has elegido a una de ellas? Yo no soy de tu tipo y estoy segura de que no quieres dejarte ver en público



conmigo para que te saquen fotos, Famosete.

Kristin usó a propósito el apodo que le había puesto el día que se conocieron. Él la llamaba «Rojá», un mote que ella detestaba, por eso había decidido vengarse de él. No tanto porque fuese arrogante, que lo era, sino para recordarse a sí misma que no tenían nada en común.

Ella no era rica.

No era una estrella de cine.

Y no era una fan embobada.

Kristin trabajaba todo el día, de sol a sol, para mantener a su familia. No tenía tiempo para pensar en los besos de una estrella de cine. Sus caminos se cruzaban de vez en cuando, pero vivían en universos distintos.

Kristin se secó las manos sudadas en los vaqueros, resistiendo la tentación de arreglarse la coleta, y lamentó no llevar una blusa más bonita, en lugar de la sudadera que se había puesto, con el logo del Shamrock.

«¿Qué más da el aspecto que tenga? No estoy aquí para impresionarlo».

—Sí, me he desviado por ti, y no, no quiero que nos hagan fotografías juntos. Lo último que deseo es que tengas que vivir como yo —dijo en un tono tan melancólico que logró captar la atención de Kristin.

Julian Sinclair tenía todo aquello que podía desear cualquier hombre. Era multimillonario desde mucho antes de que alcanzara la fama. ¿Qué había de malo en ello?

—¿Qué es lo que no te gusta de tu vida? —preguntó ella con curiosidad.

—Tener que vivirla escondiéndome de la prensa, acosado como una presa cada vez que piso la calle. No me queda más remedio que asimilar que nunca voy a estar solo porque hay cámaras por todas partes. Siempre hay gente que intenta entrar en mi casa para conocerme y ya he perdido la cuenta de todas las veces que he tenido que cambiar de número de teléfono —gruñó—. Soy objeto de una gran atención, pero no siempre resulta agradable.

—Creía que te gustaría. Bueno, salvo la parte de la gente que entra en tu casa. Lo has conseguido, eres una estrella de fama mundial. Todo el mundo te quiere.

—La fama forma parte de lo que hago. Estoy en la luz pública desde que nací por el mero hecho de ser un Sinclair, pero nunca había alcanzado este extremo. No me gustaría verte sometida al bombardeo de los medios de comunicación. Son implacables.

Sus palabras le hicieron pensar en el día en que coincidieron cuando a él lo perseguía un grupo de fans descerebradas. Kristin se había apiadado y lo

había ayudado a darles esquinazo. Quizá había sido ese atisbo de vulnerabilidad lo que la llevó a ayudarlo. Le recordó a un zorro que huía de una jauría de perros de caza.

A decir verdad, ella no estaba pensando en su calidad de vida cuando había dicho que Julian no querría que les hicieran fotografías juntos. Simplemente creía que no se parecía en nada a las mujeres con las que lo habían fotografiado en el pasado: actrices de primera fila, supermodelos y otras mujeres despampanantes de la industria cinematográfica.

—Además, nadie se tragaría que estamos saliendo —le espetó ella—. Por si no te has fijado, soy pelirroja y tengo una melena muy rebelde, el cuerpo cubierto de pecas y me sobra algún kilo. Insisto... no soy de tu tipo.

No era insegura, sino más bien realista. Las mujeres como ella no solían tener citas con hombres como Julian Sinclair. Estaba encantada con los genes que le habían tocado en herencia, y se había resignado a la idea de que nunca estaría delgada como una modelo. No tenía esa complejión.

Se hizo el silencio en la parte posterior de la limusina, mientras Julian deslizaba su mirada por la cara y el cuerpo de Kristin con una expresión impertérrita.

—Mi entrepierna no está de acuerdo con esa afirmación, y yo tampoco —replicó.

«¡Maldita sea! Intenta desarmarme con su descaro. ¿De verdad cree que me va a engatusar con ese comportamiento?».

—Deja de mirarme así —le pidió, molesta, consciente de que estaba jugando con ella. Porque estaba jugando, ¿no?

Julian se inclinó hacia delante, apoyando las manos en sus piernas musculosas, duras como una piedra.

—¿Así, cómo? —preguntó con su voz grave de barítono.

Kristin se reclinó en el asiento para aumentar la distancia que los separaba.

—Como si me encontraras atractiva —balbuceó ella—. No me gusta.

—No te vayas a creer ahora que me emociona especialmente que me la pongas tan dura cada vez que te veo, Escarlata. Pero tampoco puedo negar la verdad.

Ella enarcó una ceja.

—¿Escarlata?

Julian se encogió de hombros.

—Me has dicho que no te gusta que te llame Roja.

—Preferiría que no te refirieses a mí como un color de pelo —le soltó ella con brusquedad.

—A mí tampoco me gusta ser un Famosete —replicó él, con una sonrisa burlona y desafiante.

Kristin apartó la mirada el tiempo suficiente para darse cuenta de que estaban a punto de llegar al aeródromo que había a las afueras de Amesport. Presa del pánico, pegó la nariz a la ventanilla para intentar ubicarse, antes de volverse hacia él.

—¡Ya basta! Tienes que llevarme a la ciudad. Ya te has divertido lo que has querido.

La sonrisa de Julian llegaba de oreja a oreja.

—Aún no nos hemos «divertido». Pero seguro que cuando lleguemos a Las Vegas habrás aprendido a sonreír.

—No puedo ir a Las Vegas. No puedo. Esta broma ha llegado muy lejos.

Kristin temía que Julian fuera a obligarla a subir a su avión, por las buenas o por las malas.

¿Acaso pensaba seguir adelante con esa broma sin gracia? La situación era tan indignante que empezaba a sentirse como la víctima inocente de una gamberrada.

—Vas a venir conmigo —replicó él con arrogancia, reclinándose en el asiento, como si tuviera todo el derecho del mundo a decirle lo que debía y no debía hacer.

Pero ¿es que era posible que estuviera hablando en serio? ¿Que no fuera una broma? Julian había adoptado una actitud implacable y muy seria.

¿De verdad que Mara le había hecho la maleta con la colaboración de sus padres? ¿Y si era cierto que tenía sus cosas en el maletero?

—Esto no es una broma, ¿verdad?

—No he dicho que lo fuera —replicó Julian con toda la calma del mundo—. Mi hermano mayor va a casarse, algo que yo nunca creí que ocurriría. Todas tus amigas van a ir. ¿De verdad quieres quedarte en Amesport y dejar pasar la oportunidad de asistir a la ceremonia de Tessa y Micah?

Julian la miraba con expectación, esperando su respuesta.

Su comentario sobre renunciar a aquello que deseaba le había partido el corazón. A lo largo de su vida había tenido que renunciar a muchas cosas, y no lo lamentaba. Pero a veces se había sentido distinta a los demás, y en

ocasiones incluso le había dolido.

El corazón empezó a latirle con fuerza y se lamió los labios con nerviosismo mientras asimilaba que Julian había ido a recogerla para llevarla a la boda.

El sentimiento de indignación no había remitido por completo, pero se había calmado lo suficiente.

—No puedo ir.

—Claro que sí. Tengo tu maleta y me he ocupado de todo lo demás. No seas tan tozuda, Escarlata. Tómate el fin de semana libre y disfruta. No te pasará nada malo. ¿Cuántas veces te han ofrecido un fin de semana con todos los gastos pagados?

El vehículo se detuvo y Kristin intentó agarrar la manecilla para salir.

Nunca tenía vacaciones. Su vida no era así. No podía tomar un avión y largarse a Las Vegas sin más. No era que no se muriera de ganas de ir. De hecho, había estado a punto de ceder a los intentos de persuasión de Mara y pedirle a su padre si podía sustituirla en el Shamrock durante el fin de semana.

Sin embargo, ella sabía que debía ocuparse del bar, no era el fin de semana ideal para tomárselo libre.

Además, tenía el otro problema embarazoso...

Intentó salir del vehículo, pero Julian se lo impidió.

—Ahora no puedes irte. Ya estamos en el aeropuerto.

—Déjame salir —exigió ella, apretando los dientes.

—¿Qué te pasa, Kristin?

Presa del pánico, se aferró a la puerta.

—Vamos. Déjame. Salir.

Julian abrió la puerta, salió y la agarró del brazo para ayudarla a bajar del coche.

Kristin intentó respirar hondo, sin importarle el frío.

—¡Mierda!

—Pero ¿qué te pasa? —preguntó Julian, confundido.

Kristin no respondió. No podía. Se volvió para ponerse de espaldas a Julian, se inclinó hacia delante, apoyó las manos en las rodillas y empezó a vomitar.

## CAPÍTULO 3

—¿Se encuentra mejor?

—Creo que sí —murmuró Julian por teléfono. Había llamado a Sarah, la mujer de su primo Dante, que ejercía de doctora en Amesport. Su primo y su mujer ya estaban en Las Vegas para asistir a la boda de Micah. Sarah fue la primera persona que le vino a la cabeza al ver que Kristin no estaba bien—. Ha comido y ha tomado una dosis de Dramamine. Dice que se siente mejor.

—Bien. Nos vemos en breve —le dijo Sarah muy feliz—. Me alegro mucho de que vengas con ella. No le vendrá nada mal tomarse unos días de descanso. Llevaba tiempo intentando convencerla, yo y todos los demás. Está claro que tus dotes de persuasión son más efectivos que los nuestros.

Julian sentía remordimientos al pensar en la cara que había puesto Kristin cuando la dejó en el asiento del avión, después de subirla a bordo en brazos. Estaba pálida y débil, sin atisbo de su actitud rebelde, algo que él echaba de menos. Verla enferma y desvalida había sido insoportable. Después de comer, Kristin se había encerrado en el baño con su maleta para asearse. ¡Maldita sea! Quizá tenía mejor color después de la comida y de tomarse los medicamentos. Quizá había dejado de vomitar. Pero él todavía se sentía como un idiota. ¿Cómo iba a saber que se mareaba tan fácilmente? Era la primera vez que viajaban juntos.

¿Por qué no le había dicho nada al subir a la limusina?

—¿Puede viajar? O sea, ¿volverá a marearse? —preguntó, ávido por saber todo aquello que pudiera servirle para hacerla sentir mejor.

—Lo dudo —contestó Sara, que levantó la voz para que pudiera oírlo por encima del ruido de fondo del casino—. Le conviene comer pequeñas cantidades y a menudo, sobre todo proteínas, y dale dos pastillas más dentro de cuatro horas. Es un viaje largo.

Julian sabía que tardarían más de cuatro horas en aterrizar en Las Vegas.

—De acuerdo. ¿Algo más? —preguntó nervioso.

—No, eso es todo. Estará bien. Cálmate, que parece muy preocupado. Estos mareos no son graves. Si se encuentra mejor, podéis ponerlos en marcha.

«Para ti es fácil decirlo», pensó Julian. Era médica. Él nunca se había sentido tan impotente como en el momento en que sujetaba el cuerpo sin fuerzas de Kristin cuando empezó a vomitar. Soportando las arcadas, que siguieron incluso cuando ya no le quedaba nada en el estómago.

Sarah y él colgaron cuando le contó la agenda de actos de la boda para el día siguiente.

Impaciente, se puso a tamborilear con los dedos en la mesa de madera que tenía ante sí, sin apartar la mirada de la puerta del dormitorio, después de dar permiso al piloto para que empezara con los preparativos.

«¿Qué diablos hace? ¿Y si se encuentra mal otra vez?».

Se levantó y se dirigió a la parte posterior del avión, donde se encontraba el dormitorio del avión privado. ¿Debía llamar a la puerta del baño?

Miró en la habitación y vio la maleta de Kristin en la cama, abierta. Era obvio que había buscado ropa limpia que ponerse.

Julian sonrió al ver el lujoso interior del avión. Durante años había resistido la tentación de tener avión propio porque quería gastar lo mínimo imprescindible para llegar a lo más alto del mundo del cine. Siempre había querido hacer su sueño realidad por su cuenta, sin aprovecharse de su apellido Sinclair para saborear las mieles del éxito. Vivía en un apartamento pequeño y viejo, para cumplir con su deber en Hollywood y ganarse la vida como buenamente pudiera hasta que lograra llegar a lo más alto.

Sentía cierta satisfacción por saber que apenas había una o dos personas en Hollywood que conocieran sus lazos familiares con los Sinclair y que, en realidad, le sobraba el dinero. Sinclair era un apellido muy vulgar y nadie se lo había preguntado nunca. Muy pocos amigos conocían su secreto, y los pocos que lo sabían no lo habían revelado a nadie. Julian había seguido la misma trayectoria que sus amigos, con paso lento pero firme, para acercarse poco a poco al objetivo de ser el protagonista de una película. Durante todo ese tiempo había aceptado cualquier papel que le habían ofrecido.

Cuando por fin llegó a la cima y consiguió aquello con lo que siempre había soñado de niño, le resultó imposible seguir ocultando su identidad. Y cuando decidió gastar una parte de su fortuna, optó por no ahorrar en costes y

compró el mejor avión del mercado. El hecho de no despilfarrar el dinero y limitarse a reinvertirlo lo había hecho aún más rico, y tenía más del que podría gastar en toda la vida y varias otras. Ahora tenía un caché muy alto, algo que había conseguido por su talento.

Gracias a esa vida tan austera que había llevado durante más de una década, se había dado cuenta de lo poco que necesitaba para vivir; no obstante, cuando se hizo pública su auténtica identidad, no le dolieron prendas en gastarse el dinero en algunos caprichos. El avión había sido su última gran compra. Si tenía que viajar tanto, la comodidad era una prioridad.

El dormitorio y el baño no eran enormes, pero estaban equipados con todo aquello que pudiera necesitar cualquier persona para hacer viajes de larga distancia con la máxima comodidad.

Julian frunció el ceño al oír que Kristin intentaba girar el pomo de la puerta, se acercó y estuvo a punto de chocar con ella cuando salió del baño.

Retrocedió unos pasos para observar su rostro y se dio cuenta de que se sentía mejor. Se había puesto unos vaqueros limpios y un suéter verde que le daban un toque más brillante y sensual a su pelo mojado. Aunque, en el fondo, poco importaba. Tenía el don de ponérsela dura como una piedra aunque se vistiera con andrajos.

Julian recordó que Kristin había dicho que le sobraba algún kilo, algo que poco tenía que ver con la realidad. Kristin tenía una silueta curvilínea, una cintura pequeña y un trasero rotundo que en más de una ocasión lo había hecho tocarse, pensando en lo fantástico que sería acariciar su piel desnuda mientras la llevaba a un orgasmo estremecedor que no habría de olvidar jamás.

—¿Estás bien? —preguntó él en voz baja, observando aquellos ojos esmeralda que le provocaron una punzada de dolor.

—Sí, eso creo —respondió ella, que pasó junto a él para cerrar la maleta.

—Perdóname —murmuró Julian, que se sintió aún peor al ver la expresión mortificada de Kristin—. No sabía que sufrías estos mareos.

—Me pasa desde niña —admitió ella, apartando la mirada de él—. Cuando mi madre dejó que me sentara delante, desaparecieron los mareos. Pero cuando me siento detrás y no puedo ver dónde voy, acabo vomitando en cuanto bajo del coche.

—¿Por eso no querías ir a Las Vegas? —Le tomó la mano y la acompañó al sofá que había en la zona para comer. No soportaba que ya no

tuviera ganas de discutir con él porque eso significaba que no se había recuperado del todo.

—En parte —confesó ella, que apoyó las palmas de las manos en la mesa cuando el avión se puso en marcha—. ¿Vamos a despegar? —gimió.

Julian asintió.

—Abróchate el cinturón.

Iba a dejar que se sentara mirando hacia delante, y él se pondría de espaldas al morro.

—Esto es una locura, Julian.

Él sonrió al darse cuenta de que Kristin empezaba a recuperar su mal carácter.

—Pues comportémonos como una pareja de locos, Escarlata. Acompáñame en esta escapada. Vamos a la boda de Micah y Tessa, nos lo pasaremos en grande en Las Vegas. Tú tienes que volver al trabajo el lunes y yo me voy a un rodaje. Hasta entonces, aprovechemos para relajarnos. Yo me ocupo de todo. No tienes ningún motivo para no ir.

Julian la observó mientras ella se mordía el labio inferior, analizando las posibles alternativas.

—Entonces te sales con la tuya. Y no lo soporto. Tengo la sensación de que lo consigues muy a menudo.

—Casi nunca —mintió él, que se levantó para abrocharle el cinturón, luego se sentó y se abrochó el suyo.

—¿Por qué lo haces? Dime la verdad. Maine está muy lejos. Has tenido que desviarte solo para recoger a una invitada más de la boda.

Él se encogió de hombros.

—Quizá no haya podido dejar de pensar en el beso que me diste.

—¿Que te di? —preguntó ella, sonrojada—. Fuiste tú quien me besó, ¿recuerdas?

Él negó con la cabeza.

—Recuerdo perfectamente que te abalanzaste sobre mí, Escarlata.

Lo cierto era que él estaba desesperado y fuera de sí. Es más, tuvo la tentación de ponerla sobre la barra del bar y hacerlo allí mismo. Por desgracia, no fue posible. Quizá ella no tomó la iniciativa para besarlo, pero reaccionó encantada. Su rendición y su entrega absoluta lo volvieron loco.

—Eso es lo que te habría gustado a ti —le espetó ella.

—Pues tienes toda la razón.

Kristin lanzó un suspiro.



—¿Es que desde que estás en Hollywood sientes la obligación de flirtear con todas las mujeres con las que te cruzas en la calle? Antes solo discutíamos.

—Son los preliminares —respondió él con una sonrisa malévola.

—Pervertido —replicó ella con algo menos de rencor.

—¿Firmamos una tregua? Durante unos días. Micah y Tessa solo van a casarse una vez.

Kristin se cruzó de brazos y lo miró fijamente, pero no pudo disimular el leve temblor de sus labios. Julian se alegró al comprobar que empezaba a ablandarse.

—¿Por qué iba a dejar de discutir contigo después de lo que me has hecho?

—¿Porque te he visto vomitar? Después de eso no nos queda más remedio que ser amigos. Hasta te he aguantado el pelo.

—Lo llevaba recogido en una coleta.

Vale... pero también era cierto que le había apartado los mechones más rebeldes. ¿Acaso no contaba?

—Lo he intentado. ¿Una tregua? —insistió.

Kristin intentó contener la risa y Julian se alegró al comprobar que sus comentarios maliciosos habían surtido efecto. Kristin siempre había demostrado un gran sentido del humor, incluso sarcástico en ocasiones.

Entrelazó un mechón de pelo húmedo en los dedos.

—Me lo pensaré.

—Tómate tu tiempo —gruñó Julian cuando el avión despegó.

«¡¿Cómo es posible?!», pensó Julian. El mero hecho de verla jugueteando con un mechón se la había puesto muy dura. Una sola imagen ocupaba su mente en esos momentos: la melena pelirroja de Kristin desparramada sobre una almohada blanca mientras él la embestía implacablemente hasta llegar al orgasmo.

—No sé si quiero ser amiga tuya. Eres arrogante, mandón, un déspota y te gusta salirte siempre con la tuya —dijo ella.

—No has tenido la oportunidad de conocer mi lado más amable —replicó Julian, que empezaba a preguntarse si querría ser amigo de sí mismo. Quizá sí era un cretino. Pero Kristin tenía algo especial, algo que lo empujaba a esforzarse por ser mejor persona.

Ella adoptó un gesto de falsa sorpresa.

—¿Insinúas que tienes un lado más amable? —Se mordió el labio como

si le estuviera costando encontrar algo bueno que decir sobre él—. Dejas buenas propinas —señaló con amabilidad.

Julian recordó la noche en que le dejó una propina escandalosamente alta cuando estuvo en el Shamrock con Micah para ahogar las penas de su primo Evan en alcohol.

—Nunca te he dado las gracias por ello —dijo Kristin con voz suave—. Llegó en un momento en que lo necesitaba de verdad.

Sus palabras eran sinceras y Julian tragó saliva, lamentando no haberle dejado una propina más generosa aún. El simple hecho de imaginarse a Kristin, y su tremendo orgullo, en apuros lo sacaba de quicio.

—De nada —se limitó a añadir—. Entonces, ¿qué? ¿Firmamos un alto el fuego?

—No durará mucho —le advirtió ella.

—¿Por qué?

—Porque harás algo para hacerme enfadar. —Volvió a apoyar las manos en la mesa cuando el avión empezó a ascender.

Julian se rio, consciente de que sería incapaz de mantener ese tono tan civilizado mucho tiempo más. Kristin tenía el don de tratarlo como una persona normal en lugar de una superestrella de cine o un miembro del clan Sinclair, algo que no hacía sino aumentar sus ganas de llevársela a la cama. Ya no recordaba la última vez que le había importado lo que pudiera pensar otra persona de él.

—¿Estás bien? —preguntó él, observando su gesto de preocupación y la postura que había adoptado con las manos.

—Sí, a veces me ayuda poner las manos en una superficie firme.

—Sarah me ha asegurado que los medicamentos también te ayudarían.

—Es verdad. Estoy bien, en serio.

No era esa la imagen que transmitía, y Julian no soportaba tanta incertidumbre.

—Pareces nerviosa —dijo.

—Es la primera vez que tomo un avión. Es... diferente.

Julian sabía que estaba a punto de cumplir veintiocho años, bastantes menos que él, pero aun así no entendía cómo era posible que nunca hubiera tomado un avión.

—¿Por qué? ¿Por los mareos?

Kristin negó con la cabeza.

—No. Simplemente nunca me ha surgido la oportunidad.

Kristin se relajó.

—¿Nunca has viajado?

—Solo en coche. No he ido a ningún sitio que estuviera tan lejos como para tomar un avión.

Sabía lo suficiente de su vida como para no dudar de que su respuesta tenía sentido.

—¿De modo que te estrenas conmigo?

Kristin puso los ojos en blanco.

—Me estreno contigo tomando un avión —replicó, enarcando una ceja—. Quizá no haya volado, pero ¿no te parecería un poco raro que tuviera veintiocho años y aún fuera virgen?

Esa pregunta hizo que Julian se imaginara a Kristin en la cama con otros hombres. No fue un pensamiento agradable. No quería imaginársela en una situación íntima con alguien que no fuera él. Presa de un instinto posesivo ingobernable, se clavó las uñas en los muslos para reprimir las ganas de abalanzarse sobre ella y hacerla olvidar que había estado con otros hombres.

Poco a poco recuperó la calma. No tenía por qué ser el primero.

Pero estaba seguro de que iba a ser el último, el mejor y el único a partir de ese momento.

## CAPÍTULO 4

Bueno... quizá Kristin no había estado con muchos hombres, pero tampoco iba a compartir su historial sexual con Julian Sinclair. Sí, vale, solo había estado con dos chicos, dos relaciones que no habían acabado de funcionar, pero eso era asunto suyo.

Julian quería una tregua y Kristin estaba dispuesta a aceptarla... de momento. Aun así, él sabía que no tardarían en volver a estar como el perro y el gato.

«¿Preliminares?».

Para Kristin, la atracción que sentía por Julian siempre había quedado oculta bajo la superficie y había logrado tenerla a raya gracias a la actitud defensiva que adoptaba ante él. Seguramente tenía sus cosas buenas, pero ella había preferido ignorarlas. Era más fácil mantener las distancias. Además, tenían muy poco en común.

«Solo es un fin de semana, un par de días libres sin trabajar, algo que nunca hago. Creo que podré soportar su carácter mandón».

—De acuerdo —concedió al final—. Si dejas de comportarte como un capullo prepotente, yo dejaré de buscarte las cosquillas.

Él asintió e inclinó la cabeza con una mirada tempestuosa.

—¿Les apetece beber algo? —La asistente de vuelo se detuvo junto a la mesa. Era una mujer muy guapa y delgada, con una melena oscura, que llevaba vestido y tacones.

Julian pidió una cerveza y miró a Kristin.

—¿Ginger ale? —preguntó ella tímidamente.

No estaba segura del tipo de bebidas que tenían a bordo, pero ya no tenía el estómago revuelto y no quería volver a sentirse indisputada. Bastante humillante había sido ya vomitar ante Julian y no quería repetir la escena.

La mujer asintió y se fue, por lo que Kristin dedujo que el bar tenía de todo.

—Bonito avión —murmuró.

No era nada fácil asimilar la opulencia que destilaba la nave. Quizá nunca había tomado un avión, pero sabía el aspecto que tenía uno normal por dentro y los que había visto en la televisión no le habían parecido tan cómodos.

La zona de asientos estaba dividida en secciones, pero todos eran de cuero color crema. Había un sofá a lo largo de toda la pared delantera, sillones individuales también de cuero y algunos más con una mesa en medio, como los que ocupaban Julian y ella. Jamás se habría imaginado que un aparato como ese pudiera disponer de un cuarto de baño y un dormitorio tan lujosos, pero había decidido sacarles el máximo partido para volver a sentirse humana.

—Me gusta. Mientras me labraba mi carrera como actor, nunca gasté más dinero del imprescindible. Quería alcanzar el éxito por mi cuenta. Si tenía que volar, usaba el avión de Micah o el de Xander, o un vuelo comercial normal.

—¿Qué tal es la experiencia de volar en un avión normal?

Kristin sentía una gran curiosidad porque nunca había volado.

—Un infierno —admitió Julian—. Sobre todo en turista. No hay espacio para estirar las piernas, y si te toca al lado de alguien que no cree en el desodorante... estás condenado hasta que aterrizas.

Kristin no pudo reprimir la risa. Le costaba imaginarse a Julian apretujado en un asiento de clase turista. Era muy corpulento, pero el hecho de que hubiera querido llevar una vida como cualquier otra persona le ablandó un poco el corazón.

—Entiendo por qué no querías que la gente supiera quién eres, pero ¿nunca tuviste la tentación de contárselo a nadie?

—Una vez —respondió él con aire pensativo—. A una chica con la que salía. Al final me alegré de no hacerlo porque me di cuenta de que ella no quería estar con un actor que luchaba por abrirse camino, sino a alguien que la ayudara a llegar a lo más alto. Quería acostarse conmigo, pero no estar conmigo.

Julian solía mostrarse distante, pero ella percibió un deje de amargura en su voz.

—Te hizo daño. Lo siento.

—Eso fue hace mucho. Poco después de acabar la universidad.

—¿Fuiste a la universidad?

Al ser actor, ella había dado por supuesto que él había dejado de estudiar después de acabar el instituto.

—A Juilliard. Mi padre quería que luchara por mis sueños, pero también que recibiera una buena educación.

—Debía de ser un hombre inteligente —repuso Kristin, que hizo una pausa antes de añadir—: Siento lo de tus padres y Xander.

Sabía lo que les había ocurrido. Casi todo el mundo lo sabía. Fue una tragedia insoportable. Los padres murieron asesinados, y aunque Xander logró sobrevivir a pesar de las graves heridas, a buen seguro nunca podría recuperarse de las secuelas físicas y emocionales.

—Gracias —dijo Julian, que cambió de tema de inmediato—: ¿Qué sueños tenías de niña? ¿Siempre has querido dedicarte a la medicina?

Ella asintió.

—De joven quería ser médica.

—¿Por qué no lo intentaste?

—Porque no era un objetivo realista en mi caso. Pero me gusta lo que hago. Trabajar con Sarah es maravilloso. Es una doctora fantástica, los pacientes la adoran. Y yo soy feliz haciendo lo que hago. —No se arrepentía de no haber estudiado Medicina ya que sus prioridades eran otras cuando acabó el instituto. Por suerte, tenía un trabajo que le encantaba—. ¿Qué tal va el rodaje de la película?

—Estamos a punto de acabar. Solo quedan un par de semanas de exteriores.

—¿Es mejor que la última de acción que hiciste?

Él negó con la cabeza.

—No lo sé. Aún no la he visto montada, pero el guion no es nada del otro mundo.

—¿Y luego qué harás? —preguntó Kristin con curiosidad.

—No lo sé. Tenías razón cuando me dijiste en el bar que las películas también pueden ser un simple entretenimiento para la gente. Les sirven para evadirse de su vida diaria de vez en cuando. Pero creo que cuando acabe el rodaje de esta, me lo tomaré con calma y esperaré a que me llegue el guion adecuado, en lugar de hacer una superproducción con un presupuesto descomunal en la que tengan más importancia los efectos especiales que la trama. Quiero hacer algo... distinto.

—¿Como tu primera película?

Julian se había estrenado en el cine con un drama lacrimógeno sobre un

hombre bipolar que se enfrentaba a su trastorno.

Él se rio.

—Sí, algo así.

—¿Cómo sabes que te llegará la película adecuada?

Él se encogió de hombros.

—Si no me llega, esperaré hasta que haya acabado de escribir mi guion.

—¿También escribes?

Ahora sí que estaba intrigada.

—Mi primera película la escribí yo. Por eso conseguí el papel protagonista. Me costó horrores encontrar a alguien dispuesto a leer el guion, pero al final di con un productor que me dio el papel principal después de pasar varias pruebas. Decidieron que la persona más indicada para interpretar a ese personaje era el hombre que lo había escrito. Creo que nunca me hubieran convocado a la prueba si no hubiera estado involucrado en el proyecto de algún modo. Así que conseguí el papel gracias a mis dotes de guionista y no de actor.

—Pero ganaste el Óscar —replicó ella.

—En realidad fueron dos. Uno al mejor guion y otro al mejor actor. Pero no habría tenido la más mínima oportunidad de conseguir un papel protagonista si nadie hubiera creído en mi guion.

Era bueno. Muy bueno. Su primera película era una obra perspicaz, profunda, de una crudeza descarnada. Kristin la había visto varias veces y siempre había acabado llorando a moco tendido.

—No sabía que la habías escrito tú. Es fantástica.

Quizá él no le caía bien, pero admiraba su talento.

—Tuve un amigo que era bipolar. Fue mi fuente de inspiración.

—¿De qué tratará la próxima?

Julian guardó silencio unos segundos antes de responder.

—Empecé a escribir un guion sobre un hombre que cae en las drogas para evadirse de la realidad.

—Como Xander —dijo ella con un tono alentador.

Sabía que Julian debía de estar preocupado por su hermano pequeño. Si tenía ganas de hablar, ella estaba dispuesta a escuchar.

—Sí. Pero no supe cómo acabarlo y tampoco tenía bien atado el inicio. De modo que decidí empezar a escribir otro y dejar este para más adelante. Era demasiado personal. El guion que estoy escribiendo ahora es una historia de amor agridulce. Totalmente ficticia.

Kristin se sintió conmovida. Ahora entendía lo mucho que se preocupaba Julian por su hermano, tanto que era incapaz de escribir una historia que le recordara las penurias que había pasado Xander.

—Está en rehabilitación —le recordó ella con voz suave—. Puede cambiar.

—Ha cambiado, pero, por desgracia, no para mejor. No lo entiendo... era el Sinclair más simpático y generoso. Y ahora es como si no lo conociera.

—Pero conserva ese fondo de buena persona.

—Es un cretino.

—No siempre ha sido así —replicó Kristin.

—Es mi hermano pequeño. Siempre son insoportables. Antes nos peleábamos y discutíamos, como la mayoría de los hermanos, pero era un ser excepcional. Al final, se le subió la fama a la cabeza. Siempre había tenido los pies en el suelo, pero ahora es un imbécil. Solo espero que pueda desintoxicarse. —Se reclinó en el sillón y se mesó el pelo en un gesto de frustración—. ¡Mierda! Entiendo que esté deprimido. Fue testigo del asesinato de nuestros padres. Su muerte estuvo a punto de destruirnos a todos. La forma en que se produjo... En pocos segundos se vivió una auténtica tragedia. Pero es como si también hubiéramos perdido a nuestro hermano pequeño. Está vivo, pero no es la misma persona que conocíamos. Ya no me entiende, pero tampoco puedo abandonarlo a su suerte —gruñó Julian.

—Es él quien debe tomar la decisión de desintoxicarse, Julian, no tú. — En la familia de Kristin nunca habían tenido un caso de adicción, pero había tratado a varios pacientes en la consulta—. Si no está dispuesto a dar el primer paso, nada podrás hacer tú por él. Dale tiempo. Ha estado en un centro de rehabilitación y eso está bien, hay que tenerlo en cuenta.

Kristin se alegró al ver que al cabo de unos instantes Julian esbozaba una sonrisa.

—¿Estás intentando levantarme el ánimo, Escarlata?

Kristin se encogió de hombros e intentó ignorar su sonrisa contagiosa.

—Me sujetaste el pelo cuando vomité. ¿No es eso lo que hacen los amigos?

Julian guardó silencio y se la quedó mirando.

El corazón de Kristin empezó a latir con fuerza cuando sus miradas se cruzaron y se le entrecortó la respiración al ver el brillo depredador de



aquellos ojos azules.

—Creo que ambos sabemos que lo que sentimos va más allá de la amistad —respondió él con voz grave—. Pero de momento... me conformo así.

—¿Por qué insistes tanto? —preguntó ella casi sin aliento, en lugar de dejar pasar el instante—. Vale, sí. Me atraes. Creo que la mayoría de las mujeres de Estados Unidos te encuentran muy guapo. Pero no entiendo qué ves en mí.

—Insisto: porque no me queda alternativa —respondió Julian misteriosamente—. No puedo no hablar de ello.

¡Maldita sea! Era una respuesta sin serlo. Era obvio que no tenía la más mínima intención de darle ninguna pista sobre por qué se había desviado hasta Amesport para llevarla a la boda. Y tampoco iba a explicarle por qué la miraba como si fuera... bueno... como si fuera tan guapa como una modelo de portada de revista que despertara su lujuria más íntima.

Los interrumpió la asistente de vuelo cuando les llevó las bebidas, y Julian aprovechó el momento para que les sirviera una comida ligera.

—No tengo hambre —añadió Kristin, dedicándole una sonrisa a la mujer preciosa que acababa de servirle un ginger ale helado en una elegante copa de cristal con servilleta.

—Trae algo igualmente —ordenó Julian, que lanzó una mirada penetrante a Kristin para que no replicara.

—He dicho que no tengo hambre —susurró ella, enfadada.

Julian levantó una mano para hacerla callar.

—Son órdenes de la doctora Sarah. Me ha dicho que tenías que comer un poco para que no volvieran las náuseas.

—¿Has hablado con Sarah? —preguntó Kristin, sorprendida.

—Estabas vomitando. ¿A quién querías que llamara? Me ha parecido que confiarías en su criterio médico. A fin de cuentas, trabajas con ella.

¡Pillada!

¿Cómo podía rebatirlo? Sarah no solo era su jefa, sino que Kristin confiaba más en ella que en cualquier otro médico que conociera.

—Si no la considerara una médica excepcional, no trabajaría con ella —confesó—. ¿Por qué la has llamado? Solo ha sido un mareo.

Sabía que se lo estaba poniendo difícil, pero es que Julian la estaba volviendo loca. Tenía la sensación de que no se daba cuenta de lo autoritario que era en ocasiones.

—Estaba preocupado —confesó él sin dudar.

Kristin jugueteó con la copa y limpió la condensación con la servilleta. Los únicos que se preocupaban tanto por ella eran sus padres y Mara, de vez en cuando. Y desde hacía un tiempo, sus padres estaban demasiado ocupados en otros asuntos para prestar atención a su hija única. Sabían que podía cuidar de sí misma. De hecho, era ella quien cuidaba de ellos ahora.

Aunque no podía decírselo a Julian, la había desarmado con dos simples palabras. Si le hubiera replicado con un comentario hiriente, habría podido asimilarlo. Pero cuando alguien hacía algo por ella, preocupado por su bienestar, le resultaba un poco... desconcertante, incluso conmovedor.

Lo único que le había ocurrido era que se había mareado, algo a lo que ya estaba acostumbrada, a pesar de que le sucedía con poca frecuencia. Aun así, Julian se había tomado la molestia de llamar a su jefa y amiga, una médica que podía confirmarle que había tomado la decisión correcta.

—Gracias, pero te he dicho que me encontraba bien —le recordó ella.

—Estaba preocupado, qué le vamos a hacer —replicó él con sinceridad—. Te has quedado pálida y te has puesto a vomitar. ¿Cómo podías estar segura de que no te pasaba nada más?

Kristin sonrió, incapaz de contenerse. Julian se había preocupado al verla mareada, toda una novedad para ella, algo a lo que no estaba acostumbrada, pero no dejaba de ser... agradable.

—Créeme, estoy acostumbrada a la sensación de mareo. Me ha pasado tantas veces a lo largo de mi vida que he aprendido a evitar las situaciones que pueden provocármela.

—¿Por qué no me lo has dicho?

—Porque estaba enfadada. Creía que solo lo estabas haciendo para tomarme el pelo y quería cortarlo de raíz. Me parecía que te estabas burlando a mi costa. Quería volver al bar y olvidarlo. A decir verdad, no me he acordado de mi problema hasta que hemos llegado al aeropuerto.

Julian tomó un sorbo de cerveza de la jarra helada antes de responder.

—No te estaba tomando el pelo —gruñó—. ¿Qué diablos te ha hecho pensar eso?

—Porque las superestrellas de cine tan atractivas como tú no suelen secuestrar a mujeres como yo. —Lo miró por encima de la copa y tomó un sorbo.

—¿Crees que soy atractivo? —preguntó Julian enarcando una ceja y con una mueca de satisfacción.

Kristin puso los ojos en blanco; no soportaba que intentara avergonzarla de aquel modo. Decidió contraatacar, echando mano de sus irritantes insinuaciones sexuales.

—Sí, Julian. Todas las noches fantaseo contigo. Tengo que cambiar las pilas de mi vibrador cada dos días y me derrito cada vez que veo tu fotografía —le dijo con sarcasmo mientras se abanicaba con la servilleta.

Julian se reclinó en el sillón con una sonrisa malévola.

—Muy bien... porque a mí me ha pasado lo mismo en los últimos tiempos. Solo pienso en besar todas las pecas de tu preciosa cara, y sueño con hacerte reír. Quiero saber si el resto de tu cuerpo está adornado con esas mismas pecas. Y si es así, también quiero besarlas. Cuando me ducho, me masturbo pensando en ti, en las ganas que tengo de hacerte gritar de placer recorriendo hasta el último rincón de tu sexo con la lengua para que te vuelvas loca de gusto y grites mi nombre. Pero eso no me basta. Te necesito con desesperación. Quiero que me lo supliques. Quiero ver tus rizos pelirrojos en la almohada de mi cama mientras te embisto una y otra vez para que no quieras irte nunca. —Tomó otro sorbo de cerveza y añadió—: De modo que creo que tenemos las mismas fantasías.

Kristin se retorció en el sillón de cuero. Un escalofrío de placer y deseo recorrió su sexo y sus pezones se pusieron duros como dos piedras preciosas. ¡Dios! No podía provocarlo con insinuaciones sexuales porque él no tenía ningún problema ni reparo en soltarle lo primero que se le pasaba por la cabeza.

Kristin no estaba dispuesta a permitir que se saliera con la suya y contraatacó:

—¿Nunca has pensado en que sea yo la que recorra tu cuerpo con mis manos y mi lengua, y que sea yo quien te la coma hasta que claudiques y me supliques clemencia?

A continuación, deslizó la yema del dedo por el borde de la copa, de forma lenta y deliberada.

—Te suplicaría que no parases, joder —gruñó Julian, y se inclinó hacia delante bruscamente para agarrarla de la muñeca e impedir que siguiera rozando el borde de la copa de cristal—. No juegues a esto conmigo, Escarlata. Porque perderás. Soy capaz de ponerte sobre la mesa, desnuda, en menos de diez segundos.

Ella se estremeció ante el tono amenazador de sus palabras. Se dio cuenta de que estaba jugando con fuego. Se lamió los labios con nerviosismo

al entender que Julian hablaba muy en serio.

—¿Por qué? —preguntó ella con un susurro, confundida ante la nueva situación, que había dejado de ser un simple juego.

La intensidad que vio en su expresión resultaba casi aterradora. No porque Julian le inspirase miedo: lo que resultaba de verdad aterrador era el modo en que su cuerpo reflejaba todas las emociones de él.

—¿Por qué? Déjame que te cuente por qué, Escarlata. Porque son tantas las ganas que tengo de acostarme contigo que temo no poder controlarme —gruñó y le soltó la mano para que pudiera apoyarla en la mesa—. Vamos en avión y te has mareado. Es lo único que impide que me abalance sobre ti y te empotre contra la pared más cercana para hacerte lo que me muero de ganas de hacerte desde que te conocí.

Kristin se quedó boquiabierta.

—Pero si no nos soportamos...

—Ya lo creo que te soporto, y que me gustas —le aseguró él—. Quizá demasiado —gruñó. Se reclinó en el asiento, apuró el último trago de cerveza y dejó la jarra vacía con más fuerza de la necesaria.

¿Preliminares?

A Kristin no le quedó más remedio que admitir, muy a su pesar, que él también le gustaba. Pero era demasiado rico, demasiado guapo, demasiado divertido y muy peligroso. Por ello había descartado instintivamente cualquier posibilidad de que su relación pasara a mayores.

Julian Sinclair tenía la capacidad de despertar su reacción más animal y la obligaba a elegir entre huir o luchar. Y como no era de las que se rendían fácilmente, había decidido enfrentarse a él, pero hasta el momento no habían hecho más que lanzarse insultos.

Cuando Kristin pensó en los gestos amables que él había mostrado en el pasado —desde la generosa propina hasta los cumplidos que había intentado hacerle y que ella había rechazado de plano—, empezó a comprender por qué siempre había reaccionado de forma tan desafortunada con él.

—Siempre me has gustado —admitió ella—. Pero me sacas de quicio.

—Te pongo de los nervios, cielo, igual que tú a mí.

Era cierto. No podía negarlo. Julian Sinclair le despertaba un abanico de sentimientos muy complejos que Kristin no podía explicar.

—Quizá podríamos hablar de lo que más nos molesta del otro para intentar tener una relación civilizada. ¿Qué puedo hacer para que te sientas menos incómodo? ¿Cómo puedo conseguir que me veas como una amiga en

lugar de una mujer con la que solo quieres acostarte?

Él negó lentamente con la cabeza.

—Solo tienes que respirar. He intentado resistirme a la atracción que ejerces sobre mí desde que nos conocimos. Pero no voy a seguir haciéndolo.

Se cruzó de brazos, marcando bíceps, y se la quedó mirando fijamente, como si estuviera esperando una respuesta por su parte.

Kristin estuvo a punto de derramar el vaso mientras jugueteaba con él, hecha un manojo de nervios. No sabía cómo enfrentarse a su honestidad brutal. Una parte de ella estaba convencida de que Julian seguía jugando, pero la lógica desmontaba esa teoría. Julian era un hombre rico, una estrella de Hollywood. Tenía mil cosas mejores que hacer que flirtear con una pelirroja entrada en carnes de una pequeña ciudad de Maine. Ella lo había visto con sus familiares, sus primos y su hermano pequeño: Julian no era una mala persona. Se preocupaba mucho por la gente que formaba parte de su círculo más íntimo.

—Es una cuestión de química —dijo ella al final—. Ya se arreglará.

En cuanto pronunció esas palabras, Kristin se dio cuenta de que estaba racionalizando el problema. El deseo irrefrenable que sentía por Julian venía de lejos, y aunque tampoco tenía que cambiarle las pilas al vibrador cada dos días por culpa suya, no dejaba de ser cierto que pensaba a menudo en él cuando llevaban un tiempo sin verse.

Pensaba mucho en él.

—Justo lo que imaginaba, pero no ha cambiado nada —replicó Julian con un tono seductor. Al cabo de unos instantes, y con voz más curiosa, le preguntó—: ¿Te tocas pensando en mí cuando no estoy?

A punto estuvo Kristin de escupir el sorbo de ginger ale que había tomado. Al final se lo tragó y tosió, incapaz de hallar una respuesta.

—¿En serio?

Él asintió.

Kristin nunca se había sentido cómoda hablando tan abiertamente de sus deseos más íntimos. Pero el modo en que se lo había preguntado la hacía sentir menos incómoda. Trabajaba en una consulta médica. El sexo formaba parte de la vida. No obstante, no era un tema del que soliera hablar con un hombre que despertaba aquellos sentimientos tan especiales.

Julian la hacía sentirse deseada.

La hacía sentirse adorada.

La hacía sentirse una diosa sexual.

Kristin estaba acostumbrada a hablar de sexo desde un punto de vista clínico, no a nivel tan personal con un hombre que le provocaba frustración sexual.

—Quizá alguna que otra vez —dijo—. Normalmente estoy tan cansada que me quedo dormida en cuanto me acuesto.

Era cierto, pero desde que Julian Sinclair se había convertido en el dueño de sus pensamientos le costaba más conciliar el sueño.

Él enarcó las cejas lentamente.

—¿Cuántas veces?

Kristin lanzó un resoplido, algo molesta.

—Bueno, muchas. Lo hago muy a menudo. Antes no lo hacía, pero supongo que me alteras las hormonas.

—Te excito —replicó Julian—. Tú y yo tenemos que compartir fluidos corporales, nena.

Kristin estalló en carcajadas y se lo quedó mirando fijamente.

—Un pelín arrogante, ¿no crees? —le preguntó mientras recuperaba el resuello.

—En absoluto —contestó con gran seguridad—. Nunca hago promesas que no pueda cumplir.

Kristin estaba convencida de que Julian podía darle lo que quería. El problema era que también sabía que no podía ser una relación de una noche sin más. Él pertenecía al clan Sinclair de Amesport y estaban condenados a coincidir cada dos por tres.

—No puedo acostarme contigo, Julian —le dijo ella muy seria—. No digo que no estuviera bien probarlo, pero no puedo permitírmelo. No contigo. Sé que nos veríamos por toda la ciudad y lo volvería todo muy incómodo. Compartimos muchas amistades, por el amor de Dios. Tu primo es el marido de mi mejor amiga.

—Yo no quiero estar contigo una sola noche —replicó él con gran calma.

—Entonces, ¿qué...?

Kristin dejó la frase a medias cuando volvió la azafata con la comida.

Cuando les dejó sus platos y les trajo otra bebida, la conversación había tomado un derrotero distinto, mucho más seguro.

Sin embargo, por extraño que parezca, Kristin sentía la necesidad irrefrenable de preguntarle a Julian qué quería.

Aunque tampoco estaba del todo convencida de querer conocer la

respuesta, por eso al final decidió no retomar el asunto.

## CAPÍTULO 5

—No voy a quedarme contigo.

Kristin dio un fuerte pisotón en el suelo y miró a Julian en cuanto el botones abandonó la enorme suite, después de dejar su equipaje y de preguntarles si deseaban algo más.

Era una habitación gigantesca, con dos paredes de cristal. Algo imponente y opulento, decorado con tonos dorados y unas plantas que en principio no combinaban, pero que, por algún extraño motivo, creaban un ambiente precioso. Sin embargo, Kristin no se había dejado impresionar por la suite, pues la incomodaba tener que compartir estancia con Julian Sinclair.

—No quedan habitaciones libres en el hotel y la suite tiene dos dormitorios. No te estoy pidiendo que compartamos cama, aunque no me importaría lo más mínimo si te apetece compañía.

Kristin decidió ignorar su provocación.

—Todos los invitados se alojan aquí. No podemos estar en la misma habitación.

Julian se quitó la gorra de béisbol que se había puesto al aterrizar y que le había dejado un pelo alborotado aún más irresistible.

Kristin intentó pasarlo por alto, pero sabía que estaba condenada al fracaso.

—Es una suite. Dos dormitorios y tendrás tu propio baño. —Julian se tumbó en el sofá y señaló las ventanas—. Bonita vista, ¿no crees?

«¡Creo que quiero tirarme encima de ti para que me hagas tuya y me des con todas tus fuerzas hasta que no pueda sentarme en una semana!», pensó Kristin.

—Es muy bonita. Tiene mucha luz —dijo en voz alta.

Si no quedaban habitaciones libres en el hotel, no tenía sentido seguir discutiendo del tema. Aunque en esos momentos solo quería estar tan lejos de Julian como fuera posible.



Se acercó a la ventana con el corazón desbocado solo de pensar que iba a tener que compartir ese espacio con Julian durante dos días. Era una suite increíble y las vistas eran preciosas.

—Cuánto... color.

Las Vegas era una orgía de luces de colores y de neón que se veían perfectamente a pesar de que estaban a una altura considerable. La ciudad en sí era un espectáculo abrumador.

—Bienvenida a Las Vegas —dijo él con un tono de sabelotodo—. Eres adorable cuando te pones nerviosa, por cierto.

—No estoy nerviosa, es que no quiero que nadie se lleve una idea... equivocada.

—No quieres que los demás piensen que nos hemos pasado el día en la cama dando rienda suelta a nuestros deseos más perversos solo porque compartimos habitación —dijo.

«¡Más o menos!», pensó Kristin.

En realidad, no le importaba lo que pensarán los demás. Tenía veintiocho años. Si quería acostarse con una superestrella de cine en Las Vegas era asunto suyo y de nadie más. Lo que la incomodaba era tener la tentación tan cerca.

—La ciudad del pecado —murmuró Kristin, que se apoyó en la pared y observó las calles bañadas por el mar de luz.

Julian había alquilado un vehículo normal porque no quería llamar la atención con una limusina. Hasta el momento nadie lo había reconocido, pero Kristin estaba convencida de que era cuestión de tiempo.

Aunque intentara ocultarse bajo una gorra de béisbol y condujera un coche normal, no dejaba de ser Julian Sinclair. Tenía ese aire de... Julian Sinclair, un aura de la que no podía desprenderse allí donde fuera o aunque intentara disimularla con ropa vulgar.

—Sí. La ciudad del pecado —le dijo él al oído en un susurro grave, abrazándola por detrás—. ¿Quieres pecar conmigo, preciosa?

Kristin se puso tensa, pero el aroma seductor de Julian le permitió relajarse enseguida. Se embriagó con su olor, cerró los ojos y durante unos instantes disfrutó del firme abrazo entre sus bíceps.

—No voy a pecar —respondió Kristin, muy a su pesar.

Los labios de Julian le rozaron el cuello y le provocaron un escalofrío de placer.

—En Las Vegas pecar es una obligación. Mañana tenemos la boda, pero

creo que luego deberíamos salir y cometer una locura, algo que no hagas habitualmente.

Aquella voz tan grave y persuasiva estaba a punto de lograr que Kristin se tomara el día libre.

—¿Cómo?

—Aquí podemos hacer de todo. Tú pide y yo lo haré realidad.

Kristin lanzó un suspiro y se volvió, hipnotizada por esa seductora voz de barítono que le estaba ofreciendo la posibilidad de hacer realidad cualquier sueño. Ella lo abrazó del cuello, fascinada por sus ojos de un azul tan intenso como el océano, y murmuró:

—Me gustaría bañarme en esa bañera enorme, del tamaño de una cama doble, que he visto al entrar.

—Hecho. Pero ese deseo era demasiado fácil. —Le lanzó una mirada pícaro irresistible—. Piensa en algo más grande, algo que desees con toda el alma.

—¿En un beso tuyo? —preguntó ella con voz aterciopelada, incapaz de contenerse. En ese momento no se le ocurría nada más importante.

Fue como si Julian llevara esperando ese momento toda la vida. Se abalanzó sobre ella como un halcón en pos de su presa y la besó.

Kristin no pudo reprimir el gemido y lo agarró del pelo, abrumada por la sensación descarnada de entrar en contacto físico con él. Julian la sujetó contra la pared con la fuerza del deseo y ella se estremeció de placer al sentirse atrapada mientras él le devoraba los labios con un desenfreno que ambos compartían.

Julian la sujetó del pelo para que ella adoptara la postura que más le convenía y llegar con la lengua hasta el último rincón de su boca.

Kristin se entregó al beso irrefrenable de Julian entre gemidos. No le importaba lo que pudiera ocurrir en el futuro ni el hecho de haber cruzado una línea para la que no había vuelta atrás.

Por una vez quería saber lo que se sentía al ser objeto de la pasión desaforada que se había apoderado de un hombre como Julian.

Ella sentía lo mismo.

El deseo los estaba consumiendo.

Ambos estallaron en jadeos cuando Julian se apartó y empezó a besarle el cuello, dejando una estela ardiente con la lengua y los labios.

—Esto —gruñó Julian sin apartarse ni un milímetro—. Esto es lo que tanto miedo nos daba de explorar a ambos.

—Lo sé —susurró ella con desesperación, inclinando la cabeza a un lado para ofrecerle el cuello.

—Que sepas que ya no tengo miedo.

Le dio un mordisco apasionado y acto seguido intentó calmarle el dolor con la lengua.

Kristin lanzó un gemido. En ese momento solo quería entregarse a su deseo insaciable, solo quería que Julian la tocara.

Ella deslizó la mano por los músculos de su espalda, por debajo del jersey. Quería sentir el roce de su piel desnuda.

—Quiero...

Tuvo que dejar la frase a medias cuando alguien llamó a la puerta.

—¡Maldita sea! —gruñó Julian, que levantó la cabeza.

Kristin se quedó inmóvil al oír que insistían.

—¿Quién es?

—Seguramente es Micah. Le dije a qué hora llegaba y le pedí que viniera a tomar un trago. Tiene pánico de que Tessa cambie de opinión en el último momento y huya corriendo del altar. Necesita relajarse un poco.

Kristin se hizo a un lado a pesar de que no había logrado saciar su deseo. Julian era el único hermano que iba a asistir a la boda de Micah.

—Ve a abrirle. Yo voy a darme el baño.

Él la sujetó de nuevo contra la pared y le dio un último beso apasionado antes de liberarla.

—Esto no acaba aquí, Escarlata.

Kristin se escabulló por debajo de su brazo. Necesitaba refugiarse en algún lado para recuperar el control de sus emociones.

Cuando entró en el dormitorio, oyó la voz atronadora de Micah y el fraternal saludo entre ambos hermanos. Cerró la puerta y se apoyó en ella, con el corazón desbocado mientras recuperaba el aliento.

Tardó un rato en reunir las fuerzas necesarias para dirigirse a la enorme bañera.

\*\*\*

Aunque Kristin se había refugiado en su dormitorio, Julian aún olía su aroma, notaba su presencia en la suite. De hecho, cuando ambos hermanos se dirigieron a la sala de estar para tomar una cerveza, a Julian le costó algo tomar asiento debido a la potente erección que aún tenía.

—¿Qué tal está Tessa?

A Julian le caía muy bien la prometida de su hermano, que no había sido presa de un ataque de pánico ante la inminente boda, sino que lo atormentaba la posibilidad de que Tessa cambiara de opinión en el último momento y no quisiera casarse con él.

—Mejor que yo, creo —admitió Micah.

—No te va a dar plantón, Micah. Te quiere.

Julian sabía que era verdad. Nunca había visto a dos personas mejor avenidas que su hermano y su prometida.

Julian se sentía agradecido de que Tessa hubiera aceptado la propuesta de matrimonio de Micah. Qué diablos, se alegraba de que su hermano mayor hubiera conocido a alguien que lo amara tanto después de que por fin se hubiera dado cuenta de que había cosas más importantes que sus negocios. Desde entonces parecía una persona muy feliz, salvo en momentos puntuales como ese. Pero sabía que todo volvería a la normalidad en cuanto pasara la boda.

—Sí, parece increíble, ¿verdad? Es una mujer tan sensata... —le dijo Micah a Julian, con un tono medio en broma medio en serio.

Julian sabía que no habría podido reprimir la risa si Micah no hubiera estado tan nervioso. Su hermano, uno de los hombres de negocios más importantes que conocía, había quedado reducido a un manojito de nervios por culpa de una mujer que lo adoraba tanto como él a ella.

—No —respondió simple y llanamente—. Estáis hechos el uno para el otro.

Tomó un trago de cerveza y cayó en la cuenta de que Micah y él se encontraban en la misma situación. En los últimos años, mientras él intentaba forjar su carrera como actor, apenas se habían visto, ya que cada uno vivía en un extremo del país. Y cuando coincidían, los encuentros solían ser breves.

En general, Julian había pasado más tiempo con Xander porque ambos vivían en California, pero desde la muerte de sus padres... ya no se veían con tanta frecuencia. Su hermano pequeño no se prodigaba en exceso y Julian debería haber sospechado que su comportamiento se debía a algo más que a la simple pena por la pérdida de sus padres.

«Quería darle un tiempo para que se recuperara después de lo ocurrido, pero fue demasiado. Si hubiera sabido lo que le estaba pasando...», pensó.

Observó a su hermano mientras este apuraba la cerveza antes de añadir:

—Tessa podría aspirar a alguien mejor.

Julian no pudo reprimir la sonrisa y se preguntó cómo diablos iba a

encontrar Tessa a alguien mejor que Micah.

—Mira, por algún motivo, te quiere. Así que deja de darle vueltas al asunto, ¿quieres?

Micah también esbozó una sonrisa.

—Está loca.

—Sois tal para cual —dijo Julian en tono burlón.

Micah era un magnate de los deportes extremos, actividad que no había dejado de practicar con el paso de los años, por lo que necesitaba a una mujer que lo aceptara tal y como era. Justo lo que había hecho Tessa.

—Menudo listillo estás hecho —le soltó Micah.

—¿Qué tal tus migrañas?

Julian miró fijamente a su hermano, pero no vio ni rastro de ojeras. Estaba nervioso, pero no podía tener un aspecto más sano. Solo esperaba que no hubiera vuelto a sufrir un ataque de migraña.

—Estoy bien. No he vuelto a tener más desde que Tessa aceptó mi propuesta de matrimonio.

Julian aún se sentía culpable de que Micah hubiera asumido gran parte de las responsabilidades familiares. Xander había sufrido varias sobredosis, pero Micah nunca había querido molestar a Julian para que él pudiera seguir adelante con su carrera. Quería que siguiera disfrutando del éxito que tanto le había costado conseguir. Aun así, Julian consideraba que el hecho de que Micah hubiera tenido que estar tan pendiente de Xander no tenía ningún sentido. Él vivía en el mismo estado que su hermano pequeño. Y sí, viajaba mucho, pero ello no significaba que no tuviera tiempo para asumir su parte de responsabilidad. Tras la muerte de sus padres, Micah y Xander eran sus únicos familiares cercanos. Eran hermanos.

Julian respiró hondo antes de retomar la palabra.

—Tengo que grabar algunos exteriores, pero luego ya estará. Quiero ayudarte con Xander.

—No puedes —insistió Micah—. Estás en el mejor momento de tu carrera. Me encargaré yo. Si logra acabar la cura de desintoxicación, puede venir a Amesport. No olvides que tiene una casa.

—Yo también puedo volver a Amesport. He oído que tengo mi propia casa. —Le lanzó una mirada divertida a su hermano.

—Como hemos tenido un otoño y unas primeras semanas de invierno bastante suaves, los albañiles ya están a punto de acabar. Yo siempre creí que no querías vivir en Amesport, sobre todo ahora que tienes tu carrera en

Hollywood. Solo quería que Xander y tú supierais que siempre tendréis una casa en el lugar que he elegido para vivir.

El hecho de que Micah hubiera comprado unos terrenos a las afueras de Amesport para construir una casa para él y otra para cada uno de sus hermanos emocionaba a Julian y le provocaba un nudo en la garganta. Su hermano quería para él lo mismo que ya tenían sus primos: reunir a la familia en un único lugar. El traslado de los Sinclair a Amesport había empezado con el primo Grady. Luego el hermano de este, Jared, había construido una casa para sí y para cada uno de los hermanos. Después llegó Micah. Las dos ramas de los Sinclair vivían en extremos opuestos de Amesport, pero la ciudad era pequeña. Y después de años y años sin ver a la familia, Julian quedó hechizado por el lugar donde habían fijado la residencia sus primos.

—Ya hablaremos luego de eso. De momento, concentrémonos en tu boda.

Julian decidió que ya se encargaría de Xander cuando llegara el momento adecuado. Por ahora solo quería que Micah se centrara en la ceremonia del día siguiente.

Micah miró a su alrededor con curiosidad.

—¿Dónde está Kristin?

—Dándose un baño —respondió Julian de forma algo brusca, intentando borrar de su cabeza la imagen de Kristin relajándose bajo la espuma de la bañera.

—¿No te importa compartir suite con ella?

«¡Claro que me importa! ¡Nunca estará a salvo conmigo!», pensó Julian.

—En absoluto. Es tan grande que hay dos dormitorios.

Mintió a su hermano, pero en ese momento no quería compartir sus problemas con él.

Micah se levantó, apuró la cerveza y la dejó en la mesa con un gesto suave.

—Es mejor que vuelva a casa. Yo también he dejado a Tessa en la bañera. ¿Qué les pasa a las mujeres con las bañeras grandes?

Aunque Micah se quejase, Julian estaba convencido de que su hermano le había construido a su futura mujer una bañera de dimensiones olímpicas en su nueva casa, y no se lo calló.

—Sí que es bastante grande —confesó Micah—. Se merece tener todo lo que desee. Siempre que me quiera a mí también.

Julian le dio una palmada en la espalda.

—Seguro que te recibe con una sonrisa de oreja a oreja. No me cabe la más mínima duda.

—Más te vale que tengas razón —le advirtió Micah.

—Siempre la tengo —le recordó Julian, acompañándolo a la puerta.

—Me alegro de que hayas venido. Es muy importante para mí.

Quizá en el pasado no había estado a la altura de las circunstancias, pero Julian empezaba a comprender lo importante que era la familia.

—No me lo perdería por nada. Eres el primero de los tres que se deja cazar.

El fuerte abrazo de Micah no tomó desprevenido a Julian. Ambos se dieron unas sonoras palmadas en la espalda antes de separarse.

—No te metas en problemas —advirtió a Julian, que sonrió. Sabía que tras la muerte de sus padres y de estar a punto de perder también a Xander, Micah se había convertido en el principal defensor de la familia.

Cuando se quedó solo, Julian aprovechó para llamar a su agente, se acabó la cerveza e intentó no pensar en que Kristin estaba al otro lado de la puerta, que le bastaba con dar unos pasos para verla.

«No sigas por ahí», pensó.

Sabía que tenía que darle espacio, pero era lo que menos le apetecía.

El problema era que también sabía que era lo más adecuado. Tal vez él empezaba a comprender lo que ocurría entre ambos, pero Kristin aún no había llegado a la misma conclusión.

Julian se dirigió a la nevera, sacó otra cerveza, le quitó el tapón con un gesto firme de la muñeca y se sentó en el sofá.

Entonces se llevó la mano al bolsillo y sacó la piedra oscura que Beatrice le había dado el día que Tessa patinó en Nueva York.

No se había separado de ella desde entonces.

La frotó con un gesto ausente. Sabía que le había funcionado.

Pero Kristin era harina de otro costal.

—Puedo esperar —dijo Julian en voz alta.

Se guardó el cristal en el bolsillo y se tumbó en la cama para descansar un rato.

## CAPÍTULO 6

¡El vestido era demasiado corto!

Kristin frunció el ceño al verse en el espejo y mirar a derecha e izquierda. El ajustado vestido negro no se parecía en nada a los que solía llevar, y se sentía medio desnuda.

Era de su talla, pero no su estilo.

Obviamente, debía darle las gracias a Mara por el vestuario que tenía a su disposición. Lo cierto era que nunca había tenido un vestido decente para una ocasión como esa. Tampoco lo había necesitado hasta entonces. Pero el que había elegido su mejor amiga no era el más adecuado para una pelirroja curvilínea. El bajo apenas le rozaba las rodillas. La tela se ceñía a sus muslos y cuando Kristin tiraba de él, se le bajaba también el escote.

—¡Maldita sea! —exclamó, y se apartó del espejo.

Tampoco tenía mucho más donde escoger, por lo que no le quedaba más remedio que aguantarse.

En el fondo tenía unas piernas muy bonitas, pero era su trasero el que necesitaba más tela de la que había.

«Voy a tener que ir con cuidado y no agacharme si no quiero que me vean las braguitas...», pensó.

Su amiga se había decantado por la opción más sexy, con medias, ligeros y ropa interior de seda negra. No podía llevar sujetador, por lo que sus pechos se erguían con orgullo bajo el ceñido escote.

Intentó convencerse a sí misma de que no importaba, cogió el diminuto bolso negro a juego con el vestido y logró llegar a la sala de estar sin tropezar con los zapatos de tacón vertiginoso.

—¡Caray, no me imaginaba que el vestido iba a quedarte así!

Se dio la vuelta y vio a Julian de pie ante la puerta del dormitorio. Estaba arrebatador con su esmoquin negro.

A Kristin se le cayó el alma a los pies.



—Sí, lo sé. No me queda muy bien. Pero Mara no me ha puesto ningún otro vestido.

Julian entró en el dormitorio sin quitarle la vista de encima.

—Pareces una diosa, pero tendré que pasarme toda la noche apartando a los moscardones que no te dejarán en paz.

Kristin puso los brazos en jarra, apoyando las manos en las caderas.

—Las pelirrojas con curvas como yo no deberían llevar minivestidos negros como este. Y cuando digo «mini» quiero decir «mini».

Kristin había intentado arreglarse el pelo y lucía sus rizos naturales. Se había maquillado con esmero, algo a lo que no estaba acostumbrada.

Julian se acercó hasta ella y le plantó un beso en la frente.

—Estás preciosa, Escarlata. Pero no sé si quiero que te vean los otros hombres y piensen lo mismo que estoy pensando yo ahora.

—Me siento desnuda —confesó, mirándolo.

—Así es como me gustaría verte —respondió él bruscamente, y se metió la mano en el bolsillo—. Sabía que ibas a ponerte un vestido negro. Pero no sabía que iba a ser tan sexy.

A Kristin le dio un vuelco el corazón al ver la sinceridad que reflejaba su mirada. Por algún motivo desconocido, Julian la encontraba atractiva de verdad. Su mirada lasciva le daba algo más de seguridad en sí misma.

Kristin estiró las manos con un gesto instintivo al ver la caja que había sacado Julian.

—¿Qué es?

—Un regalo de amigo de Las Vegas —respondió con una sonrisa.

Ella se puso nerviosa al ver la etiqueta de la exclusiva joyería. Intentó abrir la caja y se le cayó la tapa al suelo cuando por fin logró su objetivo.

—Oh, Dios mío, Julian. No.

Las elegantes perlas negras eran maravillosas, no había dos iguales. Era un collar único. El regalo incluía una pulsera y unos pendientes a juego.

Sin decir nada, Julian le quitó la caja y le dejó las joyas en las manos. Le puso el collar con gran delicadeza, ajustó el cierre y luego hizo lo propio con la pulsera. Entonces le tomó la mano y le dejó los pendientes en la palma.

—Es mejor que te los pongas tú. No quiero hacerte otro agujero.

Medio aturdida, Kristin acarició el precioso collar con los dedos.

—No puedo aceptarlo. Debe de haberte costado una fortuna.

—Soy rico —le recordó con una sonrisa al más puro estilo Hollywood.

—Yo no —replicó ella, llevándose una mano al cierre del collar.

—Ni se te ocurra. —Julian la agarró de la muñeca para evitar que se lo quitara—. Combina a la perfección con tu vestido y me gusta cómo te queda. Me proporciona un gran placer.

—¿Por qué?

—Porque llevas algo que te he regalado y eso me transmite la sensación de que eres mía —respondió él con inocencia. Hizo una pausa antes de añadir —: No seas tozuda, Escarlata. Para mí esto no es dinero.

Por algún motivo, Kristin no fue capaz de quitarse el collar ante él. Bajó la mano, dio media vuelta y se acercó al espejo que había junto al sofá para ponerse los pendientes.

Era un conjunto apenas ostentoso. Combinaba a la perfección con el vestido. Eran unas joyas pequeñas, pero con mucha clase.

Se volvió hacia él y lo miró.

—No sé qué decir.

—Nada. O me bastaría con un simple «gracias». Suele ser lo más apropiado cuando alguien te hace un regalo.

Kristin vaciló, pero no se veía capaz de rechazar las joyas. Era obvio que a él le hacía muy feliz regalárselas y, por algún motivo, no quería herir sus sentimientos. Quizá fue el deje de vulnerabilidad que percibió bajo su sarcasmo habitual. O quizá fue porque le dijo que estaba muy guapa de un modo que estuvo a punto de creerlo.

—Gracias. Nunca me habían hecho un regalo tan bonito.

Lo cierto es que era todo un detalle porque se había tomado la molestia de averiguar de qué color era su vestido para poder elegir el mejor regalo. ¿Por qué se comportaba así un hombre tan ocupado como Julian?

—Te mereces la luna —respondió Julian—. Pero ese vestido... sigue sin hacerme mucha gracia. ¿Sabes lo dura que la voy a tener mientras te vea así? Y, por lo que más quieras, no se te ocurra agacharte.

—¿Quieres que me vaya para que no tengas que protegerme? —preguntó ella en tono burlón.

—Inténtalo y te encontraré allí donde estés —dijo Julian, abrazándola.

Su determinación y ferocidad la dejaban sin aliento. Le acarició la cabeza y le dio un beso muy tierno en los labios, recreándose antes de apartarse de nuevo.

—Voy a salir con el hombre más atractivo que podría desear cualquier mujer. El esmoquin te queda de fábula.

De hecho, estaba convencida de que estaría igual de guapo desnudo,

pero prefería no correr más riesgos. Aun así, con su pelo rubio alborotado y vestido con ropa formal, Julian era el hombre más guapo que había visto jamás. Quizá se había equivocado al pensar que el estilo que más le pegaba era el informal.

—Siempre me cuesta ponerme bien la pajarita —añadió él con un deje de tristeza.

Kristin dio un paso atrás y le ajustó la pajarita hasta dejársela recta.

—Ya está. Perfecta.

—Acabo de darme cuenta de que no llevas sujetador —le soltó él con brusquedad.

Kristin agachó la cabeza y se sonrojó al comprobar que, embriagada por la presencia y el olor tan masculino de Julian, los pezones se le habían puesto muy duros. El simple roce de la tela sedosa del vestido los estimulaba aún más.

—Pues a ver si te baja un poco la testosterona —le riñó ella, todavía avergonzada por la reacción tan inesperada de sus pezones. Bastaba un simple roce para hacerla estremecer de placer.

Julian la atrajo hacia sí y deslizó sus manos por todas las curvas de su cuerpo.

—Me encanta como eres. No vuelvas a decir que tienes muchas curvas o te sobra algún kilo. Tu cuerpo es perfecto así.

—Tengo un trasero y unas caderas enormes. Nunca he estado delgada y nunca lo estaré —añadió ella con cierta tristeza.

—¡Por suerte, hostia! —exclamó él—. Porque entonces no tendría ningún lugar donde agarrarme, lo cual sería una pena.

—Nunca te he visto en los periódicos acompañado de una mujer como yo —replicó ella en tono acusador.

—Porque nunca me has visto con una mujer con la que quisiera acostarme —le espetó él.

—Las actrices y modelos con las que te he visto...

—Solo son amigas. No me gusta acudir a actos públicos solo.

Julian tenía el don de hacerla sentir tan especial que estaba a punto de creer que le gustaban de verdad las mujeres con curvas. Deslizó una mano por su espalda hasta las caderas y le agarró el trasero. Entonces la atrajo hacia sí para que notara la reacción física que provocaba en él.

—Julian. No podemos. Ahora no. Falta poco para la boda.

Él la soltó con un gruñido de desesperación.

—Esta noche. Ven conmigo después de la ceremonia. Podemos pasarlo en grande juntos.

Kristin sabía que Julian quería salir de fiesta por la ciudad después de la ceremonia y estaba cansada de tener miedo.

Él quería estar con ella y ella disfrutar de un par de días sin preocupaciones.

«Acepta su oferta. ¿Cuándo se te presentará otra vez la oportunidad de disfrutar de algo así?», pensó Kristin.

—De acuerdo. Soy tuya después de la ceremonia y el banquete.

—Cuidado con lo que prometes —le advirtió él, pero a Kristin no le pasó por alto su gesto de satisfacción.

—Yo no tengo miedo, Famosete —replicó ella.

El lunes por la mañana Julian tenía que volver al rodaje y ella a su trabajo. Les quedaba toda la noche por delante y el único pensamiento que ocupaba su cabeza era aprovecharla al máximo.

Julian guardó en el bolsillo la cartera y las llaves y, acto seguido, le abrió la puerta.

Se dirigieron al lugar donde había de celebrarse la ceremonia y Julian la hizo sentir en todo momento como la mujer más guapa del mundo.

Kristin decidió relajarse y disfrutar de la ilusión, viviendo el cuento de la Cenicienta hasta que se acabara.

\*\*\*

Julian no podía reprimir las ganas de romperles la cara a todos los cretinos que se volvían para mirar a Kristin.

Logró aguantar hasta el final de la ceremonia y el banquete gracias a un par de combinados, pero dejó el alcohol cuando llegaron al teatro sin que nadie lo reconociera, un lugar donde pasó más tiempo ensimismado con la expresión embelesada del rostro de su acompañante bajo la tenue luz de la sala que mirando el espectáculo que tantas ganas tenía de ver.

Por suerte, al menos durante la proyección no tuvo que soportar las miradas que los otros hombres le dedicaban a Kristin, ya que estaba demasiado oscuro.

Julian no alcanzaba a comprender por qué ella no se daba cuenta de que era una mujer de una belleza deslumbrante. Su melena pelirroja era lo primero que llamaba la atención de los hombres, pero sus curvas impedían que nadie pudiera apartar los ojos. Estaba convencido de que todos los

hombres se preguntaban cómo debían de ser sus orgasmos. Era una fantasía que lo obsesionaba de tal manera que le resultaba inconcebible que no la compartieran los demás.

Quizá en Amesport intentaba pasar algo más desapercibida, pero con esos rizos deslavazados que le cubrían la espalda, ¿cómo era posible que alguien no se volviera a mirarla para repasarla de arriba abajo? Y no una vez, sino varias. Julian sabía que era inútil resistirse a ella. Bien que lo había intentado.

Es cierto que no era su aspecto físico lo que primero le había llamado la atención, sino la naturalidad y el tono burlón que había empleado desde el principio con él. No había mostrado el más mínimo interés por el hecho de que fuera una superestrella de cine o un multimillonario del clan Sinclair.

Desde un primer momento lo había tomado por un cretino engreído y vanidoso. Y quizá tenía razón en parte. Por eso Julian no había podido resistir la tentación de tomarle el pelo, porque sabía que la sacaba de quicio de verdad. Para él era una experiencia del todo nueva.

Ahora sí que estaba fastidiado. La admiraba, le gustaba, una situación a la que no estaba acostumbrado. Así había empezado su obsesión por Kristin y, cuanto más la conocía, más la deseaba.

—¿Adónde vamos? —preguntó Kristin desde el asiento del acompañante. Ambos iban delante para evitar que ella volviera a sufrir náuseas.

—Como no me has dicho qué te apetecía hacer, he tomado un par de decisiones. Espero que no tengas vértigo.

El hecho de que fuera tan propensa a los mareos le había impedido llevarla a algunas atracciones, y como él tampoco deseaba verla en ninguna situación de peligro por sí sola, la lista de opciones se había reducido aún más.

¿Tirolinas? Demasiado peligroso, y existía la posibilidad de que se mareara.

¿Saltar al vacío desde un rascacielos? Oh, no. Ni hablar... ¡No!

Podría habérselo preguntado, pero no quería correr el riesgo de que estuviera tan loca como para saltar desde un edificio de doscientos cincuenta metros de altura. Su corazón no podría soportarlo.

Cualquier otro plan que implicara giros bruscos estaba descartado. Como la mayoría de las atracciones también eran muy altas, era un alivio más que una decepción que no pudieran elegirlas. Además, él las había probado y

nunca se había parado a pensar en el riesgo que suponían para sí mismo, ya que en teoría eran muy seguras. Nunca había tenido sensación de riesgo. Sin embargo, imaginarse a Kristin en lo alto de un edificio, a una altura que podía matarla si algo salía mal... eso ya era harina de otro costal.

Por todo ello, Julian había acabado decantándose por otro plan, algo que no le hiciera tener el corazón en un puño.

—Vamos a ir a dar una vuelta. Por eso te he dado pastillas.

Le había dado las pastillas para el mareo al acabar el espectáculo.

Por una vez, Kristin no intentó llevarle la contraria.

—Me ha encantado. Nunca había visto nada igual —le dijo eufórica.

Aquel tono tan alegre le llegó a lo más hondo del alma. Era una emoción que nunca había oído, y en ese momento lo único que deseaba era mantenerla en ese estado de dicha durante el resto de su vida. ¿Cuántas veces la había visto tan contenta y relajada? El trabajo siempre había sido lo más importante de su vida, y aunque Kristin parecía una chica capaz de tomarse las cosas con calma, Julian deseaba darle mucho más.

—Hacía tiempo que quería verlo. Han pasado varios años desde la última vez que estuve aquí y me habían dicho que es fantástico —respondió él con voz grave. El tono alegre de ella aún afectaba a su estado de ánimo.

—¿Y ha estado a la altura de tus expectativas? —preguntó ella, aún con la voz entrecortada por la emoción.

—Oh, sí —respondió. Cualquier cosa que pudiera levantarle el ánimo a Kristin era maravillosa para él.

—Ha sido una noche mágica para mí, Julian —dijo Kristin con un susurro de asombro—. Gracias.

La sinceridad de su voz lo conmovió de forma muy intensa, como no había sentido antes.

—De nada. Pero la noche aún no ha acabado.

Tomó una carretera cercana al aeropuerto y se detuvo junto a uno de los edificios blancos.

—Ya hemos llegado. ¿Cómo te encuentras?

Julian se quitó el cinturón y se inclinó hacia delante para desabrochar el de Kristin, que permanecía inmóvil.

—¿Vamos a tomar otro avión? —preguntó ella mientras miraba un helicóptero que estaba esperando para despegar en el helipuerto que había detrás de ellos.

—Si te mareas, ni que sea un poco, avísame —le dijo Julian antes de

salir del vehículo y rodearlo para abrirle la puerta.

Tuvo que hacer un esfuerzo titánico para no devorar con la mirada las piernas que aparecieron del interior del coche y se posaron en el suelo. Aún llevaba aquel vestido tan atractivo, los tacones y las medias negras. No habían tenido tiempo de cambiarse, pero él se había quitado la pajarita en cuanto entraron en el teatro, harto de sentirse como si tuviera una sogá en el cuello.

El rostro de Kristin se iluminó como un árbol de Navidad.

—De acuerdo —murmuró ella con la más bonita de sus sonrisas.

Bastó ese gesto para desarmar a Julian, que quería ver esa expresión de felicidad en su rostro durante el resto de su vida.

No tardaron en instalarse en el interior del aparato, ya que el piloto era un amigo de Julian y se había asegurado de que Kristin pudiera sentarse en la parte delantera para disfrutar de las mejores vistas. El helicóptero era de última generación. Julian confiaba plenamente en el piloto, que en sus más de veinte años de experiencia había acumulado muchísimas horas de vuelo.

Se fijó en que Kristin se llevó una mano al vientre cuando despegaron y pusieron rumbo hacia The Strip.

Ella le agarró la mano de forma inconsciente y se la estrechó, un gesto de confianza que emocionó a Julian.

—¿Estás bien? —preguntó él con voz grave.

—Sí, sí. Es que no estoy acostumbrada a estos movimientos verticales —respondió emocionada.

Julian había montado en tantos helicópteros que no recordaba la primera vez. Seguramente fue con su padre, de niño, ya que era su medio favorito de transporte.

—Avísame si quieres que aterricemos —gruñó él, atento a cualquier síntoma de mareo. Pero Kristin parecía estar bien.

—Oh, Dios mío. Mira. ¡Es nuestro hotel! —exclamó ella, que le estrechó la mano con fuerza y señaló el edificio—. La vista de las luces desde aquí es tan bonita que creo que no encontraré las palabras adecuadas para explicárselo a los demás. Es imposible explicar la belleza de esto.

Era la noche ideal para sobrevolar Las Vegas. El cielo estaba despejado y las luces eran espectaculares. Sin embargo, lo más especial de todo era poder compartirlo con la mujer que iba sentada junto a él, a pesar de que le estaba apretando las manos con tanta fuerza que casi le cortaba la circulación de la sangre.

Julian le sonrió. Sabía que valía la pena correr el riesgo de perder algún dedo por verla sonreír de aquel modo.



## CAPÍTULO 7

Kristin se mordió el labio inferior, miró sus cartas y luego la ficha negra que había en el círculo ante ella.

«¡Una ficha de cien dólares! ¿Qué demonios estoy haciendo?», pensó.

Debían de ser las cinco o las seis de la mañana, pero como no había relojes en el casino, tampoco estaba muy segura. Lo único que sabía era que los cócteles White Russian cada vez entraban mejor y que Julian estaba paladeando uno de los varios whiskies que había pedido desde que le había enseñado a jugar a blackjack en el casino, tras regresar de su fantástico paseo nocturno en helicóptero por el cielo de Las Vegas.

El cuento de hadas estaba a punto de acabar, pero pensaba disfrutar hasta el último minuto de la velada con Julian.

—Tienes catorce. Prueba suerte, Escarlata —le recomendó Julian, que empezaba a arrastrar las palabras.

—Pero ¿y si tiene una carta baja oculta? ¿Cómo podemos estar seguros de que no es así?

El juego sería mucho más fácil si supiera las cartas del crupier, que tenía una reina descubierta, mientras que Kristin tenía catorce puntos.

—A la banca siempre le gusta tener ventaja —respondió Julian en un tono divertido—. Da igual las cartas que haya descubierto, tú siempre tienes que pensar que la tapada es un diez, salvo algunas excepciones que ya te he contado.

Julian le había explicado las reglas y cómo sacar el máximo partido de las probabilidades, pero ¿y si se equivocaba?

—Podría tener un cinco —replicó ella, y no pudo evitar preguntarse por qué estaba apostando cien dólares de golpe en la mesa de blackjack. Probablemente era el mínimo. Julian había buscado la mesa con el límite más alto donde no hubiera nadie, ellos dos eran los únicos que estaban disfrutando el juego.

Si el crupier de rostro impertérrito había reconocido a Julian, no lo había mencionado en ningún momento.

—En el blackjack no se trata de adivinar las cartas de la casa, hay que buscar la suerte. Sabes que no te queda otra opción.

Kristin intentó resistirse cuando Julian la llevó a la mesa para que jugara con él, a pesar de que le había dicho que solo quería observar y aprender. Sin embargo, él insistió, le dio la mitad de las fichas que había cambiado y le pidió que tomara asiento a su lado.

Hizo el gesto de pedir carta, cerró los ojos y sintió el latido desbocado de su corazón ante la posibilidad de perder cien dólares. No era su dinero, pero no le hacía ninguna gracia perder el de Julian.

Si no hubiera bebido algo más de la cuenta, no habría aceptado. Pero su inhibición se fue desvaneciendo con cada sorbo que tomaba del cremoso cóctel.

—Abre los ojos, cielo. Es un siete —le dijo Julian en tono burlón—. Esta noche estás en racha. Apila las fichas y apuesta más fuerte.

El montón de fichas era mucho más alto que al principio de la partida.

—No quiero perder una apuesta. No es mi dinero —replicó ella.

Julian se inclinó hacia delante mientras el crupier les pagaba su premio y la camarera les traía otra ronda.

—Pues que sepas que por mí podrías perder todas las fichas de la mesa y aun así no me importaría lo más mínimo.

Su voz de barítono se apoderó de sus sentidos y Kristin se estremeció de placer al notar el roce de su cálido aliento en el lóbulo de la oreja. Quizá a él no le importaba perder dinero, pero a ella sí, ¿o no? Pero quizá era mejor dejar los lamentos para más adelante. En ese momento estaba demasiado embriagada por la presencia de Julian para pensar con un mínimo de lucidez.

¿O era todo culpa de los cócteles que había bebido?

—Hazlo. Déjate llevar —le ordenó Julian antes de reclinarsse en su asiento y de darle una buena propina a la camarera y al crupier.

La cabeza empezó a darle vueltas ante tanta insistencia, pero puso un gran montón de fichas en el círculo. Lo único que quería era atender a sus deseos. Había hecho tanto por ella que estaba dispuesta a permitir que se saliera con la suya por una vez.

Kristin apuró el cóctel, cogió el que acababa de llevarle la camarera y tomó un buen sorbo mientras el crupier repartía la primera mano.

—Blackjack —dijo Julian, ya que ella había cerrado los ojos para no ver

las cartas.

Tenía una jota y un as. Le bastó una mirada fugaz a la carta del crupier, que era un ocho, para confirmar que había ganado.

Julian levantó la mano y Kristin se la chocó con fuerza mientras el crupier mostraba un dieciocho y ambos ganaron sus manos.

—¿Estás lista para dejarlo ahora que aún tienes ganancias? —preguntó Julian con una sonrisa.

Kristin miró las fichas para intentar contarlas, pero no lo logró. Lo único que sabía era que había empezado con una pila y ahora tenía varias.

—Sí. —Asintió con un gesto tan enérgico que el pelo le tapó la cara.

Julian soltó una carcajada estruendosa que llamó la atención de algunos jugadores de las otras mesas.

—Empiezan los problemas —gruñó mientras cogía las fichas de mayor importe que le había dado el crupier para que no tuviera que cargar con varias pilas de fichas menores. La agarró de la mano y dijo—: ¡Vámonos!

—¡Julian! ¡Julian Sinclair!

Los gritos de emoción provenían de otra mesa, pero él los ignoró, agarró a Kristin del brazo y echó a andar hacia el ascensor a grandes zancadas.

—Te están llamando —murmuró Kristin, intentando seguir su paso.

—Lo sé, pero no quiero saber nada.

—¡Julian! ¡Espera! —gritó otra voz femenina cuando pasaron junto a la mesa de ruleta.

De pronto echaron a correr seguidos por una horda de fans.

Kristin avanzaba dando traspiés por culpa de los zapatos de tacón y la cabeza le daba vueltas mientras corrían hacia el ascensor. La tensión del ambiente se volvió electrizante cuando empezó a dar la sensación de que todos los jugadores del casino se habían dado cuenta de que Julian Sinclair estaba en el edificio.

Entró en el único ascensor con la puerta abierta, agarró a Kristin de la cintura y la arrastró para que alcanzara el pequeño habitáculo, antes de introducir la tarjeta en la ranura que les daba acceso a la suite situada en lo más alto del hotel. Pulsó el botón varias veces mientras la multitud avanzaba hacia ellos.

A Kristin no le gustó la sensación de verse perseguida por un grupo de gente, muchos de ellos probablemente borrachos y algo alborotados. Aunque no tuvieran la intención de hacerles daño, eran tantos que tenía miedo de

resultar herida.

Al final la puerta se cerró unos segundos antes de que los alcanzaran.

Kristin tragó saliva y se volvió para mirar a Julian cuando el ascensor empezó a subir.

—Qué poco... qué poco ha faltado. —Se apoyó en la pared y empezó a reír. Los efectos del alcohol le daban un toque irreal a lo ocurrido—. Y al final el zorro ha logrado huir de la jauría para sobrevivir un día más.

Julian se relajó en cuanto la abrazó.

—Eres una listilla —le soltó—. Alguien podría haber resultado herido —añadió con un tono serio, que no se correspondía con su gesto distendido y las risas de Kristin.

—Es horrible, ya entiendo por qué lo dices —le aseguró ella, intentando dejar de reír. A decir verdad, era muy desagradable verse obligada a huir de una multitud enfervorecida—. Pero lo que me parece divertido es que yo tuviera que huir contigo. No era a mí a quien querían ver.

—No iba a abandonarte a tu suerte, Escarlata. El interrogatorio podría haberse puesto muy feo. La gente se vuelve loca fácilmente y, además, la mayoría de los que nos seguían habían bebido más de la cuenta.

Ninguno de los dos se había desprendido de su bebida. Kristin había derramado la mitad en la precipitada huida, pero aún le quedaban un par de tragos.

—Por la huida —proclamó, levantando la copa.

Julian soltó una carcajada y entrechocó su vaso con el suyo.

—Creo que estás borracha, cielo.

—No estoy borracha. Simplemente... me siento bien. Nunca me he emborrachado.

—Borracha —repitió Julian, con una sonrisa en la boca—. ¿Así que también es tu primera vez en esto?

Kristin frunció el ceño.

—Creía que querías que me desmelenara.

¿No le había dicho que se dejara llevar? Pues estaba totalmente desbocada.

Cuando llegaron a su planta, se abrió la puerta y Julian la agarró de la mano.

—Es verdad. Te lo dije. Pero no quiero que te sientas muy mal cuando despiertes mañana.

—No estoy cansada —replicó ella, apurando el cóctel mientras Julian la

guiaba por el pasillo, hasta la suite.

—No sé si podemos volver a salir... —dijo él apesadumbrado.

—Creo que no me importa. Ha sido una noche maravillosa —le aseguró ella extática mientras entraban en la habitación—. Ha sido mágica. Mi noche de Cenicienta.

—¿Y ahora qué pasará? —preguntó Julian—. ¿Voy a convertirme en calabaza?

—No —respondió ella con un deje de tristeza—. Se acaba y ya está. Me quito el vestido, me pongo el camisón y cuando me despierte volveré a ponerme mi ropa vieja.

Era lo último que quería. Estar con Julian había sido una experiencia estimulante y embriagadora. Deseaba que no acabara jamás.

Lo que de verdad le apetecía era arrancarle la ropa y obligarlo a darle placer. Llevaba toda la noche provocándola con lo bien que le quedaba el esmoquin, con su aroma, con su sentido del humor irresistible y su plan meticuloso para que ella disfrutara de una velada que no olvidaría jamás.

—Necesito un orgasmo —le soltó ella con todo el descaro del mundo—. No un momento de placer fugaz como el que me proporciona mi vibrador. Necesito un hombre de verdad.

Cuanto más pensaba en ello, más intenso era el deseo que sentía por Julian, que era real y el único hombre que había despertado su lujuria en mucho tiempo.

Julian apuró su whisky y le quitó la copa a Kristin.

—Así no. No cuando ninguno de los dos está en plena posesión de sus facultades.

Ella se lo quedó mirando mientras él dejaba los vasos en la mesa, con gesto serio. No le gustaba su expresión desdichada, de modo que se acercó hasta él y lo abrazó del cuello.

—Por favor. Solo esta vez. Dame algo que no pueda olvidar.

—No soy de esos que se conforman con una relación de una noche —le advirtió Julian, que la agarró del trasero y la atrajo hacia sí.

—Hmm... lo sé. Dios, cómo me gusta estar tan cerca de ti. Qué bien hueles.

Kristin acercó los labios hasta su cuello, hasta la zona que había quedado expuesta un rato antes cuando se quitó la pajarita y se desabrochó un par de botones de la camisa.

Respiró hondo y se entregó un poco más al hechizo de Julian. ¿A quién

quería engañar? Siempre había estado loca por él. Loca de remate. Pero nunca se había desinhibido como ahora, para confesarle lo que de verdad quería. En ese momento, todo le daba igual.

—¿Quién soy yo? —preguntó Julian, que la obligó a levantar la cara para mirarlo a los ojos.

—Julian —susurró ella de inmediato—. El único hombre capaz de arrastrarme a este torbellino de locura y desesperación.

—¡Maldita sea! No quería que pasara así, pero bien sabe Dios que no puedo resistirme a una tentación como esta —gruñó, devorándola con la mirada.

—No. Por favor. Nunca había deseado algo como te deseo ahora, Julian. Te necesito —gimió con un tono preñado de lujuria.

—¡Maldición! —exclamó él, inclinando la cabeza hacia delante.

Su aliento hizo que Kristin se estremeciera de gusto.

«Hazlo. Por favor, no pares ahora», pensó ella.

—Bésame —suplicó Kristin, a solo dos centímetros de los labios de Julian.

—No quiero que mañana me odies —confesó él con un deje de angustia.

—No te odiaré. Enséñame lo que me he perdido, Julian. Enséñame lo que se siente al estar con un hombre que me desea de verdad.

—¿Me estás diciendo que no lo sabes?

—No. Nunca he tenido encuentros sexuales muy gratificantes que digamos. Solo he estado con dos hombres y los dos me dejaron porque no soportaban mi estilo de vida. No me consideraron lo bastante importante como para quedarse a mi lado. A decir verdad, creo que yo tampoco los quería. Yo solo deseaba ser normal, estar con alguien que se preocupara por mí.

De pronto Kristin tuvo la sensación de que se estaba confesando con Julian, y no le importó que fuera por el alcohol.

—Yo no te abandonaré. No podría —dijo con un susurro grave, y la besó con una pasión desaforada y animal.

Aquellas palabras hicieron que el corazón de Kristin empezara a latir desbocado. Quizá nada de lo que estaba ocurriendo era real, pero por el momento iba a seguir creyendo que Julian la encontraba irresistible. Su cuerpo y su alma anhelaban el roce de su piel, y ahora por fin iba a hacer su sueño realidad.

Solo una noche de placer.

Sin renunciar a su posesivo abrazo, la levantó en volandas y la llevó al dormitorio. Ya había amanecido y los primeros rayos del sol bañaban la habitación con una luz romántica.

La dejó suavemente en el suelo y se rompió el beso arrebatador en el que se habían fundido.

—Después de esto ya no hay vuelta atrás. ¿Eres consciente de ello?

No podrían deshacer lo que estaba a punto de ocurrir, pero a ella le daba igual. Lo único que deseaba era que ambos se desnudaran, sentir el tacto abrasador de su piel.

—Lo sé —admitió Kristin, que empezó a perder el juicio cuando vio que Julian se desabrochaba la camisa con una expresión animal que no le había visto nunca.

Ella se quitó los molestos tacones y se acercó hasta él para poder acariciar con la yema de los dedos la piel desnuda que empezaba a asomar bajo la ropa. Tenía unos pectorales muy desarrollados y fuertes. El roce de su piel era tan excitante que Kristin se estaba volviendo loca de ganas de explorar todo su cuerpo, de recorrer todos los lugares que anhelaba acariciar desde el día en que se conocieron.

Cuando Julian acabó de desabrocharse la camisa, ella estuvo a punto de arrancársela, presa de la desesperación.

—Necesito tocarte —gimió, sin importarle lo desesperada que pudiera sonar.

Era así como quería comportarse con él, y que la sensación fuera eterna. Era algo tan sumamente excitante que necesitaba saborear cada momento.

—Con calma, cielo —le advirtió él—. En estos momentos no es que vaya muy sobrado de paciencia.

—Pues déjate llevar —le dijo ella con sinceridad, repitiendo las mismas palabras que le había dicho él—. Disfrutemos juntos de esta fantasía.

—Eso es justamente lo que pienso hacer, pero no quiero que se acabe antes de tiempo.

Para Kristin, el tiempo no importaba. Nada importaba salvo los deseos que le dictaban su corazón, su cabeza y su carne.

—Quiero sentirte dentro —dijo Kristin, dejando caer la camisa al suelo.

—¡Como sigas diciendo esas cosas no sobreviviré a esto, Escarlata!

Kristin no tenía la menor intención de renunciar a lo que quería.

—¿Qué problema hay en tener tantas ganas? —preguntó ella, con el

ceño fruncido.

Él la miró un instante y sus miradas se cruzaron en un choque de verde y azul.

—No hay ningún problema —admitió él con un gruñido—. Quiero que me desees.

Kristin entrelazó los dedos en el pelo de Julian y cerró los ojos. Se derritió al notar las manos de su amante que se deslizaban por su espalda y subían hasta la cremallera del vestido. En solo unos segundos ya estaba en el suelo.

El rostro de Julian se transformó en la viva imagen del deseo cuando retrocedió para observarla. Se recreó mirando sus pechos durante unos segundos y luego la repasó de arriba abajo, con ojos de lobo.

—¡Creo que me he muerto y estoy en el cielo! No existe otra explicación.

Kristin no sintió el más mínimo pudor, sino que se estremeció de placer al ver la mirada de Julian.

—Creo que es Mara quien compró las medias y la ropa interior —confesó.

—Espero que no te gustaran demasiado.

—¿Por qué? —preguntó ella con curiosidad.

Le agarró las braguitas y se las quitó con un gesto brusco. El roce de la brisa fría que sintió en la entrepierna despertó aún más su deseo sexual.

—Mírame, Julian. Mírame, por favor.

Tardó un segundo en ser consciente de que había pronunciado esas palabras en voz alta.

—Te estoy viendo —le aseguró él mientras se arrodillaba—. Pero dentro de unos segundos, serás tú quien me sientas.

Casi sin darse cuenta, y sin tiempo a reaccionar, Kristin profirió un grito al notar la embestida de una oleada de placer que recorrió todo su cuerpo.



## CAPÍTULO 8

—Oh, Dios —exclamó Kristin entre jadeos, intentando agarrarse al poste de la cama mientras Julian apoyaba uno de sus pies en el colchón, para tener vía libre y conseguir lo que quería.

Ella notaba la lengua y los labios de su amante por todo el cuerpo, que dejaban una estela abrasadora allí por donde pasaban. Julian no le había quitado las medias y los ligeros, pero su lengua se deslizaba por todos los rincones entre los muslos y el ombligo, provocándole un delirio de placer.

—Por favor —gimió ella, suplicándole—. Necesito... —Dejó la frase a medias porque esa simple palabra bastaba para explicar el deseo irrefrenable que recorría todo su cuerpo.

De repente, Julian estaba justo donde ella quería. Notó la excitación desmedida con la que la devoraba, proporcionándole placer con su lengua aterciopelada como nunca lo había sentido.

—No. No pares.

El sudor le empapaba todo el cuerpo, excitada por lo que estaba a punto de ocurrir.

—Sabes tal y como me imaginaba —murmuró Julian, que se apartó unos segundos. Kristin notó su cálido aliento en la zona más sensible de su cuerpo y no pudo reprimir un escalofrío de placer.

Él la estaba provocando, quería volverla loca.

—Ahora —exigió ella, agarrándolo del pelo con un gesto que demandaba la satisfacción inmediata de sus deseos más carnales—. Lo necesito ahora, Julian.

Él gruñó al notar la premura del gesto de Kristin, que se moría por volver a sentir sus labios y su lengua, y se entregó con una obediencia y una precisión quirúrgica para darle el ansiado premio. Volvió a gruñir sin apartar los labios de su clitoris, y la vibración provocó un gemido de respuesta.

—Sí —gimió ella, que necesitaba más.

Mientras él excitaba todas las terminaciones nerviosas con la lengua, con unos movimientos frenéticos, Kristin empezó a jadear. No estaba segura de que fuera capaz de tenerse en pie a pesar de que se estaba agarrando al poste de madera de la cama.

Justo cuando estaba segura de que iba a desplomarse sobre la moqueta, arrastrada por el deseo, Julian se levantó, arrancó la colcha de la cama y la posó sobre el colchón.

—Esta vez lo conseguiremos los dos a la vez —gruñó él, mientras se quitaba los pantalones del esmoquin con un gesto desafiante, sin apartar los ojos de ella en ningún momento.

Kristin no estaba en condiciones de oponer ningún tipo de resistencia. Se relamió los labios al ver el espectáculo que se estaba produciendo ante ella. Julian se bajó los pantalones y los calzoncillos a la vez y se los apartó de una patada.

«¡Santo cielo!», dijo para sus adentros al ver la descomunal erección de Julian. Se le hizo la boca agua.

Julian era un hombre muy bien proporcionado en todos los sentidos, y el deseo irrefrenable que tenía de poseerla quedaba reflejado en un miembro de gran calibre que la dejó sin habla.

—Métemela ahora —exigió ella, estirando los brazos.

Él dio un paso al frente, apoyó una rodilla en la cama y se la quedó mirando.

—Me siento como un adolescente que está a punto de hacer realidad sus fantasías —dijo mientras le acariciaba sus rizos—. He fantaseado tantas veces con este momento... con tu melena pelirroja desparramada sobre mi almohada.

—¿Y está cumpliendo con las expectativas? —preguntó ella, con cierta timidez.

Julian se movió con una rapidez felina y se echó encima de Kristin antes de que ella pudiera darse cuenta. La agarró de las muñecas y las inmovilizó por encima de la cabeza. Tenía la respiración entrecortada.

—Es muchísimo mejor —replicó él a escasos centímetros de sus labios—. Esto es real y eres mía.

En ese momento era suya. Sus cuerpos desnudos y sudados estaban unidos como si nada pudiera separarlos. Kristin estaba disfrutando de la sensación erótica de sentir aquel cuerpo musculado y tan bien dotado estremeciéndose de placer sobre ella, de la expresión de deseo carnal

incontenible que se reflejaba en su rostro.

Sus experiencias sexuales anteriores no se parecían en nada a este deseo tan descarnado y primitivo. Sin embargo, supo reaccionar debidamente ya que sabía que ambos compartían el mismo deseo salvaje, y con la misma intensidad.

Kristin le rodeó la cintura con las piernas.

—No esperes más, Julian. No tiene que ser una experiencia perfecta. Dejémonos llevar y ya está.

—No es así como lo había planeado —replicó él—. Si algo deseo es satisfacerte en todos los sentidos. Pero no puedo controlar esto. No puedo controlar lo que está ocurriendo.

—Nada de control. Quiero que te dejes llevar.

Kristin se soltó de sus manos porque estaba desesperada por tocarlo.

Lanzó un suspiro al notar los músculos en tensión de su espalda, maravillada por el tacto suave y húmedo que encontró.

—Dios. Sí. Tócame. Pero no aguantaré mucho —murmuró mientras buscaba la postura más cómoda y la penetró con una arremetida despiadada.

Kristin soltó un grito ahogado al notar la brusca embestida, pero la sensación inicial de incomodidad dio paso a una de placer infinito al notar a Julian dentro de ella.

—Sí. Sí. Sí. —No podía decir nada más, consumida por la necesidad de sentirse cerca de él.

Él empezó a embestirla entre gruñidos.

—Cómo me gusta. Joder.

Kristin levantó las caderas para acomodar sus arremetidas tan profundas y Julian devoró su gemido con los labios.

La besaba sin compasión, sin piedad, llevado por un instinto posesivo que no conocía límites.

El espasmo que sintió Kristin en lo más profundo de sus entrañas se extendió de forma violenta hasta su sexo y arqueó la espalda cuando Julian apartó los labios y se irguió, de rodillas, para agarrarla de los muslos y lograr que las embestidas fueran aún más profundas.

—Quiero que llegues al orgasmo por mí. Estás preciosa —ordenó él, con una voz tensa por el deseo del momento.

Julian le acarició una de las piernas, fue subiendo hasta su sexo y empezó a acariciarle el clítoris, al compás de sus frenéticas arremetidas.

—Esto es demasiado, Julian.

Kristin estaba a punto de perder el mundo de vista, movía la cabeza a un lado y al otro mientras se agarraba a las sábanas, presa del pánico.

Entonces ocurrió: sintió una oleada de placer abrasador que nacía de su sexo y se extendió por todo el cuerpo. Fue una descarga tan intensa que casi resultó dolorosa. Por suerte, el placer se impuso y Kristin lo sintió hasta el fondo de su alma mientras llegaba al clímax. Sus músculos más íntimos se aferraron al sexo de Julian, que profirió un grito sin dejar de embestirla.

—¡Quiero más! —exclamó con voz atormentada—. Quiero más.

Kristin empezó a regresar a la tierra después de apurar hasta la última gota de la esencia de Julian, satisfecha al ver que él inclinaba la cabeza hacia atrás en un gesto de abandono placentero y que pronunciaba su nombre.

—¡Kristin!

La agarró con más fuerza de los muslos y sucumbió al clímax del momento con un placer masculino que ella nunca había visto.

Tenía el aspecto deliciosamente peligroso y salvajemente excitado de alguien que ha alcanzado el placer, rozando la locura. Sabía que era un recuerdo que nunca se le borraría de la memoria, la cara que puso él al perder el control, una reacción muy poco habitual en el Julian que había conocido hasta entonces.

Se inclinó hacia delante y la besó, con un abrazo que iba mucho más allá del placer puramente sexual. Fue algo profundo, pero tierno y dulce, un abrazo relajado que la dejó aún más sin aliento.

Cuando levantó la cabeza, la apoyó en su hombro.

—Esto somos nosotros —murmuró sin apartar los labios de su piel empapada en sudor—. Esto ha sido real y muy salvaje.

Kristin no sintió la necesidad de preguntarle a qué se refería mientras le acariciaba el pelo. Solo quería disfrutar de aquel momento, de la experiencia más maravillosa que había vivido hasta entonces. Entendía perfectamente a qué se refería. En esos momentos se sentía desnuda y vulnerable, pero no le importaba porque él había hecho lo mismo.

—Es aterrador —susurró ella—. Pero en el buen sentido.

Julian se tumbó a su lado sin dejar de abrazarla, y le apoyó la cabeza en el pecho. Al estar con él así se dio cuenta de que se sentía muy segura, algo que no se correspondía con la imagen que tenía de él. Era un sentimiento desconcertante, pero su mente aturdida era incapaz de razonar, por lo que prefirió disfrutar del momento.

—¿Cansada? —preguntó él tímidamente.

—No mucho. Pero no quiero moverme.

Quería quedarse donde estaba, desnuda y encima de Julian.

Él se rio al incorporarse, sin apartarla de su regazo.

—¿Tienes hambre?

Kristin sonrió al ser testigo de nuevo de la obsesión que sentía Julian de colmar todas sus necesidades. ¿Acaso no sabía que ya lo había logrado?

—Creo que hay alguien que se ha encargado de satisfacer mi hambre —respondió ella con una sonrisa.

Julian le acarició el pecho con un dedo y se recreó en un pezón.

—Me he quedado con ganas de seguir tocándote. Hay tantas cosas...

Ella se tapó los labios con dos dedos.

—No lo digas. Ha sido perfecto. Ni se te ocurra decir que no lo ha sido.

Sus miradas se cruzaron y permanecieron en aquel estado durante varios segundos.

—No lo diré. Pero solo ha sido una de las diversas fantasías que he tenido siempre contigo —dijo él en tono provocador, y bajó la mano desde el pecho hasta el muslo.

El corazón de Kristin empezó a latir con fuerza al ver la mirada de adoración reflejada en los ojos de Julian antes de que acercara la frente a la suya.

Entonces, en mitad del silencio, se oyó el rugido del estómago de Kristin.

—Creo que voy a preparar algo de comer —dijo Julian con un deje alegre.

Kristin no acababa de saber si tenía hambre de verdad, pero cuando él se apartó lentamente para levantarse, ella le tendió la mano para que la ayudara a ponerse en pie.

—Guau —murmuró Kristin al sentir los efectos del alcohol que había consumido durante toda la noche. Aún no había recuperado el equilibrio por completo, pero se apoderó de ella una sensación de euforia al apoyarse en el torso desnudo y musculoso de su amante—. Lo siento.

—A la ducha —dijo Julian, tomando su cuerpo desnudo en brazos—. Y luego a comer.

—De acuerdo —añadió ella, disfrutando del agradable calor que desprendía el cuerpo de Julian.

Mientras cruzaban el dormitorio, Kristin se dio cuenta de que el sol ya había salido y la luz del amanecer inundaba la habitación. Debía de ser muy

temprano, pero ignoraba la hora exacta, algo que no le importaba lo más mínimo siempre que estuviera en compañía de Julian.

\*\*\*

Kristin se despertó con la sensación de que estaba a punto de morir.

Tenía el estómago revuelto y notaba un martilleo en la cabeza. Le dolía todo y tenía la boca más seca que el desierto del Sáhara.

Bueno... quizá no iba a morir, pero se sentía como si todo diera vueltas y un remolino la arrastrara al desagüe.

—Mierda —gruñó, intentando abrir los ojos. Sin embargo, el sol cegador la obligó a cerrarlos de nuevo.

Su mente aturdida intentaba averiguar dónde estaba y por qué se sentía tan mal.

La boda.

Julian.

Alcohol. Mucho alcohol.

¿Resaca?

De repente comprendió por qué nunca bebía más de la cuenta. La noche anterior había tirado por la borda todas las reglas que había seguido hasta entonces, y toda la ropa.

Estaba desnuda, lo que era alarmante de por sí. Intentó no pensar en el posible motivo por el que se había despojado de toda la ropa, convencida de que la respuesta sería aterradora. Notaba ciertas molestias en algunas partes de su cuerpo que no utilizaba desde hacía mucho tiempo.

Hizo un gran esfuerzo para abrir los ojos y miró a su alrededor.

Era el dormitorio de Julian.

Poco a poco los recuerdos empezaron a inundar su mente cuando vio una botella grande de agua junto a la mesita de noche y un par de pastillas. Se apoyó en el codo y a pesar del pinchazo de dolor que sintió, leyó la nota manuscrita.

Kristin:

Te dejo mucha agua para que te hidrates y toma las pastillas para el dolor de cabeza y el dolor muscular en general si te despiertas con resaca. Te he dejado las pastillas para el viaje en la sala de estar. Tómate un par

antes de subir al avión. No quería despertarte, por eso le he pedido a Jared que me llevara, porque tengo que estar a primera hora de la mañana en la costa este para seguir con el rodaje.

Hablaremos en cuanto haya acabado la película.

Al final estaba el número de teléfono de su piloto para que lo llamara cuando estuviera lista.

—¿Qué hora es? —se preguntó, buscando un reloj.

Posó la mirada en el despertador del tocador y tuvo que entornar los ojos para ver los números.

—Dieciséis. Son las cuatro de la tarde —murmuró sobresaltada, presa de un súbito ataque de pánico porque sabía que tenía que estar en el trabajo al día siguiente por la mañana—. Ya se han ido todos.

Abrió el frasco y se tomó las pastillas de golpe para ponerse en marcha cuanto antes.

—Café —dijo, y se levantó, entre gemidos por las punzadas de dolor, para prepararse una taza en la pequeña cocina de la suite.

Alternando los sorbos de café y los de agua, se sentó en la cama e intentó pasar por alto las sábanas arrugadas y el olor a sexo que impregnaba el dormitorio de Julian.

Calculó la diferencia horaria entre Las Vegas y Amesport, y el tiempo que le llevaría prepararse y el trayecto en vuelo, y llegó a la conclusión de que tenía tiempo de sobra para llegar al trabajo. Sin embargo, ello no pudo evitar la punzada de dolor que sintió en el pecho por la ausencia de Julian.

A decir verdad, ella sabía que él tenía que irse para no llegar tarde al rodaje, que era muy lejos de Maine. Además, decir que empezaba temprano era quedarse corto, ya que la sesión de maquillaje arrancaba a las tres de la madrugada.

—El cuento de hadas se ha acabado, Cenicienta. Ha llegado el momento de convertirse de nuevo en una calabaza.

Se levantó, apuró la botella de agua, la tiró en la papelera antes de tomar la taza de café y se dirigió a su dormitorio.

Donde no habría nada que le recordara lo que había ocurrido en el de Julian.

Donde podría transformarse en la mujer que era de verdad.

Salió de la habitación sin mirar atrás y cerró la puerta tras ella.

## CAPÍTULO 9

### *Al cabo de tres semanas...*

—No sé cómo daros las gracias por todo lo que habéis hecho aquí —les dijo Kristin a Carl y a Sandie con gran sinceridad.

¿Qué otra cosa podía decir a las dos personas que habían transformado la imagen del Shamrock en la ciudad y lo habían convertido en un negocio más rentable de lo que habría imaginado jamás su padre? La gente acudía de las ciudades vecinas solo para tomar algo en el pub.

Carl y Sandie tenían que irse, volvían a California con el avión privado de Jared. Sin embargo, dejaban el local en manos de un personal nuevo que podría seguir atrayendo a los clientes sin problemas.

—No nos des las gracias a nosotros —dijo Carl muy amablemente—. Hace años Julian nos ayudó a poner en marcha nuestro negocio gracias a sus recomendaciones. Desde que es famoso, no para de hablar de nuestro local. Hemos triunfado gracias a él.

Kristin negó con la cabeza.

—Quizá os haya ayudado, pero formáis un equipo increíble. La gente hablará de los platos de Sandie durante muchos años.

—No te preocupes, los cocineros que te hemos dejado podrán mantener el nivel. Y puedes permitirte su sueldo.

Kristin les dio un abrazo de gratitud, sin salir de su asombro por lo rápido que su local se había convertido en el lugar de moda de Amesport.

Apenas eran las cuatro y Kristin acababa de salir de la consulta para volver al bar y despedirse de Sandie y Carl; sin embargo, el lugar ya estaba hasta los topes, a pesar de los cambios que habían hecho para añadir más mesas.



Al final no les quedaría más remedio que ampliar el establecimiento o reformarlo de arriba abajo si el negocio seguía yendo viento en popa. Kristin aún tenía tiempo para tomar una decisión, pero en esos momentos su cocina estaba creando los platos más deliciosos y afamados de la ciudad, y los clientes llegaban en masa para degustar las hamburguesas gourmet, los platos especiales y para observar el espectáculo de los bármanes. La mayoría del personal trabajaba a media jornada, pero todos habían recibido las enseñanzas de Carl y Sandie. El Shamrock era otro, había dejado de ser un local vulgar para convertirse en el lugar al que quería acudir todo el mundo.

Habían tenido que derribar una pared para poder añadir más mesas, pero eso solo les llevó un día y otro más para decorarlo. Al ver los ingresos, Kristin tuvo que admitir que el cierre temporal no les había afectado lo más mínimo.

Se despidió de la pareja de ángeles de la guarda desde la puerta. Carl aún llevaba sus chanclas. Le había dicho a Kristin que no tenía ningún sentido cambiar de estilo cuando iba a regresar a California al cabo de poco.

—Me caen muy bien. Los dos —le dijo Mara a Kristin cuando esta volvió a la mesa.

—A mí también. Los echaré de menos. Han sido lo mejor que le ha pasado al Shamrock desde hace muchos años, y eso que han estado poco tiempo. Mi padre ya tiene una lista de cosas que quiere hacer a medida que amplíe el local. No recuerdo cuándo fue la última vez que lo vi tan feliz y emocionado.

—Se lo merece —murmuró Mara mientras devoraba una jugosa hamburguesa con guacamole, chili y varios complementos más que dificultaban enormemente la tarea de darle un mordisco.

Mara lanzó un gemido de placer al engullir el primer bocado.

—No solo es enorme, sino que está buenísima.

Kristin sonrió y removió la Coca-Cola light.

—Sandie ha enseñado muy bien a los cocineros. Ahora son tan exigentes que no sacan ningún plato que no cumpla con todos sus requisitos. —Era inevitable que le hiciera gracia porque hasta ese momento el Shamrock siempre había servido cocina de batalla—. Solo necesitaban recibir la preparación adecuada, algo que, por desgracia, yo no podía proporcionarles. Ojalá lo hubiera hecho.

—No es culpa tuya, Kristin —le dijo Mara después de secarse la boca—. Carl y Sandie tienen la experiencia necesaria y la visión para crear algo

porque no es la primera vez que lo hacen. Tú no conocías el negocio de la restauración.

—Me resulta muy raro —le confesó Kristin a su mejor amiga—. Lo único que hacía era trabajar. Ahora que el negocio de papá está bien gestionado y es rentable, no sé qué hacer con el tiempo que me sobra.

—¿Y si te relajas un poco? ¿O sales con alguien? —le propuso Mara—. Hay un par de chicos que trabajan para mí que no están nada mal. No me importaría concertarte una cita con uno de ellos.

Kristin puso los ojos en blanco.

—Ahora que te has casado con el hombre de tus sueños, intentas que las demás hagamos lo mismo. —Conocía muy bien a Mara. Como vivía en un estado de felicidad perpetua con Jared Sinclair, quería que sus amigas fueran tan felices como ella—. No todo el mundo está predestinado a casarse.

Su amiga morena negó con la cabeza porque tenía la boca llena.

—Tú sí —añadió en cuanto hubo acabado de masticar—. Beatrice te dio la piedra y sé que le dio otra a Julian. ¿Estás segura de que no quieres contarme nada? Fuisteis juntos a Las Vegas. Compartisteis suite. ¿Esperas que me crea que solo os alojasteis en la misma habitación porque el hotel estaba lleno?

Kristin no solía tener secretos para Mara, pero había ciertas cosas que eran demasiado íntimas y recientes como para hablar de ellas.

—Nos lo pasamos bien en la boda y yo tuve la oportunidad de conocerlo algo mejor, pero sigue siendo un pesado cuando se pone a mandar. No es mi tipo.

Todo lo que había dicho Kristin era cierto, pero también lo era que se trataba de un hombre más complejo de lo que podía parecer a simple vista. Su vida había dado un giro brutal por culpa de la fama. Por extraño que pareciera, llevaba ese aspecto bastante bien, lo aceptaba como un elemento más de su profesión y no había permitido que un ego desmedido tomara las riendas de su vida. Kristin sospechaba que su actitud mandona era un rasgo heredado de la familia Sinclair. Seguramente desde muy pequeño tenía la sensación de que podía controlar el mundo.

—De acuerdo —concedió Mara—. Entonces déjame que te organice una cita a ciegas con mi director de marketing. Le van muy bien las cosas a nivel profesional y es bastante guapo.

A decir verdad, Kristin no se sentía preparada para tener una cita porque aún no había dejado de pensar en Julian y en lo que había ocurrido aquel fin

de semana mágico. Bueno, mágico salvo por los vómitos y la resaca. Pero no había podido olvidar el resto de su estancia en la Ciudad del Pecado.

No había vuelto a hablar con Julian desde el fin de semana de la boda y tampoco esperaba que se presentara sin previo aviso. Ella sabía desde el primer momento que esos días acabarían convirtiéndose en una experiencia sin continuidad, pero ello no evitaba el dolor y la tristeza que sentía. Había conocido a un Julian distinto, un hombre que no se parecía en nada al que solo disfrutaba molestándola y sacándola de quicio.

«Preliminares».

La palabra resonaba en su cabeza con la voz seductora y grave de barítono de Julian. Le puso la piel de gallina. Se frotó los brazos por encima del suéter para calmarse y le dijo a Mara:

—Ahora no, ¿vale? Es que tengo un poco de tiempo libre y me gustaría hacer otras cosas.

Mara la observó con recelo.

—¿Como por ejemplo?

—Leer algún libro. Ponerme al día con las series de las que habla todo el mundo. Ir al cine, quizá.

—El cine es ideal para una cita. Además, acabas de decirme que no sabías qué hacer, ¿y ahora quieres que me trague que quieres vivir como una ermitaña?

—Sí, me gustaría pasar un tiempo a solas. Hace años que no estaba en esta situación.

Mara le dirigió una mirada de comprensión.

—Lo sé, de acuerdo. Pero no descartes mi propuesta, ¿vale?

—Te avisaré en cuanto haya acabado todos los libros y las series —dijo Kristin con una sonrisa. Tomó un sorbo del refresco antes de añadir—: Por cierto, no te di las gracias por el vestido.

Mara le lanzó una mirada confusa mientras se acababa la hamburguesa.

—¿Qué vestido?

—El que me pusiste en la maleta para la boda junto con... lo demás. Fuiste a casa de mis padres, ¿no? Me hiciste el equipaje.

Mara negó con la cabeza y mojó el aro de cebolla en kétchup.

—No hice nada de eso. Me alegré mucho cuando supe que venías a la boda, pero no te hice las maletas. Lo habría hecho de haber sabido que serviría para que vinieras a Las Vegas.

«Pero ¡¿qué diablos ha pasado aquí?!», pensó Kristin.

—Entonces, ¿de dónde sacó Julian mi maleta? Todo lo que había era mi ropa.

Mara se encogió de hombros.

—No lo sé, tendrás que preguntárselo a él.

—Mis padres y tú sois las únicas personas que tenéis llaves de mi apartamento —dijo Kristin, que no salía de su asombro. Si no era Mara quien le había puesto la lencería sexy o el diminuto vestido...

El suspense la estaba matando y sabía que esa misma tarde acabaría pasando por casa de sus padres.

—Pregúntaselo a tu padre y a tu madre. Quizá le dieron la maleta a otra persona.

—Julian me mintió. Me dijo que lo habías hecho tú.

—¿Acaso importa? —preguntó Mara con voz suave—. Te conozco de casi toda la vida, Kristin. Si Julian no hubiera forzado un poco la situación, te habrías quedado aquí por miedo a dejar el Shamrock desatendido.

—Es posible —respondió Kristin, que no se molestó en intentar engañar a su amiga, ya que la conocía muy bien.

—Si me lo hubiera pedido, habría sido su cómplice encantada —confesó Mara—, pero no lo hizo. Debieron de ser tus padres.

Kristin se estremeció al pensar en las posibilidades. ¿Había ido Julian a hablar directamente con sus padres o había intervenido alguien más?

—Da un poco de cosa no saber quién puede haber hurgado en tu cajón de la ropa interior —dijo Kristin.

Mara se rio.

—¿Tienes miedo de que tu padre haya visto tu vibrador? —le preguntó Mara en tono burlón.

«No, tengo miedo de que un desconocido haya visto el lamentable estado de mi ropa más íntima. No se me había pasado por la cabeza que pudiera ser mi padre, pero no sé qué es peor», pensó Kristin.

—No, no lo escondo en el cajón —respondió Kristin, lanzando una mirada pícaro a su amiga.

Mara soltó una carcajada después de acabar la hamburguesa.

—Estaba buenísima. —Entonces miró el reloj y añadió—: ¡Caray, tengo que irme! Tengo reunión en la fábrica.

Kristin no dejó que Mara pagase. Le dijo que invitaba la casa para que pudiera degustar los nuevos platos. Observó a su amiga mientras se ponía el precioso abrigo de lana. Aún no se había acostumbrado a verla como la

directora general de su propia empresa, la misma que hacía un tiempo sobrevivía cosiendo muñecas.

Se despidieron con un fuerte abrazo y Mara le dijo:

—Voy a empezar a buscarte candidatos para una cita a ciegas, que lo sepas. Ahora que por fin tienes las noches libres, se te acabaron las excusas para no salir con alguien. El hecho de que en el pasado solo conocieras a cretinos no significa que todo el mundo sea así.

—Me voy a dedicar a la lectura, ¿recuerdas? —replicó Kristin, acompañándola a la puerta.

—Sí, sí —dijo Mara sin hacerle demasiado caso—. Tú ponte a leer que yo voy a preguntarle a Rob si está libre mañana por la noche para que te invite a cenar.

En el fondo, Mara tenía razón. No había ninguna razón para que no saliera con alguien ahora que tenía las noches libres, pero por algún motivo era una idea que no la atraía en absoluto.

«¿Estoy esperando, sin saberlo, a que vuelva Julian? No va a regresar por mí. Lo nuestro fue cosa de un fin de semana. Yo lo sabía perfectamente cuando nos acostamos. Se acabó. Él ha seguido adelante con sus cosas y no ha vuelto a dar señales de vida», pensó Kristin.

Mara salió por la puerta y se alejó antes de que su amiga pudiera replicar.

Kristin decidió ponerse el abrigo, agarró el bolso que tenía detrás de la barra y salió del Shamrock, dispuesta a hallar una explicación al misterio de todos los cambios que se habían producido en el restaurante... y lo que era más importante: el motivo.

Su padre le había dado una explicación no demasiado convincente, y ella estaba segura de que no le había dicho toda la verdad.

El aire gélido le cortó el aliento en cuanto pisó la calle y echó a andar con determinación. Sabía perfectamente por dónde debía empezar.

\*\*\*

—¿Me estás diciendo que decidiste invertir en el bar de mi padre sin ningún motivo? —le preguntó Kristin a Liam Sullivan en el interior del Sullivan's Steak and Seafood, que se había sometido a un proceso de reforma total.

Su padre le había dicho que Liam lo había ayudado cuando ella volvió de Las Vegas. Kristin quería saber cuál era el grado de implicación exacto del

hermano de Tessa.

El restaurante aún no estaba abierto, pero iban a inaugurarlo en breve. Sabía que encontraría a Liam en su local. Por suerte, no estaba muy ocupado y ella iba dispuesta a sonsacarle toda la información.

—No fue sin ningún motivo —respondió Liam con evasivas, de espaldas a ella, preparando las langostas de los famosos sándwiches del Sullivan's—. Siempre me ha parecido que se podía... sacar más partido al establecimiento. Ahora que Tessa está casada, tengo más tiempo para este tipo de proyectos.

Kristin puso los brazos en jarra. Sabía que no le estaba contando toda la verdad.

—Más tiempo ¿y mucho dinero? Alguien le dio a mi padre una cantidad astronómica para las reformas. Es lo que yo llamo una inversión importante.

—Tengo dinero y tengo... un socio.

—¿Quién? —preguntó Kristin con férrea determinación.

Liam se volvió con un gesto de frustración.

—Julian Sinclair —respondió—. Decidí aliarme con Julian porque sabía que tenía buenas ideas. Yo no lo conocía muy bien y él solo sabía de mi reputación porque trabajamos juntos en algunos proyectos cuando yo colaboraba con Hollywood. Pero no necesitaba que se asociara con tu padre. Él quería aportar la mitad del capital que iba a invertir yo.

Kristin lo miró fijamente. Aún no entendía por qué Julian había decidido invertir en un lugar como Amesport. Liam no destacaba por su atractivo convencional, pero estaba en buena forma, era un tipo fornido y las conversaciones que había mantenido con él siempre habían sido cordiales.

—¿Fuiste tú quien me preparó la maleta para Las Vegas?

Él la miró confuso.

—Claro que no. ¿Por qué iba a hacerlo?

—Alguien lo hizo.

Liam se encogió de hombros.

—Seguramente fue Julian. Quizá tus padres le dieron las llaves cuando firmamos los papeles.

—¡No puedo creerme que mis padres fueran capaces de algo así sin preguntármelo! —exclamó muy molesta.

—¿Por qué? El negocio es suyo.

—Sí, pero soy yo quien se dejó el alma para mantenerlo a flote trabajando todas las horas libres que tenía —estalló Kristin, casi sin aliento

—. Iba todas las noches porque sabía que a mi padre le convenía descansar. Yo solo me preocupaba por su bienestar. Creía que al menos me lo consultarían.

—Lo siento —dijo Liam—. Sé que no debe de haber sido fácil para ti, pero el local está dando mucho dinero. La gente llenaba el Sullivan's por la calidad de la comida incluso antes de que hiciéramos las reformas, pero ganábamos dinero. He visto los números del Shamrock y sé que no os iban muy bien las cosas, a pesar de que está en un lugar mejor. Necesitaba un cambio, Kristin. Eso o habría acabado en números rojos y, con el tiempo, habría cerrado. Además, tú no podías seguir dedicándole tantas horas. Eso sí, tu esfuerzo fue lo único que evitó que tu padre acabara en bancarrota.

Tenía razón, pero ello no mitigaba el dolor que le había provocado el hecho de que sus padres no le hubieran consultado nada antes de vender la mitad del bar.

—Ojalá me hubieran dicho algo.

—¿Qué les habrías aconsejado? —preguntó Liam con curiosidad.

Sabiendo lo que sabía, les habría animado a seguir adelante con el proyecto. Su padre podría tomarse las cosas con más calma y tranquilidad y el nuevo negocio le permitiría llevar una vida más digna y desahogada. Sin embargo, si lo hubiera sabido antes de que se produjeran los cambios, quizá habría reaccionado de un modo distinto.

—No lo sé —admitió en voz baja.

—Entonces quizá haya sido mejor así.

—¿Por qué estaba tan interesado Julian? —preguntó Kristin con curiosidad.

—Creo que eso tendrás que preguntárselo a él, que fue quien tuvo la idea. Una noche quedamos para tomar una cerveza cuando supimos que habíamos trabajado en los mismos proyectos. A partir de ese momento, se puso manos a la obra de inmediato y me di cuenta de que quería participar en el proyecto. Tenía el dinero para invertir y sabía que un local en ese lugar y con el menú y la gestión correctos iría como un tiro. No fue culpa de tu padre ni tuya que con el paso de los años el negocio hubiera ido a menos. Fueron las circunstancias.

—Tomó una buena decisión —admitió Kristin, esbozando una sonrisa—. Sé que has intervenido mucho en el Shamrock y que has tomado decisiones muy buenas.

Liam se encogió de hombros.

—Así me distraigo un poco porque aquí solo abrimos para cenar.

Kristin sonrió de oreja a oreja porque sabía que Liam no le estaba contando toda la verdad. Había decidido invertir en el Shamrock y era lo bastante ambicioso para convertirlo en un negocio rentable.

—¿Cuál es el papel de Julian en esta nueva empresa?

—Él se encargó de organizar los programas de formación, algo que ha sido todo un éxito. Pero como está fuera casi todo el tiempo, accedió a tener un papel más limitado después de acabar el proceso de formación. No quería que nadie supiera lo que estaba haciendo, pero está claro que se te da muy bien sonsacar información a los demás.

—No siempre —lo corrigió Kristin con un suspiro, pensando en el hecho de que Liam no le había contado tanto como le habría gustado a ella. ¿Qué motivos tenía Julian para tomarse tantas molestias por sus padres?

—Por lo que yo sé, creo que solo deseaba ayudar —dijo Liam con sinceridad—. Para alguien como él, el dinero invertido y los posibles beneficios serán una minucia.

—¿Y para ti? —preguntó Kristin.

Liam se volvió y le dedicó una sonrisa algo tosca, pero no por ello menos atractiva.

—Para mí será una forma más de gastar dinero —respondió con un aire de misterio—. Quizá no sea tan rico como los Sinclair, pero esta inversión no me afectará demasiado en un sentido u otro.

Kristin le dio las gracias a Liam y abandonó el restaurante con una idea más clara de lo que había ocurrido en el Shamrock, pero más confundida con el papel que había desempeñado Julian Sinclair en todo ello.



# CAPÍTULO 10

Fiel a su palabra, Mara le había organizado una cita para tomar un café con su director de marketing, Robert Larkin. A Kristin no le quedó más remedio que aceptar, ya que no veía una forma de rechazar la oferta sin quedar mal, por lo que a la tarde siguiente acudió al Brew Magic. Al final resultó que el tipo no estaba nada mal, era atractivo, simpático y muy educado.

Por desgracia, Kristin no se lo imaginaba como algo más que un simple amigo. No había chispa ni química entre ambos.

«Porque no es Julian», pensó.

Molesta consigo misma por seguir pensando en él, tomó otro sorbo del bombón café mientras escuchaba a Rob, que no dejaba de hablar de lo mucho que admiraba a Mara y le gustaba su trabajo.

—¿Kristin?

De pronto se dio cuenta de que tenía la cabeza en otra parte mientras Rob cantaba las alabanzas de la empresa de Mara.

—¿Sí? —Kristin lo miró a los ojos, con la firme decisión de prestarle más atención.

Rob tenía un rostro atractivo, el pelo y los ojos oscuros, y la complexión delgada del típico hombre que tenía un trabajo de despacho.

—Te he preguntado si querías ir a la fiesta de la empresa conmigo. No me has contestado.

Quizá porque no había oído la pregunta.

—Lo siento, no sé qué decir.

Él sonrió y Kristin se fijó en su dentadura inmaculada. Rob tenía una de esas sonrisas perfectas, ideales para alguien que se dedicaba al marketing. Ella estaba convencida de que ante el público adecuado podía ser de lo más persuasivo.

—Pues dime que sí —replicó él, con una sonrisa cada vez más amplia y

tentadora.

Ella no tenía ganas de pensar en fiestas de empresa, pero la Navidad pasaría volando si no empezaba a planificar bien su agenda. Después de Acción de Gracias se había encargado de escribir las postales de Navidad de la consulta de Sarah, pero aún no había hecho nada por sus amigas más íntimas.

«¡Esto no funciona!», pensó.

Rob era simpático y merecía una mujer que estuviera interesada en él de verdad. A pesar de todos sus esfuerzos, Kristin estaba nerviosa y distraída. Lo cierto es que no entendía por qué Rob quería ir a la fiesta con ella.

«¿A lo mejor porque soy la mejor amiga de Mara y cree que quedará bien con su jefa?», pensó.

Kristin se arrepintió de inmediato por pensar tan mal de alguien que se había tomado la molestia de quedar con ella para conocerla. Sí, era muy educado, pero eso formaba parte de su trabajo como comunicador, era una persona educada que debía convencer a los demás de comprar los productos de Mara.

Sin embargo, Kristin no quería darle falsas esperanzas aceptando su invitación y que creyera que estaba interesada en algo más aparte de su amistad. No sería justo para él.

—Me gustaría...

—Pero no puedo aceptar —dijo una voz de barítono y se sentó a su lado—. Lo siento, no puede ir.

Se volvió sorprendida, aunque ya sabía quién era la persona que tenía al lado porque su olor y su voz no dejaban lugar a dudas.

«Julian», pensó.

Parecía enfadado. Sus ojos azules refulgían con ira y no los apartaba de Rob.

—No era eso lo que iba a decir —replicó Kristin, enfurecida—. ¿Qué haces aquí? —le preguntó a Julian.

Él se encogió de hombros.

—¿Dónde quieres que esté, cielo? Siento haber tardado tanto. Tuvimos un pequeño accidente durante el rodaje, por eso acabó durando más de lo esperado. Además, estábamos en mitad de la nada, apenas había cobertura.

Tenía varios moratones y rasguños en la cara.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó Kristin, preocupada al ver las heridas.

—Nada grave —respondió él, disipando cualquier atisbo de

preocupación—. ¿Quién es tu «amigo»?

—Mi cita —lo corrigió ella, mirando a Rob—. Este es Julian Sinclair.

Rob, que no pensaba dejar escapar la oportunidad de lograr un buen contacto, le estrechó la mano a Julian.

—Enseguida te he reconocido. Soy Robert Larkin. Trabajo para la mujer de tu primo, Mara. Encantado de conocerte. He visto tus películas. La última es mi favorita.

—Tienes toda la pinta de ser el típico al que le gustan —murmuró Julian en voz baja.

Kristin le dio un codazo disimulado y oyó su gruñido de dolor.

—Vaya, parece que aún no te has recuperado, ¿no?

Empezaba a estar preocupada por el estado de salud de Julian.

—Estoy bien —replicó él bruscamente, sin apartar la mirada de Rob—. Esto no es una cita —le dijo con total naturalidad.

—Sí que lo es —le aseguró Rob en tono alegre—. Acabo de conocer a Kristin, pero salta a la vista que es especial. Mara y ella son amigas de toda la vida y no me extraña. Me gustaría que me acompañara a la fiesta de la empresa de Navidad.

—No puede —le dijo Julian, enfadado.

—No entiendo por qué —replicó Rob, que todavía lucía una sonrisa de ganador.

Julian se inclinó hacia delante para acercarse e intimidar a su rival.

—Porque si la tocas, tendré que matarte.

—No digas tonterías, Julian —le pidió Kristin, cuyo corazón empezaba a latir con fuerza ante la que se avecinaba. ¿Qué diablos le ocurría? ¿Acaso se había dado un golpe en la cabeza más fuerte de lo que ella creía?

—Eh, tranquilo, no sabía que te gustaba —le aseguró Rob, levantando las manos en un gesto de rendición.

—Claro que me gusta, hostia. Es mi mujer —gruñó Julian, que agarró a Kristin de la mano y la obligó a levantarse—. Vámonos a casa.

Rob lanzó una mirada inquisitiva a Kristin.

—¿Estás casada con Julian Sinclair?

Ella se soltó de Julian y se dio cuenta de que la gente empezaba a mirarlos.

—Basta ya. Deja de montar este numerito. —Se volvió hacia Rob—. No, no estamos casados. Creo que delira. A lo mejor se ha dado un golpe en la cabeza. Pero no estoy casada con Julian Sinclair. Lo siento, tengo que

llevarlo a que lo atienda un médico.

—No me pasa nada que no pueda curarse con un poco de atención por tu parte —le susurró Julian al oído, acercándose a ella.

Kristin lo agarró de la mano, se la estrechó para hacerlo callar y lo arrastró hasta la puerta.

Él la siguió de buena gana, pero se volvió un momento para decirle una última cosa a Rob:

—Hablabas en serio.

Kristin se sonrojó y tiró de él hacia la puerta.

—¿Es que te has vuelto loco? —le preguntó mientras salían a la calle.

—Sí, creo que lo estoy.

Se volvió hacia él y le soltó la mano.

—¿Estás bien físicamente? Porque si es así, te juro que te voy a dar una patada en las pelotas por decirle a Rob que estamos casados.

Julian sonrió por primera vez esa noche.

—¿Eso significa que no pegas a alguien que no se encuentra bien?

Kristin admiró su cuerpo recio y musculoso, la camisa de cuello americano y la americana de lana negra desabrochada que ondeaba con el gélido viento nocturno.

—Me gustaría, pero no, no puedo. —Estaba demasiado preocupada por averiguar si había perdido la cabeza de verdad.

Julian señaló el todoterreno negro que estaba aparcado junto a la acera.

—Sube.

—No deberías ponerte al volante —le advirtió ella.

—Estoy bien —se limitó a responder él—. Pero aún me estoy recuperando de la impresión de verte en una cita con otro hombre. ¿Qué diablos creías que hacías?

Pulsó el botón de la llave para desbloquear las puertas del vehículo y abrió la del acompañante.

Kristin subió enseguida ya que el viento que soplaba era muy desagradable.

—¿De verdad crees que deberías conducir? —preguntó ella de nuevo cuando Julian se sentó—. Me ha dado la sensación de que no hablabas en broma.

Julian se llevó una mano al bolsillo de la chaqueta, sacó un trozo de papel doblado y se lo dejó en el regazo.

—Hablo muy en serio, Escarlata. Estamos casados. No me gusta verte

con otros hombres mientras yo trabajo fuera. Créeme, sabía lo que decía.

Estiró el brazo para encender la luz de su lado mientras Julian arrancaba el coche.

Era un certificado de matrimonio y sus nombres aparecían en el espacio de los contrayentes. Buscó la firma con la mirada y vio que se parecía bastante a la suya, pero no del todo.

—Yo no he firmado esto. ¿Cuándo ocurrió?

—En algún momento entre el desayuno con champán y antes de que me fuera. Ahora conservo recuerdos aislados de la ceremonia, pero cuando me fui no era consciente de lo que había pasado.

—Oh, Dios. —Kristin se quedó mirando el papel, tensa como la cuerda de un arco mientras asimilaba la idea de que se había casado en Las Vegas—. ¿Por qué lo hicimos?

El negó con la cabeza.

—Lo que ocurre en Las Vegas... no siempre se queda en Las Vegas. A veces haces cosas que pueden afectar al resto de tu vida.

—Esto es imposible, Julian. Tiene que ser una broma.

—¿Te parece un certificado de matrimonio falso? Con el paso de los días fui recordando más cosas, por eso pedí una copia. Es legal. Nos casamos cuando los dos estábamos borrachos.

—Pero podemos anularlo, ¿no? —dijo, presa de un ataque de pánico.

—Creo que desde un punto de vista legal, no. Nos acostamos. Esa parte la recuerdo muy bien —dijo con un tono pícaro—. Fue la mejor noche de mi vida. No recuerdo de forma tan clara lo que pasó después de la ceremonia, pero diría que al volver al hotel consumamos el matrimonio. Aunque es probable que no fuera algo para recordar porque los dos estábamos muy borrachos.

—¡No bromees! —replicó ella con mal humor—. Tenemos que solucionar este problema. No recuerdo nada.

—¿Qué es lo último que recuerdas? Intentaré llenar esas lagunas.

Kristin tuvo que hurgar hasta en el último rincón de su cerebro.

—Recuerdo que dijimos que íbamos a desayunar algo. A partir de ahí, lo único que sé es que me desperté con una resaca infernal. Tan grande que se me han quitado las ganas de volver a probar el alcohol el resto de mi vida.

Desde entonces no había vuelto a beber.

—Al menos recordarás el sexo espectacular —dijo Julian con una sonrisa descarada.

—Menos lobos —dijo ella, mintiendo.

—Pero ¿qué dices? —replicó él, con un deje de diversión—. Me dijiste que había rozado la perfección.

—Pues no lo recuerdo —volvió a mentir ella—. Creía que no podíamos salir del edificio.

—La gente de seguridad nos ayudó a salir por la parte trasera, y yo llevaba gorra y gafas de sol. Recuerdo lo contenta que estabas, sobre todo después de tomarte varias copas de champán cuando paramos a comer. Luego, tengo algún recuerdo vago del momento en que cumplimentamos la documentación del permiso de boda, y la breve ceremonia en la que nos hicieron de testigos unos desconocidos. Dijiste que no querías fotos porque tienes muy buena memoria para ese tipo de recuerdos. Supongo que era el alcohol el que hablaba, ya que no recuerdas nada —dijo Julian de forma algo brusca.

Kristin apagó la luz para no molestar a Julian y se guardó el papel en el bolso.

—Si no podemos conseguir una anulación, tendrá que ser un divorcio.

—Podríamos —admitió él con tono afable—. Pero no creo que lo hagamos.

—¿Qué quieres decir? Por supuesto que debemos solucionar este malentendido y divorciarnos. Ninguno de los dos sabía lo que hacía. No quiero tu dinero. Solo ser libre.

—¿Para salir con Rob? —gruñó Julian.

—Para casarme con alguien que me quiera, algún día, y para que tú puedas hacer lo mismo. No podemos seguir adelante como si nada, Julian. Podríamos tener problemas en el futuro.

Él era quien podía salir más perjudicado, ya que ella no tenía planes de boda ni a corto ni a medio plazo.

—¿Y qué me dices de ese comercial tan elegante?

—¿Cómo sabes que se dedica a las ventas?

—Porque se ha comportado como si estuviera intentando vender algo.

—No es mi tipo —admitió Kristin con un suspiro—. Pero quizá en el futuro conozca a alguien. Antes de que tú nos interrumpieras de tan malas maneras, iba a rechazar su invitación.

—Bien —contestó Julian en tono engreído.

Kristin apoyó la cabeza en el asiento y cerró los ojos, horrorizada.

—No puedo creer que me casara contigo. Ni siquiera nos gustamos.

—Ahí es donde te equivocas. Nunca he dicho que no me gustaras.

—Pero si siempre discutimos.

—Preliminares —replicó con tono pícaro.

—El matrimonio es mucho más que sexo —añadió Kristin—. Debes ser fiel y convertirte en el mejor amigo de tu pareja.

—No me he acostado con nadie más. Y te he contado cosas de las que no suelo hablar —dijo Julian mientras se incorporaba a una autopista de dos carriles.

El corazón de Kristin empezó a latir con fuerza.

—¿No te has acostado con nadie más?

—Claro que no. Sabía que estaba casado.

—¿Por qué no me lo dijiste?

Julian se removió en el asiento y tamborileó con los dedos en el volante.

—Es verdad que había mala cobertura en el rodaje. Y no quería darte la noticia de esa manera.

—¿Adónde vas? Has pasado de largo de mi apartamento.

—Ya han acabado las obras de mi casa. Es muy bonita.

—No he traído ropa de recambio. Tengo que pasar por casa.

—Vamos a casa. Le he pedido a mi ayudante que te llene el armario de ropa nueva.

—No puedo vivir contigo.

Kristin pensó de nuevo que había perdido la cabeza, sin embargo conducía bien y no parecía desorientado.

—Olvidas algo muy importante —añadió Julian con tono muy preocupado.

—¿Qué? ¿Que nos casamos y que no recuerdo si fue Elvis quien nos declaró marido y mujer o un reverendo de Las Vegas?

—No —respondió él sin perder la calma—. Pero aunque el sexo fue brutal, no usamos ningún anticonceptivo. Por eso aguanté tan poco. Por eso y por las ganas que tenía de empotrarte desde que abriste esa boquita tan descarada que tienes.

—Lo recuerdo muy bien. Recuerdo cómo fue el sexo.

—Entonces sabrás que existe la posibilidad de que estés embarazada.

Kristin guardó silencio y se llevó la mano al abdomen. La verdad era que ni había pensado en esa posibilidad.

# CAPÍTULO 11

—¿Eso es lo que te preocupaba?

—Claro. No sé si estás preparada para tener hijos. Eso es lo que me preocupaba, que estuvieras preparada. Lo demás no me importaba. No tendría problemas para sustentar a una familia y me gustaría tener hijos. Quizá no ahora mismo, pero algún día.

Kristin quería preguntarle qué haría si estuviera embarazada, pero tenía que poner fin a las especulaciones.

—No estoy embarazada. No dejé de tomar la píldora después de romper con mi último novio, hace ya varios años. Me ayuda a regular el ciclo menstrual, por eso seguí con ella. Ya me ha venido la regla. No estoy embarazada.

Kristin se acarició la barriga de forma inconsciente, como si lamentara algo que ni siquiera había ocurrido.

—¿Estás segura? —preguntó él, con un deje de decepción.

—Del todo —respondió ella sin reprimir un deje de tristeza.

—¿Quieres tener hijos?

Ella asintió a pesar de que Julian no podía verla.

—Lo deseo más que nada en este mundo. Pero soy consciente de que no podría ofrecerles gran cosa. Apenas puedo mantenerme a mí misma.

—Eso se acabó —le aseguró Julian con calma—. Ahora tienes marido. Me tienes a mí. —Julian tomó una salida de la autopista y se adentraron por una carretera iluminada con una serie de farolas dispuestas a intervalos regulares que señalaban el camino hasta la casa de él—. Ya hemos llegado.

Kristin lanzó un grito ahogado al ver la magnífica casa de ladrillos. No solo era enorme, sino muy elegante.

—¿Vas a vivir aquí solo?

Era una mansión inmensa. No esperaba nada menos de un Sinclair, pero aun así impresionaba bastante.



—No. Voy a vivir contigo —respondió él con una sonrisa mientras se abría la puerta del garaje y detenía el vehículo.

—Ni hablar —replicó ella con firmeza—. Me voy a mi casa.

Julian se encogió de hombros.

—Ya estás en tu casa.

—Tengo mi propia casa y te agradecería que me llevaras de vuelta a Amesport.

Julian cerró la puerta del garaje después de aparcar y bajó del todoterreno.

—¿Por qué? Estamos casados.

Kristin apretó los dientes, consciente de que él se estaba comportando de aquel modo a propósito. Lo único que no entendía era el motivo.

—Tenemos que divorciarnos —insistió muy molesta Kristin, que bajó del vehículo y lo siguió hasta la puerta—. Sé que nos acostamos antes de salir y casarnos. Pero ¿estás seguro de que lo hicimos después de la ceremonia? ¿Lo recuerdas bien?

—No todos los detalles. Pero conociéndome y teniendo en cuenta las ganas que me dan de hacerte todo tipo de obscenidades cada vez que te veo, creo que lo hicimos —respondió Julian de forma algo evasiva.

La anulación, así pues, quedaba descartada. No podía arriesgarse a que no fuera legal.

A pesar de lo grande que era la casa, tenía cierto calor de hogar. Kristin se quitó los zapatos en el recibidor y siguió a Julian, que entró en silencio.

Con los techos abovedados y una cocina inmensa, era una mansión cálida y acogedora; había una chimenea de gas encendida entre la cocina y lo que parecía una gran sala de estar.

—Esta cocina es maravillosa —murmuró ella casi sin darse cuenta, acariciando las encimeras de mármol.

—No tengo ni idea. Solo uso el microondas —le dijo Julian con una sonrisa mientras se quitaba el abrigo y le cogía el suyo—. ¿Te apetece una visita guiada?

Kristin sabía que era más sensato negarse, pero debía admitir que sentía curiosidad por conocer cómo era la casa que había diseñado Micah para Julian. ¿Tenía una sala de proyección enorme? ¿Otra para juegos? ¿Qué colores había elegido? ¿Qué estilo? Nadie conocía mejor a Julian que su hermano mayor. ¿Había participado de algún modo en la decoración?

—Sí —respondió al final en voz baja, cediendo a la tentación de saber

más. De modo que al final recorrieron todas las estancias juntos, hasta que llegaron a un ascensor.

—¿Tienes ascensor en tu casa? —preguntó ella, desconcertada—. No parece que tengas problemas para subir escaleras —añadió repasando con la mirada su cuerpo escultural.

Julian le hizo un gesto para invitarla a entrar en el ascensor.

—Mis padres ya murieron, pero los tuyos no.

Kristin tragó saliva al darse cuenta de lo que insinuaba.

—Mi madre... —Dejó la frase a medias.

Él se limitó a asentir.

—También he pensado en adoptar a un perro. ¿Y si al final eligiera a uno mayor que no puede subir escaleras?

Kristin intentó dejar a un lado las ensoñaciones y tuvo que recordarse a sí misma que Julian no había planeado que ella fuera a vivir con él mientras construía la casa. El hecho de añadirle ascensor debía de haber sido idea de Micah. No era una idea descabellada que una mansión tan lujosa como esa tuviera ascensor.

—¿De verdad quieres tener perro? —Eso sí que la sorprendió.

—Me gustan mucho, pero no he vuelto a tener uno desde que murió mi labrador cuando yo era adolescente. No tenía tiempo para jugar con él.

Kristin lanzó un suspiro y salió al piso superior.

—Yo siempre he querido un gato.

—Yo nunca he tenido, pero no me importaría intentarlo. Un perro y un gato que hagan buenas migas.

—Julian... —dijo ella a modo de advertencia.

—¿Qué? —preguntó él de modo inocente mientras le enseñaba los dormitorios del primer piso. En realidad, cada uno era una suite con una pequeña sala de estar y baño propio—. Solo quiero darte opciones.

—No voy a vivir contigo.

Kristin se detuvo al ver la enorme biblioteca que había junto a la sala de estar de la suite principal.

—Oh. Dios. Mío.

Las paredes estaban cubiertas de estanterías que llegaban hasta el techo, llenas de libros, todos ordenados y etiquetados por categorías. Mientras recorría la sala, asombrada, Kristin se fijó en que tenía volúmenes de todas las materias posibles, desde filosofía y clásicos de la literatura hasta una colección de terror o ciencia ficción.

—Te gusta leer —murmuró ella, acariciando los lomos de algunos libros—. Menuda colección. —Se sentó junto a la ventana, en un sofá para dos—. Me encanta.

Julian se cruzó de brazos y sonrió.

—Me lo imaginaba. Desde aquí se ve el océano. En verano podrás sentarte aquí y leer mientras oyes las olas.

—O una tormenta —replicó ella en tono pensativo, arrastrada por la fantasía de Julian—. Me gustan las tormentas.

—A mí también. Me recuerdan que hay cosas que escapan a nuestro control, mucho más grandes que nosotros.

Jamás se habría imaginado oír esa frase en boca de Julian, pero Kristin se sentía igual.

Entonces él le tendió la mano y ella la aceptó y se levantó.

—Una cosa más —dijo con entusiasmo—. El baño principal.

Kristin se rio de lo emocionado que estaba con su nueva casa y lo siguió obedientemente.

—¿Qué le pasa?

Cuando llegaron a la puerta, giró la manecilla, la abrió y la invitó a entrar.

Lo primero que vio fue la bañera. ¿Cómo iba a pasarla por alto? Era enorme y dominaba toda la estancia. Parecía como si alguien hubiera partido en dos un cristal gigante y hubiera labrado la bañera que se encontraba junto a la ducha. Estaba medio hundida en el suelo, para facilitar la entrada y la salida. Era blanca, con destellos azules; una de las cosas más tentadoras que había visto jamás. Miró a su alrededor y se dio cuenta de las grandes dimensiones del cuarto y del diseño elegante y contemporáneo que lo unía todo.

—Cielo santo —murmuró para sí.

—Puedes usarla cuando quieras —le dijo, intentando seducirla.

—Es tuya. Además, es tan grande que creo que me ahogaría —añadió Kristin, que no podía imaginarse dándose un baño en algo tan grande.

—Me lanzaría de cabeza para salvarte —le aseguró Julian en tono amistoso.

Kristin se imaginó a sí misma fingiendo que se ahogaba para que Julian se desnudara y se metiera en el agua con ella. Había espacio suficiente para dos. Qué diablos, había espacio suficiente para montar una orgía.

Se volvió hacia él con resignación.

—Tienes una casa preciosa. Gracias por la visita, pero tengo que volver a la ciudad.

—También es tu casa —gruñó él con tristeza.

El cuento de hadas se había acabado cuando ella se fue de Las Vegas. No podía olvidarlo.

—Esta es tu vida, no la mía —le dijo ella con firmeza y se dirigió a las escaleras.

Él la siguió de cerca.

—¿Qué te pasa, Kristin?

—Que no puedo hacerlo. No puedo fingir que este matrimonio no es un gran error.

Tuvo que hacer un gran esfuerzo para contener un sollozo. Las lágrimas le inundaron los ojos cuando iba a dar un paso, calculó mal la distancia, tropezó y cayó.

—¡Kristin, no!

Un brazo fuerte la agarró de la cintura y tiró de ella hacia atrás mientras Julian se inclinaba hacia delante y caía rodando por las escaleras, después de perder el equilibrio por culpa del esfuerzo realizado para evitar su caída.

—¡Cielos! Se ha hecho daño —murmuró al darse cuenta del motivo por el que había lanzado aquel grito antes de la caída—. ¡Julian!

Kristin bajó los escalones todo lo rápido que se lo permitieron sus pies y se arrodilló junto a Julian, que permanecía inmóvil al pie de las escaleras.

Estaba de espaldas, tenía los ojos cerrados y sangre en la cabeza. Los escalones eran de mármol, sin una alfombra que pudiera amortiguar el duro golpe.

—Oh, Dios, cuánto lo siento —murmuró. Le tomó el pulso y se sintió aliviada al ver que respiraba.

Los remordimientos se apoderaron de ella; sin embargo, consciente de la gravedad de la situación, intentó no dejarse influir por el charco de sangre que había en el suelo, sacó el teléfono que llevaba en el bolsillo trasero del pantalón y marcó el 911 para pedir una ambulancia.

«No debería haberme comportado así. Ahora él se ha hecho daño para evitar que me cayera yo», pensó Kristin.

Después de hablar con los sanitarios y guardarse el teléfono en el bolsillo, se fue corriendo a la cocina y abrió los cajones hasta encontrar un trapo limpio, que utilizó para taponar el corte de la frente.

Julian empezó a moverse, pero ella le dijo que estuviera quieto.

—No te muevas. Podrías haberte hecho daño en la espalda o el cuello —le dijo muy seria—. Ya viene la ambulancia.

Julian parpadeó, mostrando sus preciosos ojos azules, y posó la mirada de inmediato en ella.

—No te vayas —le pidió, aturdido.

—No voy a irme a ningún lado. Casi te matas. ¿En qué pensabas?

Kristin lo miró fijamente, sin apartar la toalla, y con el corazón en un puño pensó en la reacción instintiva de Julian, que se había puesto en peligro a sí mismo para evitar que ella cayera por las escaleras.

—Eras tú o yo —le dijo Julian, esbozando una sonrisa.

—No tenías por qué agarrarme. A lo mejor no habría perdido el equilibrio.

—O sí —replicó él—. Prefería hacerme daño yo. Tengo la cabeza más dura.

Intentó incorporarse y Kristin se lo impidió con un gesto suave.

—¿Puedes hacerme caso por una vez? No te levantes.

—Estás tan guapa cuando te enfadas... —le dijo con una sonrisa—. No me pasará nada.

Kristin tuvo que empujarlo para que no se incorporase.

—Como intentes moverte, te daré un porrazo para que te quedes quieto —lo amenazó.

Frunció el ceño y Julian reaccionó de la forma más inesperada.

Rompió a reír.

## CAPÍTULO 12

Kristin se quedó el fin de semana en la casa para cuidar de Julian, situación que él no lamentó en absoluto. Si tenía que darse un golpe en la cabeza para disfrutar de la compañía de Kristin en su casa, estaba dispuesto a tirarse por las escaleras todas las veces que fuera necesario.

El problema era que no quería que se quedara bajo esas circunstancias.

Quería que estuviera con él porque lo deseaba con toda el alma, ya que así era como se sentía él.

Lo quería todo.

Quizá fuera egoísta, pero Julian anhelaba que ella quisiera estar con él.

Kristin había mostrado su lado más profesional y estricto, atenta a cualquier indicio de conmoción cerebral, a pesar de que las radiografías lo habían descartado. Lo cierto era que se sentía mejor. La contusión de las costillas había mejorado y aparte de los puntos que le habían dado en la cabeza y la frustración provocada por llevar dos días sin moverse, estaba bien.

—Creo que ya te has recuperado, así que tengo que irme —le anunció Kristin con frialdad.

Se había puesto el abrigo, lista para salir por la puerta.

—Tenemos que hablar —le pidió Julian en un tono muy sincero.

—Cuando te hayas recuperado por completo.

—Estoy bien. Siéntate —insistió, y se alegró al ver que ella se dejaba caer en uno de los sillones de la sala de estar, si bien con un gesto de obstinada terquedad.

Julian ya conocía esa mirada, que no solía ser un buen presagio para mantener una conversación, pero tampoco deseaba postergar más el asunto.

—Tenemos que negociar.

Kristin enarcó una ceja.

—¿Por qué? Basta con solucionar el problema antes de que lo sepan los

demás. Fue un error.

«¡Ay, Dios! Sabe cómo machacarle el ego a un hombre», pensó Julian.

Por suerte, tiró de su vena más práctica y no se lo tomó como un ataque personal:

—Tú quieres el divorcio. Yo no. ¿Cómo lo solucionamos? Podría alargar el proceso de mil maneras distintas.

—¿Me estás diciendo que vas a chantajearme y vas a recurrir a tu fortuna para retenerme? —preguntó Kristin con un deje de tristeza más que de ira.

Julian no soportaba esa situación. Era infinitamente peor decepcionarla como acababa de hacer que hacerla enfadar. De hecho, prefería que discutiera con él.

—Si es necesario, lo haré —replicó, y se odió a sí mismo por haber acabado convirtiéndose en un torturador, tal y como lo había acusado ella. Pero estaba desesperado y sabía que Kristin no daría su brazo a torcer tan fácilmente.

—¿Qué quieres, Julian?

«Quiero deshacerte la coleta para liberar esa preciosa melena pelirroja de rizos que tienes. Quiero desnudarte, excitarte y que me toques. Quiero todo lo que puedas darme y luego aún querré más», pensó Julian.

—Quiero que te quedes —admitió al final—. Pruébalo durante tres meses. Si al acabar no quieres que sigamos viviendo juntos, haré los trámites del divorcio de inmediato.

—¿Por qué? No tiene ningún sentido.

—Para mí sí. Entre tú y yo hay algo. Puedes negarlo tanto como quieras, pero sé que también lo notas, Escarlata. ¿Sabes en qué estoy pensando ahora mismo? En que nada me gustaría más que tenerte desnuda y de rodillas ante mí, a mi merced, y sé que tú también lo piensas.

Kristin puso los ojos en blanco, pero con un gesto que delataba un atisbo de culpabilidad.

—Así que todo se reduce al sexo, ¿no?

«Sí. No. Quizá», pensó él.

Al final acabó perdiendo la paciencia:

—Vale. Sí. A lo mejor podemos hacerlo hasta no poder más. A lo mejor nos aburrirnos y queremos dejarlo. Pero lo único que sé en estos momentos es que si no intentamos averiguarlo, es probable que acabemos lamentándolo. Al menos yo.

Qué diablos, ¿acaso no era verdad que hacía mucho tiempo que deseaba estar con ella? ¿Y que hacía aún más tiempo del que estaba dispuesto a admitir que pensaba en Kristin?

—Uno de los dos podría salir malparado —murmuró ella, pero sus ojos verdes, tan expresivos como siempre, le decían que tenía miedo de ser la que acabara sufriendo.

—Es posible —admitió Julian, que sabía de sobra que nunca le haría daño a propósito. Era incapaz de algo así—. Es un riesgo que hay que asumir. Pero ¿no preferirías salir con un cretino conocido, que con uno por conocer?

Kristin se mordió el labio para no soltar una carcajada y Julian no pudo reprimir una sonrisa.

Al final ella no aguantó más y se puso a reír.

—Estás loco —le dijo al recuperar el aliento.

Él se encogió de hombros. No sería la primera vez que dudase de su propia cordura cuando se trataba de algo relacionado con Kristin.

—Dime que quieres intentarlo. Así podríamos empezar con la parte más interesante del acuerdo.

—Creo que será mejor que no te pregunte a qué te refieres. Aún te estás recuperando de una herida en la cabeza, por no mencionar los moratones y heridas que arrastrabas del rodaje de tu última película. A decir verdad, creo que aún no estás en tu sano juicio.

—Cariño, créeme que sé lo que me digo.

Estaba algo magullado, pero era muy consciente de lo que decía.

Ella se cruzó de brazos.

—Podría acabar odiándote por haberme chantajeado de esta forma.

—No lo harás —le prometió él. Iba a tratarla tan bien, que en solo unas semanas se olvidaría de lo ocurrido. ¡Al menos eso esperaba!

—Haré todo lo que pueda para amargarte la vida —le advirtió Kristin.

—Y yo haré todo lo que pueda para satisfacerte —replicó con descaro—. A ver quién gana.

—Mañana me suplicarás que me vaya —le aseguró ella con tono amenazador.

—Esta noche me suplicarás que te haga el amor —le soltó él con una sonrisa engreída.

Kristin podía decir lo que quisiera, pero Julian sabía que se sentía muy atraída por él.

Ella resopló, se levantó, se quitó la chaqueta y la colgó en un armario.



—De acuerdo. Lo haremos a tu manera.

«Me he salido con la mía», pensó Julian.

La había desafiado y ahora ella no podía irse así por las buenas.

Kristin volvió a sentarse en el sillón y lo fulminó con la mirada.

—¿Qué haremos cuando tengas que irte? ¿O no habías pensado en ello?

—No voy a irme a ningún lado —le aseguró—. Tendré que ir un par de veces a California y ausentarme algunos días, pero luego estaré siempre en casa.

Julian sintió una punzada de satisfacción al ver la mirada de incredulidad de ella.

—No puedes quedarte en Amesport indefinidamente.

—Claro que sí. Aquí tengo mi casa. Vivo aquí.

Sabía de sobra que la sacaba de quicio cuando se comportaba como un idiota, pero no iba a cambiar.

—¿Y qué pasa con tu carrera?

—He cambiado —le confesó con sinceridad—. La fama no va conmigo y disfruto mucho más escribiendo guiones que haciendo superéxitos de taquilla. Eso lo dejo para aquellos actores a los que no les gusta escribir. Prefiero mil veces crear historias que interpretarlas. —Respiró hondo antes de proseguir—. Además, Xander vendrá aquí cuando acabe el proceso de rehabilitación y ahora me toca devolverle el favor a Micah y comportarme como un adulto responsable. Mis padres ya no están, así que lo único que me queda son mis hermanos y mis primos.

—¿Quieres estar más cerca de ellos? —le preguntó Kristin con dulzura.

—Sí. Nada como perder a mis padres y estar a punto de perder también a mi hermano pequeño para darme cuenta de lo importante que es la familia. Amesport me aporta esa sensación de hogar. Y no me preguntes por qué. Quizá sea porque mi familia es de aquí o por la maldita piedra que me dio Beatrice para despejarme el camino, pero es aquí donde quiero estar. Echo de menos este lugar cuando no estoy aquí.

Estaba convencido de que sus emociones se veían influidas por el hecho de que una pelirroja tremendamente guapa vivía en Amesport. Pero eso no lo dijo.

—¿Aún tienes el cristal? —preguntó ella con curiosidad.

Julian lo sacó del bolsillo y se lo mostró.

—¿Tú no?

—Sí —admitió sonrojándose—. Lo tengo en la chaqueta. ¿Por qué nos

los quedamos? Solo es una piedra.

—Lágrimas apache —la corrigió él—. En mi caso ha funcionado. Creo que me ayudó a ver lo que de verdad quería. De no ser por eso no estaría aquí.

Ella asintió.

—Para ayudar a tu familia y estar más cerca de ella.

«Y para estar más cerca de ti», pensó Julian.

—¿Por qué te cuesta tanto creer que solo quiero pasar más tiempo contigo?

Ella lo miró, ligeramente asombrada.

—Porque no lo entiendo. Porque desde que nos conocemos parece que lo único que sabemos hacer es discutir.

—No siempre —replicó él en voz baja y muy serio.

—Vale. Pasamos un fin de semana de ensueño. Pero, aparte de eso, no tenemos nada en común. Yo me críe en un mundo en que teníamos que contar hasta el último centavo que entraba en casa. Nunca he sido atractiva. De hecho, en la escuela me hacían *bullying* porque sacaba buenas notas, pero estaba regordeta, era pelirroja y tenía muchas pecas. Mi única amiga era Mara.

Quizá todo aquello era cosa del pasado, pero Julian tuvo que apretar los puños para reprimir las ganas de dar un puñetazo a algo.

—¿Qué pasó?

—Mi padre fue boxeador de joven. Al final me armé del valor necesario para darle una buena tunda a todo aquel que intentara buscarme las cosquillas —le dijo con orgullo.

—¿Por eso no te gusta el apodo de Roja?

Kristin asintió.

—Siempre lo usaron para burlarse de mí.

—Lo siento.

Ella se encogió de hombros.

—De eso ya hace mucho.

Julian sabía que era una experiencia que había moldeado la percepción que tenía de sí misma.

—Pero sabes que la imagen que tienes de ti no es la correcta, ¿verdad?

—Soy realista —replicó ella.

—No, no lo eres. Esa pelirroja pecosa del instituto se convirtió en un bombón de mujer capaz de despertar las más bajas pasiones de cualquier

hombre.

—Eres el único que me lo dice —le aseguró ella, asombrada.

—Quizá no te lo diga nadie, pero estoy seguro de que todos lo piensan. Créeme. Te he visto con ese vestido negro que podría resucitar hasta un muerto.

—¿Fuiste tú el de la lencería?

—¿Si fui yo quien te la arrancó? Claro —respondió intentando desviar la atención.

Kristin frunció el ceño y lanzó un resoplido.

—Ya sabes de qué hablo. ¿Me compraste el vestido? ¿La ropa interior? ¿Todo lo demás?

—Conté con la colaboración de una de mis ayudantes de California. Me dijo que le quedaría muy bien a una chica pelirroja. Y no se equivocó.

—¿Dónde conseguiste mi llave?

«Oh, diablos. Ha hablado con Mara y ya sabe que no fue mi cómplice», pensó Julian.

—Liam es el propietario del edificio de apartamentos. El alquiler que pagas va a una de sus empresas. —Vio la mirada furibunda de Kristin y se apresuró a añadir—: La culpa no es suya. Le dije que teníamos mucha prisa por llegar a Las Vegas y me dejó entrar.

—Aun así, me parece muy rastrero. Además, me mintió. Me dijo que habías conseguido la llave a través de mis padres. ¿Y si se la hubiera pedido alguien no tan honrado como tú? ¿Y si hubiera sido otra persona la que quería entrar en mi apartamento?

—Él estaba convencido de que tú me habías pedido que fuera a recoger tus cosas. No tenía ningún motivo para dudar de mi palabra. No es uno de esos que dejaría entrar a cualquiera. Le mentí y él intentó darme una coartada. Cuando se dio cuenta de que tú no me habías pedido nada, no supo cómo reaccionar. Sabía que no quería robarte dinero ni las tarjetas de crédito, así que ahora seguro que vendrá a buscarme para averiguar la verdad antes de confesar que me dejó entrar.

—No quiero que ningún hombre hurgue en mi ropa interior. —Lo fulminó con la mirada.

Julian tampoco quería que ningún hombre hurgara en su ropa interior. Solo él.

—No hurgué. Solo cogí algunas cosas y las puse en la maleta —replicó.

—¿Y mis padres? ¿Quién negoció con ellos por el Shamrock? ¿Liam o

tú?

—Yo fui el primero que habló con ellos. Los aprecio mucho y quería ayudarlos.

Julian se dio cuenta de que Kristin se estaba poniendo tensa.

—Conociste a mis padres. Y les gustaste de verdad.

—Puedo ser encantador, claro que les gusté —replicó él.

—Aún no he hablado con ellos de todo esto. Supongo que me sentía dolida porque no me habían dicho que habían llegado a un acuerdo con un socio... o socios nuevos. Tal vez no sea la propietaria del local, pero me he dejado la piel para que no se fuera a pique.

—Les pedí que no te contaran nada hasta que te lo hubiera dicho yo. — Julian se odiaba a sí mismo por no haberle explicado toda la verdad mucho antes. Ahí estaba otra vez esa mirada de decepción de Kristin—. No fue culpa suya. Sé las horas que le has dedicado al bar. No debería haberles pedido que no te dijeran nada. Creo que querían hablarlo contigo.

—Lo dudo —replicó ella—. Están demasiado ocupados con otros asuntos.

Julian sintió una punzada de dolor en el pecho que no se le iba.

—No debes de haber tenido una infancia muy fácil con tu madre enferma.

—¿Sabes que tiene esclerosis múltiple? —preguntó Kristin.

—Sí, lo sé. ¿Ha empeorado?

No respondió y Julian no supo qué decir para consolarla un poco. Su madre no podía valerse por sí sola, tenía que usar un caminador y a veces incluso silla de ruedas. Cuando conoció a Dale y Cindy Moore comprendió de inmediato por qué trabajaba tanto su hija.

Al ver las lágrimas que asomaban a los ojos de Kristin no pudo aguantar más.

—Ven aquí —le dijo abriendo los brazos—. O vienes o voy yo a buscarte.

Ella se lanzó a sus brazos de inmediato.

## CAPÍTULO 13

Cuando se abrieron las compuertas del torrente de lágrimas, ya no hubo marcha atrás. Fue como si hubiera volado una presa sometida a una gran presión durante mucho tiempo. Cuando estalló, tuvo que sacarlo todo.

—Shh... tranquila. Cuéntamelo todo —le dijo Julian al oído.

Él se reclinó en el sofá sin soltarla. Aquella tregua fue una auténtica bendición para Kristin. La fuerza reconfortante de Julian era un paraíso. Aun así, se secó las lágrimas de las mejillas con un gesto firme.

—Yo tenía ocho años cuando le diagnosticaron la enfermedad. Mamá tenía cuarenta y cinco y sufría esclerosis múltiple progresiva. Cada paciente es distinto, sufre las secuelas de un modo diferente, por lo que tampoco era algo muy obvio. Uno de los motivos por los que no tenía muchos amigos no era porque me hicieran *bullying*; podía mantener a raya a los imbéciles de la escuela. Era porque pasaba mucho tiempo en casa. Solo tenía ganas de verla para asegurarme de que estaba bien.

—¿De niña te sentías responsable de ella?

Kristin nunca lo había pensado así, pero suponía que sí tenía miedo de que su madre pudiera empeorar si no estaba ella a su lado.

—Imagino que sí —respondió. Se puso cómoda entre las piernas de Julian y apoyó la espalda en su pecho—. Por entonces no acababa de comprender qué pasaba, solo que no se encontraba bien. De vez en cuando tenía algún día bueno, pero le costaba salir adelante. Podía andar, aunque tenía problemas de equilibrio.

Él la abrazó de la cintura.

—¿Qué pasó luego?

—A medida que fui creciendo, su estado empeoró. La carga económica de la enfermedad crónica de mamá siempre fue importante. Yo volvía corriendo a casa en cuanto salía de la escuela porque mi padre tenía que atender el Shamrock. No podíamos permitirnos contratar a más personal.

Fueron años difíciles, sin actividades extraescolares y sin vida más allá de la casa familiar y el aula. Kristin no lamentaba haberse dedicado tantos años a su madre porque la quería con locura. Pero hubo momentos en los que lamentó ser hija única, no tener una hermana o dos con las que hablar de sus miedos. A su padre siempre le había preocupado que Kristin únicamente le mostrara su cara más positiva, como si no le afectara la situación.

—Digamos que te aislaste socialmente —dijo Julian con cierto temor.

—Sí. No. Bueno, quizá un poco, pero fue culpa mía.

Fue Kristin quien se autoinfligió toda aquella angustia. Su madre parecía fatigada y le costaba caminar, pero nunca le había pedido que se quedara en casa. Fue ella quien quiso hacerlo.

—Decidiste ocuparte de ella —concluyó Julian—. No sé por qué, pero no me sorprende.

—Necesitaba ayuda —se defendió Kristin.

—Tal vez sea cierto, pero no había ninguna necesidad de que asumieras ese papel cuando eras una niña.

—No tenía a nadie más a quien recurrir. Pero ahora ya da igual, no soy una niña. Fui a clase para sacarme el título y me puse a trabajar.

—En una consulta médica, claro —dijo Julian.

—Me gusta cuidar de la gente —replicó ella, indignada.

—No te estoy echando en cara que tengas un corazón bondadoso, Escarlata. Solo digo que no has podido disfrutar de la vida. Admiro muchísimo que siempre hayas ayudado a tus padres. Ojalá yo pudiera decir lo mismo.

—Tus padres no estaban enfermos —le dijo Kristin.

—Aun así, debería haber sido consciente de que no iban a vivir eternamente —gruñó—. Fui un egoísta. Creía que mientras yo intentaba llegar a lo más alto de la profesión, todo lo demás quedaba en suspenso. Mis padres me apoyaron más que nadie. Nunca me imaginé que no podrían ser testigos de mi éxito —dijo Julian con gran remordimiento y una tristeza que le partió el corazón a Kristin.

—Lo siento mucho, pero tampoco podías predecir lo que les ocurrió.

Quizá su madre tenía que utilizar un andador, y a veces estaba algo pachucha, pero al menos su padre jamás había tenido la intención de abandonarlas y Kristin podía disfrutar de ambos. La esclerosis múltiple no era una enfermedad mortal, pero lo que más sufría era la calidad y la esperanza de vida de su madre.

—Tal vez no, pero siempre lamentaré lo poco que los vi en los diez años antes de que los asesinaran. Si algo aprendí de todo esto es a no dar nada por sentado. —Lanzó un suspiro masculino y cambió de tema—: De modo que tuviste que madurar a pasos agigantados, ¿no? Tengo la sensación de que no pudiste disfrutar de tu infancia como los demás niños. No me extraña que te sientas culpable por disfrutar de la vida de vez en cuando.

—Yo no... —Dejó la frase a medias mientras pensaba en lo que le había dicho Julian. Quizá había algo de verdad—. Simplemente no tuve la opción de divertirme —admitió con un deje de tristeza—. O sea, no tuve una infancia horrible, mis padres no desatendieron sus responsabilidades en ningún momento. En realidad, no fue culpa suya.

—No era mi intención insinuar que lo era, o que su comportamiento fuera la causa de cómo te sentías, pero es verdad que siempre has renunciado a la diversión para dar prioridad a otros aspectos —dijo Julian.

—A lo mejor es porque soy una aburrida —replicó ella, algo molesta por las palabras de Julian, mucho más cercanas a la verdad de lo que Kristin estaba dispuesta a admitir.

—No —murmuró él con una voz grave de barítono que resonó en el oído de Kristin—. Yo diría que siempre te has preocupado mucho más de los otros que de ti misma. Te has entregado en cuerpo y alma al bienestar de los demás. Pero ¿quién ha cuidado de ti?

—De eso ya me encargo yo —le soltó ella.

—Pues que sepas, querida Escarlata, que no se te da muy bien. Se nota a la legua que estás agotada y estresada. Me apuesto lo que quieras a que la única vez que te has emborrachado fue en Las Vegas. —Entrelazó sus dedos en los rizos de Kristin—. ¿Por qué? ¿Por qué justamente en Las Vegas?

—Porque es la única oportunidad que se me ha presentado —respondió ella con un gemido.

—Qué mentirosa eres. Lo hiciste por el mismo motivo que yo. A mí no me gusta mucho beber, pero esa noche pillé una buena.

—Pues explíqueme usted por qué lo hicimos, doctor Freud —replicó ella con sarcasmo, convencida de que Julian tenía su propia teoría.

—Porque intentar no tocarte es como intentar no respirar —respondió él con tono convincente.

Su tono seductor obligó a Kristin a reprimir un gemido. Estar ahí, con él, era una tortura y una bendición.

—El hecho de emborracharnos sirvió de excusa para todo —admitió

ella con dolor.

Julian se movió de forma tan rápida que Kristin apenas se dio cuenta. En un abrir y cerrar de ojos se puso encima de ella y la agarró contra el sofá, antes de que pudiera quejarse.

—Ahora ya no estamos borrachos —dijo él entre jadeos y con una mirada enardecida— y yo siento lo mismo. Y tú también.

La reacción instintiva de Kristin fue negar que aún sentía una atracción inexplicable por Julian, pero la honestidad descarnada de él se lo impidió.

—Eso me temo —concedió ella casi sin aliento.

El gesto de Julian se suavizó.

—¿Acaso crees que yo no? ¿Crees que me gusta que la dueña de mis pelotas sea una pelirroja guapísima que me está volviendo loco?

Aquellas palabras, «pelirroja guapísima», le llegaron al alma, como el hecho de que una superestrella de cine como Julian albergara esos sentimientos por ella.

—Soy una mujer normal, Famosete. No tengo nada especial.

Kristin insistía en considerarse de lo más vulgar.

—No vuelvas a decirme eso porque no me lo creeré —replicó Julian—. Puedes hacer lo que te dé la gana para sacarme de quicio, pero yo seguiré deseándote, Kristin.

—No entiendo qué es lo que quieres de mí —preguntó ella entre lágrimas. Se sentía tan vulnerable que le costaba razonar.

—Todo y nada —respondió él—. Quiero que le des una oportunidad a lo nuestro. Quiero que admitas que tenemos que explorar esta opción para no volvernos locos. Solo te pido tres meses de diversión. Deja que alguien cuide de ti por una vez. Yo me encargaré del bienestar de tus padres por el resto de sus días. Te prometo que a tu madre no volverá a faltarle nada más.

«¡Dios santo! ¡Es el único hombre que puede decir algo así y hacer que parezca algo sexy!», pensó Kristin, quien, sin embargo, no necesitaba que nadie cuidara de ella.

¿O sí?

Cuanto más escuchaba a Julian, más le convencía su propuesta. Por una vez quería ser un poco más egoísta. Quería... lo quería a él. No por toda la tranquilidad económica que le ofrecía, sino porque lo deseaba sin más. Por una vez en la vida había alguien que la hacía sentirse importante.

—Pero es que mi vida no funciona así. Nunca lo ha hecho —añadió ella.



—Pues cámbiala —gruñó Julian—. Ahora el único que te necesita soy yo. Y quizá es cierto que te lo estoy pidiendo todo, pero créeme que seré capaz de devolvértelo.

Kristin no tenía ninguna duda al respecto. Seguía sin comprenderlo, pero Julian Sinclair quería conquistarla como fuera. No obstante, ¿qué ocurriría cuando lo hubiera conseguido?

—Deja de darle tantas vueltas a todo, Kristin. Simplemente decide si te apetece correr un riesgo, hacer algo por ti misma.

Le soltó las muñecas, pero siguió inmovilizándola con el peso del cuerpo.

Era todo un desafío y ella lo sabía muy bien.

—De acuerdo, lo haré. Ya estamos casados. Tres meses y luego esto se acaba —le dijo ella de forma algo alocada, sin pensar demasiado en las consecuencias por una vez.

Julian tenía el don de sacarla de quicio lo suficiente para que ella recogiera el guante que él le había lanzado.

—Sí, así lo haré —admitió con voz grave, como quien no quiere pensar en el futuro.

Ahora que habían llegado a un acuerdo, Kristin cayó presa del pánico.

—Déjame levantarme.

Julian sonrió.

—¿Tienes miedo?

Claro que lo tenía, estaba aterrorizada. Había llegado a un trato con el hombre más perverso que conocía y el que suponía la mayor amenaza para su cordura.

Julian se apartó y le permitió incorporarse.

Kristin soltó un resoplido.

—Claro que no. Tres meses pasarán volando.

Julian no dejó de sonreír, lo que hizo que a Kristin le entraran ganas de darle un puñetazo.

—Me encanta tu optimismo —murmuró él.

—Te dije que convertiré tu vida en un infierno, y así será —lo amenazó ella, poniéndose en pie.

Necesitaba distanciarse del aroma masculino e increíblemente embriagador del hombre más guapo del universo. Ni siquiera ella podía resistirse a la capacidad que tenía él de crisparle los nervios, lo que a su vez despertaba el deseo de Kristin de verlo desnudo.

¿Tenía alguna especie de parafilia por el sexo a mala cara?

«Preliminares».

Kristin se volvió cuando ya se encontraba a una distancia prudente del sofá.

—Me voy a la cama. Mañana tengo que trabajar.

A lo mejor podía hacer unos cuantos largos en la bañera de dimensiones olímpicas para relajarse un poco.

—Ni hablar. Tienes que hacer las maletas —dijo él con toda la naturalidad del mundo antes de que ella pudiera hacer algo—. Nos vamos de vacaciones. Sarah ha contratado a alguien para que te sustituya durante estos días, y tu padre también tiene una enfermera para que le eche una mano con tu madre. Así podrá pasar más tiempo con ella, pero sin ser su cuidador.

Kristin empezaba a verlo todo rojo... otra vez.

—¿Cómo? Creo que no te he oído bien.

—Me has oído perfectamente. Vamos a pasar unos días fuera. A algún lugar cálido.

Hacía poco que habían tenido la primera gran nevada de la estación y Kristin se estremeció al pensar en la posibilidad de tomarse un descanso en algún lugar con un clima tropical. ¿Qué se sentía al estar en un lugar así?

—No puedo ir a ningún lado. Tengo mis responsabilidades aquí.

—Ya no —insistió Julian—. Y tampoco vamos a ausentarnos durante varios meses. Solo son unas vacaciones.

—¿Dónde?

No era que Kristin quisiera ir, pero sentía cierta curiosidad por conocer el destino que había elegido.

—A Maui —le informó Julian—. Tengo una propiedad ahí. Podríamos considerarlo un negocio. Y debería ir a ver qué tal va.

¿Hawái? ¿Hablabas en serio?

—No puedo irme así sin más —replicó ella, algo acalorada, mordiéndose el labio para no emocionarse más de la cuenta ante la posibilidad de ir a un lugar con el que siempre había soñado.

—Es que no vamos a irnos sin más. Pasaremos por casa de tus padres por la mañana para despedirnos.

Julian había omitido algo y Kristin sabía que lo había hecho a propósito. Intentó no pensar en las aguas cálidas del océano y los cócteles tropicales.

—No puedo.

—Empieza a hacer la maleta —insistió él, sin hacer ningún caso de sus

palabras—. Quiero que nos pongamos en marcha cuanto antes. A tus padres les hace mucha ilusión que nos vayamos de luna de miel.

«Oh, Dios», pensó Kristin.

—¿Se lo has dicho? —preguntó ella con un gemido de sorpresa.

Julian se puso en pie y se detuvo ante ella.

—Pues claro. Hablo con tu padre casi a diario. Tenemos un negocio a medias. ¿Acaso querías que les mintiera?

—Él no me ha dicho nada —añadió Kristin, disgustada por el hecho de que su padre ni siquiera le hubiera contado que hablaba con Julian.

—Le pedí que no lo hiciera. Si sirve de algo, se lo conté el día que volví a Amesport. Le dije que nos habíamos casado en Las Vegas, que yo me había dado cuenta de que quería verte todos los días durante el resto de mi vida. Luego le dije lo de Maui, pero que quería que fuera una sorpresa para ti.

—Pues no, no ha servido de mucho —le soltó ella—. ¿Y no te preguntó por qué no le había contado yo que nos habíamos casado?

—Claro que sí. Pero yo le dije que queríamos darles la noticia, a él y a tu madre, cuando estuviéramos juntos —respondió con expresión muy seria.

—No me extraña que ganaras un Óscar —le espetó ella, enfadada—. ¿Se lo tragaron?

—Totalmente. Puedo ser muy convincente.

—No lo dudo —murmuró ella con un deje de amargura—. No me queda más remedio que seguirte la corriente. ¿Has pensado en la decepción que se llevarán cuando sepan que no tendrán nietos a corto plazo?

—¿Por qué? De eso puedo encargarme yo —preguntó enarcando una ceja de modo insinuante—. Sé cómo se hacen los niños.

A Kristin le dieron ganas de pegarle. Y de no haber tenido ese corte en la frente por haberla salvado en las escaleras, probablemente lo habría hecho.

—De acuerdo, iré contigo. Pero quiero hacer turismo. Mucho.

Si algo odiaba Julian era dejarse ver en público.

—Yo también. Podemos ir a ver las distintas islas —le propuso con una mueca.

—Y quiero tomar muchos cócteles con sombrillas. Ah, y hacer submarinismo para ver las tortugas gigantes. Sí, eso también. —Si Julian creía que Kristin iba a pasarse el día tumbada en una playa paradisíaca con él, se equivocaba—. No me gusta tomar el sol.

Se quemaba muy fácilmente. Además, al ser pelirroja y tener la piel tan clara, nunca se ponía morena. Lo máximo a lo que podía aspirar era a quedar

como una langosta.

—A mí tampoco —admitió él—. Es muy aburrido a menos que estés haciendo algo divertido.

Julian se mostraba tan complaciente que hasta daba un poco de rabia. Qué raro, Kristin daba por supuesto que una superestrella de cine como él preferiría pasarse el día tumbado en la playa. ¿Tanto iba a costarle encontrar algo que le resultara aburrido y molesto?

—¿El monumento de Pearl Harbor? —intentó a la desesperada.

—Hecho. Tendremos que ir a Oahu, pero no será un problema.

¿Es que iba a darle la razón en todo?

Fue entonces cuando Kristin se rindió. Tenía que pensar en alguna forma de convertir su vida en algo miserable para que se divorciara de ella.

—Buenas noches —se limitó a añadir Kristin.

Entonces Julian reaccionó.

—Espera, te acompaño —dijo, y la agarró de la mano para evitar que huyera.

Kristin lo miró y vio que se frotaba la frente con la otra mano.

—¿Te encuentras bien? Voy a buscarte las medicinas.

Parecía que le dolía la cabeza.

—Las tengo arriba. Pero no me pasa nada. Lo único que de verdad quiero es a mi mujer —dijo con un tono de cansancio tan sincero que a Kristin se le quitaron las ganas de discutir.

Y sin decir nada más, lo acompañó al ascensor para subir al primer piso, sin acrecentar su dolor. Sin embargo, se enfadó consigo misma porque le resultara tan fácil perdonar a Julian.

## CAPÍTULO 14

—No puedo creerme que mi hija se haya casado. Déjame ver el anillo.

Kristin se estremeció al entrar en casa de sus padres acompañada de su marido. Su madre estaba junto a su padre, muy erguida y con las manos apoyadas en el andador.

Julian saludó con un gesto de la cabeza al padre.

—Hola, Dale. Me alegra verte de nuevo. —Se estrecharon la mano y Julian besó a la madre de Kristin en la mejilla—. Estás tan guapa como siempre, Cindy. Ya sé de quién ha heredado Kristin su belleza.

Cuando los cuatro se dirigieron al comedor, Kristin sintió náuseas.

Escuchó a Julian mientras este le explicaba a su madre, con su voz más dulce, que había preferido esperar para que Kristin eligiera el anillo de sus sueños.

Kristin había pasado la noche medio en vela, en la habitación de invitados de Julian, la misma donde había pasado el fin de semana mientras cuidaba de él. Y lo cierto es que se sorprendió cuando él le dio un beso muy dulce y la dejó irse a la cama. No obstante, apenas concilió el sueño.

Kristin se sentó junto a su madre en el sofá, le rodeó sus frágiles hombros con un brazo y comprobó que no temblaba tanto como otros días y que era capaz de mantenerse bastante firme con el andador.

—Me siento culpable por irme —le dijo a su madre con sinceridad mientras Julian y su padre hablaban bulliciosamente en el otro extremo de la sala.

Su madre la miró sorprendida.

—¿Por qué? No me estoy muriendo. Lo único que me pasa es que no puedo caminar derecha.

—Nunca os he dejado solos mucho tiempo...

—No, y ya va siendo hora de que lo hagas, hija —le dijo Cindy Moore a su hija de manera tajante—. Ya has renunciado a bastantes cosas a lo largo de

tu vida por nosotros. Ahora que has encontrado a Julian, él debería ser tu prioridad.

—A veces puede ser muy pesado —confesó Kristin sin pensárselo.

Su madre se rio entre dientes.

—Todos los hombres son iguales, cielo. Pero algunos son un poco peores que otros. Tu padre está todo el rato pendiente de mí, como si fuera una niña. Olvida que la cabeza me funciona perfectamente, que lo único que me pasa es que no siempre puedo expresarme bien.

De vez en cuando le costaba pronunciar bien, sobre todo cuando estaba cansada. Kristin dirigió la mirada hacia su padre y vio un destello especial en los ojos de su madre.

—Porque te quiere —le dijo ella.

—Ya lo sé —admitió Cindy—. Y yo también a él. Pero eso no significa que no discutamos.

Kristin tragó saliva mientras miraba a su padre, un hombre pelirrojo grande y fuerte que siempre había estado al lado de su mujer durante todos esos años. Podía ser muy tozudo y orgulloso, pero parecía menos estresado ahora que había personal competente al frente del Shamrock.

—Tiene buena cara.

—Gracias a tu marido —dijo Cindy con un deje burlón—. Has elegido muy bien, cielo. No lo dejes escapar. Me alegro de que lo tuvieras tan claro y te hayas casado con él a la primera oportunidad. La ayuda que nos ha prestado... ha sido casi como un milagro para nosotros.

A Kristin se le inundaron los ojos de lágrimas. Después de todo lo que había hecho ella, resultaba que sus esfuerzos no habían servido para facilitarles la vida a sus padres. Sin embargo, Julian había aparecido como caído del cielo y con su dinero y su talento había convertido el Shamrock en el restaurante de moda en Amesport.

—Ojalá yo hubiera podido ayudaros más —murmuró con tristeza.

—Ya lo hiciste. Gracias a ti el Shamrock siguió abierto. ¿Crees que tu padre y yo no sabemos todos los sacrificios que has hecho por nosotros? ¿A todo lo que has renunciado por mí? —preguntó Cindy entre lágrimas—. Por eso nos alegramos tanto de que hayas conocido a Julian.

Kristin apenas podía contener las lágrimas, pero hizo de tripas corazón.

—Renuncié a todo eso de buena gana, mamá. Te quiero. Papá y tú lo sois todo para mí.

Se le partió el corazón. Era obvio que sus padres se sentían culpables

por haber acaparado su infancia y parte de su vida adulta. No era lo que ella buscaba, pero en cierto sentido era reconfortante que ellos reconocieran que su hija los amaba tanto que había renunciado a todo por su familia.

—Eres una hija maravillosa. Siempre lo has sido. Eres muy especial, cielo. —Señaló a Julian con un gesto torpe de la cabeza—. Ahora te ha llegado el turno. Te mereces disfrutar de un tiempo para ti ahora que has conocido a alguien como él.

—Siempre he querido ir a Hawái —admitió Kristin con un deje de emoción.

—Lo sé. Creo que tu padre le insinuó cuál podría ser la mejor opción para la luna de miel.

—De modo que no es una coincidencia —dijo Kristin.

—Lo dudo —afirmó la madre con una sonrisa de felicidad.

«¿Julian ha planificado el viaje? ¿Quería hacerme feliz eligiendo un destino que sabía que me gustaba?», pensó Kristin.

No era posible. Tenía que ser una coincidencia.

—Tiene una propiedad allí —le dijo a su madre.

Por primera vez desde hacía mucho tiempo, Cindy rio.

—Tiene propiedades en muchos lugares, por lo que he oído. Ha invertido en todo el mundo.

—Pues me alegro de que eligiera también Maui —añadió Kristin, que no sabía exactamente qué decir.

—Ve y disfruta. Quiero que hagas muchas fotos. Me alegro de verte tan feliz, pero lamento haberme perdido la boda —dijo Cindy con un deje melancólico.

—Podemos organizar un gran banquete cuando volvamos, Cindy —propuso Julian, que se dirigía hacia ellas acompañado del padre.

Kristin observó la sonrisa radiante de su madre.

—Es una idea fantástica. Creo que tus hermanos y tus primos tampoco pudieron asistir a la boda.

—Así es —confirmó Julian.

—Pues hay que organizar ese banquete —terció Dale.

—¡Decidido! ¿Te parece bien, cielo? —preguntó Julian con afecto. Estaba sentado en el reposabrazos del sofá y apoyó una mano en el hombro de Kristin.

—Por supuesto, querido —respondió Kristin entre dientes.

Dale Moore le dio una palmada en la espalda a Julian.

—Pues no hay tiempo que perder. Cindy y yo estamos jubilados. Así tendremos algo que planear.

—Gracias, Dale —dijo Julian.

—Nos gustaría que nos llamaras papá y mamá, como Kristin —dijo Cindy con sinceridad.

Kristin vio el torbellino de emociones reflejadas en el rostro de su marido. Las palabras de su madre habían sido un comentario inocente, pero a lo mejor él no estaba preparado para ese nivel de confianza, por respeto a sus padres asesinados.

Antes de que ella pudiera terciar en la cuestión, Julian reaccionó:

—Será un honor. Perdí a mis padres hace unos años.

—Oh, Julian. Lo siento mucho. ¿Qué pasó?

La expresión de asombro de Cindy era una prueba de que los padres de Kristin no conocían la tragedia que había vivido Julian.

—Entraron a robarles en casa y el ladrón los mató —dijo él de manera inexpresiva.

Kristin vio el semblante horrorizado de su madre.

—Lo siento muchísimo. No podemos ser tus padres, pero nos gustaría ejercer de figura paterna.

Julian esbozó una lenta sonrisa.

—Gracias. Habéis educado a una hija cariñosa, generosa, hermosa y muy inteligente. Solo por eso sería un placer que fuerais mis padres honorarios.

Fue un momento algo incómodo pero muy conmovedor para Kristin, que tuvo la sensación de que había sido un gesto de vital importancia para Julian. Para ella fue una alegría que él hubiera manejado la situación con tanta elegancia.

Kristin le dio un fuerte abrazo a su madre y le susurró al oído:

—Te quiero, pero seguiré llamándote mientras esté de viaje.

—Ni se te ocurra —replicó Cindy—. Creo que Julian se encargará de tenerte muy ocupada. Ya te llamaremos nosotros si pasa algo.

No dejaba de ser una sensación un poco extraña ver a sus padres más fuertes y sanos. El estrés había afectado negativamente a su calidad de vida, pero ambos tenían mejor aspecto.

Kristin se acercó a su padre y le dio otro abrazo.

—¿Estaréis bien? —le preguntó al oído.

—Claro que sí. Vete y disfruta del viaje. Ahora eres una mujer casada y



ya no es necesario que renuncies a vivir tu vida por nosotros —le aseguró, y soltó una carcajada que resonó en la sala.

—No me arrepiento de nada de lo que he hecho.

No intentó negar que no había vivido la vida como le habría gustado, pero las vacaciones en Hawái podían suponer un nuevo inicio.

Sus padres ya no la necesitaban, algo que, en el fondo, le provocaba una sensación agrídulce.

Julian y ella se despidieron de ambos y dejaron a sus felices padres en casa.

Él le abrió la puerta de su nuevo todoterreno Mercedes. No era el coche espectacular que había imaginado que conduciría Julian, pero resultaba de lo más práctico para los rigurosos inviernos de Maine.

—Están encantados contigo —le dijo ella en tono acusador mientras se abrochaba el cinturón.

—Nunca he dicho que no fuera a ser así. Es más, ya te había advertido de que pasaría esto.

Kristin permaneció en silencio mientras Julian cerraba la puerta y se sentaba al volante.

Abrió un compartimento que había entre ambos, sacó un frasco, lo agitó y le dio dos pastillas.

—Tómatelas —le ordenó, y le dio también una botella de agua.

Ella se quedó mirando las pastillas que tenía en la palma de la mano.

—¿Qué son?

—Para el mareo. ¿Creías que no me acordaría? Y cuando llegemos al avión te espera un menú proteico.

A Kristin se le anegaron los ojos al ver las pastillas, conmovida al comprobar que Julian había sido fiel a su promesa de cuidar de ella. Tenía una forma de hacer las cosas, de recordar todos los detalles, que era muy peligrosa para ella y que desarmaba todos sus temores.

Se llevó las pastillas a la boca, abrió el agua y se las tragó sin decir nada más mientras emprendían el camino al aeropuerto.

# CAPÍTULO 15

Cuando Julian le dijo que tenía «una casa» en Maui, Kristin no imaginó que se refiriese a un resort.

Sus hermanos y él eran los dueños de un hotel de lujo que la dejó sin palabras. De camino a la habitación, que resultó ser más grande que la casa de mucha gente, había visto varias piscinas, un spa y tiendas carísimas.

Salió al balcón de su preciosa suite y respiró hondo, embelesada con el murmullo de las olas que rompían en la playa. Estaban tan cerca del agua que esa noche iba a dormirse al arrullo del océano.

Sin embargo, no estaba muy cansada. Había dormido gran parte del vuelo y se despertó cuando ya habían cruzado casi todo el océano Pacífico. Julian se había asegurado de que no le faltara nada de comer y cuando se despertó ya había preparado dos pastillas más para el mareo. Kristin se sintió bien en todo momento a pesar de lo largo del viaje.

Julian salió también al balcón por la puerta de la sala de estar con una bandeja.

Kristin se volvió y no pudo reprimir la risa al ver lo que tenía en las manos.

Había pedido varios cócteles de colores variopintos, adornados con sombrillas. Al fijarse bien comprobó que cada una tenía una brocheta de fruta.

—¡No puede ser!

Se tapó la boca para intentar contener la risa, pero fue en vano.

—Pediste cócteles con sombrillas. Siéntate —le ordenó mientras dejaba la bandeja en una mesa entre dos tumbonas.

Sin decir nada más, le dio la copa más alta mientras ella se acomodaba.

—¿De qué es? —preguntó Kristin, que miró con curiosidad la bebida de color azul.

—La camarera eres tú. Dímelo.

Julian tomó otra copa.

Kristin bebió un sorbo con cierta cautela.

—Mmm... ¿Ron? ¿Piña? ¿Coco? Nunca se me han dado muy bien los cócteles elaborados —admitió tomando otro sorbo. Era delicioso, pero no tenía ni idea de los ingredientes.

—Es un Hawái azul. No sé exactamente qué lleva. Lo único que les he pedido es que todos llevaran sombrillas de colores. Pero seguro que agarrarás una buena si te tomas más de la cuenta.

Kristin dio un sorbo más y se deleitó con la espectacular puesta de sol que tenían ante ellos.

—Esto es precioso. Parece otro mundo. ¿Vienes aquí a menudo? ¿Y Micah y Xander?

—No —respondió Julian—. Esto fue una inversión. Lo compramos antes de que papá y mamá murieran. Soy el primero que viene de visita. Y me gusta.

Kristin no pudo reprimir la risa.

—Pues tendrías que venir más a menudo. Eres el dueño. Tienes una «propiedad» preciosa —dijo ella en tono burlón.

—Nunca dije que la tuviera pequeña —replicó él.

—Es que no lo es... Esto es enorme. —Estaba convencida de que no hablaban solo del hotel.

Julian se volvió hacia ella y le lanzó una mirada pícaro.

—Es muy grande.

—Lo sé —murmuró ella—. Lo recuerdo perfectamente.

—Bien.

Julian apoyó la cabeza en la tumbona y cerró los ojos.

Qué guapo era, Dios. La suave brisa le alborotaba el pelo rubio y parecía muy relajado. La camisa de manga corta y cuello americano que se había puesto por la mañana bajo la americana estaba medio desabrochada y le ofrecía la maravillosa vista de su torso y sus abdominales musculosos. Llevaba también unos pantalones vaqueros gastados y ceñidos que resaltaban las partes más interesantes de cintura para abajo e iba descalzo.

Kristin se relajó y dejó que la maravillosa puesta de sol y el rugido de las olas le calmaran el alma. Entre sorbo y sorbo del cóctel, empezó a gozar de la deliciosa sensación de paz que se había ido apoderando de ella.

Tal vez nunca se había dado cuenta de lo tensa que estaba. Pensándolo bien, ¿cuándo había sido la última vez que se había parado a ver el lento

descenso del sol hasta que desaparecía por el horizonte? Llevaba un ritmo de vida tan frenético que ni siquiera sabía frenar para disfrutar de los placeres más sencillos.

Cuando acabó el cóctel, Julian dormía. Ella se levantó y estiró, entró en la suite y atravesó la sala de estar para llegar al dormitorio, intentando no pensar en el hecho de que solo había una cama muy grande.

«¿Es que espera que duerma con él?», se preguntó.

Sin embargo, decidió no darle más vueltas al asunto de las camas. Por el momento solo quería disfrutar de la calma y el relax del momento.

Miró a su alrededor y se dio cuenta de que alguien les había deshecho la maleta. Encontró un camisón de seda en la cómoda, cogió un par de piezas de ropa interior y entró en el cuarto de baño. Dejó la ropa de dormir en el gran tocador para llenar la enorme bañera. Eligió el programa que le prometía serenidad, se sumergió en el agua y observó con satisfacción cómo empezaba a llenarse.

«Sabe cómo conquistarme», pensó.

Más que bañera, era un jacuzzi gigante, con escalones de mármol y porcelana reluciente.

Se desnudó y se sumergió en el agua, con el pelo recogido en un moño.

Apoyó la cabeza en el cojín de la bañera y lanzó un suspiro de dicha absoluta antes de cerrar el grifo y embriagarse con el aroma penetrante de los aceites esenciales al cerrar los ojos.

Debería sentirse culpable por no hacer nada.

Debería sentirse culpable porque no estaba haciendo nada de provecho.

Debería sentirse culpable porque estaba en Hawái con Julian.

Pero no podía. Julian tenía razón en muchos aspectos: por una vez en la vida, debía darse prioridad a sí misma. Probablemente hacía tiempo que sospechaba que corría el riesgo de sufrir agotamiento. Llevaba tantos años con un ritmo de vida tan intenso, que la tensión empezaba a hacer mella en su bienestar.

—No hay nada mejor que esto —susurró para sí mientras dejaba que el agua se llevara consigo el estrés acumulado.

—A mí se me ocurren un par de cosas —dijo la voz suave como la seda de Julian junto a la bañera—. Esto huele muy bien.

Sobresaltada, se sumergió bajo el agua, aunque de poco sirvió porque no había espuma ni burbujas. La bomba aromatizaba, pero no modificaba el color transparente.

—Creía que dormías.

—Te echaba de menos —dijo él con voz grave, desnudo de cintura para arriba. Se desabrochó el botón de los pantalones y se bajó la cremallera antes de dejar caer toda la ropa al suelo, incluidos los calzoncillos—. Cuando me he despertado no estabas.

Kristin se lo quedó mirando boquiabierta, intentando apartar la mirada de su sexo erecto.

—¿Quieres ducharte? Si quieres, salgo —dijo entre titubeos.

Julian frunció el ceño como si estuviera intentando concentrarse.

—Esa era mi intención, pero cuando te he visto en la bañera me he dado cuenta de que tenía que lavarte la espalda. —Subió los escalones, la empujó suavemente hacia delante y se sentó detrás de ella—. Es fantástico —gruñó, y sus palabras vibraron en la espalda de Kristin.

Ella notó el roce de su miembro erecto, el calor que desprendía su cuerpo. Nerviosa, apoyó las manos a los lados de la bañera para salir.

—Julian, yo...

—Relájate —le dijo con calma. Le rodeó la cintura con un brazo y la atrajo hacia sí—. Estamos casados, ¿recuerdas?

La bañera era tan grande que había espacio suficiente para varias personas más si alguna vez sentía el deseo de convertir el baño en una actividad social. Pero no.

—Técnicamente, solo estamos casados de modo formal. Ninguno de los dos recuerda lo que ocurrió después de la ceremonia —dijo Kristin.

—Bueno, señora Sinclair, eso tiene una solución fácil —le susurró Julian al oído y le quitó la horquilla del pelo para ver cómo le caían los rizos sobre los hombros. Entonces acercó la cara a su melena y susurró—: Eres preciosa.

Esas palabras fueron un freno a sus ganas de irse. Además, Julian había logrado retenerla llamándola «señora Sinclair». Un deseo que ella era incapaz de explicar le atravesó el corazón.

—Julian —dijo Kristin en un tono que pretendía ser una advertencia, pero que a ella le sonó más a estímulo.

—Déjame tocarte. Déjame hacerte todo lo que no te hice la primera vez que estuvimos juntos.

Los recuerdos de aquella noche de Las Vegas inundaron la mente de Kristin, que recordó el intenso placer que sintió de forma tan vívida que tuvo que reprimir un gemido.

Julian le besó el cuello, en la zona más vulnerable, y sus manos grandes y fuertes le acariciaron los pechos. Aprovechando el agua caliente para excitarle los pezones, ella se apoyó en su pecho, entregada a la excitación que recorría todo su cuerpo.

—Sí —gimió ella, que levantó las manos y se aferró a sus poderosos bíceps para mantener el contacto con el mundo real.

—No te imaginas cómo me excita esto —murmuró Julian, que le pellizcó los pezones y le alivió el dolor de inmediato con el agua caliente.

Kristin arqueó la espalda, dejándose llevar por la sensación de placer de sentir sus manos y su boca por todo el cuerpo.

—Esto me está matando —confesó ella entre jadeos.

Julian la agarró de la pierna y la obligó a darse la vuelta y a sentarse a horcajadas sobre él.

—Jamás querría hacerte sufrir. Más allá de lo necesario, claro.

Julian atacó un pezón con la boca y le acarició el otro con los dedos. La excitación carnal del momento, que permitió que Julian disfrutara de la exploración de su cuerpo, hizo que Kristin se estremeciera de placer y sintiera un doloroso espasmo de deseo entre las piernas. Lo único que deseaba en ese momento era que Julian la satisficiera.

—Por favor —suplicó, y empezó a restregarse contra los muslos de Julian para mitigar un poco la frustración.

—Soy todo tuyo —la incitó él con voz tentadora.

Lo único que quería ella era sentirlo dentro. Y lo quería ahora.

Lo agarró del pelo y tiró con fuerza para que ella pudiera inclinarse hacia delante y saciar sus ansias descontroladas de sexo con los labios de Julian.

Kristin empezó a besarlo y él tomó la iniciativa. Deslizó las manos por su espalda y la agarró de su melena pelirroja mientras su lengua se abría paso con avidez entre sus labios.

Ella soltó un gemido cuando Julian se apartó un segundo. El deseo descarnado de sentir su sexo duro dentro le hacía perder la cabeza.

—Por favor —suplicó mientras se restregaba cada vez con más intensidad. Sin embargo, no le bastaba con aquel sucedáneo. Necesitaba más, mucho más.

—¿Qué? Dímelo, Kristin.

—Hazme tuya —exigió—. Ahora. Por favor.

Al ver la sonrisa de su amante, Kristin supo que él había ganado ese

asalto. Julian le había dicho que acabaría suplicándole que la poseyera, y así había sucedido. Quizá había tardado un día más de lo esperado, pero no parecía importarle demasiado.

Cuando Kristin le lanzó la mirada de desesperación, los ojos de Julian refulgieron con el mismo deseo, el mismo anhelo de placer carnal. Ella no sabía cómo lo sabía, pero lo percibía, era algo que había visto reflejado en sus ojos.

—Móntame hasta que ambos lleguemos a un orgasmo tan intenso que nos deje agotados y no podamos salir de la bañera —gruñó Julian, que agarró a Kristin de las caderas y la obligó a montarlo con un gesto firme—. ¡Oh, sí! ¡Dios!

El agua había diluido una parte de sus fluidos, pero Kristin estaba tan excitada y tan mojada que pudo alojar el descomunal miembro de Julian hasta el fondo.

—Aaah... —gimió—. Cuánto lo necesitaba. Te necesito.

Inclinó la cabeza hacia atrás cegada por el éxtasis y dejó que él marcara el ritmo y la embistiera de nuevo sin piedad.

—Soy todo tuyo —se ofreció él—. Móntame hasta que no puedas más.

Kristin apoyó las manos en el borde de la bañera para no perder el equilibrio e hizo lo que más deseaba en ese momento: levantó las caderas y las bajó con fuerza, estremeciéndose con cada arremetida.

—¡Dios! —exclamó Julian con frustración, y se levantó bruscamente con ella en brazos—. Esto no es suficiente —gruñó—. Tenía tantas ganas de que llegara este momento, que lo único que puede satisfacernos a ambos es una sesión de sexo desenfrenado, hacértelo sin piedad.

Ella soltó un grito ahogado al notar que Julian salía de ella y lanzó un gemido de frustración.

—No. Métemela. Ahora.

Le dio un puñetazo en el antebrazo.

—¿Te pueden las ganas? —preguntó él con maldad.

—Sí —respondió ella, enfadada.

Julian la dejó en la mullida alfombra del baño, y le apoyó las manos en el tocador de mármol para que tuviera que inclinarse hacia delante. Entonces se situó detrás de ella y acercó el glande a su sexo.

—Pues bienvenida a mi mundo desde el día en que te conocí.

Sin previo aviso, la penetró hasta el fondo y la agarró de las caderas.

Kristin lanzó un aullido de placer que se cortó al ver el reflejo de ambos

en el gran espejo que tenían ante ellos.

Se deleitó con el espectáculo del cuerpo musculoso de Julian, y su lujuria desenfrenada cuando sus miradas se cruzaron en el espejo.

—Esos somos nosotros —le dijo con una voz grave y entregada, como si no le importara lo más mínimo que ella lo viera desenfrenado, presa de la lujuria—. Nunca lo olvidarás. —Se apartó unos centímetros y la embistió sin piedad—. Es algo que ninguno de los dos puede controlar, así que, ¿para qué intentarlo?

Kristin no respondió. No podía. Entregada a su voz y sus arremetidas, el corazón le latía desbocado mientras sucumbía a una oleada de sensaciones en lugares que ni siquiera sabía que existían. Dejó que su mirada hablara por ella y no apartó los ojos de los suyos, suplicándole que no parase hasta que hubiera saciado su deseo.

Ambos mantuvieron la mirada entrelazada mientras el ritmo de Julian se convertía en una conquista brutal y castigadora de su cuerpo, algo que necesitaba como no había deseado nunca nada antes, y como no volvería a desear.

—Más fuerte —suplicó, bajando las caderas al tiempo que él la embestía.

Ambos estaban empapados en agua y cuando Julian apartó la mirada, Kristin se observó a sí misma y su mirada salvaje, y no se reconoció. Sin embargo, no le importó. Estaba tan excitada que la imagen de Julian penetrándola por detrás era lo más erótico que había visto jamás.

—Eres mía, Kristin. ¿Lo entiendes? ¡Mía! —exclamó él con voz animal.

Aquellas palabras provocaron una reacción animal en ella y tuvo que agarrarse con más fuerza al tocador.

—Tú también eres mío —gimió.

—Nunca te llevaré la contraria en eso —dijo con la voz entrecortada y casi sin aliento.

—Tengo que llegar al orgasmo, Julian. Por favor.

No quería fingir que no era aquello lo que deseaba. El deseo de alcanzar el clímax la estaba llevando al borde de la locura.

—Pues hazlo conmigo —insistió él con una voz ronca que nacía de sus entrañas.

El nudo que Kristin sentía en el vientre se deshizo cuando Julian deslizó una mano entre sus piernas y empezó a masturbarla mientras seguía



penetrándola desde detrás.

—Sí —gimió ella—. Oh, Dios... ¡Sí!

Un orgasmo estremecedor recorrió su cuerpo y los espasmos vaginales se sucedieron con las oleadas de placer. Indefensa, lo único que pudo hacer fue gritar.

—¡Julian!

—Así me gusta, que grites mi nombre, Kristin. Nunca olvides quién puede provocarte tanto placer —gruñó Julian, que inclinó la cabeza hacia atrás mientras ella extraía hasta la última gota de su esencia.

El placer de Julian alimentó el de Kristin, que empezó a relajarse cuando una agradable sensación de satisfacción se impuso a la excitación de verlo llegar al clímax.

Fue todo un espectáculo ver a aquel hombre, con los músculos en tensión y profiriendo gemidos de placer supremo mientras la embestía desde detrás, en una exhibición de poder de macho alfa estremecedora.

Kristin intentaba recuperar el aliento mientras su corazón latía aún con fuerza cuando sus miradas volvieron a cruzarse. «Te lo dije», parecía decirle él, pero no de un modo provocador. Estaba agotado y encantado con lo que había ocurrido, pero le exigía con la mirada que aceptara algo que era inevitable.

Ella abrió la boca para expresar lo que sentía, pero la cerró de nuevo, incapaz de pronunciar una sola palabra.

Julian se apartó lentamente, la tomó en brazos y la llevó hasta la cama enorme. Se tumbó a su lado y la abrazó, acariciándole la espalda.

—Nosotros somos eso —le susurró al oído.

—Lo sé —dijo ella en un suspiro. El corazón empezaba a recuperar su ritmo normal. No intentó replicarle porque sabía a qué se refería. Y era algo aterrador y bello al mismo tiempo.

Kristin quería hablar, expresar el miedo que sentía ante la pérdida de control que experimentaba cuando estaba con él.

Pero no lo hizo.

Al cabo de un rato, las agradables caricias de Julian en la espalda y los sonidos del océano la sumieron en un profundo sueño.

# CAPÍTULO 16

Los primeros días en Maui dejaron a Kristin y a Julian con una agradable sensación de agotamiento.

Se dedicaron principalmente a jugar en la playa y a explorar los restaurantes de la zona. Julian no era capaz de saciar su apetito por ella, daba igual cuántas veces lo hicieran, y ella nunca rehuía sus acometidas.

—Ahí hay una. ¡Ahí mismo!

Julian le estrechó la mano y ella miró en la dirección que él señalaba. Kristin estaba tan embelesada, disfrutando del roce de la brisa marina en su cara, que casi había olvidado que habían salido a ver ballenas.

Fascinada, se inclinó sobre él cuando el barco redujo la velocidad para observar a las majestuosas ballenas jorobadas. Había oído hablar de aquellos animales gigantes, pero no había sido consciente de sus dimensiones reales.

Kristin soltó un grito ahogado al ver que una emergía de las profundidades marinas para sumergirse de nuevo.

—Dios mío, son enormes.

La emoción de su voz era real y la mano que sujetaba Julian temblaba al ver aquellos mamíferos enormes en su hábitat natural.

—No es la primera vez que las veo, pero aún me fascinan como la primera vez —afirmó Julian con una sonrisa—. ¿Estás bien?

El deje de preocupación de Julian la hizo sonreír.

—Estoy bien. Ya sé por dónde vas, pero las pastillas han funcionado. Tranquilo, te prometo que no te vomitaré encima.

—No me importaría que lo hicieras, lo único que quiero es que no te marees —murmuró, y volvió a centrar la atención en las ballenas.

Se desvivía de tal manera por ella que era enternecedor. Tal vez se las diera de sabelotodo, pero Kristin había descubierto que era un hombre con corazón. Con un corazón enorme. Aun así, tenía la sensación de que a él no se lo abría a nadie.

Siguieron observando la espectacular danza de los cetáceos, algunos de los cuales se acercaron tanto a la embarcación que les salpicaron en la cara.

—No puedo creer que viva en la costa y nunca haya visto una ballena —murmuró sin dejar de observar los juegos de los animales.

Julian había contratado la excursión y estaban solos salvo por la tripulación del barco.

—En Maine hay que verlas en una época distinta —le dijo Julian.

Ella se encogió de hombros.

—Era una cuestión de dinero. No podíamos permitirnoslo.

Lo cierto era que tampoco podían tomarse muchos días libres. Además, su padre y ella jamás se habrían ido de excursión y dejado a su madre sola en casa.

—Puedo contratar un barco para ir a verlas —sugirió Julian con sinceridad.

Ella se rio.

—¿Y sabrás pilotarlo?

—Claro. También puedo enseñarte a hacer submarinismo. Viví en el sur de California. No tenía barco, pero algunos de mis amigos sí.

—¿Eras surfista? —preguntó ella medio en broma.

—También —admitió él—. Pero se me da mejor hacer submarinismo que surfear.

—Yo he buceado en la playa, pero nunca he bajado a una gran profundidad.

Era un poco triste que hubiera vivido toda la vida en la costa y apenas hubiera podido disfrutar de los deportes acuáticos. Nadaba bien, pero hasta ahí llegaban sus experiencias marinas.

Julian hizo una pausa antes de preguntar:

—¿Te gustaría aprender si consigo un barco?

Claro que le gustaría. Sería fantástico hacer submarinismo y ver las profundidades del océano.

—Ya veremos —murmuró, sin olvidar que su matrimonio con Julian era una farsa. Sabía que él no estaría siempre a su lado para enseñarle a hacer submarinismo o surf.

Cuando el barco emprendió el camino de vuelta al puerto, Julian le dio otra pastilla para el mareo y un poco de agua.

—Gracias.

Empezaba a gustarle que él se acordara de todo y fuera tan considerado.

Sin embargo, aún no se había acostumbrado del todo.

Al llegar al hotel, Julian se acercó un momento a recepción para recoger un paquete que había recibido. Sin embargo, cuando se reunieron de nuevo para regresar a la suite y cambiarse antes de bajar a cenar, Kristin vio que tenía las manos vacías.

«Quizá solo era una carta o algún documento», pensó.

Se olvidó del tema hasta que llegaron a la habitación y él sacó una cajita del bolsillo.

—Le prometí a tu madre que volverías con un anillo en el dedo —le dijo.

«¡No, no, no, no! —pensó ella—. No puede haber un anillo en el interior de la caja».

—Yo quería que se olvidara del tema —se apresuró a decir Kristin—. No me digas que has comprado un anillo.

—De acuerdo —accedió él—. Pues no te le diré.

Kristin observó a Julian, que sacó una cajita de terciopelo de la caja de cartón y la abrió.

—Me limitaré a ponértelo en el dedo.

Ella lanzó un grito ahogado mientras él giraba la caja. Los destellos de los diamantes casi la cegaron.

—Oh, Dios mío.

Reconoció de inmediato el nombre de la caja: Mia Hamilton. Era una joyera de piezas muy selectas, de una calidad excepcional, pero carísimas.

—Mia ha hecho un gran trabajo.

Julian sacó el anillo de la caja y la tiró a un lado.

—No puedo ponérmelo —dijo Kristin.

—¿Por qué? Es precioso —replicó Julian, algo confundido.

—Conozco esta marca y son joyas carísimas.

Él no le hizo caso, le tomó la mano y deslizó el refulgente anillo en su dedo anular izquierdo.

—Soy rico, Kristin. Asquerosamente rico —añadió—. No me voy a arruinar por comprarte un anillo.

Tenía razón. Podía permitirse de sobra un anillo de Mia Hamilton. Pero no debía llevarlo en el dedo. Era una joya muy especial. Cada alianza de boda era única.

Kristin se miró la mano, maravillada por la delicada factura del anillo. Los diamantes eran de una calidad excepcional y desprendían destellos cada vez que movía la mano. El diamante central era enorme, en forma de corazón, y estaba rodeado de un delicado círculo de *baguettes*.

—Sé que no te arruinarás, pero es demasiado bueno para llevarlo. Este matrimonio no es real.

Julian se quedó mirando el dedo y sonrió.

—A mí me parece muy real. Le encantará a tu madre.

Kristin no tenía la menor duda al respecto. Qué diablos, si a ella misma le encantaba. Pero no se lo podía quedar.

—¿Puedes devolverlo?

—No. Los encargos no pueden devolverse a menos que haya algún problema relacionado con las gemas o atribuible al joyero.

—Es perfecto —admitió ella con cierta tristeza.

—Pues pónitelo —la animó Julian—. ¿Qué daño puede hacerte? Tengo tanto dinero que no sé qué hacer con él. Y si nos separamos, puedes quedártelo. Lo encargué para ti. No quiero que lo lleve nadie más.

—No puedes ir por ahí haciendo regalos como este —replicó ella.

—Acabo de hacerlo —dijo él guiñándole un ojo.

—¿Y si lo pierdo? —preguntó Kristin con temor.

Julian se encogió de hombros.

—Pues pediré una copia.

Kristin puso los ojos en blanco, cruzó la sala de estar y salió al balcón para tomar el aire. De repente se dio cuenta de que estaba tan tensa que le costaba respirar.

Aferrada a la barandilla del balcón, vio cómo los rayos de la luz del sol se reflejaban en las piedras preciosas del anillo, como si se estuvieran burlando de ella.

Las manos fuertes de Julian se apoyaron en sus hombros.

—¿Qué te pasa? —preguntó él con voz calma.

—Esto es demasiado. Iré por ahí con miedo a que me atraquen.

—No creo que te ocurra eso en Amesport —le aseguró él con media sonrisa—. Y tampoco sería tan grave. Te lo aseguro.

—Quizá no lo sea para ti, pero para mí sí —insistió Kristin, que derramó una lágrima—. ¿Elegiste tú el diseño?

—Sí. Si lo miras de cerca, se ven pequeños fragmentos de obsidiana. Son de la piedra que me dio Beatrice, que hasta el momento solo me ha traído

buena suerte.

Kristin se quitó el anillo de compromiso con cuidado, lo examinó y vio los fragmentos negros entre los diamantes.

—¿Cómo lo ha hecho?

—Le pedí a un joyero de aquí que cortara los fragmentos para poder enviárselos a Mia.

Había sido un detalle muy sentimental. Tanto, que a Kristin le dieron ganas de llorar.

—Gracias —dijo en voz baja, tan conmovida por su amabilidad que le resultaba imposible estar enfadada—. Intentaré no perderlo.

De nada servía seguir discutiendo si tampoco se podía devolver, por lo que decidió volver a ponérselo en el dedo.

—¿Cómo sabías mi talla de anillo? —preguntó ella con curiosidad.

—Me la dijiste en Las Vegas y la recordaba.

Kristin se estremeció al pensar en el motivo por el que habían mantenido esa conversación. Sin embargo, estaba demasiado borracha para recordarlo.

—Pues yo no.

—No me sorprende. —Julian se inclinó hacia delante y le dio un suave beso en la frente—. Estabas muy borracha.

Ella cerró los ojos y tragó saliva con la esperanza de que desapareciera el nudo que sentía en la garganta. No soportaba la idea de no recordar ningún detalle de su propia boda, ya fuera bueno o malo.

\*\*\*

Esa misma noche, Julian habría matado a quien fuera necesario para ducharse junto con su mujer antes de salir a cenar. Pero al final decidió llamar a su hermano.

—Hola. ¿Qué ocurre? ¿Me has llamado? —le preguntó a Micah tumbado en el sofá de la sala de estar.

Micah le había llamado antes, mientras Kristin y él estaban viendo las ballenas. Julian había notado la vibración del teléfono, pero decidió no hacer caso de la llamada.

—Sí. Xander va a volver a Amesport. Dice que está preparado para abandonar el centro de rehabilitación en breve —le dijo Micah con tristeza.

¡Mierda! Julian creía que iba a tardar un poco más.

—Es demasiado pronto —replicó de forma categórica.

—Dice que se ha desintoxicado y que, si se queda más tiempo en la clínica, le volverán las ganas de beber —exclamó Micah—. A mí tampoco me hace mucha gracia, pero nunca había aguantado tanto tiempo en un programa de rehabilitación.

—Volveré a casa de inmediato. Quiero ayudarlo.

—Tienes que preocuparte de tu carrera —dijo Micah.

—Ya no. He hecho mi última película, hermanito. No me hace ninguna ilusión seguir con las típicas historias de acción. Ahora quiero escribir. Me he entregado en cuerpo y alma para llegar a lo más alto de esta profesión, pero me he dado cuenta de que lo que me apasiona de verdad es escribir guiones —le dijo a su hermano con sinceridad.

—¿Lo estás haciendo por Xander? —preguntó Micah con recelo.

—No. Lo hago por mí.

—De acuerdo. Entonces no me vendrá mal la ayuda. Me alegra poder contar contigo. —Micah dudó antes de añadir—: ¿Es verdad que te has casado con Kristin?

—¿Cómo lo sabes?

Julian quería darle él mismo la buena nueva a su hermano, pero debería haber imaginado que se acabaría sabiendo.

—Como montaste una escenita cuando Kristin tuvo una cita a ciegas, la noticia se ha propagado como la pólvora. ¿Eres consciente de lo que estás haciendo? El matrimonio no es ninguna broma. Quiero decir, la luna de miel será muy divertida y todo lo que quieras, pero estamos hablando de un compromiso muy serio, Julian.

—¿Crees que no lo sé? —replicó bastante molesto.

—¿Seguro?

Julian intentó relajar un poco la mano con la que sujetaba el teléfono y respondió a su hermano con gran calma:

—Sí, lo sé. Me tiene agarrado de las pelotas desde la primera vez que me insultó —le confesó—. Hace mucho tiempo que sé lo que siento, pero convencerla a ella es un poco más difícil de lo que imaginaba.

Micah se rio.

—Si alguien puede conseguirlo, ese eres tú. Eres el hombre más insistente que conozco.

—Estoy en ello —confirmó, y dudó antes de añadir—: A lo mejor estábamos los dos borrachos cuando nos casamos en Las Vegas, pero yo sabía lo que me hacía. —Quería que Micah comprendiera que no se estaba

tomando su matrimonio a la ligera—. Y ya que hablamos del tema, ¿cómo está Tessa?

—Muy bien. Un poco nerviosa por la idea de volver a operarse, pero es muy fuerte.

Julian pensó en lo que acababa de decirle antes de añadir:

—¿Sabe ya si podrán volver a ponerle un implante coclear?

—Aún no, pero la doctora de Nueva York cree que es una buena candidata. Vamos a verla el mes que viene, después de las vacaciones.

La Navidad estaba a la vuelta de la esquina, Julian casi lo había olvidado.

—Resulta extraño pensar en el invierno cuando estás en Maui —dijo en broma.

—Menos recochineo —gruñó Micah—. Yo iré con Tessa después de la operación.

—Haces bien. Le encantará. Hicimos un buen negocio comprando este hotel.

—¿Puedo preguntarte cómo crees que acabará tu matrimonio? Os disteis el «sí, quiero» en Las Vegas, cuando ambos estabais borrachos. No sería muy difícil anularlo.

Era obvio que Micah tenía ganas de insistir en el tema.

—No lo sé. —Julian se mesó el pelo en un gesto de frustración—. ¿Puedo preguntarte algo?

—Sí, claro.

—¿Ha valido la pena? —le soltó Julian—. Me refiero al dolor, el esfuerzo y la frustración. Tessa y tú tuvisteis bastantes problemas. ¿Valió la pena aguantar tanto?

—Absolutamente —respondió Micah con sinceridad—. Haría lo que fuera por ella. —Hizo una pausa antes de añadir—: ¿De verdad quieres vivir con ella el resto de tu vida?

—Yo lo tengo claro, pero me parece que ella no —respondió Julian con rotundidad.

—No sé si vale la pena tener que esperar tanto para averiguarlo —murmuró Micah—. Por lo que sé, Kristin tuvo que crecer más rápido que el resto de las chicas de su edad y es superresponsable. Quizá haya tenido que aguantar demasiado.

—Sería demasiado para cualquier persona. ¡No ha tenido vida propia!

—Me recuerda a alguien que conozco —le dijo Micah con sarcasmo—.



Creo recordar que no te tomaste ni un día de vacaciones mientras te labrabas tu carrera como actor.

—Sí, y luego me arrepentí —admitió—. Pero ahora quiero recuperar el tiempo perdido. Además, tú no eres nadie para echármelo en cara.

Micah había sido un adicto al trabajo antes de conocer a Tessa.

—Quizá no, pero te conviene escuchar a alguien que conoce el tema. Tienes que hablar con ella. Las mujeres no sienten siempre lo mismo que nosotros.

—¿Te refieres a que no piensan siempre en el sexo? —preguntó Julian, fingiendo consternación.

Micah se rio.

—No siempre, no.

—Maldición. Entonces de nada me servirán mis artes de seducción.

—Sí que te servirán, pero no te bastará solo con eso —confesó Micah.

—Lo estoy descubriendo poco a poco —afirmó Julian, algo contrariado.

Habló un par de minutos más con su hermano antes de colgar, pero cuando lo hizo, la solución a su dilema seguía tan lejos como al principio.

«Tengo que subir la apuesta», pensó.

El problema era que no tenía mucho tiempo.

## CAPÍTULO 17

—¿Qué haces? —preguntó Kristin, algo nerviosa, al salir del cuarto de baño, después de ponerse un camisón verde esmeralda de seda que se aferraba a todas sus curvas.

Julian no tenía ningún tipo de complejo. Se había desnudado y estaba tumbado en la cama, con una descomunal erección, acariciándosela con un gesto ausente.

—Pensar en ti —respondió con una sonrisa pícaro.

Kristin se estremeció al ver aquel cuerpo de dios griego en una postura tan despreocupada. Tenía un brazo bajo la cabeza y el otro estaba... bueno, ocupado. Era la viva imagen del pecado y la tentación, con una expresión en la cara que prometía peligro.

Kristin no entendía cómo podía ser tan divertido y tan... intenso.

Julian era un enigma insoldable oculto tras un envoltorio de lo más apetecible. Era impredecible y no le costaba nada tomarla desprevenida.

Tal y como estaba haciendo en ese momento.

Lo devoró con la mirada y se imaginó acariciando aquellos pectorales y abdominales esculpidos con cincel.

Esperó donde se había detenido, a unos tres metros del lugar donde quería estar, en la cama. Julian daría el primer paso. Siempre lo hacía.

Se mordió los labios y esperó.

Y esperó.

Entonces empezó a dar golpecitos de impaciencia con el pie, hasta que Julian la miró, sin dejar de acariciarse.

—¿Y bien? —le preguntó con un gesto malvado—. ¿Quieres un poco de esto?

Kristin tuvo que reprimir un gemido y apretar las piernas para no abalanzarse sobre aquel cuerpo glorioso y desnudo y suplicarle que la tocara. Julian siempre era de los que tomaba la iniciativa y la poseía allí donde

estuviera, o la llevaba a la cama para hacerle todo tipo de cosas sucias que la dejaban con las piernas temblando.

Nunca, ni una sola vez hasta el momento, había tenido que esperar a que él se abalanzara sobre ella para hacerla suya.

Kristin se relamió los labios sin dejar de mirarlo, ensimismada por el movimiento distraído de la mano, y respondió:

—Sí, creo que sí.

Le hizo un gesto con un dedo para que se acercara.

—Si la quieres, ven a por ella —le ordenó.

Era un desafío. Kristin lo sabía. Julian quería comprobar si podía convertirla en cazadora. La estaba tentando con un objetivo muy claro.

«¿Quiero acercarme hasta él? ¿Quiero dar el primer paso?», pensó Kristin.

Estaba fuera de toda duda que lo deseaba. Cada vez que pensaba en él, su cuerpo reaccionaba de forma involuntaria. Pero no estaba dispuesta a permitir que se alzara con la victoria tan fácilmente.

Se tocó la barbilla con un dedo.

—Tengo que pensármelo —le dijo con una sonrisa libidinosa—. Se me ocurren muchas cosas que me gustaría hacerte, pero no sé si te gustarán.

Se lamió la punta del dedo y le lanzó una mirada desafiante.

—¿Qué? —preguntó él con un deje de incredulidad.

—Quiero recorrer hasta el último rincón de tu cuerpo con mi lengua, y me gustaría apartarte la mano y acabar lo que has empezado —dijo, señalando su verga con la cabeza.

—¡Pues hazlo! —gruñó, aumentando la intensidad.

Kristin se acercó lentamente a la cama y le lanzó una sonrisa. Tenía tantas ganas de tirarse encima de él que el corazón estaba a punto de atravesarle el pecho. El cuerpo desnudo de Julian la llamaba, a gritos.

—Pero no sé si debería hacerlo —añadió, apoyando una pierna en la cama—. Sería un descarar por mi parte.

—Pues sé descarada —exigió él.

Kristin había perdido la cuenta de todas las veces que él la había llevado hasta el orgasmo con su hábil lengua. Y ella, sin embargo, no le había devuelto el favor. No era que no quisiese. A decir verdad, no confiaba demasiado en sus habilidades con las artes orales, pero estaba convencida de que podía encontrar la forma de satisfacerlo.

Julian la deseaba de un modo tan lujurioso, como si fuera una

supermodelo, que Kristin se sentía poseedora de un gran poder sexual, algo que no le había ocurrido en toda la vida. Él la había ayudado a liberarse de sus cadenas y convertirse en la tentación personificada.

El hecho de saber que ejercía ese poder carnal sobre él era embriagador e inconcebible al mismo tiempo.

Se acercó hasta él, le apartó la mano, entrelazó sus dedos con los suyos y le ordenó:

—Bésame.

Kristin sintió el aliento cálido de Julian cuando se agachó y sus labios se fundieron en el beso más sensual que le habían dado jamás.

Él quitó el brazo que tenía bajo la cabeza y entrelazó sus dedos en sus rizos. Le devoró la boca sin prisas, recreándose, acariciándole la cabeza. Fue un abrazo excitante, erótico y sumamente cautivador.

A Kristin le costó mantener el control cuando sus labios se rozaron y empezó a bajar por el cuello y el pecho de Julian.

—Tienes un cuerpo hecho para el deseo, Julian. Pero creo que eso ya lo sabes.

Él lanzó un gruñido mientras ella deslizaba la punta de la lengua por sus abdominales. Pero no se detuvo ahí, desenlazó sus dedos de los de Julian y siguió bajando para llegar hasta el miembro más tentador que había visto jamás. Sin pensárselo dos veces, deslizó la punta de la lengua por el glande, saboreando la gota de humedad que lo coronaba.

Julian la agarró del pelo, lanzando un gruñido animal.

—Tómala —le ordenó bruscamente.

Ella empezó a masturbarlo poco a poco.

—Tendrás que suplicármelo.

Era lo más justo. Kristin ya le había suplicado en otras ocasiones. Ahora le tocaba a él. Kristin sustituyó la mano de nuevo por la lengua, que se deslizó por el tronco.

—¡Kristin! —exclamó él a modo de advertencia.

—¿Querías algo?

Le chupó la punta suavemente.

—Oh, Dios. Vale. Por favor —gritó de un modo que daba a entender que su orgullo le importaba una mierda.

Ella reaccionó de inmediato, se la metió hasta donde pudo, sin dejar de chupársela, y se apartó.

—Me vas a matar —gruñó Julian, agarrándola de la cabeza.

Kristin lo tenía a punto de caramelo, tal y como había hecho él con ella: estaba excitado, tan desesperado por llegar al orgasmo que no sabía lo que se decía.

Sus gruñidos de placer la animaron a seguir adelante y empezó a acariciarle los testículos mientras aceleraba el ritmo con la boca, dejando que él la guiara para hacérselo tal y como a él le gustaba.

Kristin lanzó un gemido al notar que Julian la agarraba con fuerza y le arrancaba las bragas.

—No voy a disfrutar yo solo —le dijo antes de sumergir la lengua entre sus labios, subiéndole el camisón hasta la cintura.

El placer de sentir su boca ávida devorándola provocó una descarga de adrenalina en su cuerpo y Kristin se abalanzó de nuevo sobre él para engullir la potente erección que no le permitía pensar en otra cosa. Le costaba mantener un ritmo constante, ya que Julian la agarraba de los muslos cada vez con más fuerza mientras su boca buscaba una explosión de placer.

Empapados en sudor, ambos avanzaban imparables hacia un clímax en un frenesí de brazos y piernas incontenibles. Kristin se asomó al borde de la locura cuando Julian profirió un gruñido y la vibración de su cuerpo le provocó un orgasmo estremecedor. Ambos alcanzaron el paroxismo del placer al mismo tiempo, y Kristin saboreó su esencia masculina mientras se entregaba a su propio placer.

Al cabo de unos segundos, se tumbó junto a él y le acarició la pierna.

—Oh, Dios —susurró, consciente de que lo que había empezado como un desafío había acabado en un cataclismo que ninguno de los dos había podido controlar.

Eso era lo que ocurría cuando Julian la tocaba. Cada vez.

Él se incorporó y la abrazó con tanta fuerza que casi le cortó la respiración. Pero le encantaba que lo hiciera. Necesitaba sentirse cerca de él, la calma que le transmitía. Quería que la abrazara de aquel modo eternamente y no la soltara jamás.

—Kristin —susurró él con voz gutural al tiempo que deslizaba una mano por su espalda, hasta el pelo.

Permanecieron así durante un buen rato, sin pronunciar una palabra.

Al final, decidieron ducharse. Kristin se sentía como si le hubieran dado una paliza, apenas tenía fuerzas para moverse.

—¿Me acompañas? —le preguntó Julian cuando salía de la cama.

—No me vendría mal refrescarme un poco para recuperar todos los

fluidos perdidos —respondió ella mientras lo seguía.

Julian soltó una carcajada que provocó la sonrisa de Kristin.

Le pidió que levantara los brazos y le quitó el camisón.

—Te debo un nuevo par de braguitas —dijo con una sonrisa malvada.

Julian le había proporcionado un armario de ropa nueva. Todo lo que había llevado a Maui formaba parte de la ropa que le había comprado.

—Ya me has comprado suficiente lencería —le aseguró ella, preguntándose si su ayudante había elegido también los vestidos de playa, los pantalones, las blusas y los zapatos, además de la ropa interior que había encontrado en el armario.

—Te compraré más —le prometió él, ajustando la temperatura del agua de la ducha.

—¿Quién compró toda la ropa que tenías en casa? —le preguntó bruscamente antes de que se diera cuenta.

Él la miró con detenimiento, como si estuviera buscando algo.

—Yo.

Kristin puso los ojos en blanco.

—Sé que tú la pagaste, pero sé que no fuiste a comprarla.

La lencería era elegante y sexy, pero de muy buen gusto, al igual que el resto de las prendas.

—Me echó una mano mi ayudante. No tengo muy buen ojo para la ropa de mujer —admitió, como si lamentara verse obligado a reconocer que había algo que no se le daba bien—. Sería el hombre más feliz del mundo si fueras siempre desnuda.

—¿No le importa ir a comprar por ti? —preguntó Kristin, pasando por alto su comentario provocador.

Él se encogió de hombros, la agarró de la mano y la arrastró a la ducha.

—Claro que no. Es mi ayudante.

Los potentes chorros de agua empezaron a ejercer su efecto relajante en el cuerpo de Kristin, incluidos músculos cuya existencia ignoraba hasta que había empezado las maratónicas sesiones de sexo con Julian.

Él cogió la esponja y el jabón y le dio la vuelta para poder lavarla. Kristin intentó dejar a un lado todos los pensamientos lascivos mientras él recorría el cuerpo con la esponja.

—A lo mejor no le hace mucha gracia hacer la compra para tu mujer.

La pobre ayudante debía de sentir algo por Julian. A Kristin le resultaba inconcebible que alguien pudiera trabajar para él dejando a un lado los

sentimientos.

—No le importó.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque me lo dijo —respondió él.

—Es lo que le diría cualquier mujer a su jefe.

Julian le hizo darse la vuelta y empezó a frotarle con la esponja por delante.

—¿Por qué dices eso?

—Solo digo que a lo mejor siente algo por ti. A veces, cuando una mujer trabaja codo con codo con un hombre, es difícil no hacer caso de los sentimientos.

—¿Estás celosa, Escarlata? —preguntó él con curiosidad.

—Claro que no —contestó ella a la defensiva—. Es que me parecería natural que ocurriera algo así.

—Mírame —le dijo él, dándole la esponja.

Kristin le hizo un gesto para que se diera la vuelta, pero Julian no se movió.

—Mírame, Kristin —insistió él.

Le levantó la cabeza y ella le lanzó una mirada desafiante.

—¿Qué?

—No debes estar celosa de mi ayudante ni de nadie más. Está felizmente casada y tiene varios nietos. Le he preguntado varias veces si quiere jubilarse, pero jura y perjura que le encanta tenerme de jefe. Soy un hombre generoso y mis trabajadores siempre me han sido muy fieles. A ella le gusta comprar ropa para mi mujer porque está muy al día de las últimas tendencias.

Kristin se sonrojó y le hizo otro gesto impaciente a Julian para que se volviera, sin apartar la mirada de sus pectorales. Al final obedeció, pero no antes de mirarla fijamente.

Kristin se sentía como una tonta por tener celos de una mujer que solo veía a Julian como un hijo.

—Bueno, pues dale las gracias. Tiene muy buen gusto —dijo al final mientras le frotaba la espalda con más fuerza de la estrictamente necesaria.

—Estará encantada —dijo Julian con serenidad, y dejó que Kristin siguiera frotándole un rato antes de confesar—: Yo también estaba celoso. Cuando te vi en esa cita con otro hombre, casi me muero.

—Yo no estaba celosa —replicó Kristin de forma instintiva.

—Sí que lo estabas, y me gusta, no te creas. Me siento tan posesivo contigo que a veces hasta me da miedo. Es un alivio saber que sientes un poco lo mismo que yo —murmuró Julian.

—Yo no sabía que estábamos casados cuando acepté la cita a ciegas. Es más, ni siquiera sabía si volvería a verte en breve —le dijo con la respiración entrecortada. El corazón le latía desbocado después de oír en boca de Julian que no soportaba verla con otro hombre.

—Eso da igual. Lo único en lo que podía pensar era en que, si te tocaba, yo le arrancaba la cabeza.

—Pero no lo hizo. Simplemente se trataba de una cita que me había organizado Mara. Él era simpático, pero no era... —Dejó la frase a medias, pero se dio cuenta muy tarde de lo que iba a decir.

—¿No era qué?

—Da igual. Ahora no importa.

Julian se volvió hacia ella y la agarró de los hombros.

—Sí que importa —insistió—. El chico con el que estabas... No era... ¿qué?

Kristin le lavó el pecho en silencio y decidió acabar la frase:

—No era tú. No era un pesado que disfrutaba sacándome de quicio desde el primer momento. No me ponía motes ni me desafiaba para que fuera más allá de mis límites. No me hacía sentir algo especial al mirarlo y, sobre todo, no me hacía enfadar como tú.

«Preliminares».

La palabra resonó en su cabeza con la voz de Julian, como sucedía a menudo cuando estaba enfadada con él.

—Bien —dijo Julian con tono de satisfacción—. Entonces imagino que puedo perdonarle la vida.

Las palabras de Julian, el instinto posesivo implícito, apelaban a su parte más animal, aunque ella no paraba de repetirse que ninguno de los dos debía estar celoso. No tenían una relación de compromiso. Sí, técnicamente era su marido, pero no iba a durar mucho.

Al salir de la ducha y mientras se secaban, Kristin no paraba de recordarse a sí misma que Julian Sinclair era su marido temporalmente. Pero a pesar de sus esfuerzos por convencerse, de poco sirvieron cuando se acurrucó junto a él en la cama, feliz y satisfecha como no lo había estado en toda su vida.



## CAPÍTULO 18

—Pareces feliz, cielo. Creo que el viaje te ha sentado muy bien —le dijo Cindy Moore a su hija cuando Kristin le tendió la mano para mostrarle el anillo.

Por extraño que pareciera, era feliz. Las vacaciones en Hawái habían sido como un sueño irreal, y Julian no había cambiado en los pocos días que llevaban en Amesport. Aún la deseaba con toda el alma y la colmaba de regalos.

—Ya lo creo —admitió Kristin un poco a regañadientes.

Su madre examinó el diamante y lo acarició con un dedo delgado.

—Muy caro, pero tiene buen gusto. Es precioso.

—Gracias. Se lo encargó a Mia Hamilton.

Su madre asintió.

—Pues puedes estar segura de que es carísimo. Pero te lo mereces.

Kristin abrazó a su madre al sentarse junto a ella en el sofá.

—¿Qué tal va todo por aquí? ¿Y el bar?

—¿Te preocupa que no pueda funcionar bien sin ti? —le preguntó en tono burlón su padre, sentado en un sillón frente a ellas.

Julian estaba en su mansión y Kristin había parado a ver a sus padres después del trabajo. Le resultaba extraño dirigirse a las afueras de la ciudad, en lugar de ir al Shamrock.

—No es eso, papá. Te aseguro que estoy convencida de que el local está en buenas manos. A decir verdad, yo empezaba a estar un poco cansada.

Ahora que había podido tomarse unos cuantos días de vacaciones para relajarse, le había quedado aún más claro lo quemada que estaba con la situación. Antes no sabía lo que era sentirse normal, porque nunca había tenido la oportunidad de disfrutar de la vida.

Y la sensación era... fantástica.

—Sé que estabas muy cansada, cielo —le aseguró su padre, negando

con la cabeza—. No tendrías que haberte dejado la piel de esa manera.

—Sois mi familia —replicó Kristin, que se arrepentía de haberle dicho cómo se sentía.

Su padre también debía de estar agotado. Quería a su madre y Kristin sabía que si hubiera podido ocuparse de todo en las últimas décadas, lo habría hecho.

Su madre le estrechó el brazo para que no siguiera hablando.

—No quiero que pienses que nunca nos hemos sentido culpables por todo a lo que has tenido que renunciar. Sé que te incomodaba pedir a tus amigas que vinieran a casa, o que no podías salir sin preocuparte por mí. Y entre el Shamrock y la consulta... has trabajado tanto que casi te ha costado la salud. Pero ha llegado la hora de que vivas tu propia vida. Tu padre y yo estamos bien.

«Gracias a Julian», pensó Kristin, que cada vez aceptaba de mejor grado la implicación temporal de su marido en el negocio de su padre. Si no hubiera llegado alguien capaz de tomar las riendas del negocio y darle un nuevo giro, sus padres no podrían llevar el estilo de vida que llevaban.

La alianza con Liam había sido una idea excelente. Gracias al control que mantenía del negocio, el pub no volvería a ir cuesta abajo.

Dale Moore se rascó la cabeza.

—Al principio me preguntaba por qué ese muchacho quería convertirse en socio de un negocio tan pequeño como el Shamrock. Supongo que ahora ya lo sé. Tenía otras razones. Quería casarse con mi hija. Y que conste que no me parece mal. Es un buen hombre. Y Liam también. No podría haber elegido a dos socios mejores —añadió con una sonrisa de oreja a oreja.

A Kristin se le revolvió el estómago. Sus padres eran muy felices, pero ¿qué pensarían cuando descubrieran que Julian y ella iban a divorciarse?

—¿Os gusta? —dijo en voz baja, preguntándose lo que pensaría Julian si supiera que alguien lo había llamado «muchacho».

—Le queremos —respondió su madre con rotundidad—. ¿Cómo no me va a gustar un hombre que es lo bastante inteligente como para casarse con mi hija y tratarla como la maravillosa mujer que es?

—Somos muy felices por ti, Krissy —añadió su padre con sinceridad.

Kristin tragó saliva al oír que su padre empleaba el nombre que utilizaba cuando ella era pequeña. No recordaba la última vez que lo había utilizado.

—Gracias, papá —logró balbucear.

—¿Te gustan los preparativos que hemos hecho para el banquete? —preguntó su madre, emocionada y feliz.

Lo último que esperaba Kristin era que sus padres organizaran la celebración tan pronto. Ambos habían estado muy ocupados mientras ella disfrutaba de las vacaciones en Hawái. Sin embargo, como Julian ya había dado su visto bueno, no le quedó más remedio que acceder.

—Sí, son fantásticos.

—Como será temporada baja, no nos ha costado demasiado reservar el Centro Juvenil para después de las fiestas. Creo que vendrá todo el mundo. Es un acontecimiento que no se querrá perder nadie.

La Navidad estaba a la vuelta de la esquina, lo que significaba que el banquete se celebraría al cabo de muy pocas semanas. Al parecer, su madre había reunido a todos los miembros del clan Sinclair en su casa para hablar de la celebración y los había implicado en ella. Cuando alguien lograba reunir a un grupo de Sinclair, todo sucedía a velocidad de vértigo.

—No me cabe la menor duda de que el centro estará lleno hasta la bandera —le aseguró Kristin, intentando esbozar una falsa sonrisa. Lo cierto era que tenía ganas de matar a Julian por haber dicho a sus padres que habían elegido el momento ideal y que se moría de ganas de celebrar el banquete.

Ahora ya no podía cancelar el acto. A menos que quisiera dejar a Julian mucho antes de lo acordado. Pero entonces se arriesgaba a que él le hiciera la vida imposible y, a decir verdad, su faceta más egoísta quería gozar de esos días con él.

En cierto modo, vivir con Julian, estar con él, había acabado con la sensación de soledad y aislamiento que había experimentado durante tantos años. A pesar de que ella sabía cómo iba a acabar, no quería renunciar a las partes más buenas. Y a pesar también del don innato que tenía él para sacarla de sus casillas.

Kristin se levantó, presa de una sensación extraña por haber mentido a sus padres.

—Es mejor que me vaya. —Se inclinó hacia delante y le dio un beso en la mejilla a su madre, luego se acercó a su padre e hizo lo mismo—. Si no llego a casa enseguida corro el peligro de que Julian se ponga a cocinar, una posibilidad aterradora.

Ambos se despidieron de ella entre risas. Kristin abandonó la sala de estar agotada por el esfuerzo de intentar mantener la sonrisa. Al salir a la calle, echó a correr hacia el todoterreno de Julian y pulsó el botón para abrir

la puerta. Caía una lluvia gélida y tenía ganas de refugiarse cuanto antes en el cálido interior. Pisó el pedal del freno y pulsó el botón de arranque. Si se le hubiera ocurrido antes, habría encendido el vehículo desde la casa para encontrarlo más caliente. Pero estaba acostumbrada a coches más antiguos, que no tenían las mismas moderneces que ese.

En cuanto regresaron de Hawái, Julian la convenció de que necesitaba un vehículo nuevo. Ella se negó en redondo, argumentando que su coche era viejo pero funcionaba bien. Al final él dio su brazo a torcer, aunque no dejó de refunfuñar porque no le hubiera permitido darle un coche más fiable. Sin embargo, Kristin acabó perdiendo la batalla. Cuando la previsión meteorológica anunció mal tiempo, Julian la convenció para que usara su todoterreno, ya que él iba a quedarse en casa, trabajando en su guion.

Cuando Kristin vivía en Amesport, tener un turismo nunca había supuesto ningún problema, pero ahora que tenía que tomar la autopista, se alegraba de tener un vehículo más robusto.

Redujo ligeramente la velocidad y empezó a preguntarse qué podía hacer para cenar y si Julian habría podido avanzar algo con el guion.

Estaba convencida de que su giro profesional no duraría demasiado. Tarde o temprano recuperaría las ganas de hacer más películas. Nunca se sentiría realizado viviendo en una población pequeña como Amesport después de pasar tantos años en California. Aun así, era cierto que los habitantes de la pequeña ciudad apenas lo molestaban. Todo el mundo estaba acostumbrado a la presencia de los Sinclair en la zona y a nadie parecía importarle que hubiera tantos multimillonarios. La mayoría de la gente estaba agradecida por los cambios que Grady, sus hermanos y también sus primos habían hecho. Los Sinclair mostraban una gran preocupación por la ciudad en la que vivían, algo que quedaba patente en todas las mejoras que habían ayudado a hacer realidad.

Kristin tardó un poco más de lo habitual en llegar a casa por culpa de las carreteras heladas, pero lanzó un suspiro cuando aparcó en el garaje.

Julian salió a recibirla con un gesto de preocupación.

—Empezaba a preocuparme. No has respondido a mi mensaje.

—Estaba conduciendo —replicó ella—. Había placas de hielo y creo que no tardará en nevar.

Julian tomó su abrigo y se lo colgó.

—Me alegra no haberlo sabido. Me preguntaba si te habías retrasado por algún problema.

—He pasado por casa de mis padres. Hace años que aprendí a conducir en invierno, Julian —le recordó ella, si bien resultaba halagador que la estuviera esperando.

—Eso da igual —gruñó él—. La mala suerte existe.

Kristin se preguntó si se refería a Xander y a sus padres. Aquel pensamiento le provocó un nudo en la garganta, ya que era consciente de que Julian aún no había superado su inesperada pérdida. Qué diablos, si ella hubiera perdido a sus padres de forma tan traumática, estaría igual: siempre preguntándose si era algo que podía repetirse en el momento más inesperado.

No quería decirle que se alegraba de haber podido usar su todoterreno porque él lo aprovecharía para presumir de que le estaba dando la razón, o por temor a que dijera algo que le llegara a lo más profundo del corazón. Kristin nunca sabía qué reacción cabía esperar de Julian.

—Voy a darme una ducha y luego prepararé la cena.

Aún llevaba el uniforme de la consulta médica y lo primero que hacía al llegar a casa era lavarse. A pesar de que siempre llevaba bata, le gustaba despojarse de la ropa de trabajo.

—Antes dame un beso —insistió Julian, que la agarró de la cintura cuando ella intentó irse.

—Estoy llena de gérmenes —le advirtió ella entre risas.

—Pues los compartiremos. No sería la primera vez que lo hacemos —dijo con su voz de barítono, e inclinó la cabeza para robarle un beso.

El cuerpo de Kristin reaccionó de inmediato. ¿Cómo podía oler tan bien?

—Ya basta —le dijo, apartándose entre jadeos—. Enseguida vuelvo.

Dio media vuelta y empezó a subir las escaleras con una sonrisa en los labios al oír los lamentos de Julian, que decía que era injusto que se fuera de aquel modo y lo dejara tan excitado y con la miel en los labios, mientras volvía a la cocina.

\*\*\*

—Todo el mundo cocina. ¿Qué diablos he hecho mal? —murmuró Julian para sí mientras observaba las patatas aguadas y el asado chamuscado.

¡Mierda! Era un auténtico negado en la cocina. Ni siquiera era capaz de alimentar a su mujer.

De niño siempre le había gustado mirar a su madre mientras cocinaba, pero ahora se arrepentía de no haber prestado más atención. Levantó la

cuchara y comprobó que el puré de patatas parecía más bien una sopa.

—¿Qué haces? —preguntó Kristin con curiosidad al entrar en la cocina, vestida con unas mallas negras y una sudadera.

Aún tenía el pelo húmedo, y se le estaba empezando a rizar. Julian no lo pudo evitar y se la quedó mirando. Cada vez que entraba en la habitación donde estaba él se sentía como si alguien le hubiera dado un martillazo en el pecho.

—Intento preparar la cena —respondió de manera inexpresiva—. Pero me ha salido una mierda.

Kristin se acercó hasta él, removió las patatas y miró el asado, que se había convertido en una masa negra e informe de algo incomedible.

—Mi madre hacía un asado con *dumplings* delicioso. He encontrado su libro de recetas mientras buscaba una cosa en el trastero, pero es obvio que no me ha salido tan bien como a ella.

—¿Eso? —Kristin señaló un triste pedazo de carne—. ¿Eso se supone que es un asado?

Julian se dio cuenta de que estaba intentando contener la risa cuando se tapó la boca con la mano.

—Lo era —respondió él con tristeza.

—Oh, Julian —dijo Kristin con voz amable, pero incapaz de contener la risa—. Para cocinar se necesita mucha paciencia y práctica. Yo ya sabía que no se te daban muy bien los fogones, no era necesario que lo intentaras. A mí me gusta cocinar.

—Pero te has pasado el día trabajando —lamentó él.

—¿Y tú no? —replicó ella, que se puso de puntillas y le dio un beso en la mejilla.

—Sí, pero yo estaba en casa y sentado, no de pie. No quería que el hecho de convertirte en mi mujer te obligara a hacer un esfuerzo adicional.

En realidad, lo que quería era hacerle la vida más fácil. Qué diablos, era multimillonario, podía contratar a un cocinero si quería.

—Siempre he cocinado para mí, incluso cuando trabajaba en el Shamrock. Me preparaba algo rápido antes de empezar la jornada. No me importa, de verdad.

Julian se asustó al ver que le corría una lágrima por la mejilla.

—¿Estás bien?

—Sí —respondió ella. Se secó la lágrima con la mano y repitió el gesto mientras lo miraba con una sonrisa dulce que no había visto jamás.

—Entonces, ¿por qué lloras?

—Porque esto es lo más bonito que ha intentado hacer alguien por mí jamás. Gracias.

No entendía por qué le agradecía que hubiera echado a perder la cena, pero estaba encantado con la mirada de afecto que le había regalado.

—Contrataré a alguien.

—Ni hablar —replicó ella categóricamente—. Es mi cocina y cocino yo.

Julian contuvo el aliento y se preguntó si Kristin se había dado cuenta de que acababa de tomar propiedad de su casa como si fuera la suya. Sin embargo, expulsó el aire de los pulmones al ver que ella no se había dado cuenta de lo ocurrido y que empezaba a limpiar el desastre que había provocado él antes de empezar de nuevo.

Julian se encargó del lavaplatos.

—Puedo aprender —se ofreció—. O podría limitarme a usar el maldito microondas.

Kristin dejó de hacer lo que tenía entre manos, se acercó hasta él y lo abrazó del cuello.

—El simple hecho de que estés dispuesto a ayudarme me hace feliz —le dijo con un suspiro de satisfacción.

Julian la agarró de la cintura y sumergió la nariz en su frondosa melena.

—¿Por qué?

—Porque nunca nadie se ha preocupado tanto por mí como para ofrecerse a hacer algo así.

—Se me ocurren otras maneras de hacerte feliz —afirmó él con entusiasmo. Quizá no supiera cocinar, pero tenía otras... habilidades.

—De momento me basta con que intentes hacer la cena —le aseguró Kristin en un susurro, apoyando la cabeza en su hombro.

Julian respiró hondo, deleitándose con su dulce olor y la maravillosa sensación de sentir el suave cuerpo de su amada entre los brazos.

—Ya se me ocurrirá algo —le prometió.

No estaba dispuesto a permitir que su mujer cargara sola con las tareas más pesadas.

Ella se inclinó hacia atrás y lo miró.

—Me haría ilusión ver el libro de recetas de tu madre. Me encanta probar cosas nuevas y, a menudo, las antiguas son las mejores.

—Tuyo es —le dijo él de inmediato.

—¿Tienes fotografías de tus padres?

—Sí. Micah tiene más, pero tanto a mi padre como a mi madre les gustaba mucho la fotografía. Les encantaba tomar instantáneas familiares allí donde fuéramos.

No había vuelto a verlas desde la muerte de sus padres.

—¿Puedo verlas o sería demasiado doloroso para ti? —preguntó ella, acariciándole la mejilla en un gesto de cariño.

Podía ser doloroso, pero estaba dispuesto a sacrificarse por ella y sacarlas del escondite donde las había puesto. Había llegado el momento.

—Voy a buscarlas.

Ella le acarició la mandíbula.

—No hay prisa, pero algún día, cuando estés preparado, me gustaría verlas.

Él asintió.

—Estoy preparado —le aseguró.

—Pues déjame preparar algo para comer y les echamos un vistazo.

Se puso a trastear con las cacerolas, como si estuviera en su salsa.

Julian hizo de pinche y la ayudó a preparar algo comestible antes de sacar las fotografías familiares.

Se pasaron el resto de la noche hablando de su infancia, reviviendo momentos felices de sus padres y sus hermanos, cuando todos vivían bajo el mismo techo.

Por extraño que pareciera, cuando Julian empezaba a hablar, no había quien lo parase.



## CAPÍTULO 19

Xander llegó un día antes del gran banquete de Kristin y Julian. Lo había acompañado Micah, y Julian tenía ganas de pasar el día con su hermano pequeño antes de asistir al banquete.

Kristin llegó a casa del trabajo antes de que su marido regresara de casa de su hermano, con la esperanza de que hubiera sido un reencuentro feliz entre hermanos. Como Julian aún no había vuelto, le pareció que era una buena señal.

Sin embargo, a juzgar por la mirada de Julian cuando entró por la puerta, era obvio que las cosas habían salido peor de lo esperado.

Él apenas abrió la boca al entrar en la cocina. Kristin observó cómo se quitaba la cazadora de cuero y dejaba caer las llaves en la encimera.

—¿Va todo bien? —preguntó ella con curiosidad.

—No le gusta nada. No le gusta la casa. No le gusta la nieve. En pocas palabras, odia la vida. Se ha desintoxicado, pero no tardará en volver a caer en las drogas por culpa de su actitud de mierda.

En cuanto Julian se volvió hacia ella, Kristin vio que se sentía derrotado. Sacó una cerveza de la nevera, desenroscó el tapón y se la ofreció. Era obvio que necesitaba un trago.

—Lo siento. Sé que confiabas en que estaría mejor cuando saliera, pero está claro que aún necesita ayuda psicológica.

Kristin observó el rostro preocupado de Julian y se le partió el corazón. Si Xander no estaba dispuesto a seguir librando la batalla contra las drogas y el alcohol, nadie podría ayudarlo. Al menos tenía que querer dejar de consumir.

—¿Quieres que aplacemos el banquete?

—Ni hablar —respondió Julian con una sonrisa—. No quiero perderme mi propia fiesta. Tus padres han invertido muchas horas en la celebración. Tengo muchos motivos para ser feliz —afirmó, dejando la cerveza en la

encimera—. Hemos invitado a Xander. Si quiere venir, ya aparecerá.

—¿Estás enfadado con él? —preguntó Kristin, que no conocía lo que de verdad sentía Julian. A veces era difícil intuir qué pensaba.

Él se cruzó de brazos y apoyó la cadera en uno de los armarios.

—¿Enfadado? Sí, supongo que sí. Pero creo que lo estoy más conmigo mismo que con él. Antes de todo esto, nos habíamos distanciado bastante. Y ahora me resulta difícil entenderme con él. No sé qué piensa. ¡Dios! No sé cómo se siente ni lo que no quiere decirme. De pequeños teníamos una relación muy estrecha, pero ahora se ha convertido en un desconocido. ¡Y es mi hermano, maldita sea!

La angustia que transmitía su voz le partía el alma.

—No podrás entenderlo si él no está dispuesto a abrirse —le dijo ella muy seria. En esos momentos odiaba a Xander por hacérselo pasar tan mal a su hermano—. Le toca a él mover ficha. Si quiere volver a tender puentes entre vosotros, si quiere tu apoyo, tiene que hacer un esfuerzo porque os lo ha hecho pasar muy mal a Micah y a ti. Tengo la sensación de que ha echado de su vida a todas las personas que lo querían.

—Hay algo que no encaja. Sé que lo está pasando mal, pero no sé por qué. No ha perdido ni un ápice de su talento musical, pero no toca ningún instrumento. Es como si no quisiera recordar ningún aspecto relacionado con su vida antes del asesinato de nuestros padres. Le ocurre algo más. Ojalá supiera qué sucedió exactamente esa noche.

Kristin frunció el ceño.

—¿A qué te refieres? ¿No te lo contó?

—Solo los detalles más vagos. Alguien entró en casa. Nuestros padres murieron. Ambos recibieron varios disparos, pero, por algún motivo, Xander no solo sufrió heridas de bala, sino que lo acuchillaron. He intentado hacerle alguna pregunta más, pero no quiere hablar de ello y al final he preferido no forzarlo. Para él debió de ser una auténtica pesadilla presenciar la tragedia. El asesino murió por los disparos de la policía y se cerró el caso. Pero creo que hay algo más que lo trastornó.

Kristin no se imaginaba nada peor que ser testigo del asesinato de tus padres. Sin embargo, Julian tenía razón. Era extraño que a Xander lo hubieran acuchillado. Los ladrones, hasta los más malvados, entraban en las casas con el objetivo de conseguir lo que querían y se iban en cuanto podían.

—Es raro —dijo Kristin en voz alta—. ¿Puede ser que el ladrón se quedara sin balas?

Julian se encogió de hombros.

—Imagino que es posible. Quizá solo quería asegurarse de que Xander también moría para que no hubiera testigos.

Solo había una persona que supiera todo lo que había ocurrido la noche del asesinato de los padres de Julian. Después de ver todas las fotografías de la familia de Julian y de escuchar las historias, sabía que todos los hermanos querían a sus padres.

—Vamos a vestirnos —dijo él, ofreciéndole la mano.

Kristin la tomó y se la apretó. Quería que Julian supiera que comprendía su frustración y su dolor.

Él le estrechó los dedos en un gesto de reconocimiento y le dirigió una mirada de gratitud antes de darse la vuelta y subir las escaleras.

\*\*\*

Kristin estaba convencida de que todos los habitantes de Amesport se habían reunido en el Centro Juvenil para asistir al banquete. Aunque era obvio que no había ido todo el mundo, el local estaba tan lleno que parecía lo contrario.

—¿... a cenar? ¡Holaaaa! —Mara Sinclair agitó la mano delante de la cara de Kristin para llamar su atención—. ¡Kristin! —gritó al final.

—Lo siento, no te he oído —dijo la novia, que estaba demasiado ocupada observando a alguien vestido de negro de pies a cabeza, sentado en un rincón de la sala de baile, más solo que la una.

«¿Xander?», pensó Kristin.

Mara lanzó un suspiro y le robó otra copa de champán a uno de los camareros.

—Te he preguntado si Julian y tú queríais venir a cenar a nuestra casa la semana que viene. Apenas nos hemos visto desde que volviste de Hawái.

—Dime qué día os iría mejor y lo hablo con Julian. Sé que tiene que ir un par de días a California para promocionar su película —respondió Kristin distraídamente—. ¿Sabes si es Xander el que está sentado ahí, en el rincón?

Mara miró en la misma dirección.

—Sí, es Xander. Hace un rato Jared se ha acercado a hablar con él, pero creo que no tenía mucho que contar.

—Al menos ha venido —dijo Kristin con un deje de esperanza—. Es un paso en la buena dirección.

—Sí. Creo que todo el mundo está un poco confundido acerca del

motivo —añadió Mara antes de tomar otro sorbo de champán.

—Julian es su hermano, aunque quizá no sabe que nuestro matrimonio es una farsa.

—¿Ah, sí? —preguntó Mara, enarcando las cejas y sin dejar de mirar a Kristin.

—Claro, ya te conté la verdad —replicó esta a la defensiva. Mara era su mejor amiga y había pocas intimidades que no compartiera con ella.

—Pues en la pista de baile parecíais la pareja más feliz del mundo. Y a Julian le sienta muy bien el esmoquin —afirmó Mara con cierto recelo.

—A casi todos los hombres les queda bien el esmoquin.

Todos los Sinclair se habían vestido de gala para la ocasión. Los hombres llevaban traje formal y las mujeres vestido de cóctel.

Mara estaba despampanante con aquel vestido rojo que le quedaba justo por encima de las rodillas, algo que nunca se habría puesto antes de conocer a Jared. Con el tiempo, se había convertido en una mujer de negocios muy atractiva, pero seguía siendo la misma por dentro. El dinero no la había cambiado lo más mínimo.

—Admítelo, estar casada con Julian es una de las mejores cosas que te ha pasado en la vida. Transmites felicidad. Estás más relajada y tranquila. Y muy guapa. Me encanta ese vestido, que lo sepas —dijo Mara, que quería dejar muy claro a su amiga que a ella no podía engañarla.

Era otra de las prendas que habían aparecido como por arte de magia en el armario de Kristin, un vestido verde esmeralda precioso que Julian afirmaba que combinaba a la perfección con el color de sus ojos. Sí, se había tomado la molestia de ir a la peluquería para que la maquillaran y la peinaran, y aunque los tacones la estaban matando, no se los había quitado porque Julian creía que estaba preciosa.

—El vestido es cosa de Julian. Debe de haberlo elegido su ayudante. — No sabía cómo responder al comentario de Mara, por lo que se limitó a añadir —: Ya sabes que esto no durará. Se ha portado muy bien conmigo y nunca podré devolverle todo lo que ha hecho por mis padres. Pero nuestro matrimonio es temporal.

—Eso ya lo veremos —replicó Mara misteriosamente.

Kristin miró al grupo de primos y hermanos Sinclair, donde también se encontraba Jason Sutherland. Julian se había unido a ellos para charlar con Micah. Se lo estaban pasando en grande. Vio que Grady decía algo y los demás estallaban en carcajadas. Aquel grupo de hombres atractivos no

paraban de darse palmadas en la espalda y de reír.

Las mujeres quedaban detrás de Mara y ella. Estaban hablando, poniéndose al día de las últimas novedades de sus vidas.

Ellas dos se habían apartado un momento para mantener una conversación privada.

Kristin se inclinó hacia su amiga para que no la oyera nadie.

—Es temporal. ¿De verdad crees que Julian será feliz aquí en Amesport? Desde que es adulto ha vivido casi siempre en California.

—No veo por qué no. Le ha dicho a Jared que le encanta esta zona. Y tus padres están encantados con él. La pregunta es: ¿tú le quieres? —preguntó Mara en voz baja.

—Julian me vuelve loca —confesó Kristin—. A veces me dan ganas de estrangularlo y al cabo de un minuto hace algo tan irresistiblemente dulce que me dan ganas de lanzarme a sus brazos y suplicarle que me bese o que me haga el amor ahí mismo, da igual donde estemos. Se le da fatal la cocina, pero hace lo demás tan bien que no me importa. En ocasiones es insoportable, pero bajo esa apariencia se esconde una buena persona, un hombre muy atento. Debe de ser el chico más complicado y desconcertante que he conocido jamás. Nunca olvida los pequeños detalles y siempre me dice que soy preciosa y especial a pesar de que... no es verdad.

Kristin acabó el monólogo casi sin aliento y con el corazón desbocado.

—Es que eres preciosa y especial, pero tú no lo ves. Tampoco me has dicho si lo quieres o no —añadió Mara.

Kristin negó con la cabeza.

—Quizá porque no quiero decirlo en voz alta. Si lo hago, estoy jodida. Pero sí, creo que me estoy enamorando de él. Es un desastre, Mara. Y tú lo sabes perfectamente.

Los ojos se le anegaron en lágrimas y Kristin tuvo que parpadear varias veces para contenerlas. Su propio banquete de bodas no era el lugar más adecuado para ponerse a llorar.

Mara le dio un suave abrazo.

—No creo que eso sea un problema. Para mí está más que claro que Julian siente lo mismo que tú. Aun cuando está en el otro extremo de la sala no te quita el ojo de encima para comprobar si estás bien. Me recuerda mucho a Jared. Los Sinclair tienen un instinto protector muy desarrollado cuando se trata de las mujeres importantes en su vida, pero también tienen el don de animarnos a hacer nuestros sueños realidad. Bueno, casi todos.

Mara se apartó un poco para que Kristin pudiera aceptar la copa que le ofrecía un camarero.

—¿Hay algo en lo que no te apoye Jared? —le preguntó Kristin, que estaba convencida de que su marido sería capaz de atravesar un incendio por ella. De hecho, había sido testigo de aquellas muestras de entrega abnegada.

Mara sonrió.

—Desde que Micah se unió a la familia, todas las mujeres Sinclair quieren aprender a saltar en paracaídas. Tessa ya lo ha hecho, ha saltado en tándem con Micah y ahora quiere prepararse para saltar sola. Las demás también queremos probarlo y, de hecho, Micah ya nos ha dicho que está dispuesto a enseñarnos. Pero digamos que a nuestros maridos no les entusiasma la idea de que saltemos de un avión, aunque lo hagamos bajo la supervisión de Micah. Tessa nos ha dicho que es una de las cosas más increíbles que ha hecho en su vida. Y ahora todas queremos probarlo.

—Eso sería increíble —admitió Kristin.

—Sí, pero intenta convencer a Julian de que no correrías ningún peligro. Seguro que se pone muy nervioso.

—Él también hace sus locuras. Y no es el encargado de controlar mi vida.

Mara se rio.

—Jared tampoco, pero cuando veo esa mirada de pánico que pone, me cuesta plantearle el asunto.

—¿Por qué?

—Porque le quiero —replicó Mara—. Porque comparto sus miedos. Sufro cuando él sufre y para mí también sería una tragedia que él se hiciera daño... o algo peor.

Kristin vio que su amiga se estremecía y supo que ese «algo peor» era un eufemismo para no mencionar la muerte.

—Entonces, cuando os encontráis en una situación como esta, ¿quién cede?

Mara se encogió de hombros.

—Lo hablamos y llegamos a un acuerdo. Nuestro amor es más fuerte que el miedo.

Kristin debía admitir que envidiaba la relación que su mejor amiga tenía con su marido. Nunca había visto a dos personas más enamoradas. De hecho, todos los Sinclair tenían una relación muy estrecha con sus esposas. Cada uno tenía su personalidad, pero estaban tan enamorados que nada se interponía

entre ellos. Parecía que cuanto más tiempo llevaban juntos, más fuertes eran como pareja.

—Julian se equivoca conmigo —insistió Kristin mientras removía el combinado con la pajita—. Somos dos personas muy distintas.

—Lo estás racionalizando demasiado —le advirtió Mara—. Además, creo que os unen más cosas de las que os separan. Las cuestiones superficiales no importan. Él es rico y tú no. A él le gusta el helado de chocolate y a ti el de vainilla...

—A los dos nos gusta el mismo sabor —la interrumpió Kristin—. Pero olvidas que él es una superestrella de cine y yo trabajo de enfermera en una consulta médica.

—Eso solo son vuestras profesiones. ¿De verdad crees que importa? Julian va a darle un giro a su carrera porque no es feliz con lo que hacía hasta ahora. Jared hizo lo mismo. A ver, no era tan famoso como una estrella de cine, pero cedió el control de una gran constructora para volver a hacer lo que más le gustaba: restaurar casas antiguas. Por suerte, tenía dinero suficiente para hacer lo que le viniera en gana después de pasar muchos años intentando demostrar su valía. Las circunstancias cambian. La gente cambia. Quizá lo que era tan importante para Julian hace muchos años ahora ya no lo es tanto.

Julian le había dicho más o menos lo mismo, pero a Kristin le costaba comprender que estuviera dispuesto a renunciar a la fama tan fácilmente. Sin embargo, también era cierto que había visto la cara de miedo que ponía cada vez que lo acosaban las fans. Y parecía muy satisfecho, e incluso feliz, dedicándose a escribir guiones.

—Ya veremos —afirmó Kristin, que no tenía ganas de seguir hablando del tema—. Aún nos queda algo de tiempo del período de prueba antes del divorcio.

—Pon fin al período de prueba —le dijo Mara—. Esta situación no os beneficia a ninguno de los dos. La incertidumbre solo servirá para levantar una barrera entre ambos. Tú misma empiezas a dudar de que el matrimonio sea real.

Era cierto que Kristin sentía ese distanciamiento, el pánico a que la felicidad con fecha de caducidad no fuera... real.

—Acordamos que nos daríamos un tiempo.

—Tienes miedo —la acusó Mara.

No tenía miedo, sino pánico.

—Quizá sí.

—Pues déjate de tonterías y acabad con la incertidumbre. Convierte tu matrimonio en algo real.

«¿Algo real?».

Kristin siempre había pensado que su relación con Julian nunca había tenido nada de artificial ni falsa.

Sin embargo, se quedó en blanco al ver que sus padres sacaban la tarta nupcial. Era enorme y el carrito parecía a punto de ceder bajo el peso de todos los pisos del pastel.

La gente se puso a gritar y a silbar, pero Kristin se fijó en la reacción del tipo que estaba solo en un rincón, con los ojos pegados en el cuchillo enorme y refulgente que tenía su padre en las manos, y que rozó la chaqueta de Xander cuando pasó a su lado.

Al principio parecía asustado.

Luego enfadado.

Al final se levantó y abandonó la sala con una mirada de angustia que Kristin no pudo ignorar.

—Enseguida vuelvo —le dijo a Mara al oído y dejó el cóctel en una mesa.

Kristin se puso a correr tan rápido como se lo permitían los tacones de aguja que llevaba, abrió la puerta por la que había salido Xander y vio una figura negra que entraba en una de las aulas.

Sabía que la reacción, el gesto de pánico que había visto no era un producto de su imaginación.

«Un cuchillo. Un arma blanca en un lugar lleno de gente...», pensó.

Se detuvo en la puerta del aula y vio que Xander había abierto la ventana a pesar de que fuera hacía un frío de mil demonios. Vio el movimiento acompasado de sus hombros y oyó su respiración entrecortada. Estaba apoyado en el marco de la ventana.

Kristin se acercó lentamente hasta él y le acarició la espalda.

—¿Xander?

—¡No me toques! —bramó y se volvió bruscamente.

Kristin notó una punzada de dolor en el pómulo y salió despedida hacia atrás hasta chocar con la pared que había en el otro extremo del aula. Fue un movimiento tan súbito que acabó cayendo al suelo.

—¿Kristin? —La voz de Julian rompió el silencio—. ¿Estás bien, cielo?

De repente Julian se encontraba a su lado y la abrazó.

—¿Qué ha pasado? Dime algo.



—Estoy bien —susurró ella, llevándose una mano a la cara.

Julian alzó la mirada y vio a su hermano junto a ellos.

—¿Le has hecho daño? ¿Le has pegado? —le preguntó Julian.

—Sí —respondió Xander con rotundidad.

—Te mataré, joder. Me da igual que seas mi hermano —gritó Julian, agarrando del tobillo a su hermano y tirando con fuerza. La rápida maniobra tuvo el efecto deseado y el hermano pequeño cayó al suelo.

De repente Kristin fue consciente de lo que estaba pasando y agarró a Julian del brazo.

—Por favor, no. No ha sido culpa suya.

Se aferró a Julian con todas sus fuerzas, desesperada por evitar algo que no tendría marcha atrás.

Xander la observó y sus miradas se cruzaron fugazmente antes de que él se levantara y saliera por la puerta. En aquel intercambio fugaz y mudo, Kristin supo que había establecido una conexión especial con el hermano pequeño de su marido.

—¿A qué diablos te refieres con que no ha sido culpa suya? —preguntó él sin dejar de abrazarla.

—Estoy bien. Ayúdame a levantarme.

Con el vestido y los tacones que llevaba, necesitaba que alguien le echara una mano para ponerse en pie.

Julian la levantó sin soltarla y al cabo de unos instantes la posó con suavidad en el suelo.

—¿Estás mareada? Mañana te saldrá un buen moratón. ¡Cabrón! Tengo ganas de matarlo.

—No, Julian —le suplicó Kristin—. No lo entiendes.

—Pues ilumíname, joder, antes de que le dé una paliza a mi hermano.

Sacó el teléfono y llamó a Dante para pedirle que le dijera a Sarah que fuera hasta el aula en la que se encontraban y echara un vistazo a Kristin.

—Dímelo —insistió después de colgar.

Se sentaron en un escalón y le agarró la mano.

Sarah y Dante llegaron antes de que ella pudiera entrar en detalles, por lo que la explicación tuvo que esperar.

## CAPÍTULO 20

Kristin y Julian abandonaron el banquete cuando Sarah comprobó que no tenía ninguna herida grave aparte de la contusión y le pidió a Julian que la llamara si su mujer mostraba algún otro síntoma.

—Estoy bien —le aseguró Kristin a su marido por millonésima vez en el camino de vuelta a casa. Se puso una bolsa de hielo en el ojo y Julian la ayudó a ponerse el pijama después de darle ibuprofeno para el dolor y la hinchazón.

Sentada con las piernas cruzadas en el sofá, Kristin sujetaba la bolsa de hielo sobre el pómulo y el ojo mientras Julian, que acababa de ponerse unos pantalones cómodos y una camiseta, se sentaba junto a ella.

—No estás bien. Mi hermano pequeño te ha agredido y quiero saber cómo y por qué lo ha hecho antes de perder los estribos —replicó él con voz áspera.

—Te aseguro que no ha sido culpa suya —insistió Kristin en voz baja.

—Tú has acabado herida y él también estaba ahí. Es obvio que te ha dado un puñetazo.

—Lo he asustado —le explicó Kristin, lanzando un suspiro—. He visto la reacción que ha tenido al ver el enorme cuchillo que llevaba mi padre para cortar la tarta. Me acerqué hasta él y le toqué la espalda, fue entonces cuando reaccionó de forma inconsciente y revivió la experiencia de la muerte de tus padres. Él no me había oído entrar. Creo que volvía a tener la misma pesadilla. Se volvió de forma instintiva y debió de pensar que yo era el ladrón. No me ha pegado a propósito, simplemente me ha dado un codazo en el ojo. Se ha vuelto tan rápido que no me ha dado tiempo de esquivarlo.

—¡Dios! La verdad es que no parecía muy nervioso cuando lo he visto. Me ha dado la sensación de que estaba... como muerto por dentro.

—Pero no lo está, Julian. Creo que el consumo de drogas y alcohol forma parte de un problema mucho más grande. Es obvio que sufre síntomas

de trastorno por estrés postraumático. ¿Nunca os lo dijeron mientras estaba en rehabilitación?

—No que yo sepa —respondió Julian, algo más calmado.

—Su miedo era muy real. Y el cuchillo grande, unido a la multitud que no conocía, ha supuesto una especie de desencadenante. No sabía lo que hacía cuando se volvió y me golpeó sin querer. Estaba en otra realidad en la que yo era el enemigo —le dijo Kristin con gran remordimiento—. No debería haberme acercado sin decirle nada.

—Ahora no empieces a comportarte como si esto hubiera sido culpa tuya —le advirtió Julian—. Es obvio que solo querías ayudarlo.

—Sí. He visto cómo ha reaccionado y quería ver si estaba bien. Pero debería haberme hecho notar, en lugar de acercarme sigilosamente.

—Entonces, ¿tú crees que se ha dado a la bebida por culpa del TEPT?

—A veces pasa. Cuando alguien no puede evadirse de la realidad, recurre a todo lo que tiene al alcance de la mano para mitigar el dolor. Los medicamentos son muy adictivos. A decir verdad, teniendo en cuenta lo que vio Xander, no me extraña que reviva la traumática situación una y otra vez.

—¿Y ahora qué? ¿Se va a dar a la bebida de nuevo? ¿Seguirá pegando a la gente? —preguntó Julian—. Ya no sé qué hacer para ayudarlo, pero como vuelva a ponerte la mano encima, y me da igual el motivo, no te prometo que no vaya a darle su merecido.

—Él no sabía que me estaba pegando, solo quería defenderse —replicó ella—. Yo nunca me inventaría una excusa para alguien que pega a otra persona. Pero puedo asegurarte que esto ha sido una excepción, un accidente. No la tomes con él, por favor.

Lo último que quería Kristin era contribuir a aumentar el distanciamiento entre los hermanos.

—¿Me estás diciendo que necesita terapia? —preguntó Julian.

Kristin asintió.

—Tiene un trastorno dual: TEPT y una adicción. Si quiere resolverlos ambos, debe llegar a la raíz del problema.

Julian asintió lentamente.

—Hablaré con Micah y mis primos. Tenemos que encontrar alguna forma de presionarlo para que acceda a colaborar.

—No soy psicóloga. No sé cómo puedes ayudarlo si él no quiere ayuda. Pero quizá podrías hablar con algún experto.

—Bueno, entonces será mejor que lo vigilemos de cerca y ya

pensaremos en algo. Aun así, seguiré culpándolo de tu moretón.

—El moretón se irá por sí solo; las cicatrices de Xander, no.

A Kristin se le partía el alma al pensar en el pequeño de los Sinclair. Julian no había visto el ataque de pánico y terror de su hermano. Ella sí y dudaba de que pudiera olvidarlo jamás.

—No soporto verte en este estado —admitió Julian con voz ronca—. Es superior a mí.

Kristin no dudó de su sinceridad después de haber visto que estaba dispuesto a pegarse con su propio hermano por ella.

El gesto de sentimiento de culpa atormentada de su rostro le rompió el corazón. Dejó la bolsa de hielo en la mesa y se sentó encima de él.

—Se me ocurre una forma de que me ayudes a no pensar en el ojo —le dijo ella en tono insinuante.

El golpe ya no le dolía, solo cuando se tocaba el ojo, y si de algo tenía ganas era de tocar el cuerpo desnudo de Julian.

—No puedo acostarme contigo si estás así —gruñó él.

Ella empezó a contonearse encima de él y notó la poderosa erección que empezaba a cobrar vida bajo los pantalones de algodón.

—Te necesito. Y ya no me duele —le susurró ella al oído antes de darle un mordisco y aplacarle el dolor con la lengua—. Me duele más aquí. —Se frotó de nuevo contra él para que supiera cuál era el lugar exacto.

—¡Escarlata, por Dios! ¿Cómo esperas que mantenga a raya mi instinto animal cuando estás tan cerca de mí?

—Es que no es eso lo que quiero —respondió ella con descaro—. Solo quiero que alivies el dolor que siento.

Julian la tumbó en el sofá con cuidado, se levantó y se desnudó, mostrando su cuerpo en todo su esplendor. Le puso una almohada bajo la cabeza con cuidado, le agarró la parte superior del pijama y le arrancó todos los botones de un fuerte tirón.

—Luego me arrepentiré de haberme aprovechado de ti cuando necesitabas descansar. Pero ya no puedo resistirlo. Sabes que es imposible que rechace todo aquello que tú me ofrezcas de buena gana.

La expresión de deseo salvaje de Julian le provocó un escalofrío de placer a Kristin. Sus miradas se cruzaron y ambos comprendieron que anhelaban lo mismo.

—Ya sabes que ganas no me faltan —le dijo ella con descaro—. Te quiero a ti. Demuéstrame todo lo que puedes ofrecerme.

Julian le arrancó el pantalón y las braguitas con un movimiento brusco y rápido gracias a la ayuda de Kristin, que levantó las caderas.

—Ven aquí —le ordenó ella, estirando los brazos.

—Antes tengo que hacer una cosa —replicó él con descaro. Se arrodilló junto a ella y empezó a besarle los pechos, deslizando la punta de la lengua primero de un pezón a otro, duros como un diamante.

Cuando Julian le dio un descanso, Kristin apenas podía respirar. Estaba muy mojada y lo abrazó del cuello.

—Bésame —le pidió.

—No quiero hacerte daño —le dijo Julian, a pesar de que el deseo lo consumía vivo.

—No me lo harás —replicó ella.

Fue un beso dulce y tierno, pero ávido. Ella paladeó la belleza del momento.

Normalmente sus encuentros sexuales eran producto de la desesperación y el desenfreno, y Kristin tenía la sensación de que entraba en combustión espontánea.

Esta vez... era distinto.

La sensación de placer no había disminuido ni un ápice, pero Julian la tocaba con una dulzura... Era como si quisiera demostrarle que era la persona más importante de su vida.

A Kristin le dio un vuelco el corazón cuando él levantó la cabeza, la miró y se puso encima de ella, aguantando el peso de su cuerpo con brazos y manos para no aplastarla.

—No te imaginas lo que sentí al verte tirada en el suelo, sabiendo que alguien te había hecho daño. No permitiré que nadie te toque. Ni ahora, ni nunca.

Aquella promesa le llegó al alma.

—Pues tócame tú, como te gusta.

—Solo yo —insistió Julian.

—Solo tú —afirmó ella con un suspiro, sumergiéndose en el océano azul de sus ojos.

Julian la penetró poco a poco, centímetro a centímetro, ofreciéndole muy lentamente lo que ella quería.

—Más deprisa —exigió ella, levantando las caderas.

Pero él se retiró.

—Paciencia, Escarlata. No tenemos ninguna prisa por llegar a la meta.

Ella sabía que él se moría de ganas de hacerlo, pero que no quería dejarse arrastrar por las prisas.

Kristin le rodeó la cintura con las piernas y empujó hacia arriba porque quería... necesitaba que la conexión fuera más intensa.

Cerró los ojos en un gesto de frustración, agitando la cabeza de un lado a otro.

—No —le ordenó él—. Mírame. Quédate aquí conmigo.

Julian se apoyó en los hombros y le agarró las manos, entrelazando los dedos cuando por fin se la metió hasta el fondo.

Entonces Kristin abrió los ojos y lo miró fijamente, incapaz de apartarlos.

La expresión de anhelo descarnado la cautivó y embelesó cuando él se retiró de forma pausada y volvió a embestirla.

—Sí —gimió ella—. Sí.

Kristin lo agarró de los dedos con fuerza, sin apartar la mirada clavada en él, mientras él la penetraba lentamente, hipnotizándola con el suave ritmo y convirtiéndola en sumisa cautiva de aquella unión, piel con piel.

Kristin estaba en éxtasis y Julian se encontraba a su lado. En ningún momento cedió a la urgencia del placer; su único objetivo era asegurarse de que cada acometida llegara hasta el fondo.

Julian había logrado apoderarse de su cuerpo y su mente, sin desviar ni un instante su intensa mirada. Las sensaciones que se habían apoderado de Kristin eran absolutamente descarnadas y la acercaban peligrosamente al paroxismo del placer.

—Me gusta tanto que no quiero que esto acabe nunca —gruñó Julian, que empezó a aumentar el ritmo de sus embestidas.

«Te quiero. ¡Te quiero con locura!». Esas eran las palabras que Kristin tenía en la punta de la lengua y que suplicaban que las pronunciara en voz alta. Se mordió el labio al sentir que volvía a metérsela hasta el fondo, con una entrega que amenazaba con hacerle perder el mundo de vista.

—Tú y yo. —Tres palabras que Julian articuló muy lentamente—. Así somos tú y yo, Escarlata.

—Lo sé —respondió ella entre jadeos, consciente de su significado. Jamás había sentido algo así y, en cierto modo, sabía que no volvería a sentir un vínculo tan especial con alguien. Su conexión con Julian era primaria, espontánea.

Era como si lo hubiera estado esperando durante toda su vida adulta, y

ahora que por fin estaban juntos, el resultado rozara lo increíble.

Kristin lanzó un gemido al sentir otra de sus acometidas que la acercaba a un clímax inminente.

—Ya no aguanto más —le advirtió ella, cerrando los ojos ante la intensidad del orgasmo que se avecinaba.

—Pues déjate llevar. Hazlo por mí —le pidió él con un gruñido.

Julian aceleró el ritmo y Kristin notó que sus cuerpos sudorosos se deslizaban sin freno.

—Sí, me vuelves loca.

Kristin le estrechó los dedos sin apartar las manos. El aliento cálido de Julian le dejó una estela abrasadora en el cuello a medida que aumentaba la intensidad del encuentro.

Cuando por fin llegó el clímax, Kristin arqueó la espalda y tensó las piernas en torno a Julian para no separarse de él durante la explosión de placer.

—Estás preciosa cuando llegas al orgasmo —le dijo Julian entre jadeos—. Es lo más increíble que he visto en toda mi vida.

Entregada a los espasmos de placer, Kristin disfrutó de aquellos instantes mientras le arrancaba hasta la última gota de esencia a su macho, que profirió un gruñido de satisfacción, algo que no hizo sino aumentar su propia excitación, al comprobar que ambos habían llegado al orgasmo al mismo tiempo.

Cuando el embate de la pasión desaforada empezó a remitir, Julian la besó como si deseara robarle los gemidos de satisfacción y quedárselos para sí.

—Me siento mucho mejor —logró decir ella entre jadeos.

Julian se rio, se apartó de ella y se sentó en el suelo, pero sin soltarle la mano en un gesto íntimo de amor.

Kristin estaba tan agotada que le costó levantar la otra mano, pero lo hizo y le acarició la mandíbula, que lucía una atractiva barba de dos días.

Julian levantó la mano entrelazada y le besó el dorso. Fue un gesto tan tierno que a ella casi le dieron ganas de llorar.

—¿Estás bien? —preguntó Julian, algo preocupado.

—Nunca he estado mejor —le aseguró ella.

—Bien. —Se levantó y la tomó en brazos—. Ahora a la cama con la bolsa de hielo.

Se agachó un momento para que pudiera cogerla.

Ella obedeció, maravillada, y no por primera vez, de lo fuerte que era Julian. Kristin no era un peso pluma, pero él podía tomarla en brazos sin aparente esfuerzo.

—Puedes dejarme en el suelo —le dijo ella.

—No. Quiero asegurarme de que te metes en la cama.

—Puedo ir a pie —le dijo con una risa.

—Me da igual. No pienso permitirlo.

Kristin se rindió y lo abrazó del cuello. ¡Qué tozudo era! Pero ojalá no hiciera promesas que no podía cumplir.



## CAPÍTULO 21

A Julian no le apetecía lo más mínimo irse de Amesport. Nada le habría hecho más ilusión que encontrar una excusa para no asistir a la gira de promoción en California de su próxima película. Tenía el guion bastante avanzado y no soportaba el hecho de dejar sola a Kristin.

Aun así, tenía que ir. Se había comprometido y debía hacerlo.

Solo iban a ser unos días, pero sabía que le parecería una eternidad.

«Me he convertido en un adicto a ella. No podría dar más pena», pensó Julian.

En el preciso instante en que ese pensamiento cruzó su mente, el objeto de su obsesión cruzó la puerta del Shamrock. Lo estaba buscando. Se levantó de la mesa y alzó un brazo. Sintió una punzada de dolor al ver su sonrisa y su saludo desde el otro extremo del bar abarrotado.

La vio en cuanto entró en el local. De hecho, Julian habría jurado que habría sabido que estaba ahí aunque no hubiera visto sus preciosos rizos pelirrojos o su sonrisa contagiosa. Detectaba su presencia como si fuera un radar en busca de problemas.

Kristin era la amenaza definitiva para su cordura.

—Hola —dijo ella, casi sin resuello, y se sentó frente a él—. Siento llegar tarde. Hemos tenido mucho trabajo.

—He pedido para los dos —dijo Julian, que ya sabía que le gustaría el plato especial del día: sopa de almejas de Nueva Inglaterra y un sándwich de pescado crujiente con aros de cebolla.

—Me encanta la sopa de almejas que preparan los nuevos cocineros —afirmó ella, sin dejar de sonreír.

—Lo sé, por eso te la he pedido —dijo Julian con una sonrisa pícar.

Había pocos detalles de Kristin que le pasaran por alto y la devoción que sentía por sus platos preferidos era una de las cosas que más le gustaban de ella. O le gustaba algo o no le gustaba, sin punto medio. No era una de

esas mujeres que se dedicaba a marear la perdiz. No tenía que mirar la carta cincuenta veces para decidir qué quería. Por lo general, sabía lo que iba a tomar incluso antes de llegar al restaurante.

—¿Tienes ganas de ir a la fiesta del preestreno? —preguntó Kristin mientras se quitaba la chaqueta.

—No muchas —admitió él con sinceridad—. Preferiría quedarme en casa. Me haría más ilusión que pudieras acompañarme.

—¿Vas a secuestrarme? —bromeó ella.

—Ahora que lo dices... —afirmó Julian como si estuviera sopesando la opción. De hecho, no era una mala idea.

—Ni se te ocurra —le advirtió Kristin frunciendo el ceño—. Tengo un trabajo que me gusta y no quiero perderlo.

—Tu marido es multimillonario —le recordó él.

—No será siempre mi marido —replicó ella en un tono despreocupado—. ¿Qué pasará cuando se acabe nuestro matrimonio de tres meses? Tengo que ganarme la vida de alguna forma.

Por suerte, los interrumpió el camarero con las sopas. Cuando se fue, Julian se había calmado un poco.

—Volveré el viernes. Si pudiera evitarlo de algún modo, no iría. Pero me obligan por contrato —se excusó él con tono sombrío.

—Pues entonces no te queda más remedio que ir —replicó Kristin con serenidad.

Daba la sensación de que hasta se alegraba de que tuviera que irse. Además, Julian no soportaba cuando Kristin hablaba de la fecha de caducidad de su matrimonio.

—Sabes que me echarás de menos —le dijo con un tono orgulloso, cogiendo la cuchara.

—Creo que lo que no echaré de menos serán tus dotes culinarias —replicó ella medio en broma.

—Eh, que manejo muy bien el microondas.

Durante el día era capaz de alimentarse a sí mismo, pero solo se le permitía usar el microondas. De modo que se contentaba con un sándwich o cualquier otra cosa que tuviera a mano.

Kristin empezó a devorar la sopa como si no hubiera probado bocado en todo el día, algo que probablemente era cierto. Julian sabía que los días que tenían más trabajo solía comer cualquier cosa en la consulta, o incluso se saltaba el almuerzo.

Él estaba tan ensimismado observándola que derramó un poco de sopa.  
—¡Mierda!

Agachó la mirada, pero por suerte la mayoría había caído en el cuenco.

—Oh, no. Tu precioso suéter —dijo Kristin, que se apresuró a mojar una esquina de la servilleta en el vaso de agua y se inclinó para limpiarle el pecho—. Solo ha sido una gotita. No creo que te quede mancha —le aseguró.

A Julian no le preocupaba lo más mínimo lo que le pasara al suéter, sino el comportamiento de su entrepierna y el hecho de que parecía haber cobrado vida propia al oler su perfume mientras le limpiaba.

—¿Qué es esto? —preguntó Kristin con curiosidad, sacando una gruesa cadena de oro que Julian llevaba colgada, hasta que reveló aquello que él había intentado ocultar bajo el jersey.

Él levantó la mano para detenerla, pero ya era demasiado tarde. Kristin le palpó por encima de la ropa y sacó lo que había intentado esconderle antes de que pudiera impedirselo.

Julian se quitó la cadena de oro y la tiró en la mesa.

Fue un gesto contundente, pero estaba harto de tanta tontería. Era el momento de acabar con todos los secretos.

O conseguía lo que siempre había deseado, o acabaría destrozado.

Miró a Kristin y empezó a temerse lo peor al ver su mirada.

No podía apartar los ojos de las dos alianzas de oro que había en la mesa, unidas en una pesada cadena de oro.

—¿Qué son? —le preguntó con voz grave.

—Anillos de boda. Los que compramos para nuestra ceremonia de Las Vegas.

El camarero le llevó los sándwiches y se fue, pero Kristin ni siquiera lo miró. Estaba absorta, observando los anillos de la mesa.

Al final los cogió y los examinó de cerca, intentando averiguar su significado.

—¿Por qué los tienes?

Kristin sintió una punzada de dolor en el pecho al tocarlos y la invadió una extraña sensación de familiaridad. Pero aparte de esa sensación, no los reconoció.

—Los cogí la mañana que me fui de Las Vegas, junto con los documentos que confirmaban que nos habíamos casado —respondió Julian con rotundidad.

De pronto Kristin lo miró.

—¿Lo sabías? ¿No fue algo que recordaste con el paso de los días? ¿Sabías qué había pasado exactamente esa noche? —lo acusó ella, dolida al darse cuenta de que él siempre había conocido todos los detalles del día que ella había borrado de su memoria.

—Lo recordaba todo antes incluso de ver los anillos. Lo supe en cuanto me desperté y noté que las sábanas olían a nosotros, a sexo.

—¿Por qué me mentiste? —le preguntó Kristin, muy dolida—. Si sabías lo que había pasado, ¿por qué no me despertaste para solucionar el problema cuanto antes?

—Porque para mí no era un problema, joder —gruñó él—. Cogí los anillos porque tenía que irme y estaba seguro de que no te acordarías de que nos habíamos casado. Pero yo sí. Recuerdo hasta el último momento y fue justo lo que siempre había deseado... Eres todo lo que yo siempre he querido desde el momento en que nos conocimos. Quería verte en persona después de haber cumplido con mis obligaciones profesionales. Quería que mi sueño se hiciera realidad.

El corazón de Kristin empezó a latir más rápido y fue entonces cuando empezó a albergar un deseo que no había tenido antes.

—¿De modo que no estabas borracho?

—Sí que lo estaba, pero no tanto como para casarme con la primera que se hubiera cruzado en mi camino. Te quería a ti. Siempre has sido tú. Desde que nos conocimos no he estado con ninguna otra mujer. —Hizo una pausa antes de añadir—: No sucedió tal y como yo quería, y de haber estado en pleno uso de mis facultades, no me habría casado contigo en Las Vegas. Pero habría vuelto a Amesport y no me habría separado de ti hasta que hubiéramos salido juntos, y entonces te habría pedido que te casaras conmigo. No contemplaba el fracaso como una opción más. Nunca lo he hecho. No cuando se trata de ti.

—De modo que el matrimonio temporal...

—Fue un plan para que te quedaras conmigo. Creía que cuando sintieras lo mismo que yo, renunciarías a la idea de estar casados solo durante unos meses y te convertirías en mi esposa para siempre. No sabía que estabas contando los días que faltaban para nuestro divorcio —dijo con voz apesadumbrada.

Kristin apartó el plato, como había hecho Julian, y cogió el frío anillo de metal en la mano.

—Yo no...

—Esto debe acabar ahora —exigió Julian, sin apartar sus ojos de un azul volátil de ella—. Estoy enamorado de ti casi desde el día en que nos conocimos. Este matrimonio era una farsa. Lo que dije de que necesitábamos tiempo era otra farsa. La excusa de tener que explorar lo que había entre nosotros, también una farsa. Yo sabía lo que quería, pero no sabía cómo lograr que tú sintieras lo mismo.

—¿Por qué me cuentas todo esto ahora? —Kristin empezaba a renunciar a toda esperanza, presa de una sensación de incredulidad cada vez más grande.

—Porque he sido un cobarde. Sabía que, si me rechazabas, me hundiría en la miseria. Pero tenía que intentarlo. Lamento muchas de las cosas que he hecho en mi vida, pero no quería que tú fueras la más importante.

Lanzó un suspiro masculino y se reclinó en el respaldo del banco de la mesa.

—¿A qué lamentos te refieres? —insistió ella, preguntándose qué cosas le gustaría cambiar de su vida a un hombre como Julian.

—He tenido que asumir el hecho de que tuve muchas oportunidades de ir a ver a mis padres antes de que murieran, pero me comporté como un imbécil egoísta y no lo hice. Me centré exclusivamente en mi carrera y no fui a verlos en más de seis años. Xander sí que lo hizo. Y Micah también. Pero yo no. Era un idiota que solo aspiraba a convertirse en alguien de quien pudieran sentirse orgullosos. Xander y yo tuvimos una discusión gorda antes de que asesinaran a mis padres. Intentó hacerme ver que solo pensaba en mí mismo y no le escuché. Tendría que haber estado con ellos el día que los mataron. Era su aniversario. Micah había ido a verlos la semana anterior porque sabía que estaría en el extranjero. Y yo podría haber ido. Si lo hubiera hecho, tal vez habrían sobrevivido. Quizá entre Xander y yo podríamos haber desarmado al ladrón.

A Kristin se le partió el corazón. Por Julian y por su mirada de angustia. Pero también fue un alivio que no hubiera estado en la casa porque quizá habría muerto también.

—No es posible enfrentarse a un loco armado con una pistola —afirmó ella con voz suave—. Es muy probable que te hubiera matado.

—Ya he asimilado que nunca lo sabré porque no es eso lo que pasó. Pero mi vida cambió el día que murieron mis padres. Juré que no quería volver a lamentar ninguna de mis decisiones, que a partir de ese día perseguiría mis sueños y que siempre antepondría el bienestar de mis seres

queridos a todo lo demás. Cuando tú y yo nos conocimos, supe que teníamos un vínculo especial a pesar de todas esas tonterías que nos decíamos. Te quería como no he querido a otra mujer. Esos sentimientos no han cambiado con el tiempo. Mira, yo tenía muchos compromisos profesionales, pero no soy tan tonto como para ir esperando eternamente. Cuando te vi en la boda de Micah ya había tomado la decisión de intentar hacerte cambiar de opinión con respecto a mí. Cuando supe que no ibas a venir, supe que no podía permitirlo.

Kristin apenas podía ver por las lágrimas. Si no hubieran estado en un lugar público, se habría lanzado a los brazos de Julian.

—¿Entonces decidiste casarte conmigo? —preguntó ella.

—Como ya te he dicho, las cosas no se produjeron como yo quería, pero a veces tienes que conformarte con lo que te ofrece la vida. Y mientras tú fueras lo que me ofreciera, me daba con un canto en los dientes.

A Kristin le dieron casi ganas de reír al escuchar su explicación. Los hombres como Julian Sinclair no solían conformarse con lo que les ofreciera la vida. Lo querían todo. Pero el hecho de que la hubiera esperado y de que estuviera tan seguro de sus sentimientos hizo que se arrepintiera de no haber puesto fin a aquella farsa mucho tiempo antes. De haber sabido que él lo estaba pasando tan mal, ella se lo habría dado todo. Seguramente porque también sabía que lo amaba.

—¿Por qué llevas los anillos?

—Porque he llegado al punto en que solo me queda la esperanza —le soltó con franqueza—. Puedes quedártelos. Debería haberte contado la verdad desde el principio. Lo único que puedo alegar en mi defensa es que cedí a la desesperación. Supongo que eran una especie de recordatorio para que no me rindiera. Un símbolo de que existía la posibilidad de que algún día te convirtieras en Kristin Sinclair, que estarías dispuesta a cambiar de apellido y convertirte en mi mujer.

—Julian, yo no puedo...

—Debo irme —la interrumpió él—. Creo que hemos llegado a un punto de inflexión. O seguimos adelante o nos separamos. No puedo soportar tanta incertidumbre. Quiero que seas feliz, Kristin. Te quiero tanto que no puedo seguir comportándome como un cretino egoísta. Quiero que seas feliz. Si quieres quedarte conmigo, seguirás viviendo en nuestra casa cuando yo vuelva. Si no, tienes el apartamento a tu disposición. Coge lo que quieras de la casa y te prometo que te ofreceré un acuerdo muy generoso para formalizar

el divorcio. No quiero que tengas que dejarte la piel trabajando solo para llegar a fin de mes.

Entonces Julian agarró el abrigo, se fue y dejó a Kristin con la palabra en la boca. Ella reaccionó demasiado tarde y salió corriendo detrás de él. Sin embargo, la limusina ya se dirigía al aeropuerto.

Kristin regresó a la mesa y se sentó, aturdida y desconcertada.

—Me quiere —susurró para sí.

Si Julian le hubiera dejado decir algo, ella le habría confesado que quería ser suya para siempre. Por desgracia, no le había dado ni esa oportunidad.

Kristin cogió los anillos con cuidado, sacó el suyo de la cadena y se lo puso con una sonrisa.

Encajaba a la perfección y lo observó, junto a la alianza de compromiso.

Tal vez no recordaba cómo había empezado todo, pero sabía cómo iba a acabar.

—Nos vemos dentro de unos días, Famosete —susurró.

Kristin decidió no quitarse el anillo y se guardó la cadena en el bolso.

Se puso la chaqueta con una sonrisa radiante y salió del Shamrock para volver a casa. Lamentablemente, después de pensarlo un instante, dudó sobre cuál iba a ser su hogar.

## CAPÍTULO 22

Cuando Julian llegó a su casa de Malibú, estaba convencido de que había echado a perder su única posibilidad de tener aquello que siempre había deseado.

Quizá en algún momento se había dejado arrastrar por el frenesí de su vida profesional y había tardado en comprender lo que de verdad necesitaba.

Xander había intentado hacerlo entrar en razón.

Pero Julian nunca se había mostrado dispuesto a escuchar.

Lo que le había dicho a Kristin era absolutamente cierto. El día que perdió a sus padres, él se convirtió en otra persona. Tal vez era la consecuencia natural de un hecho tan traumático, pero lo cierto era que no había vuelto a ser el mismo de hacía varios años. Fue como si hubiera madurado de golpe. Echó el freno de mano a su vida, miró a su alrededor y no le gustó para nada lo que vio.

Se dejó caer en el sofá y encendió el televisor solo para oír algo de fondo. Se dio cuenta de que no le gustaba tener el control absoluto del mando a distancia. Prefería mil veces más discutir con Kristin para decidir qué iban a ver.

«¡Dios! Me estoy convirtiendo en un sensiblero...», pensó.

La noche siguiente era la gran fiesta de preestreno de su próxima película, pero en cuanto acabara volvería a su hogar. Era curioso que Amesport se hubiera convertido en el único lugar de todo el mundo donde le apetecía estar.

Se puso unos pantalones cómodos de algodón de estar por casa y una camiseta, y empezó a zapear con una cerveza en la mano.

Eligió un canal de deportes y consultó el teléfono por enésima vez desde su llegada a California hacía solo unas horas.

«No he recibido ninguna llamada y ningún mensaje», pensó.

Tuvo que hacer un esfuerzo titánico para resistir el impulso animal de



estampar el teléfono contra la pared. Al final lo dejó caer en la mesita que había junto al sofá, enfadado consigo mismo por mirarlo tan a menudo para saber si Kristin había dado señales de vida.

«Quizá no debería haberle dado el ultimátum. ¿Y si me he precipitado?».

No. No podía arrepentirse. Había llegado el momento de dejarse de tonterías y saber si Kristin quería ser su esposa o divorciarse de él. La incertidumbre era demasiado dolorosa y si de verdad lo quería con la misma intensidad con la que él la amaba, ella debía de saberlo ya por fuerza.

Hacía mucho tiempo que él sabía lo que quería. Se lo había confesado todo a Kristin: estaba enamorado de ella casi desde el principio. No obstante, a lo mejor no estaban predestinados a acabar juntos. Quizá el problema era que él había sido incapaz de verbalizar sus sentimientos reales desde un primer momento. Pero en el fondo sabía lo que necesitaba. Y no estaba dispuesto a renunciar a todo ello tan fácilmente.

La incerteza de no saber lo que pensaba Kristin le estaba desgarrando las entrañas.

¿Tomaría la decisión de irse?

¿Tomaría la decisión de quedarse?

Parecía que su confesión la había dejado algo descolocada, pero no entendía por qué. ¿Acaso no sabía lo que sentía por ella?

Si le había ocultado el tema de los anillos y del matrimonio, era solo por miedo. Temía que ella quisiera acabar con todo el asunto de inmediato y, además, él estaba obligado a acabar el rodaje de su película. Sí, se había comportado como un cretino egoísta. Pero había sido un cretino egoísta aterrado. ¿No suponía eso una diferencia?

Oyó el mensaje de texto y estiró el brazo rápidamente para coger el teléfono.

Era Kristin.

Espero que hayas llegado bien a California.

Bueno, no era una promesa de amor eterno, pero al menos era algo. Julian respondió de inmediato.

Estoy bien. En mi casa de Malibú. No hay nada que valga la pena en la tele.

Esperó su respuesta, que no tardó en llegar.

Lo sé. Estoy a punto de irme a la cama.

Julian no pudo evitar preguntarse a qué cama se refería, en qué casa estaba, pero le había prometido que le daba de tiempo hasta su regreso. No quería presionarla. Había una diferencia de tres horas entre California y Maine, por lo que era un poco tarde para Kristin, que tenía que trabajar al día siguiente.

¿Estás enfadada por lo que te dije? ¿Porque fui sincero contigo?

Necesitaba saberlo, aunque una parte de él preferiría que no respondiera.

No, me alegro de que me lo dijeras. Creo que debemos zanjar este asunto cuanto antes por el bien de los dos.

Una respuesta que no aclaraba absolutamente nada.

Debería habértelo contado todo desde el principio.

Era lo único que lamentaba de su relación con Kristin.

Ahora lo sé. Por fin podemos solucionarlo. Yo también podría haberte dicho muchas cosas y no lo hice.

¡Maldición! La situación pintaba cada vez peor para él.

Buenas noches, Escarlata. Que duermas bien. Nos vemos el viernes.

Fue una despedida sin más, pero deseaba con toda el alma que Kristin no hubiera vuelto a su apartamento y que pudiera verla en carne y hueso al entrar en casa.

No dejes que se te suba mucho la fama a la cabeza ahora que estás en Hollywood. Buenas noches, Famosete.

Julian dejó caer el teléfono en la mesita, enfadado porque Kristin no le había dado ninguna pista y su conversación había sido de lo más formal.

La conocía muy bien.

Sabía que ella también sentía algo, pero era obvio que no quería decirle nada hasta su vuelta.

Frustrado, sabía que esos dos días se le iban a hacer eternos.

La noche siguiente, Kristin no se apartó del televisor, acompañada de Mara, Tessa, Emily, Sarah, Randi y Hope. Decidieron que se merecían una noche de chicas y Mara echó a Jared de casa para que pasara una velada con sus hermanos y Micah para que ella pudiera ver la entrevista de Julian con sus amigas.

Era una entrevista en directo que giraría en torno al estreno de su próxima película.

—Aún me cuesta creer que seamos familia —confesó Hope, desde uno de los sillones de la sala de estar.

—Yo estoy emparentada con él gracias a mi marido, pero no importa en absoluto presumir de ese vínculo —afirmó Mara, emocionada.

—Yo también.

—Y yo.

—Lo mismo digo.

—Sí.

Todas estaban de acuerdo en que estar emparentadas con Julian Sinclair era algo extraordinario. Kristin quería ir más allá y convertirse en su esposa, pero sus deseos eran ligeramente distintos. Quería seguir estando casada con él, pero a decir verdad le parecía un objetivo muy improbable.

Debía admitir que Julian estaba guapísimo, vestido con vaqueros y una camisa azul marino de cuello americano que hacía conjunto con el color de sus ojos. Parecía tranquilo respondiendo a las preguntas del periodista sobre su siguiente película. Era todo un maestro eludiendo aquellos temas que estuvieran relacionados con su vida personal.

No dejaba de ser curioso que todo el mundo viera a Julian como la superestrella de cine que era, mientras que para Kristin era el hombre que la

había hecho más feliz en toda su vida. No veía a la misma persona que los demás.

Ella veía... a Julian Sinclair, aquel hombre divertido, a veces algo molesto pero muy inteligente que, además, tenía un cuerpo que incitaba al pecado. ¡Bingo!

—Creo que a mí no me gustaría que Grady fuera tan famoso —afirmó Emily cuando acabó la entrevista—. Tendría que enfrentarme a sus admiradoras con un bate de béisbol.

Mara resopló.

—Lo dices como si nuestros maridos no fueran muy famosos. Hay poca gente que no conozca a los Sinclair.

—A veces olvido que Dante es un multimillonario del clan Sinclair —añadió Sarah en voz baja.

—Evan se encarga de que no lo olvide nunca —murmuró Randi con una sonrisa—. Me hace regalos increíbles casi todos los días.

—Pero todas conocemos al hombre de verdad que se oculta bajo su fortuna —terció Tessa.

—Justamente pensaba eso —confesó Kristin—. Sé que Julian es el paradigma del hombre perfecto para muchas mujeres. Pero ellas nunca han tenido que sufrir las consecuencias de su tozudez en carne propia, ni verlo cocinar. —No le dolían prendas al admitir que tenía sus rarezas, pero al margen de eso era un hombre que rozaba la perfección.

Todas las mujeres estallaron en carcajadas y Mara les llenó las copas con vino blanco después de apagar el televisor.

—¿Tan insoportable es en el día a día? —le preguntó Emily a Kristin—. Siempre parecéis tan felices...

Mara le dirigió una mirada alentadora mientras le llenaba la copa.

Kristin asintió. Nadie conocía la verdad de su relación con Julian, a menos que él hubiera decidido compartirla con sus hermanos o primos.

—Nuestra relación es... una locura. Digamos que nos casamos casi sin querer en Las Vegas después de la boda de Tessa. Ambos estábamos borrachos. Cuando lo descubrimos, decidimos darle una oportunidad a nuestro matrimonio durante unos meses.

—Nadie se casa sin querer —replicó Emily con recelo—. Aunque estuvierais borrachos, no creo que lo hicierais a menos que ambos lo desearais de verdad.

Kristin pensó en la confesión de Julian, que le había dicho que él

recordaba la ceremonia. Estaba lo bastante sobrio para saber que no quería casarse con nadie más, solo con ella.

—Eso es lo que dijo Julian. Yo no lo recuerdo.

Kristin respondió a todas las preguntas que le hicieron sus amigas mientras Mara se sentaba en un sillón.

Cuando hubo saciado la curiosidad de todas las presentes, se hizo el silencio.

—¿Qué vas a hacer? —le preguntó al final Mara.

—Le quiero —confesó Kristin—. Me dio carta blanca para tomar la decisión que yo quisiera, sin ningún tipo de restricciones. Incluso me ofreció la posibilidad de solucionarme la vida a nivel económico. Pero yo no quiero su dinero. Lo quiero a él. Sin embargo, debo ser realista. Tarde o temprano echará de menos su vida en California. Y ahora no sé qué hacer.

Lanzó un gran suspiro.

Sus amigas le ofrecieron una mirada de compasión y empezaron a analizar todas sus opciones. Kristin era muy consciente del abanico de posibilidades que se abría ante sí; pero, en realidad, lo único que quería era que Julian fuera feliz. Además, no podía irse a vivir con él de forma permanente, porque tarde o temprano sus padres la necesitarían. Era su única hija.

¿Qué ocurriría si Julian se despertaba un día y se daba cuenta de que echaba de menos su antigua vida, que quería volver a sentir el calor de sus fans y firmar contratos de cine? Kristin se convertiría en aquella persona que lo retenía en Amesport y no quería que él la odiara por ello. Tampoco deseaba que él renunciara a una carrera por la que se había dejado la piel.

Las chicas permanecieron en silencio durante unos instantes cuando finalizó el debate de las distintas opciones que tenía Kristin hasta que una de ellas cambió de tema por suerte.

—Beatrice ha demostrado de nuevo que tenía razón —afirmó Emily con voz solemne—. Ya van cinco de cinco con los Sinclair. Hope no cuenta porque la anciana no llegó a tiempo de emparejarla.

Hope se rio.

—Creo que me fue bastante bien por mi cuenta. Jason y yo estábamos hechos el uno para el otro mucho antes de que ninguno de los dos lo supiera.

—He oído que también le ha dado a Xander una cadena con una lágrima apache —anunció Tessa—. Me lo dijo Micah. Al parecer, fue a verlo a su casa y me sorprende que le abriera la puerta.

—¿Quién tiene la otra piedra? ¿De quién se va a enamorar? —preguntó Kristin con cautela.

Tessa se encogió de hombros.

—Nadie lo sabe.

A Kristin le resultaba difícil de imaginar una mujer dispuesta a salir con Xander, tal y como estaba. Tendría que ser alguien muy especial. Aun así, sentía pena por el hermano pequeño de Julian, que estaba en sus horas más bajas.

Después de ponerse al día con las otras noticias de Amesport, Kristin se puso en pie.

—Es mejor que me vaya. Mañana trabajo y mi jefa es una explotadora —dijo en broma.

Sarah, su jefa, la miró con una sonrisa.

—Como habrás visto, yo sigo aquí. A lo mejor llego tarde también.

Kristin esbozó una sonrisa sincera. Sarah era la doctora más inteligente y organizada con la que había trabajado jamás. Si llegaba un minuto tarde, se preocuparía.

—Yo te sustituyo —dijo Kristin entre risas, mientras se ponía el abrigo. Sabía que Sarah empezaría a atender al primer paciente a las nueve en punto.

Arrancó el motor del todoterreno entre escalofríos. Sabía que podía pasar la noche en su apartamento y ahorrarse el viaje hasta la casa de Julian para volver a Amesport a la mañana siguiente. Sin embargo, por algún motivo, no acababa de convencerle la idea de no ir a casa de Julian, a pesar de que aún no había decidido dónde iba a estar cuando él volviera.

Casa.

Era el lugar donde había descubierto lo feliz que podía ser con un marido al que amaba. Era el lugar donde se imaginaba todas sus cosas combinadas con las de Julian, y su cama era un lugar donde podía quedarse dormida embriagada por su aroma masculino.

«¿Y si cambia de opinión? ¿Y si ha tenido tiempo de pensar en nosotros y decide que quiere ser libre?», pensó Kristin.

Negó con la cabeza y murmuró para sí:

—Tonterías, Escarlata. Y lo sabes.

Era un comentario tan típico de Julian que sonrió y tomó el camino hacia la autopista para dirigirse a su casa.

Julian se había declarado sin rodeos. Ahora el balón estaba en su campo y era ella quien debía tomar una decisión.

Ojalá supiera qué hacer.

Una cosa estaba clara: al día siguiente, a estas horas, iban a zanjar la cuestión de una vez por todas.

## CAPÍTULO 23

—¿Y si no está en casa? ¿Y si ha decidido irse? —le preguntó Julian a Micah después de haberle contado la historia de lo que había sucedido con Kristin antes de que él partiera hacia California, cuando su hermano fue a recogerlo al aeródromo de Amesport.

Sabía que podría haber pedido un coche, pero había preferido llamar a Micah. La idea de hacer el trayecto en silencio, con un desconocido, no le resultaba muy atractiva.

—Aún me cuesta creer que te casaras con ella cuando estabais borrachos como una cuba —le dijo Micah—. Me parece algo más típico de mí.

—Sabía lo que me hacía. Quería casarme con ella —gruñó Julian.

—Entonces, ¿qué te preocupa? Estará esperándote en casa. Es obvio que estáis perdidamente enamorados el uno del otro.

Julian estaba perdidamente enamorado de Kristin, pero no estaba muy seguro de que el sentimiento fuera mutuo.

—Eso espero —respondió con aire distraído mientras Micah se incorporaba a la autopista de dos carriles.

—Pero creo que deberías haberle contado que os habíais casado. ¿Por qué tardaste tanto en hacerlo?

—Porque no quería que lo supiera. Tenía miedo de que fuera esa misma mañana a los juzgados para anularlo. Necesitaba tiempo y la única forma de conseguirlo era ocultárselo todo, con la esperanza de que no recordara nada. O que pensara que era algo que no había pasado de verdad porque estaba muy borracha.

—Tal vez esté enfadada —le advirtió Micah.

—Eso podría soportarlo —afirmó Julian con una sonrisa—. Estamos hablando de Kristin. Creo que está enfadada conmigo desde el momento en que nos conocimos.



«Preliminares».

Julian se había dado cuenta de la auténtica naturaleza de sus fricciones casi desde el primer momento: los unía una química misteriosa, algo que ninguno de los dos estaba dispuesto a aceptar de buenas a primeras.

—Tú la amas —dijo Micah. Era una afirmación, no una pregunta.

—Siempre la he amado. Creo que no tardé demasiado en darme cuenta de que era la única mujer que quería. Sabía que tenía que ir a por todas para conquistarla, pero mis obligaciones profesionales me impedían entregarme en cuerpo y alma.

—¿Cómo lo supiste? En mi caso, tardé bastante en darme cuenta de que estaba enamorado de ella. Creía que lo nuestro era simplemente atracción física, que podíamos solucionarlo en la cama.

Julian se encogió de hombros.

—Porque discutir con ella era más satisfactorio que hacer el amor con cualquier otra mujer.

—Vale. Pues no pienso preguntarte cómo os va en la cama —se apresuró a añadir Micah.

A Julian tampoco le entusiasmaba hablar con su hermano de su vida sexual, pero soltó una carcajada y añadió:

—Cuando murieron papá y mamá y Xander cayó en una depresión, me di cuenta de lo importante que es aprovechar el momento. O, en este caso, aprovechar la oportunidad de estar con la mujer que amo. A veces la vida no te ofrece una segunda oportunidad.

Micah guardó silencio un instante antes de tomar la palabra.

—Sabes que papá y mamá te querían, ¿verdad? Nos querían a los tres.

—Me comporté como un imbécil, Micah. Me perdí sus últimos seis años de vida porque estaba tan obsesionado con mi carrera cinematográfica que no me di cuenta de que a ellos les daba igual que tuviera éxito o no. Solo querían ver a su hijo. Por desgracia, ahora ya no puedo volver atrás, pero haría lo que fuera por verlos de nuevo y decirles que los quería. No quiero volver a arrepentirme de algo así.

—¿De verdad que estás dispuesto a renunciar a tu carrera actoral? Has sacrificado muchas cosas para llegar adonde has llegado.

—Esto aumentará la demanda de mis servicios como guionista —dijo Julian—. Siempre he tenido alma de creador, pero no era del todo consciente de ello. Nunca había sido tan feliz. Ahora puedo contar historias en lugar de interpretarlas.

—Tienes talento para ambas cosas —afirmó Micah—. Papá y mamá habrían estado muy orgullosos de ti. Ojalá hubieran vivido para ver tus éxitos, pero tienes razón: te querían porque eras su hijo. Sabían que estabas ocupado, Julian. No te tortures más por ello.

—Xander y tú encontrasteis el tiempo necesario para ir a verlos —replicó Julian con remordimientos.

—Ambos teníamos dinero y un avión privado a nuestra disposición, algo que facilita mucho las cosas. Nosotros no intentábamos vivir únicamente con el dinero que ganábamos con nuestro trabajo. Aprovechamos todos nuestros contactos en beneficio propio. Tú seguiste tu propio camino para alcanzar el éxito.

—Xander me dijo que era un cretino egoísta —murmuró Julian.

—Sí. Ahora le toca a él ser un cretino egoísta —replicó Micah.

—Siento no haber estado a tu lado. Debería haber sabido que necesitabas una mano con Xander.

—Pero no lo sabías y ya está. No te dije nada porque no quería que lo supieras. Quizá tenías derecho a saberlo, pero habías hecho un esfuerzo tan grande para alcanzar el éxito que pensé que merecías tener la opción de centrarte en tu carrera.

Julian sintió una punzada de dolor al ser consciente de las responsabilidades que Micah había asumido voluntariamente para ahorrarle todas esas molestias.

—Bueno, ahora ya estoy aquí y los dos ayudaremos a Xander.

—Será un placer —dijo Micah en el momento en que tomaba el camino de la mansión de Julian.

La casa estaba a oscuras, pero la luz del jardín estaba encendida. Si Kristin había decidido quedarse con él, ya debería haber llegado.

—No parece que esté en casa.

—¿Quieres que te acompañe? —se ofreció Micah.

—No, no es necesario. Pase lo que pase, es aquí donde quiero estar.

—No te rindas —le aconsejó Micah—. Aunque no esté en casa, lucha por ella si sabes que es la mujer de tu vida.

Julian estaba convencido de que no volvería a intentarlo. Le había dado una opción y ella había tomado su decisión.

Aun así asintió, abrió la puerta y la luz inundó el vehículo. No sabía qué decir.

Sacó las llaves del bolsillo y observó a Micah mientras se alejaba por el

camino. Ahora que por fin se encontraba ante la puerta de casa, no estaba muy seguro de querer entrar.

—Tengo que acabar con esto de una vez por todas —gruñó, y se dirigió a la puerta.

Estaba cerrada, por lo que introdujo la llave, la abrió y aguzó el oído para oír cualquier movimiento de la casa.

Encendió las luces y tuvo que hacer un esfuerzo para reprimir las ganas de llamar a Kristin. Sabía que estaba desesperado.

Se dirigió al garaje y encendió las luces. Respiró hondo al cruzar la cocina. Todo estaba limpio y en su sitio. Al abrir la puerta del garaje, este se iluminó automáticamente y se le cayó el alma a los pies.

No había ni rastro del coche de Kristin y su todoterreno estaba en su plaza.

—¡Mierda! —exclamó, y cerró la puerta con fuerza antes de quitarse la chaqueta. La tiró sobre la encimera de cualquier manera. No le importaba lo más mínimo no tener dónde colgarla.

Tampoco iba a tener que soportar los comentarios de Kristin por ser tan desordenado. De hecho, no iba a tener que soportarlos nunca más.

Pasó de largo junto a la nevera, fue directo al minibar de la sala y se sirvió un vaso de whisky sin agua y sin hielo. Se lo tomó en un par de tragos, dejó el vaso en la barra con un fuerte golpe y volvió a llenarlo.

—Se ha ido. Se ha ido, joder —gruñó—. Fui tan idiota que le di la opción de hacerlo. ¿Qué esperaba?

Lo que quería, lo que de verdad necesitaba era que ella lo eligiera a él. No porque se hubieran casado accidentalmente y hubieran decidido ponerse a prueba el uno al otro, sino porque deseara estar con él de verdad.

—No me ha elegido —dijo con voz grave, y tomó otro trago de whisky antes de dejarlo en la mesa y regresar a la cocina.

Antes de darse cuenta de lo que estaba ocurriendo, la pena dio paso a la ira y se puso a dar puñetazos contra las puertas cristaleras que conducían al patio, descargando su frustración con los paneles de cristal y la madera blanca. Fue una sensación tan agradable que volvió a hacerlo.

Y otra vez.

Y otra.

Antes de parar, la sangre le corría por las manos. Había destrozado la estructura de madera y las láminas de cristal. Sin embargo, ello no había servido para mitigar la rabia. Y tampoco iba a servirle para llenar el inmenso

vacío que sentía en su corazón.

Regresó a la sala de estar, cogió el vaso de whisky, no sin cierto dolor, y tomó el último trago. Lo dejó en la mesa y abrió y cerró las manos ensangrentadas. Observó el estado en que había quedado la puerta.

—¡Maldito imbécil! —gruñó.

El estallido de furia no lo había provocado Kristin. Él le había pedido que tomara una decisión y eso había hecho ella. El problema era que no lo había elegido a él, pero no podía culparla por ello. A fin de cuentas, él le había mentado y tampoco había elegido la mejor forma de demostrarle todo su amor. En ningún momento había gestionado bien la intensa atracción que sentía por ella. Ninguno de los dos lo había hecho. Pero Julian sabía lo que estaba ocurriendo, mientras que ella no.

Tomó otro trago y sintió una punzada de dolor en el estómago. No sabía qué hacer.

El silencio que reinaba en la casa era abrumador.

Se había acostumbrado a pasar las noches con ella, discutiendo, riendo...

La cuestión era que siempre acababan igual: en la cama haciendo el amor como posesos, en busca de un éxtasis que hasta entonces ni siquiera sabían que existía.

Ahora lo único que había era el silencio y el convencimiento de que la felicidad que había encontrado en aquella casa no volvería jamás.

Se dejó caer en el sofá e intentó no pensar en todas las cosas que podría haber hecho de un modo distinto, pero al final todo se reducía a una única cosa.

«No me ha elegido».

El único consuelo de Julian era que Kristin había tomado la decisión que iba a hacerla más feliz.

Era como un *déjà vu* de otra relación que había tenido. ¿Por qué las mujeres querían acostarse con él, pero no compartir su vida? Salvo que esa otra relación no le había provocado un dolor tan intenso como esta. En muchos sentidos, en el fondo había tenido la suerte de separarse de aquella otra mujer que lo había rechazado. Pero Kristin era distinta. Estaba destrozado.

El hecho de saber que al menos uno de los dos iba a ser feliz era el único consuelo para alguien a quien le habían partido el corazón.

Apuró la bebida y se preguntó si sería capaz de bebérsela entera

mientras dejaba el vaso en la mesa.

Se pasó la mano por el pelo en un gesto de desesperación y se dio cuenta de que debía de haberse manchado la cara de sangre. Se secó las manos con los vaqueros y las apoyó en los muslos. Apoyó la cabeza en el sofá y cerró los ojos.

Estaba un poco borracho, pero nada podía mitigar el dolor implacable que le producía el hecho de saber que no podría volver a tener en sus brazos a la mujer que amaba.

Quizá mañana cambiara de opinión y decidiera intentar conquistarla.

Pero en ese momento solo quería que Kristin fuera feliz. Y lo más probable era que mañana pensara lo mismo.

Sí, la decisión de su amada lo había convertido en un desgraciado. Pero ¿qué era el amor verdadero sino egoísmo? ¿No era algo que iba más allá de convencer a alguien para que hiciera algo que no quería solo para satisfacer sus propios deseos?

Sí, para Julian el amor era mucho más que todo eso y sabía que no quería obligarla a seguir a su lado si no era lo que deseaba. Ya no.

Sabía que no le quedaba más remedio que levantarse y asearse un poco.

Pero al final se quedó un buen rato inmóvil en el sofá.

## CAPÍTULO 24

Todas las luces de la casa estaban encendidas cuando Kristin se detuvo en el camino.

«¡Ya ha llegado Julian!», pensó.

El corazón empezó a latirle con fuerza y se le entrecortó la respiración cuando pensó que había llegado el momento de hablar con él después de su insistencia para que tomara una decisión.

No era que no estuviera lista, pero había una pequeña parte de ella que aún temía que Julian se diera cuenta de que no la amaba. Sin embargo, también sabía que eran sus propias inseguridades las que le habían metido ese pensamiento en la cabeza, y no pensaba permitir que siguieran gobernando su vida. Ya no. Se acabó. No cuando por fin tenía la felicidad tan cerca que lo único que tenía que hacer era estirar los brazos y agarrarla.

La dolorosa sensación de soledad que se había apoderado de ella desde que Julian se había ido, empezó a desvanecerse al comprobar que estaba en casa, listo para conocer su decisión.

Aparcó su coche en el garaje. Al final había decidido utilizar el suyo porque llevaba varios días parado y no parecía que fuera a nevar.

Entró en la cocina y se puso nerviosa al no ver rastro de Julian. Dejó la caja que llevaba en el suelo y echó un vistazo al contenido antes de quitarse la chaqueta. La colgó y luego recogió la de Julian, que estaba tirada sobre la encimera.

Cuando estaba a punto de salir de la cocina vio la puerta rota, con los cristales hechos añicos y manchas de sangre en torno a los agujeros de la madera. La misma puerta que estaba intacta cuando ella se había ido por la mañana.

Sorteó los cristales con cuidado y empezó a preocuparse.

¿Les habían robado? La puerta parecía estar cerrada con llave, pero alguien había arrancado los cuadrados de la parte superior de una de las

hojas.

Empezó a mirar a su alrededor frenéticamente hasta que vio el cuerpo ensangrentado que estaba en el sofá de la sala de estar, dormido.

—¡Julian! —exclamó, y se acercó corriendo hasta él para ver qué diablos había ocurrido—. Eh. Dime algo.

Le dio unas palmadas suaves en las mejillas y vio que tenía heridas en las manos.

Tenía los vaqueros manchados, así como la cara. Seguramente de tocarse con las manos.

—¿Kristin? —preguntó él con voz somnolienta—. Joder. Creo que tengo una pesadilla.

—Abre los ojos —le ordenó ella, que no sabía qué pensar del hecho de que Julian la considerase prueba irrefutable de una pesadilla.

Parpadeó varias veces antes de abrir los ojos y Kristin vio una mirada de desesperación, la más intensa que había visto jamás.

—¿Qué ha pasado? —preguntó ella sin resuello—. ¿Por qué estás manchado de sangre? ¿Por qué está el suelo lleno de cristales rotos?

—¿Qué haces aquí? —preguntó él con voz grave. Parecía que por fin se despertaba.

—Vivo aquí —respondió ella, exasperada—. Soy tu mujer.

—No me elegiste a mí. No estabas en casa.

«Oh, Dios mío», pensó ella.

—¿Creías que te había dejado?

Había llegado tarde porque había tenido que hacer varios recados, pero Kristin no sabía exactamente a qué hora iba a volver Julian. En cualquier caso, estaba convencida de que regresaría más tarde.

—Me has dejado. —Se incorporó y la miró como si estuviera viendo un fantasma—. ¿No es así?

—No —respondió ella sucintamente, preocupada por sus heridas.

No le hizo más preguntas porque las respuestas eran obvias. Julian creía que ella se había ido y su reacción había sido beber y ponerse a romper puertas.

—Tu coche no estaba —la acusó él.

Kristin notó el olor de su aliento y se dio cuenta de que había bebido. Más de un trago.

—Hoy he ido a trabajar en mi coche. Tengo que utilizarlo de vez en cuando y hacía buen tiempo. ¿Se puede saber qué diablos has hecho?

A Kristin le costó reprimir las ganas de llorar mientras observaba el gesto desolado de Julian y sus manos ensangrentadas. Levantó una y vio varios cortes y laceraciones. No eran heridas graves, pero sabía que se lo había hecho porque creía que lo había abandonado.

—Me sentí dolido —dijo, como si esas tres palabras lo justificaran todo.

—Lo sé. Ven conmigo. Tengo que lavarte. ¿Cuánto has bebido?

Él negó con la cabeza.

—No lo suficiente. Estoy algo mareado, pero no borracho del todo. Creo que aún estoy soñando.

—Como vuelvas a decirme que soy tu pesadilla, te daré una patada en el trasero —le advirtió Kristin, muy seria—. Haz un pequeño esfuerzo, a ver si puedo levantarte.

—En pie puedo aguantarme solo —replicó él, sin dejar de mirarla fijamente—. ¿Es verdad que estás aquí?

—Sí —respondió ella, que solo tenía ganas de limpiarle las heridas.

Para su sorpresa, Julian se levantó con cierta facilidad. Ella lo agarró del brazo y se dirigieron hacia el ascensor sin que él opusiera resistencia.

Kristin aún estaba algo preocupada, pero no aterrorizada como al encontrarlo ensangrentado y tirado en el sofá.

Kristin se duchó en el baño de una de las habitaciones de invitados mientras Julian hacía lo propio en el dormitorio principal, después de que ella lo hubiera ayudado a quitarse la ropa manchada de sangre. Le llevó un rato limpiarle y vendarle las manos y usó crema antibiótica para prevenir posibles infecciones. Por suerte, los cortes eran superficiales y no parecía que fuera a necesitar ninguna sutura.

—Por un momento tenía miedo de que te hubieras roto algún hueso, pero no parece que tengas ninguna fractura —le dijo cuando acabó las curas.

Julian tenía las manos bastante hinchadas, pero no tenía ningún síntoma alarmante.

—No me he roto nada. Los cristales se hicieron añicos al primer puñetazo. Eran muy baratos. Los cortes me los he hecho por culpa de los agujeros en la puerta.

Julian no solía perder los estribos, por lo que a Kristin le costaba imaginárselo rompiendo una puerta a puñetazos.

—Listo —declaró ella—. Ahora vamos a buscar un poco de hielo. — Señaló la puerta con la cabeza.

Él le hizo un gesto para que Kristin se adelantara mientras tomaba el



ascensor y se dirigía a la cocina.

Kristin se volvió y señaló la sala de estar con un dedo.

—Ve a sentarte, ya me encargo yo de esto.

Julian sonrió, se volvió hacia el salón, pero se volvió de nuevo.

—Qué raro, juraría que he oído llorar a alguien.

Kristin dejó la bolsa de hielo en la encimera y se acercó a la caja.

—Espero que no te moleste. Me dijiste que no tenías tiempo para cuidar de una mascota, pero esta perrita necesitaba un hogar desesperadamente. Vi el anuncio de la protectora de animales en el periódico. La habían maltratado.

Sacó a la bolita de pelo de la caja y la abrazó con fuerza.

—Es mezcla de labrador. Espero que no te importe tener una perra en casa.

—¿Para nosotros? —preguntó Julian con cautela.

—Claro. Siempre he querido una mascota y tú dijiste que te gustaban los perros. Por un momento pensé en la posibilidad de comprar un gato, pero cuando vi el anuncio en el periódico no pude resistirme. Aún es una cachorrita.

Kristin no pudo contener la risa cuando la perra empezó a lamerle la cara.

—Es muy mona —dijo Julian, que se acercó y la acarició—. ¿Puedo cogerla? —preguntó.

Kristin se la dio con cuidado para no hacerle daño en las manos.

Julian se quedó inmóvil al tomar la perra y ver el anillo que llevaba Kristin.

—Llevas la alianza.

Ella tendió la mano y se sacó la cadena que llevaba al cuello, con el anillo de Julian.

—Creo que tú no podrás ponerte la tuya hasta dentro de unos días —le dijo, sosteniendo el collar.

Julian tenía la mano demasiado hinchada para llevar la alianza, pero a Kristin le daba igual. Lo guardaría ella todo el tiempo que fuera necesario.

Julian observó el balanceo de la cadena unos instantes antes de añadir:

—Me lo pondré en cuanto se me cure la mano. Y puedo comprarte uno nuevo. Esos que tienes eran más bien baratos...

—Ni hablar. Es lo único que conservo de la boda. Los elegimos juntos, da igual que lo recuerde o no.

Él asintió.

—Pues entonces me lo quedo —insistió ella.

Kristin recordó entonces el otro recado que había hecho antes de llegar a casa. Se acercó hasta la encimera y cogió el bolso.

—Uno de los motivos por los que he llegado tarde es porque tenía que pasar a recoger a la perrita. Pero el otro motivo era este.

Le mostró los documentos para que pudiera verlos.

Julian se la quedó mirando, boquiabierto.

—¿Has pedido el cambio de apellido?

—Ahora soy oficialmente Kristin Sinclair. Tu mujer.

—¡Si estoy soñando, espero no despertar jamás!

Kristin le acarició la mandíbula y se puso de puntillas para darle un tierno beso.

—¿Crees que esto ha sido un sueño?

—Podría ser el inicio de un sueño húmedo —gruñó él, acariciando a la perra con la mano vendada distraídamente.

Kristin dejó los documentos en la encimera y cogió las bolsas de hielo.

—Vamos.

Se fueron a la sala de estar. Kristin dejó a la cachorrita entre ellos y le puso las bolsas de hielo en las manos a Julian.

—¿Crees que hará pipí en el sofá?

—Espero que no, pero hay que sacarla a menudo. Es lista, estoy segura de que aprenderá muy rápido. ¿De verdad que no te importa?

Si algo deseaba con toda el alma era proporcionar un hogar a aquella cachorrita. Además, se había enamorado de ella en cuanto la vio en la protectora de animales.

—De verdad. Siempre que esto te incluya también a ti, estaré encantado de tener una perra. Veo que tiene varias cicatrices. La verdad es que a mí también me alegra darle un hogar seguro.

—No tiene nombre. Creo que me gustaría llamarla «Paraíso» —propuso Kristin.

—¿Paraíso? Me gusta porque esto es lo que seremos nosotros para ella a partir de ahora. —Julian sonrió al ver que la perra subía al regazo de Kristin —. Tienes razón, es muy lista. Está justo donde me gustaría estar a mí ahora.

Kristin observó a Paraíso, que se había tumbado en sus piernas. Decidió pasar por alto el provocativo comentario de Julian y lo miró fijamente.

—El nombre de Paraíso también va por mí, porque así es mi vida desde que estoy contigo, Julian. Esta casa es mi paraíso. Te he echado mucho de

menos.

Él la observó con ojos muy oscuros, casi negros.

—Yo también te he echado muchísimo de menos.

Kristin tuvo que hacer un esfuerzo para reprimir las lágrimas. Julian tenía el don de expresarse siempre con una sencillez abrumadora.

—Déjame sacar a Paraíso, hace un rato que no sale.

Se levantó, pero Julian cogió a la perra.

—Puede salir al jardín trasero.

Kristin disfrutó enormemente del rato que Julian y ella pasaron viendo a Paraíso correteando por la nieve hasta que por fin encontró un lugar donde hacer las necesidades. Ambos alabaron su comportamiento y volvieron a entrar en casa con ella.

Kristin barrió los cristales que quedaban en el suelo y luego ayudó a Julian a tapar los agujeros con cartón. Ya llamarían al carpintero por la mañana.

A continuación, Kristin le preparó la caja a Paraíso con una toalla suave para que durmiera cómodamente, pero Julian insistió en cargar con la caja y la acompañó hasta el ascensor.

Cuando llegaron al dormitorio, dejó la caja en su lado de la cama.

—¿Quieres dormir conmigo? ¿Te quedas aquí, Paraíso?

Kristin se sintió muy conmovida al ver la mirada vulnerable de Julian. Se quitó la bata y se metió bajo las sábanas frías. Julian se tumbó a su lado y la rodeó con los brazos hasta que sus cuerpos se fundieron en uno solo.

Kristin lanzó un suspiro y notó que por fin empezaba a relajarse un poco porque estaba justamente donde quería. A pesar de lo mucho que le había costado tomar una decisión, no pensaba echar a perder la relación que tenían. Si llegaba el día en que Julian se hartaba del matrimonio, ya se enfrentaría al problema a su debido momento. Mucho peor habría sido abandonar al hombre al que amaba como no había amado nunca en toda su vida.

—No me puedo creer que pensaras que te había dejado.

—Tu coche no estaba. ¿Qué querías que pensara?

Kristin estiró el brazo, apagó la luz y la oscuridad se apoderó de la habitación.

—Podrías haber pensado en la verdad —le dijo Kristin, abrazándolo con fuerza—. Y la verdad es que te quiero, Julian. Es tan intenso el amor que siento por ti que a veces roza hasta el dolor. No podría abandonar a lo mejor que me ha pasado en mi vida. Pero no soporto la idea de que te hicieras daño.

Kristin empezó a sollozar, liberando la enorme tensión a la que había estado sometida en los últimos días. El miedo a perderlo y el daño que se había autoinfligido al creer que ella lo había dejado... Era una situación que la había tenido en vilo.

Pero ahora que sabía lo mucho que él la amaba, sintió un gran alivio.

—Eh, no llores —le pidió Julian.

—No puedo evitarlo. Te quiero tanto que me da miedo. Me preocupaba que volvieras a casa y hubieras cambiado de opinión. ¿Y si no querías a la perra? ¿O si no querías que yo fuera oficialmente una Sinclair?

—¿Crees que me dedico a romper puertas a diario? —preguntó Julian medio en broma.

—Todo esto me resulta un poco abrumador, la verdad. Estoy casada con una superestrella de cine multimillonaria y yo no soy más que una mujer normal.

—Estoy perdidamente enamorado de ti, Kristin, y hay veces en que no me siento digno de ser feliz ni de tenerte a mi lado. A pesar de la fama y el dinero, soy un hombre normal, con muchos defectos.

—Todos tenemos nuestros defectos —admitió ella.

—Pues entonces supongo que los nuestros son perfectos para nosotros —afirmó Julian entre risas.

—Te quiero —susurró Kristin en la oscuridad del dormitorio.

—¡Maldita sea! No te imaginas cuánto me odio por haberme hecho daño en las manos. Tengo tantas ganas de agarrarte de las caderas y metértela hasta el fondo que no puedo ni respirar —dijo con voz grave.

—Tendrás que esperar, Famosete. Ya me compensarás por el tiempo perdido. Hoy solo puedes abrazarme. Pero cuando se hayan curado las heridas, prepárate porque no habrá quien te salve.

—No quiero que nadie me salve —gruñó él—. Al menos dame un beso —le pidió.

Kristin estiró los brazos y no tuvo ningún reparo en satisfacer ese deseo.

## CAPÍTULO 25

A pesar de las quejas de Julian, que insistía en que se encontraba bien, Kristin lo llevó al hospital al día siguiente para que le hicieran una radiografía.

Tal y como sospechaba, no tenía nada roto, pero aun así necesitaba saberlo para quedarse tranquila.

Paraíso seguía a Julian allí donde iba. Le costaba un poco seguirle el ritmo porque estaba algo rolliza, pero no paraba de menear la cola como una perra normal.

Kristin los observó desde la cocina y vio que Julian le abría la puerta a Paraíso por quinta vez para que saliera a hacer sus necesidades. Se fijó en que incluso se paraba a esperarla cuando se daba cuenta de que se había quedado un poco rezagada.

Kristin sonrió, conmovida, cuando Julian entró de nuevo en casa con la perrita en brazos. La estaba alabando porque hubiera salido afuera a hacer sus necesidades.

—Es muy buena —declaró con una sonrisa.

—Entonces, supongo que nos la quedaremos, ¿no? —preguntó Kristin en tono burlón.

—Me la quedaría aunque no fuera tan buena —respondió Julian muy seriamente—. Ha tenido unos primeros meses de vida bastante duros, pero estoy seguro de que habría cambiado.

Kristin metió el guiso que había preparado en el horno y se lavó las manos.

—¿Cómo lo sabes?

Julian se encogió de hombros.

—Yo cambié. Solo necesitaba que me amaras.

A Kristin se le anegaron los ojos en lágrimas.

—Tú no has cambiado —replicó ella, dejando a Paraíso en el suelo—.

Siempre has sido muy bueno.

—Durante años me equivoqué en mis prioridades. Pero ahora las tengo muy claras. —Enarcó una ceja en gesto pícaro y añadió—: Y no es verdad que siempre soy bueno.

No. No lo era. Esa misma noche había intentado seducirla al menos cincuenta veces, pero Kristin no se había dejado convencer. A pesar de que se moría de ganas de hacer el amor con él, las heridas de la mano le impedían hacer nada con él que pudiera poner en riesgo su integridad física.

—No te conviene usar las manos —le aseguró ella, aunque si algo deseaba era sentir el roce de aquellos dedos—. Podemos esperar.

Julian la agarró contra la encimera.

—Yo no puedo esperar. Ni un minuto más —gruñó. Agachó la cabeza y la sujetó del pelo con una mano vendada para que no se moviera.

Kristin lanzó un gemido al notar el delicioso roce de sus labios y sus manos, su instinto posesivo dominante. No podía evitarlo, su cuerpo reaccionó en cuanto la tocó.

Ella lo abrazó y le devolvió el beso dando rienda suelta a las emociones reprimidas durante días. Sus lenguas se batieron en un duelo para dirimir cuál de los dos estaba más frustrado sexualmente.

—Se me nubla el juicio cuando me haces estas cosas —dijo Kristin cuando él apartó la boca.

—Pues no pienses —replicó Julian—. Siente.

Siguió besándola por el cuello, volviéndola loca.

—Julian —gimió Kristin. Tenía que pararle los pies ahora—. Te quiero.

—¡Me vuelves loco cuando me dices esas cosas! —gruñó él—. O te desnudo ahora mismo y te la meto hasta el fondo, o me dará un infarto.

Ni el cuerpo, ni el corazón ni la cabeza de Kristin iban a oponer más resistencia. Julian sentía las mismas necesidades que ella: un deseo irrefrenable y primario.

Julian miró un momento a Paraíso y vio que ya disfrutaba de un merecido sueño.

—Ven conmigo —le ordenó. La agarró de la mano y subieron al piso de arriba en ascensor.

Al llegar al dormitorio, Kristin lo ayudó a desnudarse sin necesidad de decir nada más.

Le desabrochó la camisa que ella misma le había ayudado a ponerse por la mañana. Su corazón latía cada vez más fuerte a medida que dejaba al

descubierto los pectorales esculpidos con cincel de Julian. Cuando por fin le quitó la camisa, se inclinó hacia delante y acercó los labios a su corazón.

Entonces le desabrochó los pantalones, le bajó la cremallera y se estremeció al notar la erección bajo la yema de los dedos. ¿Siempre tendría el mismo efecto en ella el deseo irreprimible que mostraba Julian?

Esperaba que así fuera.

Se inclinó hacia delante y le bajó los vaqueros y los calzoncillos, presa de una sensación de júbilo por haber liberado su verga erecta. Julian acabó de quitárselos con los pies mientras Kristin se quitaba el suéter y lo lanzaba al suelo.

Se relamió los labios secos y deslizó un dedo deleitándose con el roce de la piel sedosa de su miembro, ansiosa por llevárselo a la boca.

—Oh, no, ni hablar —gruñó Julian, que la agarró de los hombros y la obligó a levantarse—. Esta vez tomo yo las riendas. Te la voy a meter hasta el fondo, Escarlata, porque como te deje hacer maldades con tus labios, no aguanto ni un minuto.

Julian le quitó el sujetador, le acarició los pechos y le pellizcó suavemente los pezones para estimularlos.

—Julian —gimió Kristin, arqueando la espalda. Sus pellizcos eran una peligrosa combinación de placer y dolor.

Él paró, se agachó e intentó desabrocharle los pantalones. Kristin le echó una mano y él se los bajó lentamente, junto con las braguitas de encaje. Sin embargo, los pantalones solo llegaron a las rodillas. Presa de un deseo irrefrenable, acercó los labios a su entrepierna y empezó a jugar con la lengua.

—Oh, Dios —gimió Kristin, que se agarró a los hombros de Julian y se quitó los pantalones con los pies, algo que no impidió que consiguiera lo que quería.

Él la agarró de las manos para que bajara a la moqueta con él, rodeados de la ropa de la que se habían despojado.

Kristin apenas se dio cuenta. Lo único que veía era la espalda de Julian mientras le acariciaba el clítoris suavemente con los dedos. Aun así, se estremeció cuando sus miradas se cruzaron y vio una expresión de deseo tan intenso que no pudo apartar los ojos.

«Siento lo mismo».

«Te necesito».

«Ahora».

Entonces Julian se incorporó, se sentó y tiró de ella para que se sentara encima de él.

—No seré feliz hasta que esté dentro de ti —le dijo con voz grave y abrazándola con fuerza.

Kristin lanzó un gemido cuando notó el roce de su erección y sus pezones acariciaron el pecho de Julian mientras ella lo abrazaba.

—Te quiero tanto... —le susurró al oído, frotando la mejilla contra su frente.

Él la levantó y ella intentó ayudarlo mientras se acomodaba encima de él. La sensación al notar la penetración lenta y profunda fue estremecedora. Se la había metido hasta el fondo.

—¡Dios! Te quiero, nena —exclamó Julian, agarrándola de las nalgas para que ambos pudieran disfrutar del momento, de la libertad suprema de poder expresar por fin lo que sentían.

Julian no se movió, se limitó a abrazarla y sujetarla contra él. Kristin empezó a jadear porque necesitaba más, pero al mismo tiempo quería disfrutar del momento.

Julian era suyo y sentía los latidos de su corazón en sus pechos.

Kristin se reclinó y le dio un beso lento y sensual que se prolongó eternamente cuando él deslizó las manos por su espalda desnuda y entrelazó los dedos en sus rizos. La había inmovilizado mientras la devoraba con una avidez a la par con la suya.

Ambos se habían quedado casi sin resuello cuando él hizo una pausa para tomar aire y Kristin lo obligó a tumbarse boca arriba para evitar que hiciera más esfuerzo del necesario con las manos. Levantó las caderas lentamente y cuando ya estaba a punto de notarla fuera por completo, bajó con fuerza para sentirla otra vez dentro, hasta el fondo.

—Kristin —gimió él—. Acaba de una vez, por favor. No aguanto más este sufrimiento.

Julian la agarró de las caderas y ella empezó a cabalgar. El clímax estaba cada vez más cerca.

La obligó a aumentar el ritmo con un vaivén frenético, sin soltarle las nalgas ni un segundo.

—Quiero que llegues al orgasmo por mí. No aguantaré mucho más —dijo Julian.

Kristin seguía cabalgando mientras notaba el tsunami de placer que se aproximaba. Cuando ya no pudo más, un escalofrío recorrió todo su cuerpo,



que cedió bajo el avance imparable de las diversas oleadas de placer.

—Estás preciosa cuando llegas al clímax —gruñó Julian, incapaz de refrenar sus acometidas hasta que por fin alcanzó la ansiada liberación.

Kristin cayó sobre él de cualquier manera, agotada.

Julian la rodeó con sus brazos hercúleos, estrechándola con fuerza y reforzando el vínculo físico entre ambos cuerpos.

—Te quiero, Kristin. No puedo creerme que por fin seas mía.

—Creo que estaba predestinada a ser tuya y de nadie más —le aseguró mientras intentaba recuperar el aliento—. Siempre has tenido el don de sacarme de quicio.

—Preliminares —le recordó Julian con tono provocador.

Ella le besó el hombro y notó el sabor salado de su cuerpo húmedo.

—Estamos empapados.

Ambos estaban empapados en sudor y Kristin notaba el olor excitante a sexo salvaje en el ambiente.

Julian la abrazó con más fuerza.

—Así somos nosotros. Tú y yo juntos.

Kristin asintió con un gesto de la cabeza. Entendía perfectamente a qué se refería. Eran dos personas distintas, pero juntos eran más fuertes, juntos eran diferentes, juntos eran increíbles.

Poco importaban las aparentes diferencias que existían entre ambos. Eran dos personas perfectas la una para la otra. Julian era esa parte de ella que le faltaba, que siempre había anhelado y no había encontrado hasta ahora.

Y Kristin era esa parte de Julian que él llevaba buscando incansablemente toda la vida, casi sin saberlo.

—Necesitamos una luna de miel de verdad —le dijo él muy serio—. Quiero que empecemos a tener nuestros propios recuerdos. Celebramos una boda que no recuerdas, por eso quiero darte un viaje que no olvidarás jamás. ¿Puedes tomarte un par de semanas de vacaciones del trabajo?

Kristin sonrió sin apartarse, no quería dejar de sentir el calor que desprendía su piel.

—No creo que sea un problema. Sarah está embarazada y estoy segura de que Dante se pasará el día preocupado por ella. De hecho, ella ya ha reducido el número de horas de consulta, tanto que quería buscar un trabajo a jornada completa.

—¿Es eso lo que quieres?

—No. Trabajar con Sarah es especial. Pero no he parado de trabajar ni

un solo día desde que soy adolescente. Ahora mismo me siento como si estuviera de vacaciones porque no me necesitan en el bar.

—Yo sí te necesito —replicó Julian con fiereza—. De momento sigue trabajando para Sarah hasta que tenga el bebé, y luego descansa cuando ella se tome la baja. No necesitamos el dinero.

—No sabría qué hacer si solo trabajara a media jornada —murmuró ella.

—Ya me aseguraré yo de tenerte ocupada —replicó Julian con malicia.

Kristin puso los ojos en blanco y se separó de él. Observó a Julian, que seguía tumbado en el suelo, gloriosamente desnudo. Incluso a ella se le ocurrían unas cuantas ideas de lo que podían hacer.

—Tenemos que darnos una ducha. Ya pensaré qué hago con el trabajo más adelante.

Julian se levantó y le tendió una mano a Kristin.

—Tómame algo de tiempo libre, cielo. Por favor. Te mereces disfrutar de la vida para variar. Me gustaría que pasaras algo más de tiempo conmigo. Micah y yo estamos compartiendo la responsabilidad de cuidar de Xander y mis primos nos están ayudando a pesar de que no se lo hemos pedido. Creo que ambos debemos aprender a invertir el tiempo en cosas que no estén relacionadas con el trabajo.

Kristin no quería rechazar esa deliciosa posibilidad. Puesto que el dinero ya no era una preocupación, no era nada descabellado que trabajara a media jornada.

—A lo mejor me aburro —le advirtió en tono burlón.

Julian le dio una palmada en el trasero, pero al tener la mano vendada apenas le hizo daño.

—Ya me ocuparé yo de que no te canses de que estemos juntos.

Como si eso fuera posible...

—Lo intentaré —dijo Kristin.

—No puedo creerme que Dante vaya a tener un hijo —murmuró Julian—. Se pasará el día entero incordiando a Sarah.

—Será interesante porque Emily también está embarazada. Así que Grady y Dante pueden compartir nervios y estrés preparto —dijo Kristin en tono alegre—. Se llevan muy pocas semanas de diferencia.

—¡Vaya! ¿Y lo saben?

—Creo que a estas alturas sí —confesó Kristin—. Ambas iban a contárselo a sus maridos durante el fin de semana. Están muy contentas.

—Seguro que Dante y Grady también lo estarán. Pero no lo envidio. Yo estaría un poco preocupado.

A Kristin no le cabía ninguna duda de que Julian sería un padre muy atento y sobreprotector.

—¿No quieres tener hijos?

—Sí que quiero —respondió él de forma tajante—. Pero, si pudiera, preferiría evitar la parte del embarazo y los miedos... Y la del parto también. Qué infierno. ¿Cómo es posible que un hombre soporte ver sufrir de esa manera a la mujer a la que ama?

La mirada protectora y posesiva de Julian le permitió a Kristin hacerse una idea de lo que iba a depararles el futuro, pero sabía que podría soportarlo.

—Hay millones de mujeres que dan a luz todos los días sin problemas. —Entonces recordó algo—: Bueno, supongo que eso significa que tendremos que dejar el paracaidismo para más adelante.

—¿Cómo? —Julian la miró con recelo.

—Queríamos que Micah nos llevara a saltar en paracaídas un día, pero imagino que Emily y Sarah tendrán que esperar.

—Tú esperarás hasta el final de los tiempos —respondió Julian con tono inflexible—. No pienso permitir que saltes de un maldito avión.

Entonces entró en el baño para que ambos pudieran ducharse, murmurando entre dientes que mataría a Micah si mencionaba la mera posibilidad de llevarla a saltar en paracaídas.

Kristin no se molestó en decirle que Micah nunca se lo había propuesto, porque ella podía pedírselo. A decir verdad, su amor era tan reciente que probablemente ella pensaría lo mismo si Julian hiciera algo que pudiera poner en peligro su vida. Aun así, ya se encargaría de hacerle cambiar de opinión más adelante, cuando llegara el momento.

Ahora mismo lo único que quería era embriagarse del amor de Julian y disfrutar de él hasta que ambos cayeran rendidos.

Cuando Julian se quitó los vendajes de las manos, y mientras esperaban que el agua alcanzara la temperatura correcta, Kristin se lanzó a sus brazos.

—Te quiero —le dijo con un suspiro, y le besó en la comisura de los labios acompañado de un fuerte abrazo.

—Yo también te quiero, cielo —confesó él con ternura, devolviéndole el abrazo—. Pero aun así no pienso permitir que saltes de un avión.

Kristin hizo lo único que se le ocurrió cuando el hombre de sus sueños, que estaba desnudo, intentó darle una orden: estalló en carcajadas hasta que

él la agarró, la metió en la ducha y logró que se olvidara de todo aquello que no fuera él.

## CAPÍTULO 26

La noche siguiente, Kristin todavía se sentía como si estuviera viviendo un sueño extraordinario, en el que aún estaba casada con un hombre al que amaba con todo su corazón.

«Y que me quiere», pensó.

Julian y ella eran tan distintos que el milagro que los había unido aún la tenía perpleja. Sabía que por mucho que él dijera, ella era una chica de lo más normal con un buen trasero.

Sin embargo, tampoco quería desafiar al destino. Estaba más que encantada con la suerte que había tenido.

Por la mañana Julian la había arrastrado hasta Amesport. Todo lo que hicieron ese día fue frívolo y divertido. Después de un par de horas en el salón recreativo, Julian insistió en ir al cine a ver una comedia ligera que ella había dicho que le apetecía ver cuando estaban en Las Vegas. A Kristin le sorprendió que la recordara ya que solo la había mencionado de pasada y le había asegurado que no le importaría verla cuando saliera en DVD. Habitualmente no tenía tiempo para ir al cine y no jugaba a las recreativas desde niña.

Esa misma tarde fueron de tiendas y Julian no se cansó de comprarle regalos de lo más variopintos, como un osito de peluche gigante después de que ella cometiera el error de decir que era adorable. Al final tuvo que llevárselo a rastras de Main Street para que dejara de comprarle un montón de cosas que no necesitaba.

Derrotados, pararon a reponer fuerzas en el Sullivan, donde comieron sus célebres sándwiches de langosta antes de pasar por casa de Micah para recoger a Paraíso. Tessa se mostró encantada de cuidar de la perrita. Como tenía a Hogar, su perro señal, ambos se lo pasaron en grande jugando.

Una vez de vuelta en casa, Kristin se había sentado frente a la chimenea, acompañada de un paquete de galletas, chocolate y malvaviscos. ¿Por qué

tardaba tanto Julian? Había subido a buscar algo, pero le estaba llevando una eternidad.

Paraíso estaba acurrucada a su lado, en el sofá, durmiendo plácidamente.

—Hogar te ha dejado derrotada, ¿verdad? —preguntó en voz alta y con una sonrisa.

Kristin también se sentía agotada, pero era una sensación agradable ya que había disfrutado de uno de los mejores días de su vida con Julian. Ambos se habían comportado como una pareja de enamorados, que es lo que eran. Lanzó un suspiro, pensando en lo dulce que podía ser su marido. La cogía de la mano, aprovechaba cualquier excusa para darle un beso... En resumen, no permitía que olvidara que la amaba.

Y ella le creía. Creía sinceramente que ninguno de los dos se arrepentiría jamás de la decisión que habían tomado. Eran demasiado felices juntos.

En ese momento, Kristin oyó el tono de un mensaje en el teléfono y lo sacó del bolsillo trasero. Era Julian.

Te quiero, Escarlata.

Ella se rio y se preguntó por qué le enviaba un mensaje si estaban en la misma casa.

Yo también te quiero, Famosete. ¿Por qué no bajas aquí conmigo?

—Estoy aquí —proclamó una voz masculina desde la entrada del salón—. Solo quería enviarte un mensaje como habría hecho si hubiéramos tenido la oportunidad de salir en plan novios. ¿No se supone que es eso lo que hacen?

Kristin se estremeció de felicidad. La voz de Julian le provocó un escalofrío de placer. Parecía tan vulnerable, tan inseguro, que le dieron ganas de lanzarse a sus brazos. En ningún momento del día había mostrado su lado más engreído y sabelotodo, y quizá lo echaba un poco de menos. Pero el amante atento también era un Julian adorable.

Kristin le tendió una mano.

—¿Estás bien?

Él frunció el ceño.

—Estoy bien. ¿Por qué piensas lo contrario? —Le ofreció su mano vendada y se sentó junto a ella—. Bueno, sí, me da rabia no haberte comprado flores. He subido al piso de arriba para encargarte unas. Quería rosas, pero la floristería estaba cerrada.

Kristin se volvió hacia él y se sentó con las piernas cruzadas, como él, y le tomó la otra mano.

—No necesito nada más, Julian. Te tengo a ti.

—Yo también te tengo a ti. Pero no soporto el hecho de que no pudieras disfrutar de la fase más romántica de una relación. Nunca hemos tenido una cita normal, ni has disfrutado de lo que estaría dispuesto a hacer por ti un hombre enamorado. Te mereces todo eso y muchísimo más.

La expresión de descontento de Julian conmovió enormemente a Kristin.

—¿Por eso querías que hoy hiciéramos lo que hemos hecho? ¿Estabas intentando compensarme por todas las citas que no hemos tenido? —preguntó ella, atónita.

Él se encogió de hombros.

—Sí y no. Quiero estar contigo y hacer esas cosas. Pero sí, creo que te mereces mucho más de lo que tienes.

—¿Es que no sabes lo feliz que me haces? ¿No te das cuenta de que nuestra relación lo es todo para mí? —preguntó ella con voz suave—. Quizá hayamos empezado de una forma poco habitual, pero hemos estado en Hawái y en Las Vegas. Me has dado algo muy especial. ¿Por qué iba a desear una relación normal cuando tengo una extraordinaria?

Julian sonrió.

—Puedo ofrecerte mucho más.

Su sonrisa pícaro hizo que a Kristin le diera un vuelco el corazón.

—Para mí, el simple hecho de que me ames es perfecto —respondió ella con un suspiro. ¿Cómo era posible que le diera tanta importancia a aquellos detalles, teniendo en cuenta todo lo que le había ofrecido?

—En el pasado he sido un auténtico cretino, Kristin. Descuidé a mis padres durante seis años porque solo vivía por y para mi carrera. Es un error que ya no puedo enmendar. Apenas los vi desde que me hice adulto porque quería que todo se hiciera a mi manera y según mis condiciones. Xander tenía razón cuando me dijo que fui un imbécil. Es verdad. Y al final acabé arrepintiéndome. No quiero cometer el mismo error. No quiero que pase un

solo día sin que todos mis seres queridos sepan lo mucho que los aprecio.

Los ojos de Julian parecían teñidos de un destello de remordimiento.

—Sé que te importo —le aseguró ella con un susurro.

—No solo me importas. Lo eres todo para mí —confesó con una voz grave que destilaba las emociones que habitaban en su alma—. Lo supe desde el día en que nos conocimos. Sabía que habías nacido para ser mía.

Si Kristin era sincera consigo misma, en el fondo probablemente ella también lo sabía. Julian se había adueñado de su corazón, que suspiraba por él como no lo había hecho por ningún otro hombre.

—Quizá yo también lo sabía. Por eso intenté distanciarme un poco, porque para mí era inconcebible que tú y yo pudiéramos ser pareja. Tú eras Julian Sinclair; yo, una chica que trabajaba en una consulta médica y hacía horas extra de camarera para llegar a fin de mes.

—Si no me lo hubieran impedido mis obligaciones profesionales, me habría quedado y no habría parado hasta que te hubiera convencido para que salieras conmigo —admitió Julian—. Pero tenía que esperar. Cada vez que me iba de Amesport sentía un dolor que me volvía loco.

A Kristin se le anegaron los ojos en lágrimas al ver la expresión atormentada de Julian. Sabía que todo lo que decía era verdad.

—¿Por eso decidiste secuestrarme?

—Por entonces ya estaba bastante desesperado. Cuando me dijeron que no ibas a ir a Las Vegas, decidí buscar la forma de convencerte —murmuró.

A Kristin le dio un vuelco el corazón.

—Te tomaste muchísimas molestias.

Julian le lanzó una mirada apasionada.

—Por ti haría lo que fuera.

Kristin lanzó un suspiro. Todavía no acababa de considerarse digna de despertar esas emociones en Julian. Sin embargo, su marido estaba cambiando poco a poco la imagen que ella tenía de sí misma.

—Háblame de nuestra boda —preguntó ella con curiosidad—. He intentado recordarla, pero ha sido en vano.

—Ese es otro tema del que quería hablar... Te mereces una boda de cine.

—La luna de miel de Hawái fue maravillosa. Me encantó. Pero dime cómo fue la boda.

—La ceremonia fue breve pero bonita. Elegimos los anillos en la capilla. Tú me dijiste que no querías uno caro porque yo era tu premio, que la



alianza solo era un símbolo. Llevabas ese vestido tan sexy y cuando pronunciaste tus votos, fue el día más feliz de mi vida. Yo estaba demasiado nervioso para darme cuenta de que tal vez no nos parecería todo tan bonito al día siguiente, cuando estuviéramos sobrios. —Hizo una pausa antes de añadir —: Siento que no tuvieras una boda de ensueño.

Kristin no soportaba ver tan abatido a Julian. No era el de siempre y le partía el corazón.

—Yo no me arrepiento de nada. Nunca he tenido el sueño de celebrar una boda por todo lo alto. Para mí es más importante casarme con la persona adecuada.

Él la miró esperanzado.

—¿Y crees que acertaste?

—Estoy segura —respondió tajantemente—. Quizá no recuerde la ceremonia. Y puede que no llegue a recordarla jamás. Pero sé que no me habría casado contigo a menos que fuera lo que yo quería. Supongo que lo único que no comprendo es por qué no me lo dijiste antes.

—Yo también estaba borracho, pero no hice nada que no quisiera. En cierto modo, quería convencerte de que podíamos hacer realidad todo lo que había pasado. Cuando me desperté, me preocupaba que ni siquiera estuvieras dispuesta a considerar la posibilidad de quedarte conmigo y darme una oportunidad. Por eso cogí los anillos y toda la documentación. Solo deseaba que no recordaras nada, así tendría la posibilidad de acabar el rodaje de la película y regresar a Amesport para hablar contigo.

—Debo confesarte una cosa —le dijo Kristin, algo indecisa.

—¿De qué se trata?

—Tú no me chantajeaste. Yo tampoco quería poner fin a nuestro matrimonio. No creía que fuera a funcionar, pero quería disfrutar del poco tiempo que pudiera pasar contigo.

—Yo creía que querías convertir mi vida en un infierno —le recordó él, tomándole el pelo.

—¿Cómo iba a hacer eso si era imposible resistirme a ti? —replicó ella —. Es verdad que eres un poco mandón, pero a veces también sabes ser muy dulce.

—¿A veces? —preguntó él, fingiendo indignación.

Kristin se inclinó hacia delante y apoyó la frente en la suya.

—La mayoría del tiempo —concedió—. Te quiero tal y como eres, Julian. No cambiaría nada de ti y no cambiaría nada de nosotros y de lo que

nos ha pasado en las últimas semanas. Si lo hiciera, a lo mejor no habría aprendido tantas cosas sobre mí misma.

—Pero te mentí —admitió él con pesar—. Aunque debo decir en mi defensa que estaba desesperado, Escarlata.

—Te perdono... esta vez. No vuelvas a hacerlo —le advirtió ella, intentando mantener el gesto serio cuando lo único que deseaba era dejarse embriagar por el amor y la felicidad que se había apoderado de ella—. Yo tampoco expresé abiertamente lo que sentía. Lo siento. Tenía miedo de acabar con el corazón hecho añicos.

—Me cuesta creer que no supieras lo que sentía por ti —dijo algo confundido Julian, que se recostó y le dio un suave beso en la frente.

Kristin se incorporó y lo miró a los ojos.

—Porque nunca me había pasado algo tan bueno. Nunca he tenido una vida normal. Nunca soñé con enamorarme. Me limitaba a ir tirando. Para mí no existían los cuentos de hadas con final feliz. Mi vida jamás ha sido así. Para mí has sido un regalo inesperado que me ha ofrecido un amor que nunca había sentido. Estaba confundida y asustada. En Las Vegas viví mi particular fantasía y pensé que luego se acababa todo.

—Lo nuestro nunca se acabará, Escarlata. Has tenido una vida demasiado dura, has pasado demasiadas penurias. Ha llegado el momento de cambiar todo eso —gruñó Julian, y la agarró para que se sentara en su regazo.

—En ocasiones ha sido difícil, pero no cambiaría nada de lo que he hecho aunque pudiera. Quiero mucho a mis padres y ellos me han dado todo lo que podían a pesar de las difíciles circunstancias que han atravesado —confesó Kristin, que abrazó a Julian y respiró hondo para embriagarse de su masculina fragancia—. Lo que has hecho por mis padres... no sé cómo podré compensártelo.

—No tienes que compensar nada —se apresuró a replicar él—. A menos que me lo quieras devolver con favores sexuales. Eso sí lo aceptaría.

Kristin se rio.

—Te daría lo que me pidieras porque te quiero.

—Cuidado con lo que prometes —le advirtió él—. Se me ocurren un par de fantasías bastante pervertidas, cielo.

Kristin sabía que Julian había cambiado de tema porque no quería que le diera las gracias por nada. Ella era su esposa, por lo que era normal que hiciera todo lo que estuviera al alcance de su mano para hacerla feliz. Para él no era nada extraordinario. Sin embargo, para Kristin, el hecho de que él se

hubiera tomado tantas molestias para hacerles la vida más fácil a sus padres era importantísimo.

Ningún hombre se había preocupado tanto por su felicidad o su bienestar emocional. Pero Julian sí que lo había hecho, y como tenía su particular forma de ser, había buscado una solución a sus problemas de la forma más rápida posible y con el mínimo alboroto.

Al final Kristin decidió cambiar de tema y aceptar que Julian siempre sería un marido muy protector. Ella pensaba cuidar de él del mismo modo en que él cuidaba de ella.

—¿Muy pervertidas? —preguntó ella casi sin aliento, pensando en las ganas que tenía de explorar nuevos territorios con aquel hombre al que amaba con locura.

Julian se puso encima de ella en un abrir y cerrar de ojos, inmovilizándola con su fuerte cuerpo.

—He tenido todo tipo de fantasías contigo —le aseguró. Sus ojos de un azul intenso atravesaron su alma mientras él le sujetaba los brazos por encima de la cabeza—. En la mayoría tengo que convencerte de que eres mía y ambos estamos desnudos.

—De eso no hace falta que me convenzas —dijo entre jadeos, y lo miró con una sinceridad descarnada que no podía y no quería ocultar—. Pero si quieres seguir intentándolo, cuenta conmigo.

La mirada seductora y posesiva de Julian provocó que su corazón empezara a latir desbocado.

—¿Sabes que en estos momentos tienes mi corazón y mi vida entera en tus manos? —preguntó él.

Era cierto y Kristin lo sabía. Le bastaba con mirarlo para saber que el amor que él le profesaba era un sentimiento mutuo.

—Lo mismo podría decir yo —replicó ella con sinceridad—. Te quiero, Julian Sinclair, y protegeré tu corazón el resto de mi vida.

¿Cuántas personas habían llegado a conocer al verdadero hombre que se escondía bajo la superestrella? Kristin se dio cuenta de lo mucho que se habían perdido todos aquellos que no veían la bondad de su alma, pero por una vez le apetecía ser egoísta y quedarse esa información para sí. No era necesario que nadie lo conociera tan bien como ella. Que el gran público se quedara con el atractivo actor de Hollywood. Ellos veían al Julian guapo, moderno pero distante. Ella prefería al hombre auténtico que se escondía bajo esa fachada.

—Te quiero, nena —dijo al final—. No volverá a pasar un día en que no te lo demuestre.

Aquella promesa hizo que a Kristin se le anegaran los ojos en lágrimas.

—Lo sé.

Sabía que no le resultaría fácil olvidar el duro golpe que había supuesto la muerte de sus padres, pero estaba dispuesta a hacer todo lo que fuera necesario para ayudarle a conservar los mejores recuerdos y mitigar el dolor y el sentimiento de culpa de su muerte. Era obvio que lo que había ocurrido le había afectado profundamente, lo había convertido en el hombre que era hoy. Tan solo habría preferido que Julian no hubiera tenido que sufrir una pérdida tan devastadora para madurar.

Kristin no sabía cómo era antes, pero daba igual. Lo único que le importaba era el presente, y el hecho de que le gustaba todo lo que él representaba, un sentimiento que era mutuo.

—Te tengo exactamente donde quería —le dijo Julian con picardía.

Ella le devolvió la sonrisa perversa.

—Pues es curioso porque yo estoy donde quería estar —le aseguró con tono seductor, animándolo a seguir adelante con el juego.

Cuando Julian se ponía en plan macho... no había nada mejor.

—Prepárate para el abordaje porque voy a hacerte mía, aquí y ahora —le advirtió él con su voz más seductora de pirata cinematográfico.

—Ay, pirata, pirata... —lo animó ella con su mejor sonrisa.

No fue necesario que le dijera nada más. Julian se abalanzó sobre ella y la besó con una pasión arrebatadora que hizo que ambos se olvidaran de los dulces que habían preparado hasta al cabo de unas horas.

# EPÍLOGO

## *Al cabo de unas semanas*

El Centro Juvenil había decidido convertir el Baile de Invierno de los Sinclair en una tradición anual, ya que suponía un gran estímulo para los habitantes de Amesport, que abandonaban temporalmente el letargo de la nieve y el frío.

Este año Kristin acudía acompañada de su atractivo marido y sus padres. Su madre se encontraba relativamente bien gracias a las sesiones de fisioterapia y a los nuevos medicamentos que le había recetado el neurólogo que Julian había encontrado en Boston. Tenía sus días malos, pero al igual que el año anterior, se sentía lo bastante bien como para asistir al evento.

Cuando Kristin salió a la pista con Julian, él la atrajo hacia sí y le susurró al oído:

—Parece que Cenicienta por fin asiste al baile.

Kristin sabía a qué se refería. El año pasado había tenido que atender el bar para que sus padres disfrutaran de la velada. Ese día su madre se encontraba bien y su padre se moría de ganas de ir al primer Baile de Invierno con su mujer.

Kristin no quería que su madre dejara de salir cuando su estado físico se lo permitía.

—Tenías razón. El año pasado me quedé con las ganas de venir, pero prefería que lo disfrutaran mis padres —confesó ella.

—Ese es uno de los motivos por los que te quiero tanto —le aseguró Julian cuando empezaron a deslizarse por la pista de baile.

—Tú habrías hecho lo mismo —dijo ella, que sabía que su marido se preocupaba mucho de sus suegros. Julian y su padre tenían una buena

relación, no solo empresarial, sino también por el respeto mutuo y la amistad auténtica que habían forjado. Y bien sabía Dios que Julian era capaz de ganarse el cariño de su madre con un par de palabras amables y un beso en la mejilla.

La relación con sus hermanos y sus primos también se había estrechado. Visitaba a Xander casi a diario para que Micah pudiera pasar más tiempo con su mujer. Tessa había recibido el visto bueno de los médicos para unos implantes cocleares nuevos y sabía que toda la familia estaba nerviosa, en especial Micah.

Julian se encogió de hombros.

—Quizá sí —admitió—. Pero me alegro de que estemos todos.

Kristin también era muy feliz. Su madre no podía bailar, pero estaba bien que saliera a distraerse con su padre. Ambos parecían mucho más felices y relajados que un año antes.

—Aún me cuesta creer lo mucho que ha cambiado todo desde el baile del año pasado.

Aquella noche Kristin había visto a Julian, pero ni en sus sueños más delirantes se habría imaginado que un día se casaría con él y sería tan feliz que solo tendría ganas de llorar de lo mucho que él la quería.

—Enhorabuena, cielo. Sabía que seríais muy felices —le dijo una voz femenina desde la izquierda.

Kristin se sobresaltó al ver a Beatrice bailando junto a ella, acompañada de un apuesto hombre que debía de ser un viudo de Amesport.

—Gracias —respondió sinceramente.

No le quedaba más remedio que admitir el acierto absoluto de Beatrice cuando predijo que Julian y ella acabarían juntos. La anciana había acertado con todos los presentimientos amorosos que había tenido de los Sinclair.

¿Suerte o clarividencia?

Kristin ignoraba la respuesta, pero algún don tenía Beatrice, eso estaba claro.

—¿Quieres que te devuelva la piedra? —preguntó Kristin con una sonrisa.

—Oh, no. Quedáoslas. Ya le he dado a Xander la suya. La necesitaba —respondió Beatrice, frunciendo el ceño.

—¿Quién tiene la otra? —preguntó Kristin con gran curiosidad.

—Aún no se la he dado. Pero lo haré en breve —respondió Beatrice en tono misterioso—. No tardará en llegar a Amesport.

—¿Es una turista? —preguntó Kristin.

¿Cómo diablos iba a emparejar a Xander con alguien de fuera si apenas salía de casa?

—Quizá tarde un poco, pero ya lo verás —dijo Beatrice, y en ese instante su pareja la arrastró y se perdieron entre la multitud de bailarines que llenaban la pista.

—Espero que no tarde demasiado en dársela —afirmó Julian, que agarró a Kristin de una mano y la hizo girar sobre sí misma.

—Yo también —murmuró ella, consciente de lo preocupado que estaba Julian por su torturado y solitario hermano.

Kristin observó a los demás Sinclair que había en la pista de baile. Todos vestían esmoquin e iban acompañados de sus preciosas mujeres. Ella misma se había adaptado muy rápidamente a la familia y había establecido una relación muy estrecha con Emily, Hope, Sarah, Mara, Randi y Tessa. De hecho, hablaba con ellas como si fueran sus hermanas. Al ser hija única estaba encantada de formar parte del clan Sinclair. Tal vez era cierto que durante unos años se habían distanciado mientras cada uno vivía su vida, pero ahora que habían decidido sentar cabeza, los hermanos y los primos habían forjado un vínculo irrompible que nadie podría quebrantar jamás.

Cuando se acabó el baile, oyó la voz de Micah por los altavoces.

—Os agradecería que me dedicarais un momento de atención, por favor. Se hizo el silencio.

—Sé que organizamos un banquete para mi hermano y su mujer, Kristin, pero creemos que sería una buena idea que pudieran repetir la ceremonia de boda que todos nos perdimos.

De repente la multitud se abrió y Kristin se quedó boquiabierta al ver un altar junto al escenario, decorado con flores y presidido por un juez de paz.

Julian se le acercó al oído y le dijo:

—Ya estoy preparado para ponerme el anillo. A ver si esta vez recuerdas tus votos... Es solo una breve ceremonia de confirmación para disfrutar de la compañía de nuestras familias y amigos.

Kristin no pudo contener las lágrimas al ver a sus padres y a todos los Sinclair, que la miraban con una gran sonrisa.

—Lo habéis hecho por mí —dijo entre lágrimas, y se quitó la cadena del cuello para sacar el anillo que nunca le había visto llevar a Julian.

—Por nosotros —la corrigió él—. Si no te importa.

Ella negó con la cabeza y se secó las lágrimas. Si algo lamentaba era no

recordar haber pronunciado los votos. Deseaba con toda el alma decirlos en voz alta, ante Julian y todos sus familiares y amigos. Y también quería recordar los de él.

Kristin le tomó la mano.

—Siempre que no haya ninguna referencia a la obediencia —dijo ella con una sonrisa a pesar de las lágrimas.

—No te preocupes, esa parte ya la he quitado —le aseguró él—. Sabía que no te gustaría.

Poco importaba que no fuera una boda de verdad. Poco importaba que la ceremonia durara apenas el tiempo que les había llevado pronunciar los votos. Poco importaba que ella llevara un vestido de noche en lugar del tradicional de novia.

Lo que importaba era que pronunciaron los votos con una devoción y un amor que Kristin sintió en lo más profundo de su corazón.

Amar a Julian le había enseñado que las cosas más superficiales e intrascendentes carecían de importancia.

Lo importante era el corazón.



# AGRADECIMIENTOS

Quiero dar las gracias a todo el equipo de Montlake Romance por su apoyo inquebrantable en esta serie, en especial a mi editora, María Gómez, que siempre me ha escuchado y me ha ayudado a solucionar los problemas que han surgido.

Como siempre, gracias a mi equipo KA, que se ocupa de las diversas obligaciones para que yo pueda concentrarme en escribir.

A mi equipo de calle, las Gemas de Jan... Chicas, no dejáis de sorprenderme con las ganas que mostráis para promocionar mis libros. Gracias por todo lo que hacéis.

Mi más sincero agradecimiento a mis lectoras, que me permiten dedicarme a aquello que más me gusta. Nada de esto sería posible sin vosotras.

Jan (J. S. Scott)